



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

La colonización inglesa de Virginia y las derivaciones culturales y sociales del contacto interétnico

Autor:

López Palmero, Malena

Tutor:

Paredes, Rogelio C.

2013

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Historia.

Posgrado

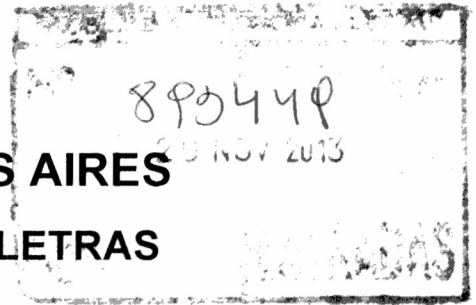


FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

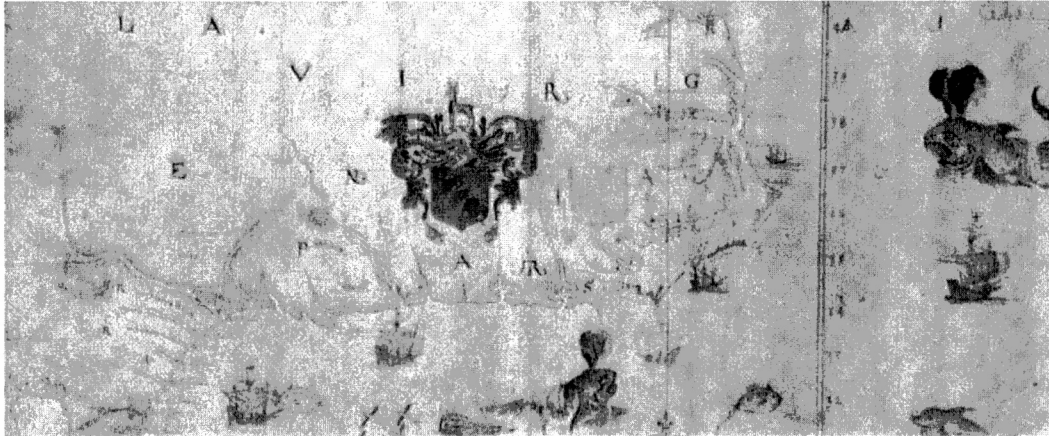
FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

Tesis
19.3.16

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



TESIS DOCTORAL EN HISTORIA



LA COLONIZACIÓN INGLESA DE VIRGINIA Y
LAS DERIVACIONES CULTURALES Y SOCIALES
DEL CONTACTO INTERÉTNICO
(SIGLOS XVI - XVII)

PROF. MALENA LÓPEZ PALMERO
DNI 26.371.382

DIRECTOR DR. ROGELIO C. PAREDES

2013

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

ÍNDICE

LA COLONIZACIÓN INGLESA DE VIRGINIA Y LAS DERIVACIONES CULTURALES Y SOCIALES DEL CONTACTO INTERÉTNICO (SIGLOS XVI - XVII).

INTRODUCCIÓN.....	13
ESTADO DE LA CUESTIÓN	
Condicionamientos historiográficos.....	17
Principales corrientes historiográficas relativas Virginia, siglo XVII.....	20
El rescate historiográfico de Roanoke (1584-1590).....	27
La tríada posmoderna: Nueva Historia Cultural, Nuevo Historicismo y Teoría poscolonial.....	30
Nuevos planteos, fronteras permeables.....	47
Una aproximación heurística a la literatura de viajes.....	49
LA PRESENCIA INGLESA EN AMÉRICA A TRAVÉS DE LOS LIBROS.....	
La Leyenda Negra como reverso literario de las disputas contra el imperio español.....	53
Textos y contextos para el despunte imperial inglés.....	61
Exploradores y corsarios ingleses en los contornos del imperio español.....	67

PARTE I: DERIVACIONES CULTURALES

Capítulo 1- DE LA VIRTUD A LA BARBARIE: LA <i>OTREDAD</i> AMERICANA EN LOS ORÍGENES DE LA COLONIZACIÓN DE VIRGINIA, 1584-1624	73
El debate sobre el impacto de América en el Viejo Mundo.....	74
Miradas inglesas sobre el Nuevo Mundo en el siglo XVI.....	82

El despegue colonizador inglés en el Nuevo Mundo.....	84
Nuevas tentativas coloniales en los albores del siglo XVII.....	88
Definiciones sobre la otredad americana de Roanoke.....	92
Roanoke, entre el abandono y la expulsión.....	97
Los "salvajes" de Chesapeake.....	102
Reconocimientos.....	107
Enemigos.....	110
A modo de balance.....	113

Capítulo 2- ESPECTROS DE IRLANDA EN LA TEMPRANA COLONIZACIÓN DE VIRGINIA 119

Irlanda, margen cultural de Inglaterra.....	119
La colonización de Irlanda del siglo XVI.....	120
La retórica de la alteridad gaélica.....	124
Espectros de Irlanda en el discurso colonial de Virginia.....	129
A modo de balance.....	135

Capítulo 3- LOS ECOS VISUALES DE LA FRUSTRADA COLONIZACIÓN DE ROANOKE: JOHN WHITE Y THEODORO DE BRY (1585-1590) 141

Los indígenas virtuosos de White y de Bry.....	143
Los otros salvajes de John White y Theodoro de Bry.....	147
A modo de balance.....	150

Capítulo 4- DE VIRGINIA A LA LUNA: EL DISCURSO COLONIAL DE THOMAS HARIOT (1585-1586) 153

Thomas Hariot: viajero y científico de la Inglaterra isabelina.....	154
Acerca de las ediciones del <i>Brief and True Report</i>	157
"De la naturaleza y las costumbres de la gente".....	159

A modo de balance.....	164
Capítulo 5- SEMBLANZAS DE UN NAUFRAGIO EN LA TEMPESTAD DE WILLIAM SHAKESPEARE	167
El naufragio en Bermudas.....	171
La crisis de autoridad en Bermudas.....	173
Puentes narrativos entre <i>True Reportory</i> y <i>The Tempest</i>	178
La utopía de Gonzalo.....	183
Calibán: el <i>otro</i> colonial.....	186
Las amenazas al interior del orden colonial.....	191
El fin de la magia.....	193
La tempestad del Renacimiento.....	195

PARTE II – DERIVACIONES SOCIALES

Capítulo 6- UNA MIRADA ETNOHISTÓRICA SOBRE LOS ALGONQUINOS.....	201
Limitaciones teóricas.....	202
Contribuciones teóricas y metodológicas de la Antropología y de la Historia.....	205
Sobre la adopción del enfoque etnohistórico.....	210
Una aproximación etnohistórica sobre los habitantes nativos de Virginia.....	212
Organización política.....	218
Organización social.....	222
Organización económica.....	226
Capítulo 7- LAS HOSTILIDADES INTERÉTNICAS EN LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD COLONIAL	233

Antecedentes de la resistencia indígena.....	236
Las hostilidades en Roanoke.....	240
Intercambios y recelos durante los primeros años de Jamestown.....	244
Conflictividad y estrategias.....	251
Epílogo: Una paz que antecede la tormenta.....	257
Capítulo 8- EL TRABAJO FORZADO EN LA TEMPRANA COLONIZACIÓN	261
Interpretaciones historiográficas sobre la conflictividad social.....	264
Antecedentes para la instauración del trabajo no libre.....	267
Jamestown en la encrucijada.....	69
La ley marcial.....	278
A modo de balance.....	284
Capítulo 9- POCAHONTAS ENTRE DOS MUNDOS: EL DERROTERO DE LA COLONIZACIÓN	287
El personaje histórico en su dimensión literaria.....	288
Pocahontas en las fuentes.....	289
El debate historiográfico sobre el episodio del rescate.....	292
Pocahontas como agente de los intercambios interétnicos.....	295
Pocahontas entre dos mundos: una identidad transformada.....	297
Pocahontas en el epicentro de las hostilidades interétnicas.....	299
Pocahontas, “embajadora” del proyecto colonial.....	302
A modo de balance.....	306
CONCLUSIÓN: DEL PARAÍSO ULTRAMARINO AL INFIERNO COLONIAL	309
APÉNDICE DOCUMENTAL	
John White (1585-1586) y Theodoro de Bry (1590)	319
BIBLIOGRAFÍA	349

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación doctoral ha recibido el apoyo de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –CONICET- mediante la asignación de becas doctorales para el primer y el segundo tramo, respectivamente. Quisiera agradecer especialmente a mi director de tesis, el Dr. Rogelio Claudio Paredes, por haberme acompañado incondicionalmente en esta tarea. También expresar mi reconocimiento por el trabajo colectivo que, bajo su dirección y la colaboración de las colegas María Juliana Gandini y Carolina Martínez, se ha expresado en fecundas actividades académicas, docentes y editoriales. A la Profesora Inés Regueira, por enseñarme los secretos del inglés isabelino. No puedo dejar de mencionar la contención de mis grandes afectos, mis padres, mi abuela Iris, Adrián: a todos ellos gracias por su confianza; a este último especialmente por su paciencia.

NOTA

Este trabajo comporta el desafío de presentar un tema novedoso con múltiples aristas de análisis. Por ello se ha clasificado su contenido según dos problemáticas principales, que son las derivaciones culturales y las derivaciones sociales del contacto interétnico de los años formativos de la colonización de Virginia, entre 1584 y 1624.

Algunos temas aparecen desdoblados en dos o más capítulos de acuerdo a su relevancia temática. Por ejemplo, las hostilidades interétnicas aparecen desplegadas para el caso de Roanoke en el capítulo 1 por su importancia explicativa respecto a la distorsiva mirada que los colonos alcanzaron sobre sus habitantes nativos. Este tema es retomado luego en el capítulo 7, dedicado precisamente a indagar la dinámica de confrontación entre colonos e indígenas. Si bien el capítulo 6 sobre la mirada etnográfica de los algonquinos involucra el tema de la organización política, este tema es parcialmente abordado en los capítulos 1 y 4, ya que estructuran la argumentación de los discursos coloniales de John Smith y de Thomas Hariot, respectivamente. El discurso colonial de Hariot continúa con la problemática de la otredad americana del capítulo 1, pero por su complejidad y extensión, es tratada en el capítulo 3 sobre las representaciones visuales y en el capítulo 5 sobre la proyección literaria en *La Tempestad*, de William Shakespeare. Las hostilidades interétnicas tienen un desarrollo general en el capítulo 7, aunque para el caso de Roanoke son expuestas en el capítulo 1, ya que éstas ponderan como causa principal del fracaso de esta tentativa colonial. El capítulo 9 está dedicado especialmente a las hostilidades que involucraron al personaje histórico Pocahontas.

Las disquisiciones sobre las fuentes no aparecen en un bloque compacto, sino que se van presentando según la relevancia que adquiere cada una en función de los diferentes temas de la investigación.

La preponderancia de materiales en idioma inglés, tanto de las fuentes primarias como de la bibliografía crítica, ha implicado un esfuerzo adicional de traducción. Dado que la temática es reconocidamente novedosa para la historiografía en lengua hispana, se ha optado por traducir todas las citas en

inglés, sin excepción, provengan de las fuentes o de la bibliografía, con la intención de facilitar la lectura.

Los términos expresados en lengua extranjera que no sean nombres propios (sean ingleses, algonquinos, latinazgos o expresiones académicas) aparecen siempre distinguidos en bastardillas. Las citas textuales mantienen las bastardillas como aparecen en el original, lo cual es un rasgo típico de la narrativa de John Smith. Cada capítulo despliega la referencia bibliográfica completa al pie, la primera vez que se cita, independientemente de que se haya citado en capítulos anteriores.

Una cualidad del *middle English*, la forma que adopta el inglés en el Renacimiento, es la inexistencia de convenciones ortográficas, incluso para los nombres propios. Es por ello que en las fuentes utilizadas muchas palabras aparecen alteradas, especialmente los términos en algonquino. Los nombres propios, como los apellidos Hariot, Raleigh y Sommers, se expresan así siguiendo el uso más extendido de su época.

Las imágenes del apéndice documental correspondientes a John White han sido cedidas expresamente a la autora con su debida licencia por los *Trustees of the British Museum* de Londres.

¿Qué es, en su principio, la colonización? Reconocer que ésta no es evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, de la tiranía; ni expansión de Dios, ni extensión del Derecho; admitir de una vez por todas, sin voluntad de chistar por las consecuencias, que en la colonización el gesto decisivo es el del aventurero y el del pirata, el del tendero a lo grande y el del armador, el del buscador de oro y el del comerciante, el del apetito y el de la fuerza, con la maléfica sombra proyectada desde atrás por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente obligada, endógenamente, a extender la competencia de sus economías antagónicas por todo el planeta.

Aimé Césaire, Discurso sobre el colonialismo

1978

INTRODUCCIÓN

La presente investigación doctoral analiza la colonización inglesa de Virginia, en los actuales Estados Unidos, en sus años formativos (1584-1624). Este arco temporal de cuatro décadas comprende desde la exploración inglesa inicial, en 1584, hasta la sujeción de la colonia bajo autoridad directa de la corona, en 1624. Tomando como faro los contactos interétnicos se desprenden dos grandes áreas de análisis: las derivaciones culturales y las derivaciones sociales del proceso de colonización. La adopción de este recorte temático refleja, en primer lugar, la relevancia que se le otorga a las relaciones interétnicas, en un intento por resaltar la agencia histórica de los indígenas algonquinos, cuya resistencia al avance colonial determinó el fracaso de la primera tentativa inglesa en Roanoke, actual Carolina del Norte (1585-1586), y condicionó severamente el intento colonial en Jamestown, en la bahía de Chesapeake (1607-1624).

Las derivaciones culturales del contacto interétnico apuntan al complejo cuerpo de representaciones –textuales y visuales- sobre América y los americanos, cuyo impacto en la conciencia europea fue decisivo. Las derivaciones sociales remiten a las prácticas de intercambio y confrontación entre colonos e indígenas que marcaron el ritmo de la ocupación colonial y abarcan también la instauración de un orden colonial marcial que afectó seriamente las libertades de los propios colonos.

En función de estos ejes analíticos se plantea que la colonización de Virginia, en sus orígenes, estuvo fuertemente condicionada por el tipo de contacto interétnico, en particular por la resistencia indígena, mientras que las hipótesis específicas sugieren una estrecha relación entre esas experiencias y el contexto político-cultural metropolitano. En relación con esto último, se analizan los discursos sobre América y los americanos, los cuales constituyeron un factor clave a la hora de plantear estrategias de ocupación colonial, que incluyeron desde los primeros contactos pacíficos basados en el

intercambio, hasta la política de segregación, combate y exterminio que se instaló decisivamente en la década de 1620.

La exposición de los contenidos de esta tesis se divide en dos partes, la primera correspondiente a las “derivaciones culturales” y la segunda a las “derivaciones sociales”. Una razón para anteponer las derivaciones culturales a las sociales estriba en que en los capítulos de esta primera parte se exponen los contenidos que hacen al contexto de expansión ultramarina inglesa en diálogo con sus representaciones, mientras que en la segunda parte, las derivaciones sociales, se presentan los análisis sobre fenómenos más puntuales, relativos a la organización del dominio colonial. Pero el orden expositivo también responde a la lógica argumental adoptada, que toma como punto de partida los contextos y sus manifestaciones textuales en torno a la literatura de viajes, no sólo como expresión de las intenciones, expectativas y objetivos de los agentes coloniales, sino también como la fuerza propulsora de nuevos proyectos y nuevos viajes, nuevas experiencias de contacto colonial. En la segunda parte se analizan las experiencias de contacto interétnico, esto es, el concerniente a los vínculos entre colonos ingleses e indígenas de la etnia algonquina, habitantes de la porción central de la costa del litoral atlántico, con sus variables regionales, Roanoke y Chesapeake.

El apartado “derivaciones culturales” concierne al plano de la representación, tanto del discurso colonial inscripto en los textos como de sus manifestaciones visuales. La visión del indígena es analizada de cerca con el contexto de su producción, el cual se presenta una doble dimensión. Por un lado, los imperativos ingleses que incidieron en la mirada sobre los indígenas, como ser las disputas religiosas y políticas mantenidas con el imperio español o la necesidad de atraer inversiones y hombres para el emprendimiento colonial. A su vez, se asume que las representaciones sobre los indígenas concitaban en el Viejo Mundo despertó nuevos topos literarios, artísticos y filosóficos que concitaban la reflexión de los europeos.

El apartado “derivaciones sociales” se inaugura con una consideración etnohistórica de alcances generales sobre los algonquinos y prosigue con tres capítulos que tratan sobre la evitada cuestión de la conflictividad en la historia de la temprana colonización. De este modo, se analizan las hostilidades interétnicas y la instauración del orden marcial a partir de 1610, como

expresiones de conflicto en dos dimensiones, aunque interrelacionadas: el conflicto con los indígenas, que llevó a la colonia al borde de la extinción, y el conflicto entre las autoridades coloniales y los colonos de “común condición”, el cual incitó la formulación expresa de una disciplina rigurosa y desigual que instaló los cimientos de una sociedad colonial fuertemente polarizada.

La selección de los temas de los capítulos de la primera parte está dirigida por la trascendencia que han tenido esas representaciones para sus contemporáneos europeos y por eso se erigen como referentes culturales del proceso histórico, como son el caso de las representaciones de los algonquinos (cap. 1, 3 y 4), las correspondencias con las representaciones gaélicas (cap. 2) y el ambiguo discurso colonial de *La Tempestad* de William Shakespeare (cap. 5). La selección de los temas del apartado 2 responde a la ponderación que se ha hecho de las problemáticas específicas del contacto interétnico y su impacto en la conformación de la sociedad colonial.

Por su parte, el apartado “derivaciones sociales” agrupa ciertos aspectos de la organización social de la colonia que se desprenden del contacto interétnico, fundamentalmente ligados al intercambio y a la guerra con los indígenas. Estos son la imposición, desde 1610, del trabajo forzado entre los colonos, como resultado de la imposibilidad de explotar mano de obra indígena, junto con la instauración de un orden marcial que impuso un riguroso control para lograr el disciplinamiento social, sino que guerra contra los nativos. La política de intercambios con Powhatan es analizada en el capítulo 9, que tiene como protagonista a su hija Pocahontas.

En lo que respecta a la introducción propiamente dicha, se expone un estado de la cuestión y luego una reflexión sobre la importancia de la literatura de viajes para el despegue colonizador inglés en América a fines del siglo XVI.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Condicionamientos historiográficos

Una observación preliminar indica que el proceso histórico de colonización de Virginia en sus años formativos (1584-1624) ha ocupado un lugar marginal en la historiografía abocada a la colonización de América, por varios motivos. En términos generales, se evidencia un predominio cuantitativo de trabajos sobre la América hispana por sobre la inglesa, francesa y holandesa. Esta dominancia historiográfica tiene razones múltiples, que van desde la vastedad geográfica y las numerosas experiencias de conquista y colonización, hasta la compleja burocratización del dominio colonial y las fenomenales redes de administración, producción, comercio y migración que se enhebraron, no sólo en relación a los grandes centros plateros de México y Perú, sino también en las zonas periféricas. A ello se le suma la descomunal existencia de material documental de diverso tipo (registros oficiales y privados, relatos de viaje, restos arqueológicos, producciones artísticas, etc.)

Sobre el particular proceso de colonización de Virginia también recaen algunos condicionamientos historiográficos que hacen a su carácter elusivo, cuanto menos para un historiador latinoamericano. En primer lugar, la dominancia de los trabajos anglo-estadounidenses, que se traduce en escasa disponibilidad de fuentes y bibliografía en español. En segundo lugar, la abrumadora atención historiográfica que concentró el período de la colonia madura antes que en el período colonial de las primeras décadas.

La predilección por la historia colonial madura de Virginia, desde fines del siglo XVII hasta la Independencia en 1776, tiene un fundamento historiográfico. Éste consiste en analizar los fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales de la colonia como si fuesen producto de una "transferencia" o "transplante" de las respectivas instituciones inglesas al Nuevo Mundo. Así, instituciones coloniales como la asamblea, o la explotación servil en el campo (institución conocida como *indentured servants* o "siervos escriturados"), o el desarrollo de una aristocracia local, para mencionar algunos

ejemplos, son analizados como si fueran réplicas de las asambleas, los siervos o la *gentry* de Inglaterra. El sustrato ideológico sobre el que descansa el postulado de la “transferencia” o “transplante” es nada menos que la tradición liberal anglo-americana, la cual reconoce el dominio colonial inglés por sus cualidades civilizatorias. La versión estadounidense de este postulado pone de relieve, además, la autonomía que cobran estas instituciones respecto del gobierno metropolitano en función de sus intereses locales, autonomía que convergería finalmente en el proceso revolucionario y en la conformación de la nación.

Daniel Boorstin es un exponente de esta corriente, lo cual le valió un lugar de privilegio en la arena intelectual estadounidense como director de la Biblioteca del Congreso entre 1975 y 1987 y ganador de media docena de premios por sus libros de Historia-. En *The Americans, The Colonial Experience* (1959), Boorstin reflexionó sobre “los transportadores, los virginianos”, centrando su atención en la aristocracia terrateniente a partir del siglo XVIII y no antes. Sus primeras tres líneas resumen el espíritu del resto del capítulo – escueto, por cierto- sobre la colonia de Virginia: “La historia de Virginia difiere totalmente [de la de Nueva Inglaterra]; no existía un programa meticuloso ni la intención de gobernar siguiendo un plan, sino el esfuerzo concreto de efectuar el transporte de las instituciones”. Estas instituciones no eran otras que las de la “Inglaterra rural de los siglos XVII y XVIII”.¹

A pesar del surgimiento y desarrollo de la historiografía crítica en Estados Unidos -con tímidos despuntes en la década de 1930 y 1940 pero firmemente consolidada en las décadas de 1960 y 1970- la tradición liberal y nacionalista nunca perdió su presencia y siguió dominando el mercado editorial y los programas educativos. Esta historiografía cobró fuerza en períodos de convulsión política y social, como lo fueron la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Fría. De este modo, en un reconocido compendio histórico, publicado originalmente en 1942 y varias veces reeditado, los estadounidenses Henry

¹ Daniel J. Boorstin, *Historia de los norteamericanos. La experiencia colonial*, 2 vols., Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1973 [1959], vol. 1, p. 129. La mirada elitista y personalista de Boorstin también puede deducirse de la oración que le sigue: “Las otras colonias buscaban huir de los vicios de Inglaterra, pero los virginianos deseaban poner en práctica las virtudes inglesas”. Los virginianos, desde su punto de vista, eran los propietarios acaudalados.

Steele Commager, Allan Nevins y Jeffrey Morris celebraban la "herencia colonial", cuyos conceptos justifican la extensión de la cita:

Parte de la herencia que las colonias habrían de traspasar a la joven nación se hace patente a primera vista. El hecho de la lengua común, la inglesa, tuvo un valor inconmensurable (...) La prolongada y constantemente ampliada experiencia de las formas de gobierno representativo fue otra parte inapreciable de la herencia; (...) sólo los británicos permitieron a sus colonizadores constituir asambleas populares y crear gobiernos en los que tanto sus electores como los representantes poseían una responsabilidad política real. El resultado fue que los colonizadores ingleses poseían preocupaciones y experiencia políticas. El respeto mostrado para con los derechos civiles esenciales fue otro elemento importante para la herencia, pues los colonizadores creían tan firmemente en la libertad de expresión, de prensa y de asamblea, como los británicos del Viejo Mundo, y disfrutaron de una mucho mayor porción de las tres libertades que los propios ingleses, o si a eso vamos, que cualquier otro pueblo. El espíritu general de tolerancia religiosa en las colonias y reconocimiento de que las diferentes sectas podían y debían tratarse con entera amistad deben incluirse en el inventario. Cada fe quedó protegida bajo la bandera británica [...] A estas herencias deberíamos añadir sin duda el enérgico espíritu de empresa individual que se manifestó en las colonias, un individualismo apreciable en la propia Gran Bretaña, y acentuado ahora bajo la presión de la vida en una tierra rica pero salvaje y muy difícil. Los británicos jamás permitieron en sus colonias los monopolios que habían aplastado el esfuerzo individual en los dominios franceses y españoles.²

Tal como admite el estadounidense Thomas Bender en un trabajo reciente que recoge la dimensión oceánica de la historia estadounidense desde la época colonial, "esta narrativa protonacionalista y lineal persiste, moldeada y

² Allan Nevins, Henry Steele Commager y Jeffrey Morris, *Breve Historia de los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996 [1942], pp. 55, 57. De este grupo de autores se destaca Henry Steele Commager, uno de los intelectuales del *stablishment* más importantes de la segunda posguerra y promotor de la noción de "excepcionalismo" estadounidense, una noción que converge con la peculiar ética nacionalista de ese país.

deformada por su anticipación teleológica y el posterior surgimiento de los Estados Unidos".³

Principales corrientes historiográficas relativas Virginia, siglo XVII

La tradición liberal constituye el principal asidero ideológico de la historia académica estadounidense, la cual se conformó entre 1880 y 1914, años caracterizados por una intensa actividad académica y por la profusión de publicaciones sobre historia colonial. El hecho de que el despunte de la historia profesional -occidental en general y norteamericana en particular- haya tenido lugar durante el período acuñado por Hobsbawm como la "Era del Imperio" (1875 -1914), evidencia el estrecho vínculo que la ligaba con la dinámica de competencia por la ocupación colonial del mundo. Tal es así que la cuestión de la expansión ultramarina cobró un lugar central para las historiografías nacionales emergentes.

En una íntima relación con la dinámica de competencia por la ocupación colonial del mundo, la cuestión de la expansión ultramarina cobró un lugar central para las historiografías nacionales emergentes. Se destacan sobre todo las numerosas ediciones de documentos inéditos y eruditas reediciones que siguen siendo el material de trabajo preferido de los historiadores hasta nuestros días. Asimismo, en estos años se fundaron las principales revistas interesadas por la temática: *William and Mary Quarterly* (1892), *Virginia Magazine of History and Biography* (1893) y *American Historical Review* (1895).

Abonando al proceso de profesionalización de la historia, se publicaron importantes trabajos sobre las colonias del sur, los cuales indagaban especialmente en sus instituciones en función de construir una historia de las libertades políticas de Virginia, en un claro ataque al liderazgo colonial inglés. Tal fue el caso de *First Republic in America* (1898), de Alexander Brown, que objetó el dominio de la corona en general y al viejo liderazgo de la Compañía de Londres en particular; *The Institutional History of Virginia in the*

³ Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011 [2006], p. 27.

Seventeenth Century (1910), 2 vols, de Philip Bruce; y el trabajo de Herbert Osgood, *The American Colonies in the Seventeenth Century*, 3 vols. (1904-1907), quien analizó la organización política de las colonias de la Bahía de Chesapeake como derivación de la ley de propiedad, aunque reconociendo distinciones regionales entre Virginia y Maryland. Los trabajos más heterodoxos publicados en este período analizan el espectro social de la colonia en el siglo XVII y por ello han recibido un especial reconocimiento historiográfico en la década de 1960 y 1970, cuando el tema tomó relevancia en la academia norteamericana. Tales son los aportes del ya citado Philip Bruce, con su *Economic History of Virginia in the Seventeenth Century* (1895) y de Thomas J. Wertenbaker, *Patrician and Plebeian* (1910).

Durante las socialmente agitadas décadas de 1930 y 1940 tomaron relevancia los estudios económicos y sociales. En esta línea se destacan el *American Economic Thought in the Seventeenth Century* (1932), de Edgard A. J. Johnson; *Government and Labor in Early America* (1946), de Richard B. Morris; y *Colonists in Bondage: White Servitude and Convict labor in America, 1607-1776*, de Abbot E. Smith. Por sus contribuciones al conocimiento histórico en este período se destacan, además, *The Colonial Period of American History*, 4 vols. (1934-1938), de Charles M. Andrews, quien analizó la historia colonial en línea de continuidad con el más amplio contexto de imperialismo inglés, y *The Southern Colonies in the Seventeenth Century, 1607-1689* (1949) de Wesley Frank Craven, que cubrió todo el siglo con una amena narrativa histórica y apoyo documental.

En contraposición con la tendencia por la historia económica y social, se desataron desde fines de la década de 1940 los abordajes de historia cultural. Un temprano esfuerzo por sondear la historia intelectual había sido realizado por Louis B. Wright, a partir de la examinación de las bibliotecas de miembros de la elite dirigente de Virginia.⁴ Desde finales de esta década y a lo largo de la siguiente, Perry Miller se desatacó por sus estudios en materia de religión, y si bien se concentró en el estudio de las colonias puritanas de Nueva Inglaterra,

⁴ Louis B. Wright, *The First Gentlemen of Virginia: Intellectual Qualities of the Early Ruling Class*, San Marino, California, Huntington Library, 1940.

identificó una coexistencia relativamente armónica del puritanismo en Virginia con el anglicanismo imperante.⁵

Durante la década de 1950 la historiografía norteamericana se volcó a la denominada "Historia Atlántica", caracterizada por la conexión de procesos históricos americanos y europeos, interés que comulgaba el rol hegemónico que Estados Unidos adoptó en el concierto de potencias mundiales y que encontró su respaldo en las recientemente creadas instituciones internacionales, tales como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN, de 1949) y las instituciones monetarias y financieras surgidas de los acuerdos de Bretton Woods, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial (1946). El exponente de esta corriente, Bernard Bailyn, define de la siguiente manera el contexto de emergencia de esta corriente:

la década posterior a 1945 presencié la creación del Plan Marshall, la Doctrina Truman y la Organización del Tratado del Atlántico Norte, y vio también la expansión de las organizaciones no gubernamentales a través del mundo occidental en apoyo de la Alianza Atlántica. Con presiones divisorias creciendo en Francia y Gran Bretaña, con conflictos dentro del establishment estadounidense respecto del rumbo a tomar en política exterior, y con el constante peligro de un aislacionismo redivivo, la necesidad de la consolidación [de una cooperación atlántica de promoción del "mundo libre"] era obvia.⁶

De allí se explica el hecho de que la UNESCO auspiciara dos importantes conferencias en 1953, en San Pablo y en Ginebra, con el propósito de "reforzar los lazos intelectuales y morales en el viejo y el Nuevo Mundo".⁷ La solidez de este lazo se comprueba en las importantes contribuciones de los franceses Pierre Chaunu y Jacques Godechot, y del belga Charles Verlinden.⁸

La Historia Atlántica tuvo un nuevo espaldarazo institucional a principios de la década de 1960 mediante la creación del Consejo Atlántico de los

⁵ Perry Miller, "The religious Impulse in the Founding of Virginia: Religion and Society in the Early Literature", *William and Mary Quarterly*, V, 1948, (492-522).

⁶ Bernard Bailyn, *Atlantic History, Concepts and Contours*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2005, p. 9.

⁷ *Ibid.*, p. 20.

⁸ En orden de publicación: Jacques Godechot, *Histoire de l'Atlantique* (1947); Charles Verlinden, *Les origines de la Civilisation Atlantique* (1966), Pierre and Hugette Chaunu, *Séville et l'Atlantique* (en 11 volúmenes entre 1955 y 1959). *Idem.*

Estados Unidos, en 1961, la oficina gubernamental que financió congresos y publicaciones y fundó en 1963 la revista *The Atlantic Community Quarterly*. Bailyn afirma que los trabajos que se abocaron al período colonial de Virginia comportaron un avance para el análisis de las plantaciones anglo-americanas, respecto de su “compleja estructura social, las desviaciones respecto de los modelos sociales metropolitanos y la red de conexiones con otras partes del mundo Atlántico”.⁹

Al no plantear más definición teórica que la de las múltiples influencias existentes entre los continentes que miran al océano, la Historia Atlántica muestra cierta afinidad con los aportes que, desde una perspectiva renovada y con mayor rigor científico que las del siglo XIX, insisten con la noción de transferencia. En su compilación de ensayos sobre historia colonial del siglo XVII, presentados en un congreso celebrado en 1957 en ocasión de los 350 años de la fundación de Jamestown, James Morton Smith identificó que los divergentes trabajos presentados tenían un denominador común, su afán por estudiar la adaptación de las instituciones metropolitanas en América. Por ello, estudiaron

las influencias del medio en el Nuevo Mundo y las aspiraciones, motivos y presiones que compeleron a la gente a abandonar el Viejo (...) Los primeros inmigrantes trajeron con ellos el sentido jerárquico del orden, aunque tal vez fuera inevitable que pronto hubiesen descubierto que sus modos de vida anteriores no los preparaba para la vida en la tierra virgen [wilderness]. Adaptando sus instituciones inglesas tradicionales para hacerlas coincidir con las nuevas demandas, ellos transformaron lo que habían transplantado.¹⁰

⁹ Ibid., p. 36. A pesar de señalar el avance analítico de esta corriente, Bailyn no brinda ejemplo alguno. A riesgo de rotularlos inapropiadamente, se ofrecen aquí algunos trabajos que representan a la Historia Atlántica: Robert P. Brenner, *Commercial Change and Political Conflict: The Merchant Community in Civil War London* (1970); Steven D. Crow, "Left at Liberty: the Effects of the English Civil War and Interregnum on the American Colonies" (Tesis doctoral, Universidad de Wisconsin, 1974); Stephen Saunders Webb, "Army and Empire: English Garrison Government in Britain and America, 1569 to 1763" (1977), John C. Rainbolt, "The Absence of Towns in Seventeenth-Century Virginia" (1979), que aborda temas económicos y sociales pero es sobre todo una examinación de las relaciones imperiales.

¹⁰ James Morton Smith (ed.), *Seventeenth-Century America. Essays in colonial History*, New York, Norton & Company, 1972 [1959], p. X.

Un pasaje de Bernard Bailyn, cuyo trabajo está incluido en la compilación del citado Morton Smith, ilustra el espíritu historiográfico dominado por la idea de “transferencia”:

durante los primeros años de asentamiento, una transferencia directa a Virginia de los niveles más altos de la sociedad jerárquica inglesa, así como también de los más bajos. Si la gran mayoría de los colonos fueron reclutados entre los *yeoman* y los de abajo suyo, hubo sin embargo una representación razonable de aquellos grupos más altos reconocidos para ser los legítimos gobernadores de la sociedad. Es un hecho de suma importancia, sin embargo, que esta elite gobernante no sobrevivió una sola generación, al menos en su forma original.¹¹

Mientras que la Historia Atlántica seguía su curso, a mediados de 1960 se produjo un “despertar” del interés académico sobre colonia temprana en Chesapeake.¹² La atmósfera de efervescencia social y política que cubría a los Estados Unidos en los años sesenta también tuvo su impacto historiográfico, con el advenimiento de la Nueva Izquierda, cuyo foco de análisis estaba puesto en la historia social. Esta nueva generación de *scholars*, identificados -o no- con la Nueva Izquierda, se preocupó especialmente por la historia social de la colonia, lo cual marcó una fractura con la historiografía tradicional liberal, abocada a temas políticos o institucionales. La cuestión de la esclavitud tomó una particular relevancia dentro de esta corriente. Pero quizá su renovación más radical haya sido la incorporación de los indígenas estadounidenses como actores históricos, en un diálogo permanente con la antropología. El trabajo de la antropóloga Nancy Lurie sobre los “ajustes” culturales indígenas a la civilización europea (1957) dio un importante impulso a trabajos de corte etnohistórico.¹³

¹¹ Bernard Bailyn, “Politics and social structure in Virginia”, en Morton Smith (ed.), op. cit. (90-115), p. 93.

¹² Thad W. Tate, “The Seventeenth-Century Chesapeake and its Modern Historians”, en Thad W. Tate y David L. Ammerman, *The Chesapeake in the Seventeenth Century. Essays on Anglo-American society*, Chapel Hill, 1979, p. 4.

¹³ Nancy Oestreich Lurie, “Indian cultural adjustment to European Civilization”, Morton Smith (ed.), op. cit (33-60). En la línea del trabajo etnohistórica se destacan el arqueólogo Lewis Binford, con su tesis doctoral sobre el “Desarrollo diverso y progresivo de las culturas aborígenes de la costa de Virginia y Carolina del Norte” (Universidad de Michigan, 1964, inédito); William N. Fenton, con su *American Indian and White Relations to 1830. Needs and*

Los trabajos sobre historia social se expandieron en la década de 1970, con la aparición de nuevos abordajes centrados en patrones de inmigración, mortalidad, crecimiento demográfico, movilidad social, proporciones de género y estructura familiar. Resaltan los aportes de James Horn (1979) sobre la inmigración de siervos a Chesapeake en el siglo XVII y de Carville V. Earle (1979) sobre la mortalidad en la temprana Virginia.¹⁴ En sintonía con estos trabajos se expandieron los trabajos destinados a explorar cuestiones económicas del período colonial, tales como precios, distribución de la riqueza, y otros aspectos relacionados de cerca con el orden social. Para los inicios del siglo XVII (y hasta aproximadamente 1660) el tema predominante fue el grado de oportunidad que la creciente economía del tabaco ofrecía a quienes lograban sobrevivir y obtener el control sobre la tierra y, fundamentalmente, sobre el trabajo.¹⁵ Se incluyen en este campo los abordajes microhistóricos que resultan de la reexaminación de documentos locales, como las herencias, registros fiscales y judiciales, inventarios, etc.

American Slavery, American Freedom (1975), de Edmund Morgan, es considerado un estudio emblemático de la economía y la sociedad colonial. No obstante, la complejidad y amplitud analítica de esta obra hace inviable su clasificación dentro del estricto campo historiográfico, ya que es reclamada tanto por los historiadores centrados lo económico y lo social, como por los historiadores interesados por lo político.¹⁶ El magistral trabajo de Morgan hace hincapié en la relación de clases sociales de la Virginia colonial –con especial énfasis en la servidumbre y la esclavitud- y las proyecciones políticas revolucionarias, centradas en una noción de libertad radical sin precedentes.

Opportunities for Study (1957); y Bernard Hoffman, con sus artículos sobre población algonquina en el siglo XVII (1967; 1973).

¹⁴ Ambos trabajos están incluidos en la compilación de Thad Tate y David L. Ammerman (eds.), op. cit. Para la cuestión demográfica de la Virginia colonial del siglo XVII se destacan los aportes de Irene Hecht (1973); Lorena S. Walsh y Russell R. Menard (1974); Darret B. y Anita H. Rutman (1976); Daniel Blake Smith (1978); y Louis Green Carr y Lorena S. Walsh, quienes indagan sobre el rol de la mujer (1977).

¹⁵ Sobre este tema sobresalen los trabajos sobre colonia madura, es decir, desde la segunda mitad del siglo XVII. Sólo para citar aquellos abocados a la cuestión del trabajo en Virginia de la primera mitad del siglo XVII: Edmund Morgan, "The Problem at Jamestown, 1607-1608" (1971) y "The First American Boom: Virginia, 1618 to 1630" (1971); Russell Menard, "The Tobacco Industry in the Chesapeake Colonies, 1617-1730: An interpretation" (1979).

¹⁶ Bárbara Fields hace un interesante análisis de los orígenes de la ideología racista en torno al argumento central de Morgan. Bárbara Fields, "Slavery, Race and Ideology in the United States", *New Left Review*, 181, 1990, (95-118). Hay traducción española en *Huellas de los Estados Unidos* Nº 4, marzo de 2013, (24-44).

Para el autor, “el ascenso de la libertad y la igualdad en Norteamérica había sido acompañado por el ascenso de la esclavitud”.¹⁷ La ética revolucionaria se moldeó, según su argumento, en función de la absoluta negación de esa libertad a los “otros” definidos racialmente, los esclavos.

Durante las décadas de 1960 y 1970 también cobraron importancia las dimensiones intelectuales y culturales de la Virginia colonial. En 1964, Howard Mumford Jones enfatizó, desde la crítica literaria, la incorporación de ciertos aspectos del Renacimiento europeo en las colonias de América del Norte.¹⁸ El blanco de interés de los historiadores fue la mirada europea de los habitantes nativos de la Bahía de Chesapeake, y los referentes son Wesley Frank Craven (1971), Gary Nash (1972), Robert Berkhofer (1978) y Alden T. Vaughan (1978).¹⁹ Si bien son valiosas sus contribuciones para el entretendido de la historia cultural de la modernidad europea, estos abordajes padecen la misma anemia, en la medida que no consideran la agencia indígena en la construcción de las identidades. Por su parte, H. C Porter publicó un voluminoso trabajo monográfico sobre la mirada inglesa respecto del *Inconstant Savage* (1979), pero sin hacer más alusión al contacto interétnico del que se desprende de las fuentes escritas y mediar validación alguna.²⁰

En *Settling with Indians*, de 1980, Karen Ordahl Kupperman²¹ complejizó el análisis en un interesante contraste entre la visión inglesa de los indígenas – concentrada en la noción de salvajismo- y la vulnerabilidad material del establecimiento colonial. En este trabajo Kupperman sugirió, aunque no resolvió categóricamente, que la noción de salvajismo dominante de las primeras décadas instalación colonial no remitía a nociones preconcebidas (o

¹⁷ Edmund Morgan, *Esclavitud y Libertad en los Estados Unidos. De la Colonia a la Independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 (edición en español de *American Slavery, American Freedom*, 1975), p. 18.

¹⁸ Howard Mumford Jones, *O Strange New World: American Culture-The Formative Years*, New York, Viking Press, 1964. Hay traducción en español: *Este extraño Nuevo Mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*. Traducción de Andrés Mateo. México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, 1966.

¹⁹ Wesley Frank Craven, *White, Red, and Black: The Seventeenth-Century Virginian* (1971); Gary Nash, "The image of the Indian in the Southern Colonial Mind" (1972); Robert Berkhofer, *The White's Man Indian: images of the American Indian from Columbus to the Present* (1978); Alden T. Vaughan, "'Expulsion of the Savages': English Policy and the Virginia Massacre of 1622" (1978).

²⁰ Este scholar de Cambridge justificó en su prefacio que su "objeto no es el contacto indígena-europeo sino las reacciones de los ingleses a ese contacto". H. C. Porter, *The Inconstant Savage, England and the North American Indian, 1500-1660*, London, Duckworth, 1979, p. xi.

²¹ Karen Ordahl Kupperman, *Settling with Indians. The Meeting of the English and Indian Cultures in America, 1580-1640*, Totowa, Rowman & Littlefield, 1980.

transplantadas desde la metrópoli) sino que se fue moldeando en la propia experiencia colonial. De este modo, las frustraciones de la experiencia adoptarían, en los relatos de los pioneros, el discurso de la superioridad cultural europea.

El rescate historiográfico de Roanoke (1584-1590)

La renovación historiográfica de las décadas de 1960 y 1970 también tuvo su impacto en la apertura de un nuevo frente de investigación, la frustrada colonización de Roanoke de tiempos isabelinos (1584-1590), un tema olvidado hasta entonces por la historiografía, que en vistas de sus desastrosos resultados, privilegió estudiar el siglo XVII. La iniciativa para el estudio de Roanoke partió de Inglaterra veinte años antes de la mano del historiador irlandés David Beers Quinn (1909-2002), cuya contribución fue decisiva para el despunte de las investigaciones sobre la expansión ultramarina en tiempos isabelinos. En el año de 1940 Quinn publicó una colección de relatos de viajes de la experiencia de Humphrey Gilbert, con el sello de la Hakluyt Society, cuyo aparato crítico planteaba una articulación de los intereses coloniales de Gilbert en América con su experiencia militar en Irlanda.²² En 1955 publicó con el mismo sello un completo corpus documental en su erudita edición de *Roanoke Voyages, 1584-1590*,²³ la cual se convirtió en un modelo a seguir para las posteriores publicaciones de esa prestigiosa casa editorial, de la cual fue vicepresidente entre 1960 y 1982. Paralelamente, escribió tratados sobre viajes y descubrimientos con gran maestría en el manejo de fuentes y mapas.

En virtud de la obra de Quinn, la frustrada experiencia colonial de tiempos isabelinos dejó de ser un tópico marginal en la historiografía para hacerse un lugar dentro de la historia de la expansión ultramarina inglesa o,

²² David Beers Quinn (ed.), *The Voyages and Colonising Enterprises of Sir Humphrey Gilbert*, 2 vols., London, Hakluyt Society, 1940. Esta edición agrupa 142 documentos provenientes de 13 archivos diferentes con las notas y una introducción de más de 100 páginas.

²³ David Beers Quinn (ed.), *The Roanoke Voyages, 1584-1590*, 2 vols., London, Hakluyt Society, 1955. Reeditado, también en 2 volúmenes, en New York por Dover publications en 1991.

visto desde los Estados Unidos, constituir un antecedente de su temprana historia colonial. El propio Quinn puso de relieve su importancia, al señalar que

Aunque carecen de la magnitud y novedad mundial que revisten los de Drake y Cavendish, los viajes a Roanoke fueron un episodio significativo en la confrontación marina entre la Inglaterra isabelina y España, dado que ahora es evidente que sus objetivos a corto plazo eran facilitar la actividad corsaria por medio del establecimiento de una base continental en Norteamérica desde la cual pudieran atacar a las Indias españolas y a las flotas provenientes de allí con mayor efectividad. Éstos revisten, también, cierto interés científico. Su desarrollo permitió por primera vez a los ingleses lanzarse seriamente a explorar, mapear y registrar la información de los recursos naturales y la sociedad nativa de alguna parte de Norteamérica. Los métodos empleados ilustran el proceso de desarrollo técnico y científico de finales del siglo XVI, mientras los resultados, en la medida en que se hicieron conocidos en Europa, expandieron y corrigieron de manera apreciable el conocimiento existente sobre aquella parte del Nuevo Mundo que era menos conocida y comprendida en el Viejo. Todavía más, los viajes se sitúan en el umbral del período de establecimiento inglés en Norteamérica y representan la primera tentativa inglesa de establecer guarniciones y comunidades permanentes en suelo estadounidense. Si bien los experimentos coloniales fracasaron, ellos son de un interés considerable a la hora de revelar los factores económicos y sociales involucrados en el establecimiento ultramarino, y su estudio debería constituir los cimientos de cualquier historia sobre el primer imperio británico o sobre Estados Unidos.²⁴

Otra de las grandes contribuciones para el estudio de la colonización de Roanoke fue la publicación de fuentes iconográficas como las acuarelas que John White elaboró durante su estadía en Roanoke entre 1585-1586. Algunas de éstas fueron primeramente publicadas en 1904 en la edición de *Principall Navigations* de Hakluyt preparada por la Universidad de Glasgow.²⁵ En 1946 las imágenes de White adquirieron un alcance mayor con *The New World*, de

²⁴ David Beers Quinn, *The Roanoke Voyages, 1584- 1590*, vol. 1, New York, Dover Publications, 1991, p. ix.

²⁵ Richard Hakluyt (ed.), *Principall Navigations of the English Nation*, 12 vols., Glasgow, James MacLehose and Sons, 1903-1905. Las reproducciones de White incluidas se encuentran en el vol. VIII dedicado al Nuevo Mundo (1904).

Stefan Lorant,²⁶ que incorporó también los grabados de Theodoro de Bry basados en éstas. En 1964 las acuarelas fueron nuevamente publicadas, a instancias del Museo Británico, en *The American Drawings of John White, 1577-1590*, una prestigiosa edición a cargo de Paul Hulton y el propio Quinn.²⁷

En 1971, el afamado historiador del *stablishment* estadounidense Samuel Eliot Morison dedicó el último capítulo de su voluminoso *European Discovery of America a Roanoke*, al cual concibió como “la primera colonia de Virginia”.²⁸ La narrativa de Morison, más cercana a una *story* que a una *history*, se dedica a describir el aspecto organizativo de los viajes a Roanoke (financiamiento, permisos, objetivos, miembros intervinientes) y sus derroteros, con especial énfasis en la ubicación geográfica de las expediciones. Las referencias a la propia experiencia de colonización son marginales y se apoyan en citas de relatos de viaje, sin calar en su validación.

En 1977 David Quinn volvió sobre la colonización de Roanoke en *North America, from Earliest Discovery to First Settlements*,²⁹ incluyendo la descripción de un infructuoso viaje en 1602 para rescatar sobrevivientes. En 1984 aparecieron dos trabajos específicos sobre Roanoke, en el marco de las celebraciones por el cuarto centenario del primer intento colonizador inglés en la región. Nuevamente Quinn colaboró con *The Lost Colonists, Their Fortune and Probable Fate*, donde argumenta sobre la posibilidad de los colonos de la expedición de John White de 1587 hubieran sobrevivido merced a su

²⁶ Stefan Lorant (ed.), *The New World. The First Pictures of America*, New York, Duell, Sloan & Pearce, 1946.

²⁷ Paul Hulton y David Beers Quinn (eds.), *The American Drawings of John White 1577-1590. With drawings of European and Oriental Subjects*. London, the trustees of the British Museum, Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina Press, 1964. Consultado en la Biblioteca de la Universidad de Stanford, California, sección Colecciones Especiales, año 2010.

²⁸ Samuel Elliot Morison, *The European Discovery of America. The Northern voyages*, New York, Oxford University Press, 1971. Morison (1887-1976), se consagró académicamente como Profesor de Historia de la Universidad de Harvard por cuatro décadas y militarmente como Contraalmirante de la Marina durante la Segunda Guerra Mundial. Fue el autor de más de cincuenta libros, dos veces ganador del premio Pulitzer, y el coautor de un manual emblemático de la historia oficial estadounidense: *The Growth of the American Republic* (1930). Aunque escribió sobre una gama muy amplia de temas, se concentró en Nueva Inglaterra del período revolucionario y en la historia naval, con varios trabajos sobre los viajes de exploración al actual territorio norteamericano durante la edad Moderna.

²⁹ David Beers Quinn, *North America. From Earliest Discovery to First Settlement. The Norse Voyages to 1612*, New York, Harper & Row, 1978. Este libro constituye el primer tomo de la colección *New American Nation Series*, dirigida por Henry Steele Commager y Richard B. Morris y pensada para más de 40 tomos.

integración con las comunidades indígenas.³⁰ Por su parte, Karen Ordahl Kupperman, publicó *Roanoke, the Abandoned Colony*, concebida como una reivindicación historiográfica, teniendo en cuenta que "Roanoke es una colonia dos veces olvidada. Fue abandonada por sus fundadores del siglo XVI y ha sido casi completamente ignorada por los estadounidenses del siglo veinte".³¹

La tríada posmoderna: Nueva Historia Cultural, Nuevo Historicismo y Teoría Poscolonial.

La década de 1980 marcó un sustantivo quiebre historiográfico en la medida en que la crisis del paradigma científico permitió el avance cada vez más decidido de los predicados post estructuralistas. Para Roger Chartier, las expresiones sintomáticas de esta crisis eran:

Por un lado, los criterios tradicionales y clasificaciones que han sido el sustrato de la historia (...) han perdido su fuerza en tanto evidencia. Los historiadores han tomado consciencia de que las categorías que manipulaban también tenían una historia y que la historia social era necesariamente la historia de la construcción y usos de aquellas categorías. Por otro lado, las jerarquías habituales fundadas en una concepción fija y unívoca de la actividad profesional o los intereses sociales parecieron dar cuenta sólo pobremente de la versatilidad de las relaciones y trayectorias que definen las identidades.³²

El denominado "giro lingüístico", *mainstream* posmoderno de principios de la década de 1970 que equiparaba en un plano de igualdad a los discursos sobre realidades pretéritas con los discursos de ficción, fue ocupando cada vez más el vacío que dejaron tanto la historia económica y social y como la historia totalizadora. Los cimbronazos de *fin de siècle* - la caída del muro de Berlín, la

³⁰ David Beers Quinn, *The Lost Colonist. Their Fortune and Probable Fate*, Raleigh, America's Four Hundredth Anniversary Committee of North Carolina Department of Cultural Resources, 1984.

³¹ Karen Ordahl Kupperman, *Roanoke, the Abandoned Colony*, Savage, Maryland, 1984, p. vii.

³² Roger Chartier, *On the Edge of the Cliff. History, Language and Practices*, London, John Hopkins University Press, 1997, p. 4

primera guerra del Golfo, el fracaso de los nacionalismos del Tercer Mundo, las perversiones económicas, sociales y culturales del capitalismo global, la emergencia de un orden global "diaspórico" y la insidiosa presencia de prácticas neocoloniales- no hicieron más que acentuar la tendencia deshistorizante del giro lingüístico, que se capilarizó en tres nuevas corrientes historiográficas: la Nueva Historia Cultural, el Nuevo Historicismo y la Teoría Poscolonial.

La Nueva Historia Cultural se conformó a fines de la década de 1980, adoptando su categoría distintiva, dentro de la disciplina, en 1989, cuando Lynn Hunt publicó una colección de ensayos bajo el título *New Cultural History*.³³ Esta corriente comparte los fundamentos del giro lingüístico respecto de la objeción a la noción de realidad como exterior al discurso y, en consecuencia, desestima la diferencia entre texto y contexto, reduciendo este último a una manifestación más del primero. Además, ha encontrado modelos de inteligibilidad en disciplinas poco frecuentadas hasta entonces por los historiadores, como la crítica literaria y la antropología. Respecto de esta última, se destacan las contribuciones de Clifford Geertz, Victor Turner y Mary Douglas, que desde la perspectiva de la antropología simbólica se han dedicado a descifrar los significados inscritos en ciertas prácticas culturales.³⁴ Estas apropiaciones interdisciplinarias han reforzado la predilección de la Historia Cultural por el análisis de las representaciones, desestimando el interés por la inferencia de las leyes causales de explicación. Roger Chartier señala que el inédito modo de comprensión de las relaciones entre las formas simbólicas y el mundo social, característico de la *new cultural history*, tiene sede en una ruptura epistémica, de manera que "al enfoque clásico, dedicado a definir las divisiones y las relaciones sociales homogéneas," ella propone la construcción móvil, inestable y conflictiva de las mismas, a partir de las

³³ Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1989.

³⁴ El estadounidense Clifford Geertz abrió el frente de la antropología simbólica con *The Interpretation of Cultures* (1973), cuyos planteos abonó en su colección de ensayos *Local Knowledge. Further Essay in Interpretative Anthropology* (1983). Los británicos Victor Turner (en rigor, escocés) y Mary Douglas, por su parte, han hecho valiosos aportes a partir de estudios de caso que junto con Geertz se han encumbrado como referentes de esta tendencia antropológica.

prácticas sin discurso, de las luchas de representación y de los efectos performativos de los discursos”.³⁵

El enfoque clásico al que alude Chartier no es otro que la Historia Cultural o también llamada historia de las mentalidades, tal como la formuló la Escuela de Annales en la primera posguerra, la cual ha hecho foco en las mentalidades colectivas, confrontando así a la historia intelectual clásica dedicada a las ideas que resultan de la elaboración consciente de una mente singular. En virtud de ese objeto de estudio colectivo es que la historia cultural incorporó, en las décadas de 1960 y 1970, el método serial y estadístico propio de la historia socioeconómica, lo cual era propicio para fuentes masivas, ampliamente representativas como los inventarios, testamentos, catálogos, archivos judiciales, etc. Por otra parte, la historia cultural sumó ciertos elementos de la antropología, la psicología y la sociología al estudio de la historia de las mentalidades, siempre entendida en términos de expresiones inconscientes de la sensibilidad colectiva, a partir de lo cual se constituyó en vanguardia historiográfica.

En la década de 1990, y acompañando la crisis de paradigmas del mundo globalizado, la Nueva Historia Cultural tuvo un crecimiento notable con la profusión de estudios de caso, sean historias locales o epifenómenos. El sustrato común de estas contribuciones es la nivelación de toda interpretación histórica a la categoría de relato. No obstante, existen matices interesantes entre la escuela norteamericana, que se caracteriza por la utilización de conceptos y modelos de la antropología simbólica, y la escuela francesa, cuyo interés pasa por criticar a la tradición de *Annals*, “tanto a las definiciones clásicas de la noción de mentalidades como a certidumbres estadísticas de la historia social en el nivel de la cultura”.³⁶

Desde inicios de la década de 1990 Roger Chartier manifestó su preocupación por la dominancia del giro lingüístico, especialmente en la academia norteamericana, en tanto suponía una “peligrosa reducción del mundo social a una construcción puramente discursiva y a puros juegos del

³⁵ Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia, 2005, p. 13.

³⁶ *Ibid.*, p. 14.

lenguaje".³⁷ La inquietud de Chartier, quien a fines de los ochenta se mostraba atraído por las novedades teóricas que ofrecía la Nueva Historia Cultural, derivó en un distanciamiento frontal con ésta. Sin negar los condicionamientos del lenguaje que operan en las percepciones, representaciones y racionalidades (que atañen tanto a los actores históricos como a los historiadores que los interrogan), puso de relieve la cuestión del contexto material. Según este prestigioso historiador de la cultura del libro y la lectura en el Antiguo Régimen, todo análisis de la cultura, sus representaciones o sus apropiaciones –siguiendo aquí el sentido de Michel Foucault- deben atender necesariamente a las "condiciones y a los procesos que, muy concretamente, llevan las operaciones de construcción del sentido", lo cual significa reconocer "que ni las inteligencias ni las ideas son descarnadas".³⁸ Carlo Ginzburg y Peter Burke, por su parte, han sumado fundamentos para combatir la tendencia deshistorizante de la Nueva Historia Cultural, el primero a partir del señalamiento del método –el análisis de documentos históricos- como pivote del conocimiento objetivo, y el segundo mediante el énfasis en el contexto histórico.

El Nuevo Historicismo se inició en los Estados Unidos en paralelo a la Nueva Historia Cultural, y aunque la corriente aglutina a investigadores provenientes de la crítica literaria, comparte con ella la nivelación de las fuentes históricas y los textos literarios a un mismo plano, aunque en un sentido inverso. Mientras que la Nueva Historia Cultural reduce las fuentes históricas y la propia escritura de la historia a la categoría de artefacto literario, el Nuevo Historicismo concibe a las fuentes literarias en tanto documentos históricos y las aborda teniendo en cuenta el contexto de su producción. En este sentido, el Nuevo Historicismo manifiesta un reconocimiento mayor por la Historia que los filósofos e historiadores franceses. Sin embargo, los intelectuales enrolados en el Nuevo Historicismo, como sus "correligionarios" europeos, no sólo rehúsan cualquier intento de sistematización teórica y metodológica, sino también

³⁷ Roger Chartier, *On the Edge of the Cliff: History, Language and Practices*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1997, p. 4.

³⁸ Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre la práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1995 [1992], p. 53.

muestran una "fascinación por lo particular".³⁹ Las contribuciones del Nuevo Historicismo son por ello fragmentarias, y de carácter descriptivo antes que analítico.

Una notable excepción es el trabajo de Stephen Greenblatt, mentor y exponente de esta corriente por su calidad analítica. Greenblatt, quien proviene del campo de las Letras, delimitó el área de estudios sobre el Renacimiento, y en particular se destacó por la crítica literaria de las obras de Shakespeare. En *Shakespearean Negotiations* (1988) indagó en la cuestión de la relación entre obra y discurso y las prácticas que operaron tanto como matrices de creación estética como de condicionamientos de su inteligibilidad. Por ejemplo, su análisis del discurso de Thomas Hariot sobre los indígenas de Roanoke (1588) indaga sobre el clima intelectual de la Inglaterra isabelina de forma dialógica con la interpretación de los significados del discurso.⁴⁰ Todavía más, en *Marvelous Possessions* (1991) el crítico literario expone valiosos elementos para una hermenéutica sobre los relatos de viaje sobre el Nuevo Mundo.

En su "caja de herramientas" se encuentra, en primer lugar, la noción de lo maravilloso y su emplazamiento discursivo en las anécdotas. En segundo lugar, el concepto de "capital mimético", que opera como vector analítico entre la producción y la reproducción de las representaciones. La noción de "capital mimético" obedece a la fundamental conexión entre mimesis y capitalismo a causa de dos atributos fundamentales: por un lado, la capacidad reproductiva de las imágenes, en tanto "se mantienen y se multiplican a sí mismas a través de la transformación de los contactos culturales de formas novedosas e inesperadas", y por otro lado la relación con un "conjunto de creencias, jerarquías, resistencias y conflictos" de la cultura donde circula que, más que como reflejo de las relaciones sociales, la convierten en sí misma en una relación social.⁴¹

Greenblatt también advierte que "es importante resistir a lo que *a priori* podríamos llamar determinismo ideológico, esto es, a la idea de que los modos particulares de representación están intrínseca y necesariamente unidos a una

³⁹ Stephen Greenblatt y Catherine Gallagher, *A práctica do Novo Historicismo* [2000], San Pablo, EDUSC, 2005, p. 13.

⁴⁰ Stephen Greenblatt, *Shakespearean negotiations. The circulation of social energy in Renaissance England*, Oxford, Clarendon Press, 2000 [1988], cap. 2: "Invisible Bullets" (21-65).

⁴¹ Stephen Greenblatt, *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*, Barcelona, Marbot ediciones, 2008, p. 28.

cultura, clase o sistema de creencias dados, y que sus efectos son unidireccionales". El crítico literario opone al peso de la tradición el principio de "hibridez irresuelto e irresoluble" propio de los interregnos culturales, ahí donde la novedad (por caso, el Nuevo Mundo) adquiere su significado.⁴² De esta manera, Greenblatt hace un reconocimiento a la teoría del poscolonial Homi Bhabha, la cual se analizará un poco más adelante.

La teoría poscolonial completa la triada de enfoques ligados al giro lingüístico. Si bien ésta constituye un terreno que es visitado mayormente por estudios centrados en el mundo contemporáneo poscolonial, aquí se fundamentará su pertinencia respecto a los problemas de la Edad Moderna, dado que provee elementos para una reflexión crítica acerca de los fundamentos culturales sobre los cuales Occidente ha interpretado la *otredad* desde el momento fundacional de la modernidad, esto es, con la colonización del continente americano. En este sentido, se adopta de la teoría poscolonial su dimensión ontológica, tan cara a las ciencias sociales del mundo actual, que consiste en "restituir al Otro aquella subjetividad sustraída por el colonialismo en todas sus manifestaciones: políticas, económicas y discursivas".⁴³ En cuanto al orden propiamente epistemológico, la teoría poscolonial ofrece conceptos valiosos para la crítica cultural, especialmente sobre el plano de las representaciones.

La teoría poscolonial surgió por iniciativa de intelectuales indios a principios de la década de 1980, con centros de trabajo en Inglaterra y en la India. El Centro de Estudios Culturales de Birmingham, fue la matriz de la carrera académica de Homi Bhabha y Gayatri Chakravorty Spivak, centrados en la noción de raza y género respectivamente. Estas categorías se convertirían en el nodo de los análisis poscoloniales. El *Centre for Contemporary Cultural Studies* (CCCS) de la Universidad de Birmingham surgió como un proyecto intelectual marxista; fue creado en 1963 bajo la dirección de Richard Hoggart y con Raymond Williams y Stuart Hall –director entre 1969 y 1979) como sus más destacados colaboradores. Los intelectuales

⁴² Francias Baker, Peter Hulme y Margaret Iversen, *Colonial discourse/ postcolonial theory*, Manchester, Manchester University Press, 1996, p. 1. Los planteos de Bhabha y Spivak adquirieron gran repercusión con la publicación de *Europe and its Others*, en 1985, que recogía en dos volúmenes los aportes de la conferencia homónima.

⁴³ Miguel Mellino, *La crítica poscolonial. Descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*, Buenos Aires, Paidós, 2008, p. 114.

del CCCS se nutrieron inicialmente de los aportes teóricos de E. P. Thompson y Gramsci y más adelante, para fines de la década de 1970, incorporaron las ideas de Althusser, Lacan, Saussure, Barthes y luego Foucault. La versatilidad metodológica y la ausencia de una doctrina teórica, permitieron el desarrollo de un amplio campo de investigación interdisciplinario y plural. A principios de la década de 1980, los intelectuales del CCCS definían a la cultura como una "fuerza de significado" no relacionada estrictamente con las condiciones estructurales de su producción.⁴⁴ El CCCS publicó la obra pionera de los estudios poscoloniales, *The Empire Strike Back* (1982), una serie de ensayos que ponderaban la cuestión de la raza y el género en la construcción de las subjetividades individuales en la Gran Bretaña postimperial. Las nociones de raza y género se hicieron eco en la Universidad de Essex, donde se organizaron las conferencias "The politics of theory", en 1982 y "Europe and its Others", en 1984. Homi Bhabha se destacó en 1982 por su noción de discurso colonial (derivada de su crítica al *Orientalismo* de Said) y volvió a participar en 1984, junto a Spivak.

Paralelamente, en la India se conformó un grupo de historiadores, dirigidos por Renajit Guha, comprometido con los estudios subalternos y que publicaron de *Subaltern Studies in History* desde 1982 hasta 1999. A finales de la década de 1980 y principios de la década de 1990, en el marco de la ofensiva estadounidense que reavivó los debates sobre el imperialismo, los estudios poscoloniales cobraron una intensidad notable. La apertura de nuevos centros de investigación en universidades de Estados Unidos reforzó a la corriente poscolonial sobre la que caería, una década más tarde, el estigma de "moda académica".

Esta "moda" académica, como la definen sus críticos, no es otra cosa que la dominancia de trabajos de corte posmoderno. El postmodernismo tiene su desarrollo en un marco temporal más amplio, que se remonta a las guerras de liberación de Argelia (1954-1962), pasando por la Alianza Tricontinental (Cuba, 1966), la renovación intelectual de 1968, el advenimiento del capitalismo global y la disolución del comunismo. Este convulsionado contexto

⁴⁴ Mellino, op cit., p. 67

desató un ostensible rechazo de las categorías modernas y generó las condiciones para la emergencia otras nuevas.

Dado que ve a la modernidad y a la colonialidad como fenómenos indisolubles (la modernidad es impensable antes de 1492), la perspectiva posmoderna rechaza las premisas culturales de la modernidad por ser articuladoras de una metanarración pretendidamente universalista, aunque verdaderamente eurocéntrica (en rigor anglo-eurocéntrica) e imperialista. Esta concepción es subsidiaria del planteo de Michel Foucault en *Arqueología del Saber* (1969), donde pone al descubierto la metanarración de la historia de occidente, y que se expresa contundentemente en este pasaje:

Se supone que entre todos los acontecimientos de un área espaciotemporal bien definida, entre todos los fenómenos cuyo rastro se ha encontrado, se debe poder establecer un sistema de relaciones homogéneas: red de causalidad que permita la derivación de cada uno de ellos, relaciones de analogía que muestren cómo se simbolizan los unos a los otros, o cómo expresan todos un mismo y único núcleo central. Se supone por otra parte que una misma y única forma de historicidad arrastra las estructuras económicas, las estabildades sociales, la inercia de las mentalidades, lo hábitos técnicos, los comportamientos políticos, y los somete todos al mismo tipo de transformación; se supone, en fin, que la propia historia puede articularse en grandes unidades- estadios o fases- que guarden en sí mismas su principio de cohesión.⁴⁵

Estas premisas, cristalizadas en el pensamiento ilustrado, conforman el paradigma hegeliano con su imagen lineal y progresiva del tiempo histórico, que no es otro que el "tiempo impuesto por el capital",⁴⁶ la concepción humanista del sujeto,⁴⁷ y ciertas categorías cognitivas de oposiciones binarias como nosotros/ellos, centro/periferia, Primer Mundo/Tercer Mundo. El enfoque postmoderno confronta estas premisas, ya sea en su versión liberal como en la marxista más clásica, e instaura su "post" en una ruptura visceral con la

⁴⁵ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 [1969], p. 20.

⁴⁶ Se trata de un "tiempo impuesto por el capital". Sandro Mezzadra, "Introducción", en Sandro Mezzadra (comp.), *Estudios Poscoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de sueños, 2008, (15-31), p. 18.

⁴⁷ El sujeto moderno es concebido como universal, autónomo, independiente, objetivo, neutro, desarraigado del mundo. Es un sujeto que no interactúa ni dialoga con la otredad. Siguiendo el criterio cartesiano, es puro *res cogitans*: no tiene cuerpo y es impermeable e insensible a las emociones. El sujeto del humanismo está desprovisto de humanidad.

modernidad. Lo “post” es en este punto el “fin de la historia”, el “fin de lo humano”.

El enfoque postmoderno anuncia un nuevo comienzo, un nuevo marco intelectual –heterogéneo, plural- para la comprensión de las subjetividades. Como antecedentes se destacan los notables planteos de Aimé Césaire y Franz Fanon de principios de los años cincuenta.⁴⁸ A partir de sus conceptos de “negritud”, la raza irrumpió como categoría central, en una prospectiva emancipadora. Con el postestructuralismo de fines de los sesenta, la metanarración universalista ha sido objetada fundamentalmente desde la filosofía, la psicología, la historia, la antropología y la teoría literaria. Estas disciplinas comparten un especial interés por la relación entre el saber y el poder, por lo que cuestiones como lenguaje y discurso se vuelven centrales. Michel Foucault exploró particularmente las relaciones de dominio que se inscriben en los discursos e instituciones de la Europa moderna y contemporánea, pero sin abordar la cuestión del colonialismo.

Si el posmodernismo constituyó la matriz para la gestación de la teoría poscolonial, el puntapié decisivo fue dado por la publicación de *Orientalismo* (1978), de Edward Said. El crítico literario palestino dio el paso decisivo para el análisis de la cultura occidental en relación al colonialismo, por su concepción del Orientalismo en tanto discurso de la dominación que Occidente ejerce históricamente sobre Oriente y que “representa una dimensión considerable de la cultura, política e intelectual moderna, y, como tal, tiene menos que ver con Oriente que con ‘nuestro’ mundo”.⁴⁹ Said ubica la emergencia del Orientalismo a fines del siglo XVIII -con la invasión napoleónica de Egipto en 1798- y la define como una empresa cultural francesa y británica para el dominio del Oriente de las tierras bíblicas, empresa que después de la Segunda Guerra Mundial fue retomada con mayor violencia e intolerancia por Estados Unidos. El Orientalismo es un discurso que “pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente”, un conjunto de representaciones que involucra tanto

⁴⁸ Con esto no quiero decir que Césaire y Fanon puedan ser definidos como posmodernos, lo cual es teórica y cronológicamente incorrecto. En Fanon, por ejemplo, subyace el modernismo revolucionario semejante al pensamiento marxista de principios del siglo XX y del movimiento literario de finales del siglo XIX. Para el crítico de arte argentino Eduardo Grüner, Fanon es “inequívocamente moderno”. Eduardo Grüner, *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002 (167- 248), p. 234.

⁴⁹ Edward W. Said, *Orientalismo*, Barcelona, Ediciones De Bolsillo, 2010 [1978], p. 35.

a “los textos que podríamos llamar verídicos (historias, análisis filológicos, tratados políticos)”, como a “los textos reconocidos como abiertamente artísticos (por ejemplo, los imaginarios)” o, en otras palabras, la literatura. El Orientalismo, según Said, generaliza el Oriente, crea y reproduce estereotipos (“crueldad”, “sensualidad”, “esplendor”, “despotismo”, “totalitarismo”), es profundamente racista e inhumano. Es un “ejercicio de fuerza cultural” que desde sus orígenes se constituyó en la “ciencia que situaba los asuntos orientales en una clase, un tribunal, una prisión o un manual para analizarlos, estudiarlos, juzgarlos, corregirlos y gobernarlos”.⁵⁰

Tal como reconoce Robert Young, *Orientalismo* presentó a la modernidad colonial como generada y constituida por un discurso del saber, determinado históricamente y articulado con la operación del poder político. En otras palabras, el colonialismo involucraba, junto con la violencia física, una violencia epistémica. La idea del Orientalismo en tanto discurso permitió la creación de un paradigma conceptual, a través del cual las formas culturales del colonialismo y el imperialismo podían ser analizadas.⁵¹ Con notable compromiso político, Said instaló en el centro del debate intelectual la cuestión del discurso colonial y la indisociable relación existente entre el saber y el poder.

No obstante, las ambigüedades y contradicciones de *Orientalismo* han sido el blanco de ataques, especialmente de parte de los críticos poscoloniales, que le han objetado su excesivo textualismo. Las críticas más profusas apuntan a su noción de discurso puesto que, por un lado, Said sostiene que el Orientalismo es una representación del dominio colonial real o efectivo (en sus dimensiones política, militar y económica), pero por otro lado considera que “la cultura creó ese interés” y de esta manera el Orientalismo preparó el terreno del colonialismo y el imperialismo moderno. Respecto a esto último, Said afirma que la profusión cuantitativa y cualitativa de textos del Orientalismo cristaliza una tradición discursiva o un tipo de conocimiento, que ya no está en relación directa con lo real.⁵² La ambigüedad de este planteo indica una tensión permanente entre el contexto material y la formación discursiva, tensión que

⁵⁰ Ibid. pp. 21-69.

⁵¹ Robert Young, *Postcolonialism: an Historical introduction*, Somerset, Inglaterra, Backwell Publishing, 2001, p. 383-384.

⁵² Said, op. cit., p. 137.

Said termina por resolver a favor de esta última, dado que para él las representaciones adquieren autonomía respecto del ejercicio histórico y material del colonialismo.

Es por ello que se critica a Said por su excesivo textualismo, objeción inconsistente, por cierto, si se tiene en cuenta su filiación disciplinar al campo de las letras. Según Young, el problema radica en las fuentes que toma, que al ser textos de “autores individuales y no las producciones de instituciones o las relaciones entre éstas y los autores”, desembocan en un discurso “demasiado restrictivo y homogeneizador”, donde el “Orientalismo constituye una estructura de representación de repeticiones lingüísticas”.⁵³

En *Cultura e Imperialismo* (1993),⁵⁴ Said ofreció sus reparaciones a algunas de las cuestiones señaladas, resaltando su “ambición geográfica e histórica”, y sostuvo que la cultura y sus formas estéticas derivan necesariamente de la experiencia histórica. En este sentido, se contrapuso a la noción de autonomía de las manifestaciones culturales, admitiendo que “ha llegado el momento, para el análisis de la cultura, de volver a ligar sus análisis con sus realidades”.⁵⁵ Pero para el momento en que expresó tales reparaciones –en una renovada preocupación por el imperialismo estadounidense en Medio Oriente- los estudios poscoloniales ya habían alcanzado su mayoría de edad.

La crítica poscolonial se contrapone al argumento de Said en la medida en que sostiene que Oriente es el inconsciente estructural de Occidente, es decir, un conjunto de representaciones creadas por Occidente al servicio de la definición de la identidad europea. La cultura occidental, en su dimensión textual o literaria, sostiene Said, apela a un otro, lo crea con sus tópicos y estereotipos, para por fin refractar una imagen de superioridad, “la ciencia del imperialismo”, a los europeos, los lectores y receptores del Orientalismo. Homi Bhabha y Chakravorty Spivak han denunciado que estos predicados anulan la posibilidad de que los subalternos puedan expresarse por sí mismos, intervenir

⁵³ Young, *Postcolonialism...*, op. cit., pp. 386, 388.

⁵⁴ Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996 [1993].

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 51.

el discurso del Orientalismo o apropiarse de él en una proyección de resistencia o contradominio.⁵⁶

Orientalismo, con todos los ataques que ha recibido, sigue siendo una obra emblemática para los estudios poscoloniales. Sus mayores reconocimientos provienen del hecho de haber puesto en evidencia el aspecto textual, simbólico del colonialismo. Prácticamente todos los análisis que trabajan a nivel de las representaciones de las prácticas coloniales (o en sus formas neocoloniales, imperiales o neoimperiales) remiten a esta obra fundadora, al punto en que criticar uno o varios aspectos de *Orientalismo* se ha convertido en algo así como un "rito de iniciación" para los jóvenes *scholars* del giro postcolonial.⁵⁷

Gayatri Chakravorty Spivak enarboló su denuncia a la violencia epistemológica de Occidente pero desde otro ángulo diferente al de Said, esto es, concediéndole un rol protagónico a los subalternos en la construcción del "othering" o "alterización" como parte de un proceso dialéctico.⁵⁸ Así, desde los inicios de la teoría poscolonial, el trabajo de Spivak se constituyó en el rasero en el cual se miden los estudios poscoloniales que indagan las subjetividades subalternas propiamente dichas. Pero si en algo estriba la complejidad de la construcción de las identidades subalternas inscriptas en el discurso colonial es en su ambivalencia constitutiva, arduamente planteada por Bhabha en *El lugar de la cultura* (1994).⁵⁹

Las categorías entre-medio [*in-between*] propuestas por este crítico literario, con su énfasis en el carácter híbrido de los fenómenos culturales,⁶⁰

⁵⁶ Los críticos más radicales, como Robert J. C. Young, objetan este tipo de argumentaciones, tan características de los estudios poscoloniales, que consisten en un "simple rodeo para volver a la posición del Otro como recurso para repensar el Sí-mismo Occidental". Hall, Stuart "¿Cuándo fue lo poscolonial? Pensar al límite", en Sandro Mezzadra (comp.), op. cit. (121-144), p. 130. Es lo que el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro define como "hacer de cierto poscolonialismo teórico el estadio último del etnocentrismo" Eduardo Viveiros de Castro, *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*, Buenos Aires, Katz Editores, 2010, p. 15.

⁵⁷ Young, *Postcolonialism...*, op. cit., p. 384.

⁵⁸ Mellino, op. cit., pp. 72-73.

⁵⁹ Homi K. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2007 [1994]

⁶⁰ Stuart Hall sostiene que los nudos de la teoría de Bhabha son el hibridismo, el sincretismo, las temporalidades multidimensionales, la doble inscripción de los tiempos colonial y metropolitano, el tráfico cultural de doble dirección de las zonas de contacto colonial, las formas de traducción y transculturación de la relación colonial "desde sus etapas más tempranas", y las posiciones "in-between", todos estos procesos que, desde luego, se sitúan "dentro y contra de las relaciones discursivas sobredeterminantes de poder/saber que cosían o ataban los regímenes imperiales". Hall, op. cit., p. 134.

apuntan a la construcción de estas subjetividades, en especial en la potencialidad insurgente que surge de aquellos “espacios intersticiales”. Estas categorías suponen diálogo pero también conflicto entre la enunciación –el discurso colonial- y el sujeto de representación, sea individual o colectivo. Es así que Bhabha propone pensar las identidades en un espacio de negociación, atendiendo tanto a los aspectos consensuales como a los “conflictuales”.⁶¹ Lo híbrido vertebraba, según Bhabha, el discurso colonial, puesto que habita ese espacio intermedio que Said concibió entre lo manifiesto (los tópicos de estudio, las prácticas, aquello que constituye la forma) y lo latente (los sueños, fantasías y deseos, aquello que se emplaza en el contenido).

Los planteos de Spivak y de Bhabha procuran restituir las subjetividades subalternas, haciendo foco en el género y la raza respectivamente, en los “espacios de negociación” históricamente determinados.⁶² Estos críticos literarios indios proponen un enfoque renovador para el análisis de los discursos coloniales que básicamente pone en crisis las representaciones esencialistas, no sólo respecto del discurso colonial sino también de los discursos nacionalistas de las sociedades poscoloniales y su apelación a una tradición y orígenes presuntamente “puros”.⁶³ La voz de los subalternos se expresa, según Bhabha, en los procesos de *mimicry* o mimesis del discurso colonial, que manifiesta, en su espacio sincrético, una parodia al discurso hegemónico y por esa razón es desestabilizador del mismo.⁶⁴ Spivak, por el contrario, sostiene que no hay posibilidad de intervención en el discurso colonial por parte de las mujeres indias que analiza. La no-voz de esa

⁶¹ Bhabha, op. cit., p. 19.

⁶² Aunque Bhabha analiza en particular las nociones racistas del discurso colonial, admite que la teoría poscolonial se focaliza en el amplio “espectro de otras historias y otras voces disonantes, incluso disidentes: mujeres, colonizados, minorías, portadores de sexualidades vigiladas”. Bhabha, op. cit., p. 21.

⁶³ Spivak sostiene que “el discurso poscolonial existe sólo como un ‘después’, es decir, como una consecuencia del colonialismo”. Mellino, op. cit., p. 79. Por su parte, Bhabha ve en el peso exagerado de la tradición una remisión al esencialismo de las nociones eurocéntricas modernas. Bhabha, op. cit., p. 19. Estos autores buscan, en ese espacio de tensa convivencia entre lo colonial y lo nacional propio del mundo descolonizado, la voz de los subalternos

⁶⁴ Esto último es matizado por Young en *Mitologías Blancas* (1990), ya que según éste, la *mimicry* o “inconsciente colonial” no necesariamente representa un contradominio. Mellino, op. cit., p. 78.

subalternidad extrema se reconstruye en el cruce de los textos, las prácticas y las tradiciones locales, lo cual comporta un ostensible desafío intelectual.⁶⁵

Benita Parry, también ella crítica literaria originaria de la India, propone un enfoque materialista para el análisis del discurso colonial, en abierta crítica al textualismo y los trabajos que, amparados en la rúbrica poscolonial, o bien reproducen argumentos conservadores o liberales, o bien simpatizan con el imperialismo.⁶⁶ Parry desacuerda con aquellos que ven en los discursos nativistas o nacionalistas una réplica de los discursos occidentales, algo que Bhabha advertía para los casos en que se exagera el peso de la tradición.⁶⁷ Por otro lado, la autora objeta los paradigmas que asumen que el colonialismo ejerce un poder total sobre los subalternos, lo que fija a estos últimos en una categoría fija en su posición de subordinación, "clausurando la posibilidad de teorizar la resistencia".⁶⁸ En contrapartida, afirma el poder de los discursos anticoloniales (*reverse-discourse*) argumentando que los escritos anticolonialistas sí desafían, subvierten y socavan las ideologías dominantes con una prosa que rechaza las definiciones y términos de los colonizadores.⁶⁹

Los estudios poscoloniales sobre América Latina se expandieron con la consolidación del llamado "giro decolonial", protagonizado por intelectuales latinoamericanos con cátedras en universidades estadounidenses, como el caso del crítico literario argentino Walter D. Mignolo o del sociólogo peruano Aníbal Quijano. Para Mignolo, "una teoría crítica que *trasciende* la historia de Europa en sí y se sitúa *en* la historia colonial de América (o de Asia o África, o incluso en la perspectiva de inmigrantes que, *dentro* de Europa y Estados Unidos, han quebrado la homogeneidad) pasa a ser una *teoría decolonial*".⁷⁰ Ésta consiste, según el autor, en reescribir la historia colonial de la modernidad

⁶⁵ Spivak analiza el discurso colonial en la India focalizando la cuestión del género, siendo la mujer oriental, negra o pobre el paroxismo de la subalternidad. La no-voz de las mujeres que practican el rito *sati* (las mujeres viudas que se inmolan voluntariamente sobre las tumbas de sus maridos) no puede hacerse audible sino a través de una compulsión antropológica, filosófica e histórica poscolonial, no moderna.

⁶⁶ Benita Parry, *Postcolonial Studies. A materialist critique*. Londres, Routledge, 2004, p. 4.

⁶⁷ Para Parry, las obras de Fanon o Cesáire constituyen genuinos –nuevos, autónomos, insurgentes– ejemplos de teoría de la liberación. Benita Parry, "Resistance theory, theorising resistance, or two cheers for nativism", en Barker, Hulme e Iversen (comps.), op. cit. (172-196), pp. 180-193.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 72.

⁶⁹ Parry, *Postcolonial Studies...* op. cit., p. 176.

⁷⁰ Walter D. Mignolo, *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Buenos Aires, Gedisa, 2007, p. 25. Las cursivas corresponden al texto original.

desde el punto de vista de la colonialidad, en lugar de hacer una escritura de la colonialidad desde la perspectiva de la modernidad.⁷¹

El foco de atención decolonial está puesto en el análisis del discurso colonial. Para Quijano, la noción de raza es la principal articulación del discurso eurocéntrico,⁷² bajo la cual quedan sepultadas discursivamente las subjetividades de los colonizados. Quijano analiza la incidencia de América en la noción de raza y traza interesantes vectores con la cuestión de la división del trabajo en términos de racialización de las relaciones de clase. Estos enunciados son fundamentales para el análisis del discurso colonial, aunque deja sin trazar una hermenéutica que revele el carácter de la subalternidad colonial.

En cambio, Mignolo ha intentado (aunque no suficientemente demostrado en sus propias investigaciones) una formulación teórica para dar cuenta del complejo sistema de interacciones semióticas que operan a nivel del discurso en el proceso colonial. Estas interacciones se expresan en la categoría de "semiosis colonial", la cual se inscribe en los espacios de contacto colonial, espacios híbridos de diálogo donde el poder colonial no se establece en sentido único y taxativamente, sino que involucra "resistencia y asimilación, justificación de la colonización y crítica de sus procedimientos".⁷³ Esta categoría, según su mentor, escapa a la tiranía que suponen las nociones centradas en la primacía de la escritura alfabética y presta atención a otras

⁷¹ *Ibid.*, p. 39.

⁷² Los elementos más importantes del eurocentrismo son, para Quijano: "a) una articulación peculiar entre un dualismo (precapital- capital, no europeo-europeo, primitivo-civilizado, tradicional-moderno, etc.) y un evolucionismo lineal, unidireccional, desde algún estado de naturaleza a la sociedad moderna europea; b) la naturalización de las diferencias culturales entre grupos humanos por medio de su codificación con la idea de raza; y c) la distorsionada reubicación temporal de todas esas diferencias, de modo que todo lo no-europeo es percibido como pasado. Todas estas operaciones intelectuales son claramente interdependientes. Y no habrían podido ser cultivadas y desarrolladas sin la colonialidad del poder". Anibal Quijano, "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Edgardo Landier (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, Clacso (201-242), p. 222.

⁷³ Mignolo prosigue con la descripción de la categoría de semiosis colonial, la cual articula discursos y representaciones de distintas tradiciones culturales en una "dialéctica de representación, adaptación y oposición". Walter Mignolo, "Sobre alfabetización, territorialidad y colonización. La movilidad del sí mismo y del otro", en *Filología*, Revista del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires, año XXIV 1-2, 1989 (219-229), p. 221. Asimismo, propone una hermenéutica que permita que el sujeto de la comprensión (el otro) pueda dar cuenta de las interacciones semióticas entre miembros de dos o más culturas, hermenéutica que él llama "diatópica" y que exige un método filológico comparativo (para comprender el vocabulario y conceptos de cada cultural) y cultural. *Ibid.*, p. 228.

formas de registro no alfabético de las sociedades nativas.⁷⁴ Por otro lado, subraya la importancia del lugar o *locus* de enunciación, el cual inscribe culturalmente al sujeto en el proceso de comprensión, en la búsqueda de un conocimiento pluridimensional.⁷⁵ Se evidencia entonces que la modulación decolonial de la teoría poscolonial (y con las fricciones que mantienen entre sí, más bien de carácter ideológico)⁷⁶ resulta sumamente porosa para el análisis del discurso colonial incluso por fuera de los límites de América Latina.

En la medida en que la teoría poscolonial centra sus reflexiones sobre el colonialismo en el discurso colonial, provee elementos valiosos para su análisis, tal y como reconoce la historiadora Patricia Seed: la centralidad del lenguaje y de su carácter polisémico, el cuestionamiento de la idea humanista de autor-héroe y la crítica a la transparencia del lenguaje como vehículo de comunicación, entre otros.⁷⁷

Hasta aquí hemos dado cuenta de la propuesta poscolonial para el análisis del discurso colonial. El interés por la construcción de la subjetividad de los colonizados desde un lenguaje no occidentalista, así como el énfasis en los espacios híbridos de negociación, reapropiación y conflicto propios de la experiencia colonial, son méritos de una teoría que concibe a su objeto de estudio y a su propio quehacer académico en perspectiva libertaria.

Aunque estas propuestas han sido mayormente pensadas para el mundo poscolonial contemporáneo, su epistemología es válida para el mundo colonial, como lo ha demostrado Peter Hulme, concentrado más bien en la

⁷⁴ Walter D. Mignolo, "Colonial and Postcolonial Discourse: Cultural Critique or Academic Colonialism", en *Latin American Research Review*, Vol. 28, No. 3, 1993 (120-134), p. 126.

⁷⁵ El locus de enunciación evidencia el posicionamiento intelectual y por tanto implica una red de lugares del entendimiento que demanda una hermenéutica pluridimensional o multidimensional. *Ibíd.*, p. 128.

⁷⁶ Si bien no se manifiesta abiertamente como un intelectual poscolonial, Mignolo se pronuncia a favor de la teoría poscolonial, en tanto se apoya en "la intersección entre la historia moderna europea y las historias contramodernas coloniales". De la academia norteamericana, critica más su apego por lo postmoderno que por lo poscolonial, causado por la desestimación de los asuntos del "Tercer Mundo" Walter D. Mignolo, "la razón poscolonial: herencias coloniales y teorías poscoloniales", en *Revista chilena de literatura*, N° 47, noviembre de 1995, Santiago de Chile, 1995 (91-114) pp. 92-93.

⁷⁷ En cuanto al análisis del discurso, la teoría poscolonial y el Nuevo Historicismismo comparten el enfoque, en tanto analizan la retórica, las figuras del discurso, las formaciones discursivas, las recepciones y reapropiaciones. Lo que los distingue, según Seed, es que el nuevo historicismo concierne más a la literatura canónica inglesa (Shakespeare, Marlowe, por ejemplo), mientras que los escritores del discurso colonial tratan de entender la dinámica de la situación colonial. Patricia Seed, "Colonial and postcolonial discourse", en *Latin American Research Review*, Vol. 26, N° 3, 1991 (181-200).

región del Caribe. En *Colonial Encounters* (1986), sin embargo, dedica una parte significativa a la colonización de Virginia en sus primeros años. En este trabajo, Hulme reveló los tópicos principales de la literatura colonial inglesa, como ser la percepción de América en términos sexuales (América lo femenino; la expansión inglesa un “esfuerzo masculino”), el mito de la tierra virgen, además del consabido tópico del salvajismo y sus derivados, la traición y la inconstancia.⁷⁸ El autor, por otra parte, contrastó esos discursos con el carácter recíproco de la organización de los colonizados, lo cual señala su preocupación por las subjetividades subalternas y su incidencia en la construcción discursiva.

Para los fines de la presente investigación resulta valiosa la mirada de la teoría poscolonial, en la medida que se constata que el contacto entre colonos e indígenas en la etapa inicial de la colonización estuvo dominado por los complejos espacios “in-between”, espacios de negociación que a su vez envolvían tentativas de resistencia al orden colonial, un aspecto resaltado por Benita Parry. La semiosis colonial de John Smith, para citar uno de los principales personajes de la colonización de Virginia, está atravesada por una compleja relación de fuerzas con los nativos, que es prácticamente inabarcable sin la recurrencia a otras fuentes y otras disciplinas. De ahí la necesidad de un enfoque interdisciplinario que permita reponer los contextos materiales como así también las lógicas que provocan determinadas agencias de ese *otro* indígena.

El discurso colonial sobre América en general y Virginia en particular no se agota en una descripción de los patrones culturales europeos o de las motivaciones concretas de los agentes coloniales en su carrera por la dominación imperial, como podría desprenderse del argumento de Edward Said. La clave de una lectura poscolonial del discurso colonial estará dada en captar la “diferencia” constitutiva del *otro* americano y en ese acto, restituirlo como actor histórico. Señalar la diferencia no es, como postula Bhabha, caer en el esencialismo de un presunto “nativismo” puro, dado que en el proceso de contacto colonial, tanto europeos como indígenas vieron sus subjetividades o

⁷⁸ Peter Hulme, *Colonial encounters. Europe and the native Caribbean, 1492- 1797*, Londres y Nueva York, Methuen, 1986, pp. 158-163.

identidades alteradas y enajenadas en la dinámica de influencias recíprocas propias del proceso de hibridación colonial.

La teoría poscolonial, de la misma manera que los otros componentes de la tríada posmoderna abocada al estudio de las representaciones -la Nueva Historia Cultural y el Nuevo Historicismismo a los que se ha referido más arriba- resulta incapaz de proveer contenido propiamente histórico. Y esa falencia se debe a una aplicación insuficiente del método histórico. La mayoría de esos trabajos no sigue más metodología que la organización cronológica y temática de los materiales con el objetivo de componer una narrativa sobre el pasado de carácter descriptivo.⁷⁹ En su resistencia a formular un programa teórico y metodológico, muchos han guiado sus investigaciones por sus propias convicciones, sean sus placeres estéticos, el deseo de innovación crítica, el interés por la contingencia, la espontaneidad, la improvisación.⁸⁰

Nuevos planteos, fronteras permeables.

Retomando los antecedentes historiográficos, debe decirse que la última década ha presenciado la publicación de formidables trabajos sobre la historia cultural del proceso de colonización europea en la Edad Moderna, cuya solidez descansa en la aplicación rigurosa del método histórico y en la centralidad del contexto donde se inscriben mentalidades y discursos. Quizá el mayor mérito de esta joven historiografía es la incorporación de ciertas nociones del giro lingüístico que disuaden operatorias tales como la de interpretar un documento

⁷⁹ [...] Jaume Aurell define al método de la nueva historia narrativa como "la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente y como la disposición del contenido dentro de un relato -story- único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama. La historia narrativa difiere de la historia estructural fundamentalmente en dos aspectos: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más que de lo colectivo y lo estadístico". Jaume Aurell, "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente", *RILCE, Revista de Filología Hispánica de la Universidad de Navarra*, N° 20 Pamplona, 2004 (1-16).

⁸⁰ Stephen Greenblatt y Catherine Gallagher, *A práctica do novo historicismo...* op. cit., p. 14. Los autores, argumentan que el eclecticismo metodológico es saludable en sí mismo, puesto que permite la producción de obras originales que contribuyen cualitativamente al conocimiento histórico.

histórico como si fuera testimonio irrefutable de una verdad histórica. O también la adopción de ciertos elementos de la teoría poscolonial, como la categoría de hibridismo, el interés por los subalternos colonizados, o su determinación por desbaratar el eurocentrismo en las Ciencias Sociales.

En *El pensamiento mestizo* (1999) y en *Las cuatro partes del mundo* (2004),⁸¹ Serge Gruzinski ha puesto de relieve la cuestión del mestizaje, es decir, la hibridación cultural resultante de la expansión europea en el Nuevo Mundo español y lusitano, lo que comporta un salto analítico respecto sus postulados de la década de 1980, centrados más en la imposición cultural o el proceso de aculturación.⁸² En *Las cuatro partes del mundo* Gruzinski atiende particularmente al impacto que el Nuevo Mundo tuvo no sólo en Europa, sino también en Asia y en África. Esta mirada desafía no sólo a aquellas centradas en las "transferencias" unilaterales en sentido este-oeste, sino también a las que circunscriben el proceso de colonización a un fenómeno exclusivamente europeo. De hecho, para Gruzinski, la "movilización ibérica" –término que utiliza para referirse a la expansión ultramarina- trianguló vínculos entre América, Asia y África. En *El pensamiento mestizo*, por otra parte, hace un valioso esfuerzo por analizar identidades coloniales múltiples, cuyas especificidades se inscriben en contextos determinados y presentan invariablemente ambigüedades y ambivalencias, que son refrendadas por el trabajo de archivo. De este modo Gruzinski evita –y ataca- las generalizaciones abusivas a las que con frecuencia arriban los trabajos de historia cultural, especialmente los del giro decolonial.⁸³

Otro interesante trabajo es el de Ralph Bauer, *The Cultural Geography of Colonial American Literatures* (2003).⁸⁴ Aquí el autor explora cuáles fueron los distintos lugares e historias que se conectaron y actuaron unos sobre otros en las nuevas formaciones culturales. Específicamente, sitúa las transformaciones

⁸¹ Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*. Barcelona, Paidós, 2007 [1999] y *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010 [2004]

⁸² Este planteo está implícito en Serge Gruzinski, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI- XVIII*, México, Siglo XXI, 1995 [1988]

⁸³ Para Gruzinski, identidad y cultura son dos palabras que corren el constante riesgo de verse fechitizadas, cosificadas, naturalizadas y elevadas a categorías absolutas. Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo...*, op. cit., pp. 62.

⁸⁴ Ralph Bauer, *The Cultural Geography of American Literatures. Empire, travel modernity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

del conocimiento europeo ocurridas durante el período temprano-moderno en el contexto geopolítico del orden colonial europeo en la América española e inglesa entre 1500 y 1800. De este modo, Bauer pondera las contribuciones científicas de los españoles y portugueses que han quedado eclipsadas historiográficamente por la revolución científica anglosajona.

Por su parte, Karen Ordahl Kupperman ha planteado recientemente, en su *Atlantic in World History* (2012), un nuevo abordaje centrado en las periferias del dominio colonial. Lo que podría definirse como una “Nueva Historia Atlántica” implica “correr el centro de las narrativas, desde las ciudades capitales a los sitios de los márgenes donde el comercio y el intercambio efectivamente tuvieron lugar”.⁸⁵ Una mirada desde los márgenes resulta absolutamente fecunda para el caso de Virginia, que se presentó desde un primer momento como un avance inglés en los contornos del imperio español.

Si bien estos nuevos planteos no se han volcado concretamente a la colonización de Virginia, resultan permeables para su estudio, dado que plantean cruces analíticos con rigor historiográfico y categorías flexible, lo cual permite abordar los aspectos más opacos de este fenómeno marginal de la expansión europea.

Una aproximación heurística a la literatura de viajes

Como punto de partida para el análisis de la colonización inglesa en América se toma la dimensión de la producción y circulación de relatos de viajes en la Inglaterra isabelina. La literatura de viajes, un género que suscita reclamos por parte de los estudios literarios, históricos, antropológicos y de la teoría del arte, resulta una fuente ineludible para el abordaje del proceso de colonización de la temprana modernidad, entre los siglos XV y XVIII. La literatura de viajes es, estrictamente hablando, un género literario, y sus subgéneros más extendidos son las relaciones o crónicas, las cartas y los informes. Éstos tres tipos de relatos de viaje condensan información histórica

⁸⁵ Karen Ordahl Kupperman, *The Atlantic in World History*, New York, Oxford University Press, 2012, p. x.

que, una vez validada, contribuye a delinear el marco del proceso de exploración y ocupación, experiencias de contacto interétnico, etc. En el caso de esta investigación, los relatos de los viajeros ingleses a Virginia aportan información relevante sobre las hostilidades interétnicas, temática que la historiografía ha desestimado y que es factible de ser analizada a través de estos testimonios.

Pero la riqueza informativa de los relatos de viaje no se agota en los “eventos” relacionados con el proceso de expansión europea. Como apunta Blanca López de Mariscal, los relatos de viaje además brindan información sobre la figura del narrador y el “mundo de vida” del cual procede.⁸⁶ Este aspecto ha sido privilegiado por los estudios culturales en general, que independientemente de su abordaje disciplinario, conciben a los relatos de viajeros de la modernidad como un repositorio insustituible para la comprensión de la cultura europea.

Stephen Greenblatt ha centrado su atención en la representación de lo maravilloso bajo la forma narrativa de anécdota. Lo maravilloso, aquello que al viajero se le presenta como inédito o inesperado, la sorpresa de lo desconocido, el encuentro con la diferencia, dice Greenblatt, provoca una intensa curiosidad y excitación que se plasma en los relatos como anécdota. Este tipo de conocimiento es contingente, ya que es alcanzado por “una experiencia de observación absolutamente singular, irrepetible y única” y no está destinado a ser útil, como se esperaba de los relatos de viaje. Por estas razones, insiste el autor estadounidense, las anécdotas de los viajeros “se cuentan entre los principales productos de la tecnología representacional de una cultura; son mediadoras entre la sucesión indiferenciada de momentos concretos y una estrategia más amplia, que sólo pueden indicar”.⁸⁷ Greenblatt incluye dentro de las estrategias más amplias de la cultura europea de origen a las diferencias entre las culturas nacionales y las creencias religiosas, y entre las facciones de cada una de éstas. No obstante, concede un amplio margen a factores culturales comunes como ser

⁸⁶ Blanca López de Mariscal, “Para una tipología del relato de viaje”, Blanca López de Mariscal y Judith Farré (eds.), *Viajes y Viajeros*, Monterrey, Tecnológico, 2006

⁸⁷ Greenblatt, *Maravillosas posesiones...* op. cit., p. 22.

la enorme confianza en una compleja tecnología de poder, bien desarrollada y, por encima de todo, móvil: escritura, instrumentos de navegación, barcos, caballos de batalla, perros de pelea, pólvora, organización política basada en prácticas de mando y sumisión, uso coercitivo de la violencia, ideología religiosa basada en la representación infinitamente multiplicada de un dios del amor torturado y asesinado.⁸⁸

Esta dimensión de la literatura de viajes como tecnología de representación de la propia cultura resulta innegable, aunque no concluyente. Si bien Greenblatt ha estimado el poder reproductivo de los discursos coloniales a partir de su concepto de "capital mimético", no ha resaltado lo suficiente este aspecto para el caso de la colonización de Virginia que ha trabajado a partir de las narrativas de Hariot y de Strachey. Es importante entonces insistir la capacidad que los discursos tienen para generar otros nuevos y promover acciones tendientes a abonar el proceso de expansión colonial. Esto se constata sobradamente en las numerosas exploraciones a territorios interiores del continente americano que estuvieron motivadas por mitos y creencias fantásticas: las siete ciudades de Cibola, la fuente de la juventud, el Dorado, el señorío de las amazonas, el Paititi, la ciudad encantada de los Césares, etc. Este punto ha sido trabajado por Jorge Magasich y Jean-Marc de Beer, quienes argumentan que

Los mitos han actuado constantemente sobre el comportamiento del ser humano, pero en tiempos de los descubrimientos fueron un verdadero móvil de acción. Los intentos de descubrir los lugares míticos determinaron a menudo la acción de muchos conquistadores: se escribieron tratados, se trazaron mapas, se organizaron difíciles navegaciones y peligrosas expediciones terrestres, que consumieron caudalosas fortunas y no pocas veces sus protagonistas dejaron la vida en el intento.⁸⁹

Si bien la exploración en busca de los mitos fue más extendida para el caso iberoamericano, también encuentra expresiones en el caso de la

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 33.

⁸⁹ Jorge Magarich y Jean-Marc de Beer, *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago de Chile, LOM ediciones, 2001 [1994], p. 10.

colonización inglesa en Virginia. Por ejemplo, en el discurso del capitán Roger Barlowe sobre la primera expedición en Roanoke, de 1584, el cual sostuvo que la naturaleza era tan exuberante que sería capaz de proveer lo suficiente para vivir sin trabajar, esperanza que recogía a las enquistadas aspiraciones populares de los europeos de la Edad Media asociadas al País de Cucaña. Esta figura mítica también estuvo presente entre los naufragos de las islas Bermudas, en 1609 y 1610, algunos de los cuales osaron desafiar al orden colonial para vivir libremente de la naturaleza. El propio Greenblatt destaca este último punto, aunque sin avanzar en las cualidades reproductivas del mito.⁹⁰

De lo anterior se desprende, entonces, la necesidad de considerar a la literatura de viajes en su doble dimensión heurística: la representación de elementos de la cultura europea, por un lado, y su cualidad "reproductiva", por otro. El potencial reproductivo de los discursos no se limita, como sugiere Greenblatt, a una retroalimentación de tipo discursiva cuya manifestación es la proliferación de textos sobre determinados tópicos ligados a la otredad colonial. El potencial reproductivo involucra también a las prácticas coloniales propiamente dichas, en tanto incitan nuevos esfuerzos para reforzar la expansión.

⁹⁰ Greenblatt, *Shakespearean Negotiations...* op. cit., p. 151.

LA PRESENCIA INGLESA EN AMÉRICA A TRAVÉS DE LOS LIBROS

Este apartado presenta argumentos sobre importancia de la literatura de viajes en la definición del proyecto colonial inglés, en la segunda mitad del siglo XVI. El contexto de profundas transformaciones políticas y religiosas que se abrieron desde la paz de Catteau-Cambrésis en 1559, fue terreno fértil para el surgimiento de las aspiraciones inglesas en el Nuevo Mundo. Las rivalidades entre España y los países del norte de Europa se dirimieron en fenómenos históricos complejos como el proceso de independencia de los Países Bajos, las guerras de religión en Francia o las confrontaciones entre Inglaterra y España, por citar a los conflictos más relevantes del período. Pero las contiendas entre el imperio español y las embrionarias potencias del norte se expresaron también en el mercado editorial. Los ingleses y también los franceses, que desde la década de 1550 aspiraron a ejercer un dominio colonial en las "tierras australes" de América, instalaron una competencia colonial a través de la edición y reedición de libros o relatos de viajes, los cuales vehiculizaron sus condenas al accionar español en América, a la vez que instigaron sus propios proyectos de colonización.

La Leyenda Negra como reverso literario de las disputas contra el imperio español

Durante la segunda mitad del siglo XVI la expansión del imperio español tuvo su correlato en la división de Europa, que marcada por los conflictos religiosos entre católicos y protestantes, auspició las condiciones para las aventuras coloniales de Francia e Inglaterra, potencias adversarias de España. Acompañando a este proceso de competencia colonial, proliferaron los discursos condenatorios del imperio español que se encuadraron en la llamada

Leyenda Negra, a la que Walter Mignolo define como “una manifestación en sí misma de los conflictos imperiales dentro de la Europa cristiana”.⁹¹

La paz de Catteau-Cambrésis de 1559 puso fin a las guerras entre España y Francia que tanto asolaron a la Europa de los tiempos de Carlos V. No obstante, muy pronto se abriría una nueva etapa de guerras, esta vez contra la herejía, conducida por Felipe II como embanderado de la fe católica. Tal como describe John Elliott, “por todas partes se extendía un nuevo espíritu militante. Ginebra se preparaba para la batalla con sus imprentas y sus pastores. Roma, mientras formulaba de nuevo sus dogmas en el Concilio de Trento, se preparaba para la batalla con sus jesuitas, su Inquisición y su Índice”.⁹²

Desde la década de 1560 España gozaba de los espectaculares arribos de la plata americana, como así también del auge de los beneficios comerciales derivados del intercambio con América,⁹³ que administraba a través de una burocracia centralizada y compleja. Buena parte de estos recursos fueron destinados a la lucha contra el protestantismo. Concurrentemente, el triunfo sobre la flota otomana en Lepanto en 1571 le permitió a Felipe II concentrar los esfuerzos militares en el norte de Europa, en respuesta ante la amenaza cada vez más peligrosa que representaban las potencias protestantes. Asimismo, la anexión del reino de Portugal en 1580 le concedió al rey de España un potencial militar y económico extraordinario que, como dice Elliot le “dio a Felipe un nuevo litoral atlántico, una flota para ayudar a protegerlo y un segundo imperio que se extendía de África al Brasil y de Calcuta a las Malucas. Fue la adquisición de estas nuevas posesiones, junto con el nuevo flujo de metales preciosos, lo que hizo posible el imperialismo de la segunda mitad del reinado”.⁹⁴

⁹¹ Margaret R. Greer, Walter D. Mignolo y Maureen Quilligan (eds.), *Rereading the Black Legend. The discourses of religious and racial difference in the Renaissance empires*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, Cap. 1, “Introduction”, p. 3.

⁹² John H. Elliott, *La España Imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens-Vives, 1969, p. 241. El Concilio de Trento se reanudó en enero de 1562 y se clausuró en 1563.

⁹³ Las minas de plata de Potosí y Zacatecas, descubiertas en 1545 y 1548 respectivamente, comenzaron a ser explotadas a gran escala alrededor de 1560 mediante la aplicación del método de la amalgama de mercurio. Para 1580, “la corriente de plata se convirtió en una oleada.” John H. Elliott, *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1988, p. 49.

⁹⁴ Elliott, *La España Imperial*, op. cit., p. 292.

En 1561 Felipe II inició sus planes para la reorganización eclesiástica de los Países Bajos con el propósito de reforzar el poder de la Iglesia católica frente a la creciente marea de herejía, pero sus efectos fueron contrarios a los esperados. La aristocracia local, al ver recortados sus privilegios, inició una campaña en contra de las iniciativas religiosas que el cardenal Granvela intentaba ejecutar en nombre del rey de España. La escalada de conflictos entre la aristocracia local y la corona durante la década de 1560, sumada al movimiento popular iconoclasta de 1566, dieron lugar a un a un proceso de rebelión política que se identificó con el calvinismo y que enfrentó hasta 1574 a la feroz represión del duque de Alba y más tarde a la ofensiva de Alejandro Farnesio sobre las provincias del sur.

Mientras tanto, en Francia las luchas entre facciones de la aristocracia se habían definido como causas religiosas. En marzo de 1562, la Liga Católica comandada por la Casa de Guisa perpetró la matanza de cientos de hugonotes en Vassy. A partir de entonces se inició un proceso de guerras religiosas que atravesarían a Francia por el resto del siglo.⁹⁵ Tropas calvinistas francesas a su vez participaron de la rebelión de los Países Bajos bajo las órdenes de Luis de Nassau, apostado en La Rochelle. La masacre de entre dos mil y tres mil hugonotes la noche de San Bartolomé, en agosto de 1572, reavivó las llamas de la guerra religiosa. España se involucró en el conflicto a partir de 1584, apoyando activamente a la Liga Católica contra los protestantes aliados a Enrique de Navarra, quien asumió el trono en 1589.

A fines de la década de 1560, las disputas políticas y religiosas entre Isabel I de Inglaterra y María Estuardo de Escocia definieron las hostilidades entre Inglaterra y la España de Felipe II, incansable defensor de la fe vaticana y a su turno de los católicos escoceses. Isabel lanzó ataques contra España en dos frentes: en el continente europeo a través de los apoyos a protestantes de Francia y de los Países Bajos, y en América a través de la piratería llevada a cabo por John Hawkins y Francis Drake en sus dominios coloniales. Irlanda

⁹⁵ En la década de 1560 hubo tres periodos de guerra abierta entre católicos y hugonotes (1562-1563, 1567 -1568 y 1568-1570). Para 1569 los principales líderes hugonotes, Condé y Montmorency habían sido asesinados, por lo que el movimiento protestante adoptó una nueva dirección y cohesión a manos del Almirante Gaspard de Coligny, hasta su muerte la fatídica noche de San Bartolomé de agosto de 1572. En 1574, con la asunción Enrique III al trono de Francia, se dio paso a otra fase de las guerras de religión, envuelta en la más popularmente conocida "guerra de los tres Enriques", que terminó con el Edicto de Nantes de 1598 promulgado por Enrique IV.

también fue un escenario de la confrontación entre Inglaterra y España. Las feroces campañas de “transplante” colonizador inglés en detrimento de las comunidades católicas gaélicas provocaron la intervención de la flota española, aunque con frustrantes resultados.

El convulsionado contexto europeo de la segunda mitad del siglo XVI despertó las ambiciones coloniales de Francia e Inglaterra en ultramar, las cuales tuvieron un reverso literario, esto es, en la difusión de discursos antiespañoles articulados en torno la llamada Leyenda Negra, que a su vez abonó notablemente esas ambiciones. La Leyenda Negra era principalmente una denuncia contra el despiadado despotismo español en América, a lo que se sumaban las condenas a la Inquisición y a ciertas atrocidades como el asesinato del Príncipe Don Carlos, a instancias de su padre Felipe II, por su colaboración con los rebeldes de los Países Bajos. En el caso inglés, la Leyenda Negra hizo las veces de propaganda de guerra contra España, y la Inquisición fue tomada como emblema de la degeneración política y moral de esta última.⁹⁶ Los franceses, por su parte, capitalizaron estos discursos para alimentar sus proyectos hugonotes en ultramar, lo cual se constata en las diversas ediciones, algunas de ellas con inclusión de comentarios críticos, relativas a los primeros asentamientos franceses en América.

Los principales promotores de la Leyenda Negra fueron editores protestantes de Inglaterra, Francia, Países Bajos y Alemania que asumieron la tarea de traducir, publicar o reeditar textos que denunciaban las barbaries cometidas por los españoles contra los indígenas americanos. Como define Elliott, la “gran tormenta de indignación moral ha quedado asociada para siempre al nombre de Bartolomé de las Casas” por su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552), aunque también deben incluirse los aportes de Pedro Mártir en *De Orbe Novo* (1516), con sus tres primeras “Décadas”, y Girolamo Benzoni en su *Historia del Mondo Nuovo* (1565).

Entre las páginas de las tres primeras Décadas podían leerse matanzas de indios tales como la ejecutada durante la expedición de Alonso de Ojeda en las costas de la actual Colombia, en 1509. Según el relato de Pedro Mártir, los

⁹⁶ Irene Silverblatt, “The black legend and global conspiracies. Spain, the Inquisition and the emerging modern world”, en Greer, Mignolo y Quilligan, op. cit., p. 99.

españoles formaron un escuadrón para vengar la muerte de Juan de La Cosa y de sesenta expedicionarios más y al dar con la comunidad,

Embistiérondoles descuidados en la última vigilia de la noche; para que ninguno se escapase rodearon todo el pueblo, que constaba de más de cien casas, pero estaba atestado de tiple número de vecinos (pues habitan agrupados), y prendiéndole fuego acabaron con él. Son las casas de ellos de madera, techadas con hojas de palma, sólo perdonaron á seis de la gran muchedumbre de hombres y mujeres, muriendo á filo de espada ó de fuego, junto con sus muebles, todos los demás que no huyeron".⁹⁷

El pasaje de Mártir no sólo informaba sobre las despiadadas prácticas españolas en América, sino que introducía reflexiones que daban lugar a una crítica de orden moral. Así, unas líneas después de la descripción de la masacre, Mártir expuso que "encontraron algo de oro entre las cenizas. La sed de oro, no menos que la de tierras, mueve á los nuestros para sobrellevar estos trabajos y peligros".⁹⁸

Girolamo Benzoni, viajero italiano que dedicó catorce años en el Nuevo Mundo al servicio de España, observó y registró las atrocidades cometidas en Perú y recolectó muchos otros testimonios de violentas incursiones de conquistadores. Su *Historia del mondo nuovo* contenía una evaluación crítica sobre los colonos españoles que se hizo popular entre los protestantes del norte de Europa.⁹⁹

En 1555, Richard Eden tradujo al inglés las primeras tres décadas de la obra de Pedro Mártir.¹⁰⁰ Esta edición se destacó por la inclusión de un extenso prólogo (de veintinueve páginas, mientras la versión original constaba de

⁹⁷ Pedro Mártir de Anglería, *Fuentes históricas sobre Colón y América* (4 vols.), Edición a cargo de Joaquín Torres Asensio, Madrid, Imprenta de la S. E. de San Francisco de Sales, 1892, vol. 2, Década II, Libro I, capítulo 2, pp. 20-21. Este pasaje ha sido resaltado por Burucúa y Kwiatkowski como un ejemplo de la aplicación de la metáfora infernal en los textos sobre masacres indianas del siglo XVI. José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowski, "El Padre Las Casas, De Bry y la representación de las masacres americanas", en *Uadem Utraque Europa*, N° 10-11, Buenos Aires, 2011 (147-180), p. 4.

⁹⁸ Pedro Mártir, op. cit., p. 21.

⁹⁹ Michiel van Groesen, *The Representations of the Overseas World in the De Bry Collection of Voyages (1590-1634)*, Leiden & Boston, Brill, 2012, p. 8

¹⁰⁰ Esta edición también contenía extractos de Oviedo, Vesputio, Pigafetta y López de Gómara. Andrew Hadfield, *Literature, travel, and colonial writing in the English Renaissance, 1545-1625*, New York, Oxford University Press, 1998, p. 86. Richard Hakluyt el joven lanzó una reedición revisada de *Orbe Novo* en 1587.

solamente tres), del que se valió el traductor para denunciar las masacres, la explotación y usurpación de los indígenas. Eden se tomó la licencia, además, de agregar glosas marginales tales como “gente desnuda atormentada por la ambición.”¹⁰¹ Más adelante, entre 1578 y 1579, la *Historia del mondo nuovo* de Benzoni fue publicada en latín y en francés. Esta última edición, traducida por el pastor ginebrino Urbain Chauveton, incluía “una pequeña historia de una masacre cometida por los españoles sobre ciertos franceses en la Florida”.¹⁰²

También en 1578 apareció, en Amberes, la primera traducción al francés de la *Brevísima Relación* del Padre Las Casas, a cargo de Jacques des Migrode, bajo el título de *Tyrannies et cruautéz des Espagnols, perpetrées és Indes Occidentales*. La edición se proponía “servir como ejemplo y advertencia a las diecisiete provincias de los Países Bajos”. En 1582 se publicó en Ginebra una segunda edición francesa del texto lascasiano,¹⁰³ y al año siguiente apareció en Londres la primera edición inglesa bajo el título de *The Spanish Colonie, or Brief Chronicle of the Acts and gestes of the Spaniards in the West Indies, called the newe World*. Esta obra, con su “catálogo de espeluznantes y brutales incidentes y series de vívidas representaciones de crueldad atroz” era perfectamente apropiada para instalar la cuestión moral respecto de las acciones españolas.¹⁰⁴ Allí el Padre Las Casas dio cuenta, “en forma tan cruda y realista que recuerda el tono de la moderna crónica, de sucesos de los secuestros, mutilaciones, torturas, intimidaciones y violaciones perpetradas

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 86 y 88

¹⁰² Urbain Chauveton, *Histoire nouvelle du Nouveau Monde [...] Extraitte de Italien de M. Hierosme Benzoni Milanois [...] Ensemble, une petite Histoire d'un Massacre commis par les Hespagnols sur quelques François en la Floride*, Genève, Eustache Vignon, 1579. Citado en Frank Lestringant, “Genève et l'Amérique: le rêve du Refuge huguenot au temps des guerres de Religion (1555-1600)”, *Revue de l'histoire des religions*, tome 210 n°3, 1993, p. 341.

¹⁰³ Greer, Mignolo y Quilligan, *op. cit.*, pp. 5-6. En 1582 apareció en Ginebra una segunda edición en francés con el título *Historie admirable des horribles insolences, cruautéz, & tyrannies excercees par les Espagnols es Indes Occidentale*.

¹⁰⁴ Hadfield, *op. cit.*, pp. 92-93. El editor de Las Casas aún permanece sin identificar bajo las siglas M.M.S.

contra los nativos".¹⁰⁵ La obra lascasiana adquirió una difusión fenomenal entre 1578 y 1700, con más de sesenta reediciones en siete idiomas.¹⁰⁶

Americae, la colosal obra editorial del flamenco Theodoro de Bry publicada desde 1590 y compuesta por trece volúmenes en el lujoso formato de folio dedicó el primero a los viajes ingleses en el Nuevo Mundo, el cual fue lanzado en cuatro lenguas: en inglés, latín, francés y alemán. Los volúmenes subsiguientes ilustraron otras experiencias coloniales en las Indias Occidentales que cumplían, o bien con el propósito de difundir las tentativas coloniales reformadas, o bien con la condena de las atrocidades españolas. El sello editorial de De Bry, que éste compartía con sus hijos, lanzó la versión ilustrada de la *Brevísima Relación* de Bartolomé de las Casas en 1598 en alemán y en latín, ambas en el formato más económico de cuarto. Entre los motivos para su publicación por separado se arguye la precaución de que esta obra pudiera incluirse en el Índice de libros prohibidos y que eso afectara a la colección completa, aunque también es plausible que De Bry optara por un formato económico para llegar así a un número mayor de lectores.¹⁰⁷ Lo que resulta contundente de la edición de de Bry, con sus diecisiete grabados, es la identificación que logra entre los protestantes europeos y los indígenas americanos, presentados ambos como víctimas de la tiranía española.¹⁰⁸ Los grabados, pues, remitían a los topos del martirio cristiano y del infierno, y a la vez representaban perturbadoras escenas de cacería, todos ellos eficaces recursos para enfatizar la inhumanidad de los perpetradores de las crueldades relatadas y, concomitantemente, la inocencia radical de las víctimas americanas.¹⁰⁹

¹⁰⁵ Gustavo Adolfo Zuluaga Hoyos, "Prólogo. Bartolomé de las Casas: una voz contra el olvido", Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Edición y notas de José Miguel Martínez Torrejón, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2006 (xv-xxxii), p. xxvii. Zuluaga Hoyos agrega que "la obra describe las prácticas sistemáticas de exterminio llevadas a cabo por los peninsulares –masacres, quemas públicas, empalamientos, cacerías con perros, asesinatos selectivos, etc.- que fueron causa del mayor genocidio de la historia humana". *Ibid.*

¹⁰⁶ En el período señalado, se cuentan 29 ediciones en holandés, 13 en francés, 6 en inglés, 6 en alemán, 3 en latín, 3 en italiano y 2 en español. La primera edición en latín fue la publicada por De Bry en 1598, cuyas ilustraciones en grabado fueron reimprimadas más de 15 veces. La *Brevísima Relación* tuvo un nuevo auge editorial con el proceso de independencia americano. Burucúa y Kwiatkowski, *op. cit.*, p. 5.

¹⁰⁷ Michiel van Groesen se postula como un defensor de esta segunda explicación.

¹⁰⁸ Lestringant, "Genève et l'Amérique", *op. cit.*, p. 346.

¹⁰⁹ Burucúa Kwiatkowski, *op. cit.*, p. 6.

Al caudal de traducciones de las nefastas experiencias hispanas en ultramar habría de sumársele la edición de relatos de viaje sobre la experiencia de los hugonotes franceses en La Florida que se convirtió en un verdadero corpus de literatura antiespañola. En 1566 se publicó el *Discours de l'histoire de la Floride* de Nicolas Le Challeux, que ofrecía una descripción de la matanza perpetrada por los españoles, quienes según su relato, entraron "sin resistencia alguna en el fuerte [Carolina] y haciendo una horrible ejecución, con la rabia y furia que habían acumulado contra nuestra nación, parecían batirse a ver quién degollaba a más hombres, tanto sanos como enfermos, mujeres y niños, de manera que no es posible pensar en una matanza mayor que se le pueda igualar en crueldad y barbarie".¹¹⁰

Los enormes esfuerzos invertidos en la recopilación, traducción, edición o reedición de los relatos de viaje se destinaron a denunciar la inhumanidad de la colonización ibérica y a sembrar una opinión adversa contra el imperio en general. Pero estos discursos se amoldaban también a las propias ambiciones coloniales de ingleses y franceses en ultramar. En este sentido, la Leyenda Negra se constituyó en el reverso literario de las disputas contra el imperio español. Si los relatos de viaje asociados a la Leyenda Negra mostraban el lado oscuro de la presencia europea en América, los relatos de los viajeros ingleses y franceses que se lanzaron a la carrera desde mediados del siglo XVI se postularon como material probatorio de una colonización alternativa. Las ambiciones coloniales de las potencias emergentes, entonces, se catalizaron en discursos que promocionaban el lado luminoso de la expansión, de carácter pretendidamente pacífico y destinada a conceder oportunidades económicas, libertades religiosas o ambas cosas a la vez, para el beneficio y gloria de sus respectivas naciones.

¹¹⁰ Nicolas Le Challeux, "Discurso de la historia de La Florida", J. M. Gómez Tabanera (ed.), *Franceses en la Florida*, Madrid, Historia 16, 1991, pp. 276-277.

Textos y contextos para el despunte imperial inglés

Tal como se desprende de lo anterior, la expansión ultramarina inglesa se concibió en un contexto dominado por las rivalidades políticas entre España y las potencias del norte y, estrechamente asociadas a estas, las disputas religiosas entre Roma y Ginebra. Durante segunda mitad del siglo XVI, los ingleses reaccionaron ante la agresiva intolerancia de la iglesia católica y el creciente poderío español, como lo manifestaron las renovadas campañas contra Irlanda y la propagación de la piratería en el Atlántico, durante las décadas de 1560 y 1570.

Durante ese tiempo se publicaron los relatos de viajeros ingleses que se lanzaron al Atlántico no como portadores de un programa de colonización efectiva, sino como exploradores que buscaban un pasaje interoceánico en el hemisferio norte. Esta búsqueda fue alentada por Sir Humphrey Gilbert, en su *Discourse of a discoverie for a new passage to Cataia*, publicado en Londres en 1576. Gilbert estaba convencido de que el pasaje interoceánico "era la única manera para nuestros príncipes de poseer la riqueza de todas las partes orientales",¹¹¹ y utilizó sus influencias para promover las exploraciones. En 1577 y 1578 se publicaron cuatro relatos sobre el viaje a las tierras heladas del Atlántico norte comandado por Martin Frobisher: *A true reporte of the last voyage into the west and northwest regions*, de Dionyse Settle (Londres, 1577); *A prayse, and reporte of Maister Martyne Forboishers voyage to Meta Incognita*, del propio Frobisher (Londres, 1578); *A true report of the third and last voyage into Meta Incognita*, de Thomas Ellis (Londres, 1578); y *A true discourse of the late voyages of discoverie for the finding of a passage to Cathaya*, de George Best, (Londres, 1578). Algunas de estas publicaciones despertaron tanto interés que fueron traducidas y reimpresas.¹¹²

Al tiempo que se difundían estos relatos de viaje, otros tantos manuscritos circulaban entre cortesanos y militares, como así también entre

¹¹¹ Citado en David Beers Quinn, *North America from earliest discovery to first settlements. The Norse voyages to 1612*. New York, 1977.

¹¹² El reporte de Settle fue traducido durante los años siguientes en francés, alemán, italiano y latín, mientras que el discurso de Best se convirtió en una referencia clásica y fue reimpresso en varias oportunidades. *Ibid.*, p. 555.

hombres de letras y de ciencias. El círculo íntimo de la reina Isabel mostraba un particular interés por la navegación, tal como evidencia el tratado del matemático, astrólogo y geógrafo John Dee, *General and rare memorials pertayning to the perfect art of navigation*, publicado en 1577. Este tratado persuadió a la reina para que invierta en el primer viaje de Frobisher. Seguidamente, en 1577-1578, Dee escribió "Limits of the British Empire", que alentaba a la ocupación de "Meta Incognita", en la septentrional región de Newfoundland, bien conocida por navegantes ingleses por los prodigiosos cardúmenes de sus bancos. En 1578, Sir Humphrey Gilbert recibió la patente de descubrimiento y colonización de Newfoundland y "todas aquellas remotas, paganas y bárbaras tierras, países y territorios aún no poseídos por un príncipe cristiano".¹¹³

La red de relaciones con intereses ultramarinos tenía su epicentro en Middle Temple, donde residieron prominentes exploradores de su tiempo, como Martin Frobisher, Walter Raleigh y John Hawkins.¹¹⁴ Richard Hakluyt (1532-1591), un abogado de Middle Temple y miembro del Parlamento, tenía acceso a copias de relatos de viaje de los mencionados aventureros y otros tales como el de Henry Hawkes a Nueva España de 1572, los cuales compartía con su primo homónimo, Hakluyt el Joven (c.1552-1616). Ambos Hakluyts se involucraron seriamente en la promoción de la empresa ultramarina, el mayor como panfletista, y el segundo como editor de libros de viajeros. Hakluyt "el viejo" tenía experiencia en el comercio de larga distancia y fue asesor de las Compañías de Rusia y de Turquía.¹¹⁵ Como confidente de aventureros, mercaderes y ministros de estado, utilizó esas influencias para planear y promover la expansión ultramarina de Inglaterra.

En un panfleto publicado en 1585, expuso treinta y un "incentivos para los viajes proyectados a Virginia entre los 40 y 42 grados", entre los cuales ponderó

¹¹³ "Letters Patent to Sir Humfrey Gylberte" (11 de Junio de 1578). En Christopher Tomlis, *Law, labor, and civic identity in colonizing English America, 1580-1865*, New York, 2010, p. 95. En 1579 se llevó un abortado viaje de reconocimiento. Gilbert usufructuó su patente recién en 1583 en un viaje de exploración por Newfoundland, que concluyó drásticamente en un naufragio.

¹¹⁴ Peter C. Mancall, *Hakluyt's Promise. An Elizabethan's obsession for an English America*. Pennsylvania, 2007, p. 76.

¹¹⁵ David Beers Quinn, *Raleigh and the British Empire*, London, 1947., p. 28.

- 1- La gloria de Dios a través de la implantación de la religión entre los infieles
- 2- El aumento de la fuerza de los cristianos
- 3- La posibilidad de extender los dominios de la reina, su más excelente Majestad, y consecuentemente su honor, ingresos y su poder por medio de esta empresa
- 4- Un copioso mercado por venir para las ropas de lana de Inglaterra

Unas líneas más adelante, Hakluyt "el viejo" resumió los propósitos de los viajes: "1. Sembrar la religión cristiana; 2. Traficar; 3. Conquistar". En relación al trato con los indígenas, recomendó evitar la violencia contra ellos, para resguardarse de las posibles represalias, por un lado, y para procurar la continuidad de los intercambios, por otro. No obstante, advirtió que "si encontramos al país populoso y deseoso de expulsarnos y de ofendernos perniciosamente, pero buscan comercio justo y legítimo por el hecho de que somos señores de la navegación y ellos no, entonces estamos mejores preparados para defendernos, a causa de los grandes ríos, y para molestarlos".¹¹⁶

Hakluyt "el joven" aportó sus amplios conocimientos humanistas, que ponderó más que su carrera como Ministro religioso,¹¹⁷ y aprovechó también sus viajes diplomáticos a París, como capellán y secretario del embajador Sir Edward Stafford, entre 1582 y 1587, para recoger testimonios de los viajeros hugonotes a la Florida.

¹¹⁶ Richard Hakluyt (The Elder), "Inducements to the Liking of the Voyage Intended towards Virginia in 40. And 42. Degrees" (1585), Peter C. Mancall (ed.), *Envisioning America. English Plans for the Colonization of North America, 1580-1640*, Boston, Bedford Books, 1995 (33-44), p. 34, 36.

¹¹⁷ Richard Hakluyt "El Joven" (c.1552- 1616) se graduó como Master en Artes en la Christ Church de Oxford, en 1577, lo que le aportó una notable formación en los estudios clásicos, filosofía, ciencia natural, matemática y geografía. En ese año recibió una pensión de la compañía Clothworker, y mientras enseñaba geografía en Oxford cursó la carrera eclesiástica, la que completó en 1580. Hakluyt obtuvo su título de profesor en teología y filosofía moral, pero nunca abandonó sus estudios de cosmografía y navegación. En 1590 asumió como rector de Wetheringsett, en Suffolk, donde se supone que vivió hasta 1602. A partir de entonces fue prebendado y más tarde arcediano de Westminster. En 1612 fue rector de Gedny, Lincolns, hasta su muerte en 1616, a la edad de 63 años. John Masefield, "Introduction", Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation*, vol 1, London y Toronto, J. M. Dent and Sons Limited, 1927 (i-xviii), p. i.

A pesar de sus diferentes roles como funcionario, ministro y profesor en Artes, el joven Hakluyt mantuvo siempre una devoción por la geografía.¹¹⁸ Mientras estudiaba la carrera eclesiástica, leía "cualquier descubrimiento y viaje impreso o escrito existente, ya sea en idioma griego, latín, italiano, español, portugués, francés o inglés".¹¹⁹ Sus disertaciones en Oxford, según el propio Hakluyt, fueron "las primeras que produjeron y mostraron tanto los viejos e imperfectamente compuestos como los más recientemente reformados mapas, globos, esferas y otros instrumentos de este arte, para demostración en colegios comunes y para el placer singular y contento general de mi auditorio".¹²⁰

En la década de 1580, el joven Richard Hakluyt se involucró seriamente en la promoción de la empresa ultramarina de Inglaterra a través de la acción editorial. En 1580 convocó a John di Florio, quien dos décadas después prepararía la primera edición inglesa de los *Essais* de Michel de Montaigne, para la traducción del tercer volumen de las *Navigazioni et Viaggi* (1556) de Giovanni Battista Ramusio, dedicado a América. Este volumen contenía los relatos de Jacques Cartier y de Fiorentino Verazzanno sobre sus viajes por las costas del actual Canadá, lo cual resultaba sumamente atractivo a los interesados en la búsqueda del pasaje interoceánico. El italiano Ramusio fue el primero en encarar la tarea de reunir en una misma edición los relatos de viaje que hasta entonces circulaban de forma aislada.¹²¹

En 1582 Hakluyt publicó *Divers voyages touching the discoverie of America*, un sumario de treinta y seis viajes, diecisiete de los cuales eran ingleses y correspondían a las expediciones de Frobisher, Gilbert y Drake. En 1584 escribió un extenso tratado sobre la conveniencia de instalar una "plantación occidental". El "Discourse of Western Planting", si bien no fue publicado, atrajo la atención de los miembros más influyentes de la corte. El tratado expuso no sólo las ambiciones religiosas, políticas y comerciales que publicó su primo un año después, sino que también exaltó los beneficios de

¹¹⁸ Mancall afirma que "A pesar de su compromiso clerical, los intereses de Hakluyt, al menos por lo que puede juzgarse por sus escritos, residen en la geografía, no en la teología". Mancall, op. cit., p. 72.

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 28.

¹²⁰ David Beers Quinn y Alice Quinn, "A Hakluyt Chronology", David Beers Quinn (ed.), *The Hakluyt handbook*, vol I., London, Hakluyt Society, 1974, (263-285), pp. 267-268.

¹²¹ John H. Elliott, "Introducción: de Bry y la imagen europea en América", en Teodoro de Bry, *América (1590- 1634)*, Madrid, Siruela 2003 [1992] (7-13), p. 7.

exportar a América los “hombres sin ocupación”. En su capítulo IV, expuso que España y Portugal “a causa de sus descubrimientos han encontrado ocasión para el empleo”, mientras que

nosotros, por todos los estatutos que hasta ahora pueden concebirse, y por los fuertes castigos infligidos a los ociosos y vagabundos por falta de suficiente ocasión para el empleo honesto, no podemos liberar a nuestra mancomunidad [commonwealth] de multitudes de merodeadores y ociosos vagabundos. Es cierto que a través de nuestra larga paz y las pocas enfermedades (dos singulares bendiciones del Dios Todopoderoso) nos hemos vuelto más populosos que nunca, de manera que hay en cada arte y ciencia tantos que apenas podemos vivir unos con otros, sin estar a punto de comernos entre nosotros; Los miles de vagos que hay en este reino que, sin medio para emplearse en el trabajo, se vuelvan al motín y buscan la alterar el estado (...).¹²²

Para Hakluyt, la empresa ultramarina auspiciaba una solución al problema social de Inglaterra, expectativa que, visto en retrospectiva, fue la que se cumplió en mayor grado, teniendo en cuenta que las tentativas de evangelización y expansión del comercio no tuvieron lugar para su realización en Virginia antes de la década de 1620. Pero volviendo a la propuesta de Hakluyt, éste formuló que

Si este viaje fuera puesto en acción, esos ruines ladrones seguramente serían condenados a las partes occidentales, especialmente a Newfoundland, talando por madera para mástiles de barcos (...) y en las zonas más meridionales, serían puestos a trabajar en minas de oro, plata, cobre, plomo y hierro, dragando por perlas y corales, plantando cañas de azúcar como han hecho los portugueses en Madeira, manteniendo y expandiendo los gusanos de seda...¹²³

¹²² Richard Hakluyt, “Discourse of Western Planting” (1584), Charles Deane (ed.), *History of the State of Maine. Containing a Discourse of Western Planting written in the year 1584 by Richard Hakluyt*, Cambridge, Press of John Wilson and Son, 1877, pp. 36-37.

¹²³ *Ibid.*, p. 37.

El joven Hakluyt además publicó en 1586, y por primera vez en idioma original, el testimonio de René Laudonnière, *L'Histoire Notable de la Floride située es Indes Occidentales*, y al año siguiente la publicó en inglés, lo cual mostraba su apoyo a las tentativas coloniales de los franceses protestantes. En 1589 lanzó el primer tomo de sus *Principall Navigations, voyages and discoveries of the English Nation*, publicado en formato de folio. Esta obra es considerada como la épica de la historia inglesa. Casualmente, la primera edición apareció un año después de la victoria inglesa sobre la Armada Invencible. Esta primera edición fue publicada en un volumen en formato folio. Entre 1598 y 1600 Hakluyt lanzó la versión aumentada de *Principall Navigations* en tres volúmenes en folio.

En el siglo XVII, el renovado proyecto colonial de la Inglaterra de Jacobo se cimentó sobre los textos de Hakluyt. Su discípulo Samuel Purchas y heredero de su archivo, publicó en 1625 los materiales inéditos de Hakluyt en lo que sería su obra póstuma: *Hakluytus Posthumus, or Purchas his Pilgrimes*. Purchas, con menos rigor que su maestro, editó o alteró gran parte del material documental e intervino recurrentemente los textos con sus propios discursos, todo con el objetivo de resaltar las glorias de Inglaterra o denostar a sus enemigos.¹²⁴

Otro libro emblemático de esos años fue la *Generall Historie* (1624), del capitán John Smith, quien fuera presidente de Jamestown, entre 1608 y 1609. De esta obra se desprenden tópicos que atravesaron la historia de la temprana colonización, entre ellos la idea del indígena como un ser brutal y traidor y la jactancia sobre la superioridad técnica y científica de los europeos. Más famoso fue su vínculo con la "princesa" nativa Pocahontas, a quien hizo conocida por su presunta colaboración con la colonia.

La literatura de viaje inglesa, entre fines del siglo XVI y mediados del XVII, fue tanto promotora de las experiencias coloniales como artífice de discursos que fueron moldeando, con una creciente intolerancia respecto al otro americano, las violentas prácticas de extensión de los dominios ultramarinos.

¹²⁴ John Masefield fue más severo al afirmar que "los viajes que cayeron en las manos de Purchas fueron mutilados y embrollados, tontamente compactados y después publicados con muchos comentarios editoriales vanales". Masefield, op. cit., p. vi.

Exploradores y corsarios ingleses en los contornos del imperio español

Si la participación de Inglaterra en el concierto de potencias ultramarinas se moldeó al calor de las rivalidades con España, entonces los territorios privilegiados para su exploración y eventual conquista fueron precisamente aquellos alejados del celoso control del imperio español. Los ingleses, y también sus contemporáneos franceses, diseñaron estrategias y modelos de ocupación en los contornos de la América hispana que auguraban posibilidades de expansión geográfica y dominio colonial, como lo expresan los fracasados intentos coloniales de los franceses en la bahía de Guanabara, en Brasil, entre 1555 y 1560, o en la península de la Florida, en dos oportunidades, entre 1562 y 1565. Los ingleses, por su parte, se vieron atraídos por el extremo septentrional del continente, donde esperaban hallar un canal interoceánico, aunque se destacaron más por sus actividades corsarias tendientes a expoliar a los españoles. Estas experiencias navales inglesas son las que se desarrollan a continuación.

La actividad de corsarios fue sustantiva en la época isabelina, cuando se creía que atacando a España en sus dominios americanos los ingleses obtendrían mejores resultados que una guerra convencional en el Viejo Mundo, especialmente si incautaban el tesoro que estaba destinado a sostener las campañas militares en Europa.¹²⁵ Los corsarios actuaron en los márgenes del imperio español atacando navíos, fuertes y puertos, cuando no buscando oportunidades comerciales en las fisuras de su sistema monopólico. Tal fue el caso de John Hawkins, quien en 1568 intentó introducir esclavos africanos de contrabando en el Caribe pero fue drásticamente derrotado por la flota española en San Juan de Ullúa, en el golfo de México. En adelante y por el resto del siglo XVI, Inglaterra acrecentó la presencia de corsarios que, además de hostigar a España en el Caribe para incautar los galeones cargados de metálico, cruzaban el Estrecho de Magallanes para asolar las costas de los centros mineros y comerciales.¹²⁶ Siguiendo la ruta magallánica, los ingleses

¹²⁵ Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo...* op. cit., p. 115.

¹²⁶ Rogelio Paredes señala su importancia económica de las costas del Pacífico, "por donde circulaba, como la sangre, el grueso del tráfico colonial" de la América española. Rogelio

circunnavegaron el globo por segunda vez, en la flota comandada por Francis Drake entre 1577 y 1580, y por tercera vez bajo la dirección de Thomas Cavendish, entre 1585 y 1588.

A la hora de vilipendiar al dominio ibérico, los ingleses no hacían distinción entre portugueses y españoles. Un miembro de la expedición de Drake, Francis Fletcher, apuntó en 1578, mientras costeaban el territorio de Brasil, que la colonización tenía a los indígenas "en la más miserable servidumbre y esclavitud sobre sus cuerpos, recursos, mujeres y niños y sobre sus vidas mismas, para [con] los portugueses, cuyos severos y más crueles tratos los forzaron a huir a las partes más infértiles de su propia tierra, para no morir de hambre o al menos para vivir miserablemente con libertad". Fletcher entendió la hostilidad de los habitantes visitados en la Patagonia como una reacción a "las crueldades que los españoles cometieron allí". Más adelante, al entrar en contacto con los pobladores de unas islas del Pacífico, el tripulante explicó que "los habitantes son indios a los que la crueldad más extrema del trato de los españoles obligó a huir desde el continente hasta allí, para salvarse y fortalecerse".¹²⁷

A comienzos de la década de 1580, el imperio español seguía avanzando sobre Europa y los reformados europeos advirtieron con mucha preocupación que la Cristiandad podía ser aplastada de nuevo bajo una tiranía romana. España estaba a punto de sofocar la rebelión en los Países Bajos y su poderío se había incrementado formidablemente a causa de la adquisición de Portugal y sus dominios ultramarinos. Pero la amenaza más urgente eran las conspiraciones y subversiones de los católicos, con apoyo de España, en Inglaterra y en Irlanda respectivamente.¹²⁸

Los enemigos de España identificaban la fuente del poder español en la plata proveniente de sus colonias americanas, un razonamiento derivado de la

Paredes, "Introducción", en Anthony Knivet, *Viaje por el Atlántico en el siglo XVI*, Traducción de Rogelio C. Paredes, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1995 (ix a lii), p. xviii.

¹²⁷ W. S. W Vaux (ed), *The world encompassed by Sir Francis Drake, being his next voyage to that to Nombre de Dios (1628)*, Londres, Hakluyt Society, 1854., pp. 36- 61- 97

¹²⁸ En Irlanda el catolicismo había cobrado fuerza a causa de su identificación con la causa nacional, lo que proporcionaba oportunidades para la intervención española en defensa de dirigentes nacionales embanderados en un movimiento religioso internacional. En 1583, en Inglaterra, Francis Walsingham descubrió y desarticuló un complot católico contra la reina Isabel que involucraba al embajador de Felipe II en Londres, Bernardino de Mendoza, a la prisionera reina María de Escocia y a exiliados católicos ingleses y escoceses. Elliott, J.H., *La Europa dividida*, op. cit., pp. 307-309.

doctrina del estado del siglo XVI, la cual establecía que el dinero era la base de la guerra.¹²⁹ Este razonamiento dio lugar a una serie de ofensivas en escenarios ultramarinos que podrían debilitar a España con mejores resultados que una guerra convencional. Si se interceptaba la plata en su camino hacia Sevilla, el rey de España no tendría ya medios para sostener las campañas de sus ejércitos. Los ataques navales, la incautación del tesoro americano, la búsqueda del pasaje del Noroeste y la colonización de los espacios periféricos de América (cuyo tratamiento se despliega a partir del capítulo 1), fueron todas acciones tendientes a debilitar a la potencia ibérica.

Mientras los corsarios merodeaban temerariamente los contornos de la América ibérica, otros navegantes ingleses recorrían las costas del extremo norte en busca del pasaje interoceánico, atraídos por las presuntas oportunidades comerciales que comportaría un acceso marítimo con China que aventajara, además, a la ruta magallánica. Martin Frobisher realizó tres viajes por las costas del mar de Labrador entre 1576 y 1578, con decepcionantes resultados a causa de la pérdida de hombres, el hallazgo de falsas riquezas minerales y violentos contactos con los esquimales nativos.¹³⁰ Sir Humphrey Gilbert, quien promovió, organizó y dirigió los viajes de Frobisher, se lanzó él mismo en 1583 a las heladas tierras de Newfoundland (Terranova) con la intención de fundar una colonia. Un miembro de su tripulación, George Peckam, destacó que uno de los motivos del viaje era preservar a la gente de "las matanzas por la espada y gran muerte por la plaga, pestilencia u otros, [puesto que] hay en estos días gran número (Dios lo sabe) que viven en tal penuria y necesidad que estarían contentos de arriesgar sus vidas para servir un año (...) en la esperanza de reestablecer su condición."¹³¹ Al regreso de su expedición, también fracasada, Gilbert naufragó mientras intentaba asaltar navíos españoles al sur de las islas Azores.

Estas experiencias constituyen el prolegómeno de lo que sería la carrera colonial inglesa en América. Las desastrosas experiencias en Newfoundland dieron resonancia a la propuesta de Walter Raleigh, medio hermano de Gilbert

¹²⁹ Elliott, *El Viejo Mundo y el Nuevo...* op. cit., p. 115.

¹³⁰ Samuel Elliot Morison, *The European discovery of America. The Northern voyages*, New York, Oxford University Press, 1971, pp. 497-554

¹³¹ George Peckam, "A true report of the late discoveries by ... Sir Humhrey Gilbert", en Peter C. Mancall (ed.), *Envisioning America. English plans for the colonization of North America, 1580-1640*, Boston, Bedford Books, 1995, p. 65.

y, como él, destacado militar en las campañas de Irlanda. Raleigh, con el apoyo de sus amigos, los homónimos primos Richard Hakluyt, logró que la reina le reasignara la patente de colonización de Gilbert con el objetivo de colonizar zonas más aptas para el asentamiento en la costa este de América del Norte “no ocupadas por príncipe cristiano”.

PRIMERA PARTE

LAS DERIVACIONES CULTURALES

Capítulo 1

DE LA VIRTUD A LA BARBARIE. LA OTREDAD AMERICANA EN LOS ORÍGENES DE LA COLONIZACION DE VIRGINIA, 1584-1624.

Uno de los presupuestos en los que se basa esta investigación es que la progresiva y conflictiva apropiación colonial de América provocó una notable transformación cultural en el Viejo Mundo. Esto se manifestó en la expansión de un mercado editorial relativo a la literatura de viajes, que enseñaba a un público lector cada vez más numeroso no sólo las condiciones naturales y geográficas de América, con las expectativas de gloria riqueza que pudieran despertar, sino también las características de sus habitantes nativos. La circulación de relatos sobre el Nuevo Mundo desató entre aquellos europeos que tenían intereses particulares en el proceso colonizador reflexiones y debates sobre los alcances del proyecto colonizador en sus múltiples aspectos (político, administrativo, productivo, comercial, geopolítico, religioso, etc.). Buena parte de estos relatos eran elaborados con fines retóricos, tales como los alegatos de mérito de ciertos personajes envueltos en disputas por su desempeño como agentes coloniales, como la *Generall Historie* de John Smith (1624) o las narrativas que promocionaban las ventajas del nuevo continente a modo de propaganda para atraer hombres y capitales a la empresa colonial, de las cuales se destacan los relatos de viaje vinculados a las exploraciones de Walter Raleigh de 1584-1586. No obstante, el impacto de América en Europa trascendió el interés inmediato de los agentes involucrados, directa o indirectamente, en el proceso de colonización.

El debate sobre el impacto de América en el Viejo Mundo

América comportó un desafío al conocimiento de los ingleses del Renacimiento tardío, que debieron apelar tanto a las nociones de los antiguos como al relato bíblico para aprehender sus novedades. Este argumento fue desplegado en 1970 por John H. Elliott en *El Viejo Mundo y el Nuevo*,¹ para fundamentar el “impacto incierto” que América había tenido en la cultura europea en la temprana modernidad. Sin negar las importantes consecuencias intelectuales, el desafío económico y las importantes repercusiones políticas provocados por el descubrimiento de América, el historiador inglés resaltó la “falta de influencia” de este Nuevo Mundo en Europa, inaugurando así una corriente de interpretación llamada “minimalista”.² Según Elliott, hasta mediados del siglo XVI los exploradores e intelectuales europeos no se interesaron tanto en conocer lo que América les deparaba, sino en hacer coincidir esa nueva realidad con las concepciones heredadas de la tradición judeo-cristiana y de los antiguos griegos y romanos. En sus palabras,

El Renacimiento suponía en algunos aspectos, al menos en su primera etapa, una cerrazón más que una apertura de pensamiento. La veneración por la antigüedad se hizo más servil; la autoridad adquirió nuevas fuerzas frente a la experiencia. Los límites y el contenido de las disciplinas tradicionales, como la cosmografía o la filosofía, habían sido claramente señalados de acuerdo con los textos de la antigüedad clásica, los cuales adquirieron aún mayor grado de autoridad cuando fueron reproducidos en letra impresa por primera vez. Así, pues, las nuevas informaciones procedentes de fuentes extrañas eran susceptibles de ser en el peor de los casos increíbles y en el mejor desatinadas cuando se oponían al conocimiento acumulado durante siglos. Teniendo en cuenta este respeto por la autoridad, era poco probable que hubiese una indebida precipitación

¹ John H. Elliott, *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1972.

² Elliott abonó el argumento “minimalista” en 1975 con su trabajo “Renaissance Europe and America: A Blunted Impact”, presentado en una conferencia de la Universidad de California organizada por Fredi Chiappelli, por entonces director del Center for Medieval and Renaissance Studies de esta universidad. Los trabajos de esta conferencia fueron editados en 1976 por Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen y Robert B. Benson en dos volúmenes con el título *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* (Berkeley, 1976).

en aceptar la realidad del Nuevo Mundo, y mucho menos en los círculos académicos”.³

Según el argumento de Elliott, entonces, la tradición clásica había legado a los europeos categorías lo suficientemente móviles como para clasificar y asimilar a los americanos. Con el avance colonizador de la segunda mitad del siglo XVI, los europeos orgullosos de su superioridad espiritual, técnica, militar y económica, no hicieron más que reforzar su mirada eurocéntrica, de modo que su incorporación de América estuvo determinada por objetivos concretos (retóricos, económicos, políticos) y no por un verdadero interés por el Nuevo Mundo.

En *New World, Ancient Texts*,⁴ de 1992, el estadounidense Anthony Grafton se sumó a esta interpretación, a la que definió como “revisionista”, poniendo de relieve el peso que tuvieron los textos clásicos en el proceso de apropiación intelectual del Nuevo Mundo durante el siglo XVI y principios del XVII. Tal como apunta el crítico literario Ralph Bauer, el postulado de Grafton se presenta como “defensor del Humanismo” frente a la tradición historiográfica liberal –apegada a la noción de progreso científico- que ve a la “Revolución Científica” del siglo XVII como el resultado más o menos directo de la inadecuación inherente de la filosofía natural del Renacimiento por absorber los datos empíricos acumulados por los viajes de exploración de la modernidad temprana.⁵ Grafton, al igual que Elliott, afirma que la transformación intelectual fue lenta a causa de la persistente adhesión a la tradición clásica, que servía como fuente de conocimiento y guía de comportamiento.⁶ No obstante, reconoce las tensiones y contradicciones que surgieron entre los textos antiguos y las realidades externas contenidas en los relatos de viajeros. Asimismo alega que en algunos casos la información procedente de la experiencia europea en América confirmaba o esclarecía la opinión de ciertos autores antiguos, y en los casos en los que no coincidía -como en el caso de la Geografía de Ptolomeo- la nueva información era añadida en las nuevas

³ Elliott, *El Viejo Mundo...* op. cit., p 29.

⁴ Anthony Grafton, *New World, Ancient Texts. The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge, Harvard University Press, 1995.

⁵ Ralph Bauer, *The Cultural Geography of American Literatures. Empire, Travel, Modernity*. Cambridge, Cambridge University Press, 2003, cap. 1 “Prospero’s progeny”, p. 1- 2.

⁶ *Ibid.*, p. 9.

ediciones de textos clásicos, incluso interviniendo los materiales originales con los debidos comentarios. Grafton hace hincapié en la flexibilidad con la que los intelectuales europeos se apropiaban de los textos clásicos a modo de "caja de herramientas" para la formulación de explicaciones sobre el Nuevo Mundo. La autoridad de los textos no era monolítica, arguye, sino que estaba dada en función de su operatividad explicativa.⁷

El debate sobre el impacto cultural de América en Europa fue ampliado en 1991, a partir de la conferencia "América en la Conciencia Europea" organizada por la prestigiosa biblioteca John Carter Brown de Providence, Rhode Island, y cuyos trabajos más destacados fueron publicados en 1995 en una compilación con el mismo título dirigida por Karen Ordahl Kupperman.⁸ El propio John Elliott participó del encuentro, cuyas discusiones lo llevaron a reformular algunos aspectos de *El Viejo Mundo y el Nuevo*. En la conclusión de *America in the European Consciousness* hizo un reconocimiento a los "maximalistas", en cuanto al alto grado de interés que suscitó América y en particular sus "imágenes", en el siglo XVI, aserto que se apoya en la evidencia bibliográfica, incluso la proveniente de círculos eruditos. Elliott agregó una distinción analítica, no obstante, entre dicha evidencia –podríamos decir cuantitativa- y la cuestión de la asimilación, y en un grado mayor de complejidad, de sus efectos transformadores en la consciencia europea. De este modo, el autor hizo coincidir los nuevos aportes historiográficos –de corte maximalista- con su tesis sobre el "impacto incierto":

El impacto fue, en efecto, deliberadamente amortiguado, como parte de una estrategia defensiva de Europa contra un mundo exterior que de cierto modo, tenía miedo de entender. Al recurrir a esa estrategia defensiva, los europeos pudieron neutralizar las perturbadores creencias y prácticas religiosas de los pueblos indígenas de América,

⁷ En una tentativa por complejizar el análisis revisionista, Grafton también menciona el caso de textos clásicos que resultaban subversivos para la época y otros que eran distorsionados por interpretaciones o traducciones erróneas. *Ibíd.*, p. 10 Como sostiene Bauer, la corriente representada por Bauer define al conocimiento renacentista como "una malgama ecléctica de tradiciones textuales aristotélicas, plinianas, neoplatónicas, herméticas y arábicas que resultó 'perfectamente adecuada' para manejar la explosión de conocimientos empíricos de la modernidad temprana sin la disonancia de un cataclismo cognitivo". Bauer, *op. cit.*, p. 2

⁸ Karen Ordahl Kupperman (ed.), *America in European Consciousness, 1493- 1750*, Williamsburg, University of North Carolina Press, 1995.

relacionándolas con conceptos tan familiares como la idolatría, el paganismo y las maquinaciones del demonio.⁹

En la mencionada conferencia, Peter Burke propuso una versión radicalizada del planteo revisionista, afirmando sobre la evidencia de la producción libresca de la temprana modernidad, que América ocupó un lugar apenas marginal respecto a la concepción sobre la historia mundial. A partir de un relevo de las llamadas historias universales, bibliografías, cronologías y enciclopedias publicadas entre el siglo XVI y XVIII, Burke concluyó que "las miradas sobre la historia del mundo del siglo XVI prácticamente no fueron afectadas por la inundación de información acerca del Nuevo Mundo que siguió a las expediciones de Colón, Cabral, Cortés y otros".¹⁰ Según el historiador británico, estas informaciones fueron recién incorporadas en el siglo XVIII. En palabras de Burke, "mi hipótesis permanece del lado del postulado relativamente 'minimalista', que sostiene que América permaneció en el margen de la historia mundial, tal como lo veían los europeos. Para probar esta hipótesis, imaginemos un académico de la temprana modernidad visitando una biblioteca con el objetivo de aprender algo sobre la historia de las Américas".¹¹ Desde su punto de vista, pues, las inquietudes suscitadas en torno a la condición de los indígenas durante los siglos XVI y XVII –su origen en relación al relato bíblico y su ubicación en el horizonte de civilizaciones, por citar los tópicos más importantes- se remitían a la propia conciencia europea y no a un conocimiento sistemático de América.

Burke apoyó su argumentación en un corpus documental que, aunque vasto por la cantidad y densidad de los volúmenes a lo largo de tres siglos, resulta restringido en cuanto a su alcance social. Los tratados eruditos que

⁹ John H. Elliott, "Final Reflections, The Old World and the New Revisited", Kupperman (ed.), *America...* op. cit. (391-408), p. 401. Un poco más adelante expresa: "mi propia convicción sigue siendo que entre 1493 y cerca de 1650, el efecto de América no es tanto como para generar nuevos despegues en la conciencia europea, sino como para reforzar las propensiones y predisposiciones [sic] existentes, incluyendo las a menudo contradictorias. *Ibid.*, p. 403.

¹⁰ *Ibid.*, p. 35. Los ejemplos que utiliza el autor son, para el caso de los compendios históricos, el *Method*, de Jean Bodin (1566); las *Vicissitudes*, de Louis de Roy (1575); *History of His Own Time*, de Jacques-Auguste de Thou (1604) y *Annals*, de William Camden (1615). A pesar del reconocimiento que hace de notables contraejemplos, es decir, de obras publicadas en la época que contenían una cantidad sustantiva de información sobre América, se considera un "minimalista". *Ibid.*

¹¹ Peter Burke, "America and the Rewriting of World History", Kupperman (ed.), *America...* op. cit., (33-51), p. 36.

analizó eran mayormente escritos por y para los miembros de las universidades, que no sólo constituían una mínima porción de la población, sino que también eran guardianes del pensamiento conservador.¹² El hecho de no tomar en cuenta a la literatura de viaje –su fenomenal actividad editorial y su recepción por parte de cortesanos, hombres de negocios, navegantes, o simplemente aficionados por las curiosidades del Nuevo Mundo- le ha permitido sostener que los europeos tenían un escaso interés por América.

El hecho de que la literatura de viajes de los siglos XVI y XVII no sólo divulgaba información sobre América, sino que muy a menudo incluía reflexiones sobre el origen y condición de los indígenas, embiste contra el planteo de Burke. También puede agregarse que si en el siglo XVIII predominó un interés científico, acompañando al proceso de racionalización del conocimiento, las motivaciones subyacentes eran también propiamente europeas, ya que en última instancia los intelectuales abocados a la tarea de clasificación y/o descripción de los fenómenos naturales y humanos de América, aspiraban a un dominio colonial que supiera granjearse ese potencial. Este tipo de conocimiento atizó nuevos viajes de exploración por parte de potencias rivales a España, como Francia, Inglaterra y Holanda, viajes que a menudo combinaban los objetivos de exploración con la práctica de la piratería.

Es decir, para tomar la metáfora de la crítica literaria canadiense, Mary Louis Pratt, los europeos del XVIII miraban con “ojos imperiales” a América.¹³ Aunque el planteo Pratt queda fuera del arco temporal de este trabajo, resulta interesante su articulación entre el discurso científico de carácter pretendidamente desinteresado y universal –cuyo exponente fue el *Systema Naturae* (1735) de Carl Linneo- y las prácticas imperialistas de exploración (dirigidas mayormente a los territorios interiores), estimuladas por el interés más inmediato de la obtención de riquezas. De este modo, la autora define a “la sistematización de la naturaleza del siglo XVIII como un proyecto europeo

¹² Sobre la tendencia intelectual de las universidades europeas, habría que distinguir entre las del norte de Europa, en particular las pertenecientes al Sacro Imperio Romano Germánico, adeptas a la tradición escolástica de las universidades humanistas del sur, en particular las italianas, abocadas a disciplinas empíricas como la medicina o el derecho. Ambas tendencias compartían un mismo método retórico –el silogismo formal de las cadenas de argumentación- y la reverencia a los textos clásicos y moldeada, en cada caso, por las propias inquietudes intelectuales. Grafton, *New World, Ancient Texts...* op. cit., p. 23.

¹³ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

de construcción de conocimiento, que creó una nueva clase de conciencia planetaria eurocentrada".¹⁴

Confrontando al planteo "minimalista", David Armitage¹⁵ sostiene que el conocimiento de América tuvo un fuerte impacto en el pensamiento histórico en Inglaterra desde fines del siglo XVI, a partir de la obra editorial de Richard Hakluyt. Si bien Armitage reconoce una serie de elementos que amarraban a Hakluyt al pensamiento tradicional -su apego a la tradición clásica y al método del anticuarismo inglés- sostiene que provocó una transformación decisiva en el pensamiento histórico, basada en el entrecruzamiento de información histórica y geográfica:

El mayor logro de Hakluyt para la historiografía inglesa, y el más arraigado en la naturaleza de sus materiales, fue el giro geográfico que le dio a la escritura histórica. La crónica todavía era la forma dominante de la escritura histórica en Inglaterra, sin embargo era un género senil y presto a caer en la obsolescencia. La combinación de Hakluyt de métodos históricos y geográficos reveló las inadecuaciones de un género que instalaba a la historia solamente a lo largo de un eje temporal, y por ello apenas podía acomodar la exploración y la extensión del espacio.¹⁶

Karen Ordahl Kupperman, en su tentativa por compatibilizar las posiciones "minimalista" y "maximalista", resaltó la existencia de múltiples estratos culturales en la modernidad europea, cuya asimilación de la información proveniente de América es necesariamente diferenciada. Es así que, según Kupperman, "la reverencia por el conocimiento antiguo, por ejemplo, pudo haber operado como un obstáculo, pero también ofreció sendas y técnicas para entender lo nuevo. Lo importante es el *modo* en el cual América fue asimilado".¹⁷

¹⁴ Y sigue: "Cubriendo la superficie del globo, especificaba plantas y animales en términos visuales como entidades discretas, subsumiéndolas y reacomodándolas en un orden finito y totalizador de la hechura europea", *Ibid.*, p. 76. Si bien el planteo de Pratt resulta atractivo es poco explícito respecto del alcance social de estos conocimientos científicos.

¹⁵ David Armitage, "The New World and British Historical Thought: From Richard Hakluyt to William Robertson", Kupperman (ed.), *America...*, op. cit., (52-75).

¹⁶ *Ibid.*, p. 56.

¹⁷ Karen Ordahl Kupperman, "Introduction. The Changing Definition of America", Kupperman (ed.), *America...* op. cit. (1-29), p. 3.

En función de éste propósito resulta sumamente poroso el planteo de François Hartog, historiador francés cuya destacada labor intelectual se ha abocado a rastrear en la cultura de la antigüedad griega los fundamentos en los que descansa la cultura moderna occidental. En *Anciens, Modernes, Sauvages*,¹⁸ incorporó a América en su interpretación acerca del conocimiento durante la temprana modernidad, a partir de la triangulación de las nociones “salvaje”, “antiguo” y “moderno”, lo cual ha abierto un nuevo marco de reflexión respecto de la secular disputa entre antiguos y modernos. Aunque no es el propósito manifiesto del autor, su planteo desafía las interpretaciones más tradicionales que ven al debate entre antiguos y modernos como un fenómeno estrictamente europeo.

Por ejemplo, la obra pionera de José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos* (1966), con su enorme caudal de información, propuso entender a las apropiaciones intelectuales que los modernos hicieron de la tradición antigua, no como imitaciones serviles, sino como modelos a seguir en un proceso de consciente progreso y definido por su ruptura con la “oscuridad” propia de la Edad Media. En palabras del prolífico ensayista español,

lo que se buscaba con la pretendida imitación de los antiguos (tenidos por mucho más sabios, según solía decirse, que los presentes), no era otra cosa que impulsar un movimiento de superación de aquéllos por los modernos. En todo caso, la imitación, que no era todo y de ordinario quedaba en lo externo, aparecía como plataforma para lanzarse a una franca emulación.¹⁹

A diferencia del planteo de Maravall, Hartog instala la cuestión de América como parteaguas del modo de comprensión de los europeos. Si Maravall concibió a la “emulación” de los antiguos como una operación intelectual de una cultura de nuevo tipo, independientemente de la cuestión americana, Hartog entendió que la “apropiación” de ciertas categorías procedentes de la tradición clásica se alimentó de la experiencia americana y sirvió para revisar críticamente algunos de los cimientos del pensamiento

¹⁸ François Hartog, *Anciens, Modernes, Sauvages*, Paris, Galaande Éditions, 2005

¹⁹ José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos, Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1986 [1966], p. viii.

occidental, lo cual no necesariamente implicaba una superación de las tradiciones previas. Según Hartog, los hombres de la modernidad no sólo definieron a los "salvajes" apelando a los criterios de los antiguos, sino que también se valieron de la categoría de "salvaje" como herramienta retórica en el debate entre antiguos y modernos, en apoyo de uno u otro término. Los modernos podían apelar a los salvajes como argumento para señalar las limitaciones del conocimiento de los antiguos (limitación circunscripta a las Columnas de Hércules), o bien apelar a los salvajes, como hiciera Montaigne en su ensayo "De los caníbales" (1580), para contraponer la sencillez e inocencia original de éstos a la corrupción y "superadora barbarie" de su propia sociedad.

El debate sobre el impacto de América en la cultura europea ofrece senderos interpretativos, a la vez que constituye un prolegómeno necesario para ingresar en la cuestión de la otredad en Inglaterra de fines del siglo XVI y principios del XVII, en articulación con su propia experiencia colonizadora en Virginia. El capítulo tratará el tema de cómo los colonos ingleses definieron a la otredad americana, distinguiendo especialmente entre los "virtuosos" de Roanoke (1584-1586) y los "salvajes" de la bahía de Chesapeake (1607-1624), distinción que señala, en una primera instancia, los alcances de los respectivos proyectos colonizadores.

Las peculiares miradas sobre América y los americanos exhiben la preocupación de los ingleses por definir los alcances de ese Nuevo Mundo por conquistar. Pero esas definiciones no son meras reproducciones de categorías establecidas por y para los europeos. Antes bien, esas definiciones toman cuerpo en la propia dinámica de colonización, es decir, se conforman en la experiencia de contacto interétnico. La fenomenal difusión que alcanzaron estos discursos en Europa a través de un complejo mercado editorial dedicado a la literatura de viajes indica, a su vez, la importancia de América para los hombres de negocios, aventureros en general y consumidores de noticias curiosas. Estas son razones de peso para afirmar la importancia sustantiva de América en la cultura europea moderna. La realidad americana, siempre traducida en los términos de los viajeros y condicionada por sus ambiciones, sus necesidades y las expectativas que pesaban sobre ellos, tuvo un impacto ineludible en el Viejo Mundo. Las noticias provenientes de ultramar moldearon,

por cierto, los objetivos coloniales e incitaron reformulaciones sobre las prácticas. Pero en términos de su propia cultura, esas noticias también concitaron reflexiones sobre las propias bases en las que descansaba su cosmovisión y que debieron ser revisadas para asir los nuevos fundamentos de la ética imperial destinada a permanecer por siglos. La presencia de la América anglosajona es aún más ostensible si se tiene en cuenta, como se argumenta en este trabajo, que la mirada sobre América no fue una construcción netamente europea, o una invención, como supuso O'Gorman hace ya medio siglo. Por el contrario, la "construcción" de América estuvo mediada por la agencia de los nativos, cuya resistencia al avance colonizador sentó las bases para una ética colonial intolerante y absolutamente excluyente.

Miradas inglesas sobre el Nuevo Mundo en el siglo XVI

Un primer nivel de análisis está dado por el marco de comprensión general, de alcance europeo, sobre la condición de los indígenas, para el último cuarto del siglo XVI, tiempo en que los ingleses se lanzaron a la carrera ultramarina. Para entonces ya habían pasado dos décadas desde que habían concluido los debates de Salamanca respecto a la condición de los indígenas del imperio de Carlos V.²⁰ La postura aristotélica sostenida por Juan Ginés de Sepúlveda, que abogaba por la "esclavitud natural" de los indígenas había perdido frente a la mantenida por Francisco de Vitoria y más tarde Bartolomé

²⁰ Los debates se iniciaron en 1512, cuando se confirmó una junta de teólogos en Burgos para asesorar al rey respecto de la condición de los habitantes de sus dominios ultramarinos. Allí primó la posición aristotélica de los "esclavos naturales", posición que condicionó las leyes de Indias a pesar de la consideración de indígenas como súbditos de España y por tanto jurídicamente libres. La Ley de Burgos de 1512 estableció el repartimiento de indios y las encomiendas, bajo el criterio que entendía que los indígenas, por su "inferior condición", quedarían coaccionados a una autoridad proveniente de una cultura civilizada y cristiana. Desde mediados de la década de 1530, un nuevo movimiento intelectual emergió en la Universidad de Salamanca, del cual se destacó el fraile dominico Francisco de Vitoria. Éste rechazó el concepto de esclavitud natural, esgrimiendo argumentos a favor de la racionalidad de los indígenas, aunque admitió que se encontraban en un estadio de inmadurez cultural y, por lo tanto, requerían del tutelaje de los españoles. La tesis de Vitoria cobró cada vez más importancia a través del trabajo de sus discípulos de Salamanca, y en una nueva junta convocada en Valladolid en 1550, el fraile Bartolomé de las Casas con sus denuncias sobre las atrocidades cometidas contra los indígenas, logró imponerse al argumento de Juan Ginés de Sepúlveda. Natsuko Matsumori, *Civilización y barbarie. Los asuntos de Indias y el pensamiento político moderno (1492-1560)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 2005, cap. III, pp. 101-154.

de las Casas, quienes reconocían a los indígenas como seres racionales que debían ser llevados a la civilización a través de la educación. Para la década de 1570, las descripciones sobre los indígenas que llegaban a Inglaterra a través de los relatos de viajeros españoles, o bien transmitían imágenes idílicas (que el humanista Pedro Mártir equiparó con la Edad de Oro), o bien episodios de extrema barbarie (cuyo paroxismo era la práctica del canibalismo). Ya sea que argumentaran la inocencia o la barbarie de los indígenas, estos discursos coincidían en el señalamiento de su condición pagana para justificar un dominio colonial que se presentaba fundamentalmente como una ecuménica misión evangelizadora.

Los ingleses involucrados en la expansión ultramarina prestaron especial atención a los discursos ibéricos sobre el Nuevo Mundo, un interés que, como vimos en la introducción, se plasmó en una intensa actividad de traducción y publicación de textos españoles desde mediados de siglo XVI. Los ingleses recurrían a la literatura de viajes española y portuguesa como fuentes de conocimiento sobre las condiciones naturales, geográficas y económicas del Nuevo Mundo, aunque también extraían enseñanzas sobre estrategias de conquista. La lectura más extendida sobre la colonización ibérica fue la distinción entre dos tipos de indígenas: los amistosos y sumisos, como los que halló Colón en La Española, y los hostiles al dominio colonial, en cuyo caso estaban asociados a prácticas brutales como el canibalismo. Edmund Morgan sostiene que la taxonomía entre indígenas “buenos” y “malos” resultó útil a la hora de proyectar el dominio colonial de los ingleses en América, ya que se esperaba que los indígenas “buenos” se aliaran con los colonos como forma de librarse de los otros “tiranos”, de modo semejante a la conquista de española de aztecas e incas.²¹

La concepción sobre los indígenas también se nutrió de un concepto más amplio y bien conocido por la tradición europea: la barbarie. Recientemente, el antropólogo Roger Bartra ha agregado un insumo cultural a la definición europea de la “barbarie americana”. Para Bartra, el *homo sylvestris*

²¹ “Cuando los ingleses pensaron en ocupar América del Norte, esperaban encontrar también allí esas dos clases de indios y que los buenos recibieran de buen grado toda la ayuda que pudieran brindarles contra los malos. La ayuda inglesa conllevaría, por supuesto, el moderado gobierno inglés y sería preferible, desde luego, a la tiranía de las tribus malas”. Edmund S. Morgan, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la Independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1975], p. 32

no fue una categoría surgida del contacto colonial (como se puede decir de "indio"), sino un concepto enquistado profundamente en la cultura europea occidental. En sus palabras, "el salvaje es un hombre europeo, y la noción de salvajismo fue aplicada a pueblos no europeos como una transposición de un mito perfectamente estructurado cuya naturaleza sólo se puede entender como parte de la evolución de la cultura occidental. El mito del hombre salvaje es un ingrediente original y fundamental de la cultura europea".²² Coincidentemente, Alden T. Vaughan ha argumentado sobre la persistencia del mito del "hombre salvaje", una criatura bestial que habitaba las zonas "no domesticadas", como bosques, desiertos, montañas, y que tuvo una pertinaz presencia en la Europa occidental durante el medioevo y el Renacimiento.²³

Estas tradiciones influyeron, sin duda, en la percepción que los ingleses alcanzaron y transmitieron sobre los algonquinos de la costa oriental de América del Norte, pero las inesperadas y penosas experiencias de los orígenes de la colonización de Virginia impusieron nuevas miradas. Las experiencias de Roanoke y Chesapeake, en tanto prácticas concretas de contacto, fueron fundamentales para la concepción y transmisión de la imagen del indígena. Sean su mensaje la virtud o el salvajismo, esas imágenes remitieron a las acuciantes necesidades de promoción, legitimación o supervivencia de los colonos de Virginia.

El despegue colonizador inglés en el Nuevo Mundo

A diferencia del caso español, en los anales de los orígenes de la colonización inglesa no figuran paisajes edénicos, ni ciudades con templos imponentes, ni yacimientos de metales preciosos, como así tampoco la existencia de sociedades complejas organizadas en estados imperiales, todo aquello al servicio de la gloria de la metrópoli y de sus súbditos. Por el contrario, abundan las referencias al hambre, la enfermedad y la muerte. En

²² Roger Bartra, *El mito del salvaje*, Fondo de Cultura económica, México, 2011, p. 15.

²³ Alden T. Vaughan, *Roots of American Racism. Essays on the Colonial Experience*, New York, Oxford University Press, 1995, pp. 35-38.

adelante se expondrá el proceso de exploración y colonización inglesa en función de demarcar el contexto específico en el que se elaboraron dos discursos contrapuestos sobre la otredad americana.

Los primeros intentos de asentamiento permanente inglés en América del Norte fracasaron rotundamente. La primera cédula real de colonización le fue otorgada en 1583 a Sir Humphrey Gilbert, cuyo objetivo era fundar un asentamiento en tierras más septentrionales de América que permitiera establecer el control comercial de la actividad pesquera que los europeos practicaban de manera itinerante en la región de Newfoundland. Además, sería una avanzada estratégica en la búsqueda de un pasaje que comunicara los dos océanos. El proyecto de Gilbert fracasó luego de un breve pero penoso recorrido por las heladas costas de Terranova que concluyó en un letal naufragio.

En marzo de 1585 Walter Raleigh se hizo cargo de la patente de su medio hermano Gilbert y pronto pertrechó dos naves para explorar regiones más meridionales de América del Norte, y por lo tanto, más aptas para el asentamiento. Los aventureros ingresaron por los bancos de Croatan, en la actual Carolina del Norte, y exploraron el interior hasta dar con la isla de Roanoke, así denominada por la tribu indígena que la habitaba y que, a la sazón, tenía un predominio político sobre la región. Según el testimonio del capitán Christopher Barlowe, los ingleses fueron recibidos amistosamente por los indígenas. Éstos habrían agasajado y colmado con presentes a los recién llegados. Antes de emprender el regreso a Inglaterra, embarcaron a dos nativos, llamados Manteo (miembro de una familia principal de Croatan) y Wanchese, que viajarían como testimonios vivientes del éxito de la expedición. Estos personajes fueron presentados ante el parlamento inglés a mediados de diciembre de 1584 para lograr, y así se hizo, la confirmación de la patente de Raleigh.²⁴

Raleigh preparó la expedición de lo que sería la primera colonia inglesa en el continente americano, y en abril de 1585 zarpó desde Plymouth una flota

²⁴ David Beers Quinn, *from Earliest Discovery to First Settlements. The Norse Voyages to 1612*, New York, Harper & Row, 1978, p. 327.

de siete navíos con 600 hombres,²⁵ a cargo de su primo Sir Richard Grenville, para tomar posesión efectiva de la región, que en Londres habían bautizado con el nombre de Virginia. La expedición contaba con militares de carrera, compañeros de armas de Raleigh y de Grenville en Irlanda, entre los cuales figuraba el apuntado gobernador de la colonia, Ralph Lane. También viajaba un destacado hombre de ciencias, Thomas Hariot, quien debía elaborar los informes sobre la tierra y sus habitantes, y el dibujante John White, encargado de confeccionar los mapas y dibujos que complementaran visualmente el relevo de Hariot. También viajaron Manteo y Wanchese, que durante su estadía en Inglaterra habían sido asignados a Hariot para que éste aprendiera la lengua algonquina y a su vez les enseñara algo de la inglesa para que pudieran officiar como intérpretes de la próxima expedición.²⁶

Entre fines de junio y principios de julio de 1585 llegaron los barcos de la empresa de Raleigh a la zona de Croatan. Allí encalló y se averió el *Tiger*, echándose a perder buena parte de la reserva de alimentos. Una vez que fundaron el fuerte en la isla de Roanoke, los barcos fueron partiendo a Inglaterra, quedando 107 hombres como colonos permanentes.²⁷ Éstos inicialmente apelaron al intercambio con los indígenas como forma de abastecerse de alimentos. Al principio éstos accedieron de buen grado, atraídos por las bagatelas, pero más aun por instrumentos metálicos como cuchillos o hachas. Grenville, por su parte, emprendió su regreso a Inglaterra en busca de refuerzos.

La colonización de Roanoke devino en un rotundo fracaso al término de un año, debido a la falta de provisiones y al trato brutal con el que los colonos pretendieron obtener alimentos de los indígenas, cuyo colofón fue el asesinato, a instancias de Lane, de Wingina, máximo jefe de la comunidad, y siete u ocho

²⁵ La flota, que zarpó el 9 de abril de 1585 desde Plymouth, estaba compuesta por 5 barcos y 2 pinazas. El *Tiger*, provisto por la reina y comandado por Grenville, llevaba 160 hombres. Ralph Lane, "Reminiscences of the 1585 expedition. 7 January 1592, Quinn, *Roanoke Voyages*, vol. I... op.cit., (228-231) p. 228. Raleigh proveyó dos barcos, el *Roebuck* y el *Dorothy*, más dos pinazas, mientras que Thomas Cavendish hizo lo propio con el *Elizabeth*. El barco restante, el *Lion*, habría pertenecido parcialmente a su capitán, George Raymond. *Ibid.*, p. 121.

²⁶ La ausencia de referencias de los testimonios de la expedición a Roanoke permite conjeturar que estos personajes podrían haber sido devueltos a su comunidad Croatan, una vez que los expedicionarios atravesaron los bancos para seguir el recorrido hasta la isla de Roanoke.

²⁷ "The names of Lane's colonists", David Beers Quinn (ed), *The Roanoke Voyages 1584-1590*, vol. 1, New York, Dover Publications, 1992 [1955] (194-197). La lista de los colonos fue publicada por Hakluyt en su *Principall Navigations* de 1589.

de sus principales consejeros. Lane decidió abandonar el asentamiento en junio de 1586, embarcando a la compañía en la flota de Francis Drake, quien oportunamente había decidido hacer una escala en Virginia en su regreso de sus sangrientas y destructivas campañas contra los españoles en Santo Domingo, Cartagena y Florida. Al poco tiempo llegó Grenville a Roanoke con los ansiados refuerzos y al encontrar el fuerte con el fuerte destruido y deshabitado, dejó a quince de sus hombres para que resguardasen el asentamiento mientras resolvían el envío de refuerzos desde la metrópoli.

En mayo de 1587 Raleigh envió otra expedición a Roanoke, con John White como gobernador al frente de 115 hombres, mujeres y niños, en un intento por recuperar la colonia y rescatar a los quince hombres dejados allí por Grenville. Según las instrucciones emanadas por Raleigh, White debía trasladar a esos hombres, junto con su compañía, a la bahía de Chesapeake, región que apenas había explorado, junto a Hariot, en su viaje anterior. Ese plan quedó truncado a raíz de una discordia entre el gobernador y el almirante del buque, Philip Amadas, el mismo que había dirigido la flota del viaje de exploración de 1584. A fines de julio de 1587 Amadas desembarcó a los colonos en Roanoke, con sus pertrechos y pinazas, regresó a Inglaterra y eso imposibilitó a los colonos continuar el trayecto hasta la bahía por mar. La supervivencia en el fuerte, el cual debieron reconstruir, se hizo extremadamente difícil a causa de la hostilidad de los nativos, que ni la lealtad de Manteo, nombrado por White en Señor de Croatan, fue capaz de morigerar. A fines de agosto de ese año White debió partir con su "flyboat" (una embarcación ligera) rumbo a Inglaterra en busca de refuerzos, no sólo de alimentos, sino también de barcos apropiados para transportar la colonia a la bahía de Chesapeake.

La guerra contra la Armada Invencible en los mares del norte hizo imposible el regreso de White a Virginia, ya que su navío debió ser enviado a Plymouth para integrar la flota guerrera de Francis Drake. A mediados de abril de 1588, White logró zarpar con sólo dos pinazas y quince hombres rumbo a Roanoke, pero a la altura de las islas Azores "fueron atacados, robados y heridos por piratas, entonces se las arreglaron para volver a Inglaterra, apenas

con vida".²⁸ En agosto de 1590, después de un viaje que duró cinco meses, White llegó a Roanoke, pero no encontró ni los rastros del centenar de colonos que había dejado. De este modo se agotaron los esfuerzos colonizadores de la época isabelina y prosperaron las actividades de piratería, ya que el contexto bélico posibilitaba la obtención de cuantiosos botines, en especial si lograban capturar los galeones que transportaban el metálico americano hacia España.²⁹

Nuevas tentativas coloniales en los albores del siglo XVII

Veinte años después, bajo el reinado de Jacobo I (1603-1625) y finalizada la guerra con España, la colonización de Virginia recobró un renovado impulso. En abril de 1606 la corona concedió cédulas de colonización de Virginia a dos compañías de inversores, a las cuales se les concedía derechos de exploración, comercio y establecimiento en una extensa franja territorial que alcanzaba desde los 34 a los 45 grados de latitud, lo que hoy equivale al territorio que va desde Cabo de Miedo, al sur del estado de Carolina del Norte, hasta el estado de Maine. Una de las compañías, con sede en Plymouth, tendría a cargo la porción septentrional, luego llamada Nueva Inglaterra, de este vasto territorio considerado como Virginia. La otra compañía, con sede en Londres, ocuparía la región sur.

A principios de 1607 la Compañía de Londres envió un contingente de 105 colonos en tres barcos comandados por el capitán Newport, el capitán Bartholomew Gosnold y el capitán John Ratcliffe, rumbo a la bahía de Chesapeake. Esta región auguraba mejores posibilidades para el asentamiento, ya sea por sus puertos naturales, la fertilidad de su suelo y la proximidad con importantes tribus indígenas a las que consideraban amistosas, lo que por otra parte les posibilitaría el abastecimiento por vía del intercambio. A fines de abril de 1607 la flota al mando del capitán Newport, se adentró en la

²⁸ David B. Quinn, *The Lost Colonist. Their Fortune and Probable Fate*, Raleigh, America's Four Hundredth Anniversary Committee North Carolina Department of Cultural Resources, 1984, p. 13

²⁹ La corona autorizó, entre 1585 y 1603, alrededor de 100 patentes de corso por año a inversores particulares. Karen Ordahl Kupperman, *Roanoke, the Abandoned Colony*, Maryland, Rowman & Allanheld, 1984, pág. 6.

bahía de Chesapeake por el río Powhatan al que en seguida renombraron James en honor a su rey, y a mediados de mayo fundaron el “pueblo de James”, o Jamestown.

En Jamestown las condiciones para la supervivencia no fueron mejores que en Roanoke. Los colonos tuvieron serias dificultades para conseguir alimentos, contrajeron enfermedades mortales que diezmaron a su población y además encontraron la resistencia de las comunidades locales. A poco tiempo del desembarco, un miembro del consejo de la colonia, el capitán John Smith, fue tomado prisionero mientras hacía un viaje de reconocimiento por el río Chickahominy. Después de una novelesca liberación (cuyo tratamiento corresponde al capítulo 9) regresó a Jamestown, que estaba inmerso en una severa crisis de autoridad. El presidente, Edward María Wingfield fue depuesto en septiembre de ese año por un grupo de consejeros rebeldes, del cual formaba parte John Smith. La fiebre tifoidea y la disentería, agravadas por el hambre, se cobraron durante estos primeros años una gran cantidad de muertos. Para enero de 1608 sólo permanecían con vida 38 de los 105 pioneros. Tal como demostró Carville V. Earle en un sólido trabajo de 1979, las enfermedades eran causadas por la ingesta de agua del James, cuya salobridad excesiva provocaba una suerte de envenenamiento [salt poisoning].³⁰

Para ese tiempo el capitán Newport regresó con su primer refuerzo, con provisiones y 200 hombres. En septiembre de ese mismo año de 1608, Newport volvió con segundo refuerzo, transportando a 70 pioneros e instrucciones de la Compañía de Virginia que consistían en nombrar a John Smith presidente de la colonia y en coronar a Wahunsenacah (más conocido como Powhatan), la máxima autoridad de la región, como súbdito de la corona.³¹ El cautiverio en Werowocomoco, donde residía Powhatan, durante el invierno de 1608, le había permitido a Smith concertar un cierto régimen de intercambios con el líder nativo, lo cual resultó indispensable para paliar el hambre que dominaba la vida en el fuerte.

³⁰ Carville V. Earle, “Environment, Disease, and Mortality in Early Virginia”, en Thadt W. Tate y David L. Ammerman (eds.), *The Chesapeake in the Seventeenth Century. Essays on Anglo-American Society*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1979 (98-125).

³¹ Powhatan también era llamado Mamanatowick por su cargo de “gran rey”. Frederic W. Gleach, *Powhatan’s World and Colonial Virginia*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 1997, p. 28.

Como presidente, Smith impuso sobre los colonos un régimen muy severo, que consistía en aplicar la fórmula “quien no trabaja, no come”. Organizó varias expediciones de exploración, dispersó a la compañía en tres grupos para descomprimir las necesidades del fuerte e informó a la Compañía, mediante cartas que envió con Newport, sobre los asuntos críticos de la colonia. A principios de octubre de 1609 Smith emprendió su retorno a Inglaterra, herido por un accidente con pólvora, y aunque nunca más volvió a Virginia, sus abigarrados reportes se convirtieron en una fuente de información ineludible sobre la colonia durante sus primeros dos años de existencia.

Dado que los refuerzos enviados por la Compañía eran insuficientes para resolver la crisis de supervivencia de los colonos, en 1609 la Compañía de Virginia consiguió una nueva cédula de colonización. Ésta le concedía mayores atribuciones a los “aventureros”, como así llamaban a los miembros de la Compañía, en tanto accedieron a una mayor representatividad en el Consejo de Virginia de Londres e impusieron un orden colonial más estricto, a partir de la instauración de un gobernador con autoridad “absoluta” y capaz de imponer un orden marcial. A pesar de la determinación de la Compañía de Virginia por reestructurar la colonia, las adversidades se interpusieron a los proyectos. A fines de julio de 1609 naufragó el *Sea Adventure*, la embarcación que transportaba a las nuevas autoridades coloniales encabezadas por el gobernador Thomas Gates, en las costas de las islas Bermudas. Aunque no se comportaron víctimas fatales, el naufragio desató la rebelión de los colonos en el archipiélago de Bermudas, crisis que Gates no logró resolver ni siquiera después de consumir su viaje a Jamestown, en mayo de 1610. Al momento de su llegada, sólo quedaban 60 sobrevivientes en el fuerte.

Después de un lustro de penurias, gobernadores déspotas y sucesivos arribos de hombres y refuerzos, la colonia logró cierta estabilidad. En 1611 se instauró un establecimiento permanente en Kecoughtan (actual Elizabeth City, sobre la desembocadura del James) y en septiembre de ese año comenzó, por orden del gobernador Dale, la construcción de Henrico, en la cabecera del río James.³² Para 1612, los colonos ya producían su propio maíz, mientras recibían cada año nuevos contingentes de hombres que compensaban con

³² Charles E. Hatch, *The First Seventeenth Years. Virginia, 1607-1624*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1991 [1957], p.

crecen las cifras de muertes a causa de las enfermedades. Pero lo que era más alentador, se habían lanzado al cultivo del tabaco para comercializar en Europa.

Este proceso se dio en el marco de una abierta confrontación entre colonos e indígenas. Como el éxito de la colonia descansaba en la expulsión de los indígenas para explotar su tierra, éstos opusieron una férrea resistencia. En 1622, los indígenas ejecutaron un ataque sobre Henrico y los asentamientos aledaños, con un saldo total de 347 muertos, cifra equivalente a más de un cuarto de la población total. La dinámica de la colonia sería, desde entonces, la de la expansión territorial apoyada en el exterminio de los habitantes nativos, con episodios de resistencia violenta por parte de éstos. En 1624, año que cierra el marco temporal de esta investigación, la Compañía de Virginia se declaró en bancarota y la colonia pasó a ser jurisdicción de la corona.

Hasta aquí, el derrotero de colonización de Virginia desde sus orígenes muestra la importancia de la resistencia de los nativos. Roanoke fue abandonada por los ataques de los algonquinos de Carolina (habitantes de la región más extensa de Pamlico), mientras que los colonos de Jamestown alcanzaron cierto nivel de subsistencia en los primeros años a partir de los intercambios con los indígenas cuyos términos y condiciones, como se analizará en el capítulo 7, fue favorable a los nativos. Pero el cese definitivo de los intercambios a finales de 1609 dio lugar a una política frontal de ataques, episódicos y recíprocos, que agravó más aún las condiciones del asentamiento. Conscientes de la gravedad que esto comportaba para el futuro de la colonia, la Compañía de Virginia de Londres envió con el capitán Newport expresamente instrucciones para concertar vínculos pacíficos con los nativos, entre los que se contaba la coronación de Powhatan para subordinarlo al dominio colonial. Sin embargo, estos planes fracasaron rotundamente. Powhatan rechazó esa pretendida investidura como así también se opuso a la tentativa de los colonos de reanudar los intercambios. Por el contrario, las hostilidades de un lado y el otro fueron *in crescendo*, incitando ofensivas de parte de los colonos como lo fue, en 1613, el rapto de Pocahontas y su incorporación forzada a la comunidad colonial, además de las confiscaciones forzosas de grano, los ataques a poblados, el incendio de sus campos sembrados, etc.

Definiciones sobre la otredad americana de Roanoke

La panorámica de la temprana colonización de Virginia esbozada hasta aquí pondera la cuestión del *otro*, ya sea en la dimensión material del contacto interétnico como en la representación de esa otredad nativa. Los discursos heredados, junto con las expectativas y las necesidades surgidas al calor de la experiencia concreta, impactaron en la creación de nuevos discursos, todo lo cual es preciso analizar para dar cuenta de la tensión entre expectativa y realidad, en un proceso donde el contacto interétnico dictó el curso de la historia colonial norteamericana desde sus orígenes.

Dado que los ingleses no dieron lugar a un debate teológico o filosófico sobre la naturaleza de los indígenas o sobre la relación entre éstos y los europeos, la construcción de la imagen del “indio” o “salvaje” se hizo sobre parámetros relativamente móviles. Las concepciones heredadas de su tradición cultural occidental se fueron moldeando en torno a los objetivos coloniales en América y como resultado de la relación de fuerzas entre colonos e indígena.

Los discursos de promoción de la empresa colonial de fines del siglo XVI proponían un trato cordial con el indígena que permitiera cumplir con tres objetivos fundamentales expuestos por Hakluyt el Viejo: “implantar la religión cristiana, traficar, conquistar”. En rigor, la evangelización no fue más que un elemento marginal en el proyecto colonial y estaba más relacionado con la propaganda y con las fórmulas oficiales que con una tentativa genuina por expandir el protestantismo. El interés se concentraba, fundamentalmente, en los dos últimos términos: el comercio y la búsqueda de un paso interoceánico en el hemisferio norte, aunque no se perdía de vista la posibilidad de asentarse en lugares estratégicos desde donde pudieran atacar a los españoles.

Las representaciones positivas de los indígenas fueron características de los primeros viajes ingleses a la región de Roanoke y tenían una fuerte carga propagandística. Este fue el tono del relato de Arthur Barlowe, capitán del viaje de reconocimiento de Roanoke, en 1584, cuando refiere al encuentro con miembros de la alta jerarquía local: “hemos sido agasajados con todo el amor, bondad, y con tanta generosidad como la que ellos (a su manera) pueden quizá concebir. Encontramos la gente muy gentil, amorosa y confiable,

desprovistos de toda argucia y traición, del modo en que vivían en la edad de oro”.³³ Esta última y tácita alusión a Ovidio manifestaba el tan compartido anhelo, entre los ingleses aturdidos por las transformaciones socioeconómicas de su tiempo. Ese anhelo versaba sobre la existencia de una tierra de abundancia que invitaba, por la amistosa cualidad de sus habitantes nativos, a crear un nuevo orden social, exento de la codicia y de la corrupción que afectaba a los europeos. De allí que el diagnóstico de Barlowe respecto de que “la tierra produce todas las cosas en abundancia, así como en la primera creación, sin trabajos duros ni labores”,³⁴ habría constituido un verdadero instrumento de propaganda.

Los tópicos enfatizados por Barlowe, la abundancia de recursos naturales y la generosidad de los nativos, se articulaban coherentemente con la expectativa de que estos últimos proveyeran diligentemente el sustento de los pioneros. De ahí que Barlowe cargara las tintas en la productividad agrícola de los indígenas

...en mayo siembran y en julio cosechan, en junio siembran y en septiembre cosechan, sólo con arrojar el grano a la tierra, rompiendo un poco la suave turba con una azada de madera o piqueta. Nosotros mismos probamos el suelo y pusimos algunos de nuestros guisantes en el suelo, y en diez días ya tenían catorce pulgadas de alto. Ellos tienen también porotos muy buenos de diversos colores y en maravillosa abundancia, algunos que crecen naturalmente y otros en jardines, y tienen también trigo y avena.³⁵

Barlowe también reparó en las jerarquías locales, las cuales estaban demarcadas por un estricto ceremonial y por el uso de atuendos distintivos. En relación a un encuentro con Granganimeo, el hermano del jefe o *werowance* principal, mencionó que sus sirvientes le tendieron a éste una larga manta en el piso, donde se sentó en una punta y otros cuatro “de su compañía” en la otra,

³³ Arthur Barlowe, “The first voyage made to the coasts of America, with the barks, where in were Captaines M. Philip Amadas, and M. Arthur Barlowe, who discovered part of the Country now called Virginia, Anno 1584. Written by one of the said Captaines, and set to sir Walter Raleigh knight, at whose charge and direction, the said voyage was set forth”, Richard Hakluyt (ed.), *Principall Navigations of the English Nation*, Glasgow, James MacLehose and Sons (12 vols.), 1904 (VIII: 297-310), p. 305.

³⁴ *Ibid.*, p. 304.

³⁵ *Ibid.*, p. 305

mientras los demás permanecían parados a su alrededor y otros algo más lejos. En cuanto a los atuendos, notó que la mujer de Granganimeo tenía una

banda de coral blanco sobre su frente, de la misma forma que usó su marido muchas veces, y en las orejas tenía brazaletes [sic] de perlas ... (cuyo ejemplar más pequeño enviamos a su señoría), y éstas eran tan grandes como un buen guisante. El resto de las mujeres de mejor condición tenían pendientes de cobre en cada una de sus orejas, así como también algunos de los hijos del hermano del rey y otros nobles tienen cinco o seis en cada oreja. Él mismo [Granganimeo] tenía sobre su cabeza un amplio plato de oro, o cobre, que por no estar lustrado no sabíamos que metal podría ser.³⁶

Los atuendos, además de indicar las jerarquías político-sociales, también permitían avizorar la disponibilidad de riquezas minerales. Sin embargo, como delata el relato de Barlowe, poco importaba si se trataba de “oro o cobre”, ya que en esa instancia incipiente de contacto con América y los americanos, la mirada estaba más puesta en la seguridad del asentamiento que en las prospectivas de enriquecimiento. La exaltación de las cualidades políticas de los jefes tribales comulgaba con esa preocupación, en la medida en que se buscaba la amistad de los jefes tribales para prevenir eventuales ataques. Barlowe puso de relieve que “el Rey es enormemente obedecido, y sus hermanos e hijos reverenciados”.³⁷ Unas páginas más adelante, afirmó que: “Así como nosotros allí notamos, y vosotros habrán comprendido a través de esos hombres que nosotros trajimos a casa [Manteo y Wanchese], que no hay gente en el mundo que pueda llevar más respeto por su Rey y gobernadores que ellos”.³⁸ Al afirmar que los *werowances* imponían una autoridad sin parangón sobre los nativos de “común condición”, Barlowe dejaba suponer, tal como lo podía entender su público lector inglés, que una alianza con las jerarquías nativas bastaría para asegurarse el dominio colonial.

Esta interpretación se ve refrendada además en la identificación que hace Barlowe de las tribus (su ubicación geográfica y el nombre de sus

³⁶ *Ibíd.*, p. 302.

³⁷ *Ibíd.* Granganimeo, fue quien recibió a los colonos, en ausencia de Wingina, que según el relato se encontraba herido en el poblado principal del país, a 6 días de viaje. *Ibíd.*, p. 301.

³⁸ *Ibíd.*, p. 302.

werowances) y los vínculos de alianza o confrontación entre ellas. También puede agregarse que, a diferencia de los relatos de las experiencias coloniales posteriores, Barlowe no hizo estimación alguna sobre el número de indígenas aptos para la guerra ni de sus tácticas guerreras, y respecto de sus armas, sólo mencionó que usaban arcos y flechas, corazas y "espadas" de madera.³⁹ Por otra parte, destacó el pavor que provocaban las armas de fuego entre los maravillados habitantes de Secotan: "la única vez que tiramos con un arma de fuego fue con un arcabuz y ellos se estremecieron mucho por el miedo y por la extrañeza del mismo".⁴⁰ Estas informaciones se enhebraban bien con un discurso que aludía a la tierra y a sus habitantes en términos idílicos, y ponderaba la estrategia políticas antes que la guerra. Todavía más, Barlowe evocó la dignidad de los indígenas al comparar cierta práctica guerrera con la de los antiguos: "cuando van a la guerra, llevan con ellos a su ídolo, a quien le piden consejo, así como los romanos acostumbraban hacer con el oráculo de Apolo".⁴¹ La analogía entre los indígenas y los venerables romanos de la antigüedad, junto con el reconocimiento de la autoridad con la que imponen su dominio en la región, eran elementos de peso para ganar las voluntades y el financiamiento en función de lograr una colonización efectiva.

La única y pasajera alusión a la religión de los nativos es aquella que expresa que su "ídolo", palabra que usa para referirse a su dios, "no es más que una mera ilusión del demonio".⁴² Si bien resultaba una declaración altamente descalificatoria de los nativos, también constituía un argumento a favor de la colonización, entendida como una misión religiosa. A fin de cuentas, los romanos, como así también los antiguos habitantes de Bretaña, también habían sido paganos.

David Beers Quinn ha levantado sospechas sobre la autenticidad de la carta de Barlowe, conjeturando que fue reescrita por su destinatario Walter Raleigh.⁴³ La prosa llamativamente pulida es también un indicio de la intencionalidad de su autor o autores (suponiendo que participó Raleigh). Quinn insiste en que el testimonio de Barlowe, "parecería ser una narrativa

³⁹ *Ibid.*, p. 307.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Ibid.*, pp. 307-308.

⁴² *Ibid.*, p. 308.

⁴³ "Los relatos traídos fueron editados cuidadosamente —el de Barlowe fue reescrito, se piensa, por Raleigh". David B. Quinn, *North America...* op. cit., p. 327.

especialmente selectiva, designada para lograr que el Parlamento le concediera a Raleigh el acta [de colonización] en diciembre y que sirviera como propaganda para la expedición de 1585".⁴⁴ Tal fue el impacto propagandístico del reporte de Barlowe que, como sostuvo Karen Kupperman, elevó las expectativas demasiado alto, lo cual tuvo consecuencias nefastas a la hora de que contingentes de hombres con poca preparación o serias limitaciones intentaran establecerse en esas tierras.⁴⁵

Los relatos provenientes de la propia experiencia de colonización de Roanoke, entre 1585-1586 hacen más hincapié en las bondades naturales de la región que en la calidez y generosidad de los indígenas. No obstante, las informaciones sobre esta experiencia fallida de colonización divergen entre sí según su género, distinguiéndose entre las cartas, por un lado, que siguen la modalidad de crónica, es decir, narran eventos de los que se proponen como testigos, y por otro lado los informes, podría decirse, por encargo, ya sean escritos o visuales. Entre el primer grupo de testimonios se encuentran el reporte del gobernador Ralph Lane, "Discourse on the first colony" (1586), y otro anónimo, "The voiage made... to Virginia, in the yeere 1585" (1585), ambos publicados por Hakluyt en *Principall Navigations* en 1589.⁴⁶ Por otro lado, se cuenta con el reporte de Thomas Hariot *Brief and True Report* (1588) y las acuarelas de John White, publicadas como material anexo del reporte de Hariot en el primer tomo de *Americae*, de Theodoro de Bry. La diferencia principal entre estos dos corpus documentales es que mientras las dos primeras fuentes hacen alusión a confrontaciones directas con los habitantes de Roanoke, a los que interpelan en calidad de "salvajes", el informe de Hariot y las acuarelas de White omiten todo conflicto y, por el contrario, hacen hincapié en la dignidad de los nativos, lo cual se analizará en los capítulos 3 y 4.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 16.

⁴⁵ "Los promotores de la colonia aprendieron lento y penosamente que es mejor describir el país tan sinceramente como sea posible, detallando las desventajas así como las ventajas, con el propósito de prevenir tanto como sea posible el efecto rebote de colonos desilusionados quejándose en tabernas a través de Inglaterra" Karen Ordahl Kupperman, *Roanoke...*, op. cit., pág. 17.

⁴⁶ Ralph Lane "Discourse on the first colony" en Richard Hakluyt, *Principall Navigations*, vol. VIII, op. cit., (320-345), [Anónimo] "The voiage made by Sir Richard Greenville [sic], for Sir Walter Raleigh, to Virginia, in the yeere 1585), *Ibid.* (310-317)

La imagen de los nativos de Roanoke fue alterada por la propia dinámica colonial, dado que, como se analizará en el capítulo 7, las hostilidades desatadas entre colonos e indígenas conjuraron el fracaso del proyecto. El discurso de Lane, mediado por su criterio militar, expuso los términos de la confrontación con los indígenas, a los cuales interpeló más enfáticamente como enemigos que como salvajes. Lo mismo puede decirse del testimonio anónimo de 1585 que expuso el ataque a la comunidad de Secotan como un escarmiento, bajo la suposición de que la presencia europea en sus tierras determinaba, *per se*, el sometimiento de los habitantes nativos.

Roanoke, entre el abandono y la expulsión

El 9 de junio de 1586, la guardia apostada en Croatan (llamada también Lord Admiral Island) avistó la gran flota de “veintitrés velas” de Francis Drake. Aunque no se dispone de información documental sobre las intenciones del corsario inglés ni de concertación alguna con los agentes coloniales en Londres, ciertos datos permiten arriesgar una respuesta. Por ejemplo, el transporte de cientos de esclavos negros y un cierto número de indígenas capturados en sus ataques en Santo Domingo y Cartagena, además de algunos esclavos de galeras, principalmente moros y turcos capturados de camino, dejan suponer que éstos estaban destinados a reforzar el asentamiento inglés de Virginia. Esa finalidad habrían tenido también los pertrechos –equipamiento, mobiliario- capturados en San Agustín, Florida, luego de su ataque al fuerte español.⁴⁷ Sin embargo, Lane propuso una salida radical a la crisis del asentamiento en Roanoke, que consistía en trasladar el asentamiento a la bahía de Chesapeake en los barcos provistos por Drake. Éste accedió pero un feroz temporal se interpuso en los planes, hundiendo algunas embarcaciones y haciendo desaparecer otras, hasta que finalmente se decidió el regreso a Inglaterra. El 18 de julio la totalidad de los colonos, Manteo

⁴⁷ Quinn, *North America*, op. cit., p. 334.

y otro nativo llamado Towaye,⁴⁸ se embarcaron en los barcos de Drake que habían resistido a la tormenta, aunque para ello debieron dejar a los cautivos en tierra, quienes habrían sido asimilados por las comunidades locales.

Raleigh hizo su segundo intento colonizador con miras a trasladar el asentamiento a la bahía de Chesapeake, aunque el objetivo principal era rescatar a los hombres de Grenville y concertar la paz con los nativos de la región de Roanoke. A mediados de 1587, John White regresó a Roanoke como gobernador de Virginia, encontrando al fuerte de Roanoke en un estado de abandono total, y a la isla deshabitada. La única narrativa sobre este viaje. "The Fourth Voyage into Virginia", adjudicada a John White, fue también incluida en la primera edición de *Principal Navigations*.⁴⁹ El documento fue sin dudas elaborado a partir del diario de viaje de White, pero como en el caso de los otros testimonios sobre Virginia publicados por Hakluyt, existe la posibilidad de que haya sido reescrito parcialmente por Raleigh para acomodar la narrativa a sus propósitos de promoción de la colonización de Virginia.

El testimonio de White puso de relieve la hostilidad de los indígenas, a los cuales refirió como "salvajes". Respecto de la búsqueda de los hombres de Grenville, White informó que la expedición se dirigió primeramente a Roanoke, donde "habían sido dejados nuestros quince hombres, pero no encontramos a ninguno de ellos ni señal alguna de que hubiesen estado allí, exceptuando los huesos de uno de esos quince, al cual los salvajes habían asesinado mucho antes".⁵⁰ A los pocos días del desembarco, sigue White, "George Howe, uno de nuestros doce asistentes fue asesinado por varios salvajes que habían venido a Roanoke, ya sea con el propósito de espiar a nuestra compañía y en qué número estábamos, o para cazar venado, de los cuales había muchos en la isla".⁵¹ White retoma esta escena unas líneas abajo, resaltando la crueldad de los atacantes: "y después de que lo mataron con sus espadas de madera, le rompieron la cabeza en pedazos y huyeron por el agua al continente".⁵²

⁴⁸ No se dispone de más información sobre Towaye que esta referencia, lo cual indicaría que era un sirviente de Manteo. David Beers Quinn, *The Lost Colonists...* op. cit., p. 8

⁴⁹ John White, "The Fourth voyage into Virginia with three ships, on the yere 1587. Wherein was transported the second Colonie", Hakluyt (ed), *Principall Navigations...* op. cit. (386-406).

⁵⁰ *Ibid.*, p. 391.

⁵¹ *Ibid.*, p. 392

⁵² *Ibid.*, p. 393.

White traía instrucciones de Raleigh de ganarse la amistad de los indígenas, de los que se esperaba que ofrecieran resistencia como consecuencia de la matanza perpetrada por Lane un año antes. Para ello contaban con la lealtad de Manteo, que por segunda vez en Inglaterra había sido apuntado para convertirse en jefe de Roanoke al servicio de los ingleses. Raleigh esperaba que Manteo, que pertenecía al linaje de Croatan, se trasladara a Roanoke con su tribu y que se granjeara la lealtad de las tribus aledañas. En un principio White y veinte hombres se dirigieron a Croatan para obtener información sobre el destino de los hombres de Grenville, “pero especialmente para conocer la disposición de la gente del país hacia nosotros y renovar nuestra vieja amistad con ellos”.⁵³ Cuando se acercaron en sus botes con Manteo como mediador, unos nativos reaccionaron lanzando flechas desde la costa, y cuando lograron un diálogo, éstos le reclamaron que

No recojamos ni desparramemos nada de su maíz, del cual tenían poco. Le contestamos que ni su grano ni ninguna de sus cosas serían mermadas por alguno de nosotros, y que nuestra visita era solo para renovar el viejo amor que había entre ellos y nosotros al principio, y vivir con ellos como camaradas y amigos, respuesta que pareció agradecerles y por ello nos hicieron ir al poblado.⁵⁴

En el poblado de Croatan fueron informados del asesinato de once de los hombres de Grenville y también de un ataque que había cometido Lane contra algunos de los croatan, que resultaron heridos, “al haber sido confundidos con hombres de Wingino”.⁵⁵ Resulta llamativo que los hombres de Croatan “explicaran” a White el ataque de Lane (que por otra parte está ausente en los reportes de 1585-1586) siguiendo una lógica o justificación que no les era propia, y que supone que ellos sabían que la confrontación era “exclusivamente” entre los colonos y los roanoke. Esta distinción resulta al menos dudosa, ya que el ataque a Secotan demuestra que los colonos no hicieron distinción entre los habitantes de las distintas tribus a la hora de desplegar sus violentas prácticas.

⁵³ *Ibíd.*, p. 393

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Idem.*

White le encargó a Manteo, quien debía ser nombrado "Señor de Roanoke" por instrucción de Raleigh, que trabara lazos de amistad con los *werowances* de las comunidades de Secotan, Acquascogoc y Pomeioc, para lo cual le dio el plazo de una semana. Como el plazo venció sin obtener ninguna respuesta, el gobernador decidió "no diferir más la revancha" por los asesinatos de los hombres de Grenville y de Howe, y mandó a Dansemunkepeuc, donde suponían que se encontraban los hombres de Wingina, a un grupo de 24 hombres bajo el mando del capitán Stafford (quien había formado parte de la compañía de Lane). Manteo iba como guía de los vengativos colonos, quienes llegaron por la madrugada al poblado y dispararon mortalmente a uno de ellos. Inmediatamente fueron advertidos por los pobladores que ellos eran sus amigos *croatans*, que se habían ido a Dansemunkepeuc a recoger el grano, tabaco y zapallos que los *roanoke* habían dejado tras huir luego de asesinar a Howe. Nuevamente el autor del testimonio hace una maniobra para lavar las culpas de los atacantes: "Aunque la confusión con esos salvajes apenó de cierta manera a Manteo, él imputó el daño a su propia estupidez, diciendo que si los *weroans* hubiesen mantenido su promesa de ir con el gobernador el día señalado, ellos no hubieran conocido ese infortunio".⁵⁶ Este pasaje señala, una vez más, la utilidad retórica de hacer hablar a los nativos para justificar el propio accionar de los colonos.

La "coronación" de Manteo, formaba parte del paquete de instrucciones de Raleigh. Así fue que "el 13 de agosto nuestro salvaje Manteo, por el mandato de Sir Walter Raleigh, fue bautizado en Roanoke y nombrado Señor de allí y de Desamonguepeuk, en recompensa por su leal servicio".⁵⁷ Este episodio, que constituye el primer caso documentado de la admisión de un indígena a la Iglesia de Inglaterra, manifiesta las intenciones coloniales de Raleigh en América. Éste suponía que Manteo podría ocupar el lugar de Wingina en Roanoke, pero reportando, cual vasallo, a su autoridad. Sin embargo, estas expectativas fueron desafiadas por los *werowances* locales, que rechazaron acuerdos de paz con los ingleses y desconocieron la pretendida autoridad de Manteo. Por otra parte, el farsesco ritual feudovasallático quedó eclipsado por una política hostil contra los indígenas

⁵⁶ *Ibid.*, p. 397.

⁵⁷ *Idem.*

que, como entiende David Quinn, era una continuación de la política perseguida por Lane.⁵⁸

La representación de los indígenas que White entrelazó en su narrativa de 1587 contenía algunos de los elementos retóricos que serían propios de la experiencia de principios de siglo XVII, en cuanto a su interpelación en términos de salvajes, al énfasis en la crueldad y en la cualidad traidora de los nativos, y ciertos giros retóricos como el de infiltrar justificaciones sobre acciones condenables como si éstas hubiesen sido proferidas por los indígenas. Estas características contrastaban fuertemente con sus representaciones pictóricas realizadas durante el viaje anterior, las cuales mostraban a los indígenas y a su entorno de una manera positiva, exaltando sus virtudes corporales, por cierto, pero también sus actividades comunitarias. Respecto de esta contradictoria mirada, y en base a la evidencia disponible, pueden agregarse dos explicaciones provisorias: que un contexto más decididamente hostil habría alterado la mirada de White en 1587, y más probablemente, que la visión del salvaje fue deliberadamente exaltada por el editor (probablemente Raleigh), en vistas de su publicación.

Lejos de asumir responsabilidades por los abusos y atrocidades cometidos en Roanoke, los informes de Lane y de White señalaron al "salvajismo" de los indígenas como la causa principal del fracaso de la colonia. Esta lectura selló una mirada negativa de los indígenas que era contradictoria con las representaciones en torno a la hidalguía, generosidad y laboriosidad, que quedaron grandilocuentemente expresados en el informe de Thomas Hariot y en las acuarelas de John White. Estas últimas representaciones positivas, sin embargo, se impusieron como instrumentos de propaganda de la colonización inglesa en particular y del protestantismo en general.

⁵⁸ David B. Quinn, *Roanoke Voyages...* op. cit., vol. 2, nota 4, p. 531.

Los “salvajes” de Chesapeake.

A diferencia del caso de Roanoke, durante el proceso de colonización de la bahía de Chesapeake en los años comprendidos en este trabajo (1607-1624), la imagen del indígena era, sin más, la del salvaje. Las descripciones sobre las virtudes de los nativos, que estuvieron tan presentes en los textos de Barlowe y Hariot y en las acuarelas de White, estaban absolutamente ausentes en los testimonios de los colonos de Chesapeake. Es así que los diversos testimonios -como los escritos por líderes coloniales, ministros religiosos, funcionarios de gobierno o aventureros sin rango- coincidían plenamente en concebir a los indígenas como salvajes. Esta categoría incluía otras características, principalmente la de traidores, arteros y mentirosos.

Esta imagen era consecuente con los objetivos de la Compañía de Virginia de Londres y se fue consolidando a medida que los algonquinos de Chesapeake impusieron su resistencia. Esta mirada encontró sensibles modulaciones en los casos en que los colonos intentaban explotar las rivalidades locales para ganarse la lealtad de los enemigos de Powhatan. En ese caso, y tal como señaló Gary Nash, “Los indígenas hostiles revelaban su verdadera naturaleza, mientras que los amistosos fingían amistad mientras esperaban una oportunidad para atacar, probando aun más abiertamente que sus belicosos compañeros, su naturaleza traidora”.⁵⁹

Dentro del vasto corpus documental dedicado a la primera década de la instalación colonial (no así la segunda, de la cual existe escasa evidencia) se ponderan dos de los escritos del capitán John Smith correspondientes al período 1607-1609: *True Relation* (1608), una carta escrita en Jamestown en 1608 y publicada en formato cuarto ese mismo año en Londres, y la primera parte de *Map of Virginia* (1612), basada en sus notas sobre las exploraciones en la bahía de Chesapeake.⁶⁰ Estos dos documentos contienen un valioso conjunto de informaciones sobre la organización política y social de los nativos,

⁵⁹ Gary Nash, “The Image of the Indian in the Southern Colonial Mind”, *William and Mary Quarterly*, Third Series, vol. 29, Nº 2, abril de 1972 (198-230), p. 212.

⁶⁰ John Smith, “A True Relation of Occurrences and Accidents in Virginia” (1608), Edward Arber (ed.), *Travels and Woks of Captain John Smith. President of Virginia, and Admiral of the New England, 1580-1631*, 2. vols., Edinburgh, John Grant, 1910 (I: 5-40) y *Map of Virginia* (1612), parte 1, Arber (ed.), op. cit., (I: 41-84)

como así también de la compleja dinámica de guerra e intercambios que los colonos mantuvieron con ellos. Por el contrario, su *Generall Historie of Virginia* (1624),⁶¹ que era nada menos que una colección de escritos propios y ajenos sobre la historia de la colonización inglesa de América del Norte entre 1584 y 1624, implicó un alto grado de intervención editorial. En esta extensa obra Smith reeditó “con variaciones” textos de su propia autoría, como *Map of Virginia* y otros textos posteriores relativos a sus viajes a Nueva Inglaterra, y también incluyó escritos de terceros. Aquellos textos de autores contemporáneos cuyos testimonios abonaban su propia interpretación, resaltando su figura como líder, fueron respetados en su extensión (y probablemente aumentados). Los otros relativos a experiencias coloniales anteriores o posteriores a la suya propia, fueron publicados como extractos. Dado que Smith elaboró su *Generall Historie* mientras la Compañía de Virginia de Londres atravesaba una severa crisis financiera, y que la registró en julio de 1624, un mes después de la disolución de la Compañía, es dable pensar que el criterio para la selección y “variación” de textos estuvo fuertemente marcado por su preocupación por el futuro de la colonia.

Los testimonios de William Strachey, secretario de la colonia desde julio de 1609 hasta su retorno a Inglaterra, en septiembre de 1611, proveen una fuente de información igualmente insustituible. Como encargado de registrar los asuntos oficiales de la colonia, Strachey escribió un extenso relato sobre los infortunios de la compañía de Thomas Gates entre 1609 y 1610, que fue publicado por Samuel Purchas en *Hakluyt Posthumus* de 1625 con el título “A true reportory of the wracke, and redemption of Sir Thomas Gates Knight”.⁶²

⁶¹ “Generall Historie of Virginia, New England and the Summer Isles”, Arber (ed.), op. cit. (I: 275-382; II: 383-782). Esta obra se compone de seis libros en el orden que sigue: Libro I: extractos de relatos de viaje a Virginia desde 1584 hasta 1605, entre los que se destacan los textos de Barlowe, Lane, Hariot, y el relato del viaje de 1589 de White; Libro II: reimpresión con variaciones de la primera parte de *Map of Virginia*, una versión expandida y revisada de sus notas sobre sus exploraciones en la bahía de Chesapeake; Libro III: reimpresión de la segunda parte, aumentada, de *Map of Virginia*, que consiste en una compilación de relatos de terceros testigos sobre el período 1606-1612; Libro IV: compilación de testimonios desde octubre de 1609 hasta la disolución de la Compañía de Londres, en junio de 1624; Libro V: compilación de testimonios sobre la “Historia General de Bermudas” (que Smith nunca conoció) entre 1593 y 1624; Libro VI: conjunto de testimonios para una “Historia General de Nueva Inglaterra”, que incluye la reimpresión de dos textos propios –“A description of new England” (1616) y “New England Trials” (1620)- y extractos de testimonios de terceros.

⁶² William Strachey, “A true reportory of the wracke, and redemption of Sir Thomas Gates Knight; upon, and from the Ilands of the Bermudas: his comming to Virginia, and the estate of the Colonie then, and after, under the government of the Lord la Warre, July 15, 1610. written by

Strachey también fue el autor de *Historie of Travaile into Virginia Britannia* (1612),⁶³ un compendio histórico de los primeros diez años de la colonia que, aunque se mantuvo inédito hasta 1849, contiene valiosa información sobre las condiciones naturales y geográficas de la región de Chesapeake como así también sobre la organización política y militar de los indígenas, sus costumbres, creencias, etc. Buena parte de esta información fue extraída del *Map of Virginia* de Smith, publicado apenas un poco tiempo antes, lo cual consta en las alusiones del propio Strachey. Por último, Strachey redactó el primer cuerpo de leyes de la colonia, editadas en 1612 como "Lawes Divine, Morall and Martiall, &c."⁶⁴.

Un argumento que aparece en los documentos de la primera década de colonización de la bahía de Chesapeake es el que sostenía que la tierra estaba desaprovechada. Los agentes coloniales concebían que la región era abundante en recursos naturales y estaba escasamente poblada, por lo tanto avizoraban que la "convivencia" entre las diferentes culturas comportaría ventajas a ambas. A partir del despliegue de actividades comerciales, que serían naturalmente capitalizadas por los inversores de la Compañía de Virginia, los habitantes nativos recibirían, a cambio, las ventajas de la civilización a partir de la incorporación de manufacturas de los conocimientos técnicos de los europeos. La cuestión de la evangelización de los indígenas, si bien constituía una fórmula de rigor de los discursos coloniales, fue desestimada por completo en la práctica.

William Strachy, Esquire". [Un verdadero reporte del naufragio y redención del Caballero Sir Thomas Gates, sobre y desde las islas de las Bermudas, su arribo a Virginia y el estado de esa colonia, entonces y después, bajo el gobierno de Lord de la Warr. 15 de Julio de 1610. Escrito por don William Strachey], en Samuel Purchas (ed.), *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrimes*, vol. XIX, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1906 [1625] (5- 72).

⁶³ William Strachey, *The Historie of Travaile into Virginia Brinannia; Expressing the Cosmographie and Comodities of the Country, together with the Manners and Customes of the People. Gathered and Observed as well by those who Went First Thither as Collected by William Strachey, Gent. The First Secretary of the Colony*, London, Hakluyt Society, 1849 (196 págs.). Esta edición, que contiene "un diccionario del lenguaje de los indios" reproduce el manuscrito que se encuentra en la colección Sloane (Nº 1622) del Museo Británico, cuya dedicatoria se dirige a Sir Francis Bacon. Existen otras dos copias auténticas, una en la *Bodleian Library* de Oxford, dedicada al caballero Allen Apsley, abastecedor de la Armada Real, y otra en la Universidad de Princeton, dedicada a Percy, que a diferencia de las otras dos, no contiene el diccionario de palabras algonquinas.

⁶⁴ [William Strachey], "For the Colony in Virginea Britannia. Lawes Divine, Morall and Martiall, &c." (London, 1612), Peter Force (ed.), *Tracts and other Papers. Relating principally to the Origin, Settlement, and Progress of the Colonies in North America, from the Discovery of the Country to the year 1776*, vol. III, Washington, WM. Q. Force, 1844 (68 págs.).

El argumento de la tierra desaprovechada fue, como sostiene Anthony Pagden, la justificación de la que se valieron los ingleses para legitimar sus asentamientos coloniales, al no contar con argumentos sólidos, como los desplegados por los españoles, derivados de la supuesta naturaleza de los habitantes indígenas. Por ello, los ingleses (aunque en menor medida también los franceses), se aferraron al derecho romano, cuya disposición conocida como *res nullius* sostenía que "todas las `cosas vacías`, entre las que se incluían las tierras no ocupadas, eran propiedad común de toda la humanidad mientras que no se les diera algún uso, normalmente agrícola. La primera persona que utilizara de ese modo la tierra pasaba a ser propietario".⁶⁵

Una versión literaria muy difundida de la justificación del avance colonial en tierras vacías fue la *Utopía* de Tomás Moro (1516), donde expuso: "consideran los utópicos justa causa de guerra el que un pueblo tenga desierto y yermo parte de su territorio y no consienta la posesión y uso de ella a los que, por ley natural, tienen el derecho de hallar el sustento allí".⁶⁶ A partir de 1620, recalca Pagden, fueron muy pocos los colonos ingleses y sus defensores que no se aferraron al argumento de *res nullius*, y en 1689 fue reelaborado por John Locke, en su *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*:

...cualquier cosa, entonces, que saque del estado en que la naturaleza la ha producido y dejado, modificándola por su labor y añadiéndole algo que le es propio, de tal forma se ha convertido en su propiedad. Al haberla sacado del estado común en que la naturaleza la había puesto, por medio de su labor le ha añadido algo que excluye el derecho común de los otros hombres. Por ser este "trabajo" propiedad incuestionable del trabajador...⁶⁷

Ahora bien, el principio de *res nullius* que se convirtió en la jurisprudencia dominante a partir del siglo XVII, tuvo sus tempranas expresiones entre los pioneros de la colonización de Virginia. Por ejemplo, John Smith interpretó que

⁶⁵ Anthony Pagden, *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI- XVII y XVIII)*, Barcelona, Península, 1997 [1995], pp. 103-104.

⁶⁶ Tomás Moro, *Utopía*, Barcelona, Fama, 1955, pág. 88.

⁶⁷ John Locke, *Segundo ensayo sobre el gobierno civil*, Buenos Aires, Losada, 2003, Traducción y notas de Cristina Piña, p. 23.

la tierra no es populosa, por lo que son pocos hombres; de lo que tienen más número es de mujeres y niños. Dentro de las 60 millas de Jamestown hay cerca de 5000 personas, pero los hombres preparados para la guerra son escasos 1500. No tienen todavía modo de alimentar a todos juntos, y porque toman poco provecho de su tierra, ésta nunca resulta demasiado fértil.⁶⁸

Por su parte, Strachey justificó la “celestial empresa” colonizadora de habitar en un “mundo del cual ni no usan ni un pie de los miles [que tienen], ni saben cómo sacar beneficio alguno”. Por ello, continuó el secretario, ocupar las tierras de los indígenas

no es ninguna injuria hacia ellos, de quienes no tomaremos por la fuerza ni sus provisiones ni sus trabajos, ni expondremos la tierra que han preparado y abonado, sino que hemos de preparar y roturar nuevas tierras, y de ese modo abrir un nuevo camino lucrativo (...) cada pie de tierra que tomemos para nuestro uso lo negociaremos y compraremos con cobre, hachas y ese tipo de mercancías, para las cuales ellos se venderán incluso a sí mismos...⁶⁹

Más adelante en su relato, Strachey insiste en que los ingleses “han venido a habitar parte de su tierra desierta”.⁷⁰ Estos pasajes dan cuenta de un ejercicio recurrente en las narrativas coloniales, consistente en imponer ciertos modelos de organización social, económica o política europeos como parámetros para mensurar el grado de desarrollo de los habitantes del Nuevo Mundo.

Evidentemente, los primeros colonos desconocían la organización de la producción de los algonquinos, que era básicamente agrícola pero que implicaba un grado de actividad seminómada en lo que corresponde a la caza, la pesca y la recolección de frutos. En épocas posteriores a la cosecha, algunos grupos de hombres partían temporalmente de sus aldeas en busca de alimentos, lo cual podría ofrecer una explicación a la sorpresa de Smith por el mayor número de mujeres y niños. También podría darse el caso de que la

⁶⁸ John Smith, “A map of Virginia with a Description of the Countrey, the Commodities, People, Government and Religion”, (1612), Edward Arber (ed.), *Travels and Works...* op cit., (I: 41-174), p. 65.

⁶⁹ William Strachey, *The Historie of Travaile into Virginia Brinannia*, op. cit., p. 19.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 86.

comunidad entera se estableciera en otros sitios ante una mala cosecha. Por lo tanto, el prejuicio de la tierra escasamente poblada era una lectura errónea de su actividad económica, a la vez que comparación falaz con el modelo productivo europeo. Asimismo, la presunta "irracionalidad" en la explotación de la tierra, tan diferente al modelo agrícola intensivo europeo, denotaba el desconocimiento sobre las posibilidades que ofrecía la tierra y el modo de producirla. Pero por sobre todo esos argumentos eran apelaciones al *res nullius*, un argumento legal que gozaba de prestigio y reconocimiento entre los europeos que buscaban posicionarse en la carrera ultramarina.

Reconocimientos

La organización política de los nativos fue uno de los tópicos preferidos de los discursos coloniales de principios del siglo XVII, y John Smith se destacó por la minuciosa descripción de las tribus, su ubicación y las alianzas locales. Los algonquinos de Chesapeake, genéricamente conocidos como powhatans en virtud de su *werowance* supremo, tenían una estructura política fuerte y compleja y, por sobre todas las cosas, opusieron una dura resistencia al avance inglés. Por ese motivo, los colonos se interesaron especialmente en conocer el sistema de jerarquías políticas, las alianzas y las rivalidades existentes, para tender lazos con las "tribus amigas" y de esa manera lograr someter a la máxima autoridad de la región. John Smith identificó como los enemigos de Powhatan, por un lado, a los massawomeks, habitantes de los "países occidentales más allá de las montañas", que suponemos corresponden a la cadena de los Apalaches. Por otro lado, a los monacans y mannaoacks, habitantes de las "cabezas de los ríos".⁷¹ Estos últimos, apuntó Smith, "son atormentados continuamente por ellos [los powhatan], de cuya crueldad generalmente se quejaron, y tanto insistieron al capitán Smith y su compañía

⁷¹ Smith, "Map of Virginia", Arber (ed.), op. cit., p 71.

para que los liberara de esos tormentos que ofrecieron comida, guías, asistencia y sometimiento continuo”.⁷²

Smith aportó cuantiosa información sobre la “forma de gobierno de los virginianos”, aspecto por el que mostró un notable respeto:

Aunque la gente del país es muy bárbara, aun tienen entre ellos el gobierno de un magistrado para el buen mando y su gente, por debida sujeción y obediencia, superan a muchos lugares que deberían ser tenidos como muy civilizados.

La forma de su estado [common wealth] es el gobierno monárquico. Un Emperador gobierna sobre muchos reyes o gobernadores. El gobernante principal es llamado Powhatan, y tomó su nombre del lugar de residencia principal llamado Powhatan, pero su nombre correcto es Wahunsonacock.

Él tenía algunos países que heredó de sus ancestros, como el país llamado Powhatan, Arrohateck, Appamatuke, Pamaunke, Youghtanund y Mattapanient. El resto de sus territorios expresados en el mapa han sido, según reportan, sus sucesivas conquistas.⁷³

Tanto admiró Smith la autoridad que emanaba Powhatan que incluso llegó a ponderarla por sobre algunos casos europeos que “deberían ser tenidos como civilizados”. La categoría de estado monárquico que utilizó Smith equiparaba a los nativos, cuanto menos, con los europeos de su tiempo. El capitán también se interesó por conocer la prosapia de Powhatan y dio cuenta de su verdadero nombre, Wahunsenacah. Estos reconocimientos, tan contradictorios con su idea de barbarie, emanaban de una tensa relación de fuerzas que hicieron de Powhatan un digno rival. De ahí que se interesara especialmente por las distribución de fuerzas locales, señalando que los *werowances* subordinados

Pagan tributo en pieles, cuentas, cobre, perlas, venados, pavos, bestias salvajes y grano. Lo que él mandaba, no era desobedecido en la mínima cosa. Es extraño ver el gran miedo y adoración con la que esa gente obedece a Powhatan, por lo que presentan a sus pies

⁷² Smith prosigue diciendo que él mismo consintió en forjar una alianza con los enemigos de Powhatan, pero el consejo “no creyó apropiado poner en riesgo a cuarenta hombres en aquellas regiones desconocidas (...) y así fue perdida esa oportunidad”. *Ibid.*

⁷³ *Ibid.*, p. 79.

lo que sea que mande, lo cual no es asombroso, ya que es muy terrible y tirano en castigar a quienes lo ofenden.⁷⁴

Strachey parafraseó algunos pasajes de *Map of Virginia* para resaltar la crueldad de Powhatan, describiendo los modos en que mandaba ejecutar a su enemigos, sea mediante golpes con piedras en la cabeza, sea despellejándolos con conchas de moluscos, para finalmente ser prendidos fuego. Sin embargo, admitió el secretario de la colonia, esa crueldad reforzaba su autoridad, la cual era reconocida hasta por los mismos colonos.

Y es para maravillarse, cómo ese príncipe bárbaro e incivilizado (que no exponía grandes ornamentos ni magnificencia) puede adoptar una forma y ostentación de tal majestad como la que expresaba, la cual frecuentemente provoca asombro y maravilla suficiente en nuestra gente que se presenta ante él.⁷⁵

La impresión que Powhatan causó en John Smith durante su cautiverio en enero de 1608 aparece en *True Relation*:

Arribando a Weramocomoco, su emperador orgullosamente recostado sobre un lecho de un pie de altura, sobre diez o doce alfombras, ricamente adornado con cadenas de grandes perlas alrededor de su cuello y cubierto con una gran manto de mapaches [*Rahaughcums*]. En la cabecera se sentaba una mujer y otra a sus pies. A cada lado, sentados en el suelo sobre una alfombra estaban los principales hombres a cada lado del fuego, diez en una hilera, y atrás de ellos muchas mujeres jóvenes, cada una con una cadena de cuentas blancas sobre sus hombros, con sus cabezas pintadas de rojo, y [Powhatan] con tan grave y majestuosa expresión, que me despertó admiración de ver ese estado en un desnudo salvaje.⁷⁶

⁷⁴ Ibid., p. 81 Es interesante ver cómo Strachey se apropió de este pasaje, al decir que "Es extraño ver con cuánto miedo y adoración toda esa gente obedece a Powhatan, a cuyos pies presentan cualquier cosa que demande, y que ante el menor fruncido de su frente [hasta el] más grande tiembla, lo cual puede ser porque es muy terrible e inexorable para castigar a aquellos que lo ofenden". Strachey, *Historie...*, op. cit., pp. 51-52.

⁷⁵ Ibid., p. 52.

⁷⁶ John Smith, "A True Relation of Occurrences and Accidents in Virginia" (1608), Arber (ed.), *Travels and Works...* op. cit. (1-40), p. 19

Resulta evidente que las informaciones sobre la organización política, las rivalidades locales y las prácticas guerreras eran de sumo interés a la hora de plantear estrategias para asegurar la ocupación territorial. Pero por otra parte, la insistencia en la barbarie de los indígenas operaba como un fundamento para legitimar no sólo el dominio colonial en término de los propósitos civilizadores, sino también las atrocidades cometidas contra ellos.

Enemigos

Aunque los testimonios suelen resaltar positivamente tanto las cualidades físicas de los nativos como sus actividades cotidianas, especialmente su habilidad para la caza y la pesca, eran muy enfáticos a la hora de resaltar los vicios de su carácter y predisposición. Estas cualidades definían a los indígenas como enemigos y por lo tanto captaron la atención de los colonos que procuraban adelantarse a cualquier eventual acción en su contra. Según Smith,

Ellos son inconstantes en todo, excepto en aquellos hábitos que el miedo les constriñe a mantener. [Son] arteros, tímidos, rápidos de aprensión y muy ingeniosos. Algunos son temerosos, otros valientes, la mayoría cautelosos, todos salvajes. Generalmente codiciosos de cobres, cuentas y ese tipo de porquerías. En seguida se ponen furiosos y tan maliciosos que rara vez olvidan una injuria.⁷⁷

Las expresiones de desconfianza eran una constante en los relatos de los primeros años de instalación colonial, aún cuando éstos reconocieran que los alimentos que entregaban los indígenas eran vitales para la supervivencia de los colonos. El capitán Edward María Wingfiel, miembro del Consejo de Virginia y presidente de la colonia entre marzo y septiembre de 1607, hizo referencia a la “dudosa paz que tenemos con los indios, a la que no

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 65.

mantendrían por mucho más, hasta que se les presente la oportunidad de hacernos daño".⁷⁸

El atributo de traidores fue el más extendido, y operó como el fundamento de la política de intimidación aplicada por Smith y por los gobernadores Thomas Gates y Thomas Dale (ver cap 9). Tal como sostiene Karen Kupperman,⁷⁹ la noción de traición no se desprendía necesariamente de una concepción sobre la naturaleza inferior de los indígenas, sino que era una cualidad que los ingleses de su tiempo podrían haber asociado genéricamente a la condición humana, o a sus adversarios europeos con quienes compartían el mismo grado de civilización. Más todavía, la vigilancia que Powhatan mantenía a través de sus agentes, sus calculados intercambios con los colonos y sus tácticas de guerra, eran presentadas como actos de traición. Dado que los ingleses eran conscientes de que los nativos sacarían partido de su vulnerabilidad en cuanto se les presentara la ocasión, se les temía y se los tenía como valerosos oponentes. De este modo, Kupperman concluye que "Los indios eran vistos como hombres de la misma condición que los europeos, aunque su vida fuera más simple, tanto en organización social como tecnológicamente. El indio no representaba una personalidad subhumana o ajena. Él era entendible, admirable y peligroso".⁸⁰

A medida que pasaban los años y se acentuaba la dinámica de guerra contra Powhatan, los tópicos asociados a la barbarie o el salvajismo fueron desplazando a las expresiones que hacían algún tipo de reconocimiento de la dignidad o del poderío de los indígenas. En 1618 Powhatan murió y fue sucedido por su hermano Opechancanough, quien adoptó una política más agresiva y tendiente a frenar el avance territorial de los colonos en las franjas costeras del río James, que para ese entonces se reflejaba en una veintena de establecimientos dedicados a la producción de tabaco en las zonas altas del río James.⁸¹ En marzo de 1622, en respuesta por el asesinato de un respetado miembro de la confederación powhatan, Opechancanough orquestó un ataque

⁷⁸ Edward María Wingfield, "A discourse of Virginia", en Arber (ed.), *Travel and Works...* op. cit. (lxxiv-lxxxvii), p. lxxvii.

⁷⁹ Karen Kupperman, "English Perceptions of Treachery, 1583-1640: The Case of the American 'Savages'", *The Historical Journal*, Vol. 20, N° 2, junio de 1977 (263-287).

⁸⁰ *Ibid.*, p. 287.

⁸¹ La mayoría de los establecimientos se encontraban río arriba, en los alrededores de tres centros principales: Henrico (1611), Bermuda Hundred (1613) y West and Shirley Hundred (c. 1613).

simultáneo contra los poblados, plantaciones y casas particulares de la región de Henrico. La “masacre de 1622” instaló definitivamente la idea de traición. Según Gary Nash, la masacre “confirmó más allá de toda duda lo que la mayoría de los ingleses había sospechado desde el principio: que todos los indios eran inherentemente traicioneros, arteros e infinitamente hostiles”.⁸²

Edward Waterhouse, secretario de la Compañía de Virginia de Londres, formuló en su informe oficial lo que a partir de entonces se convertiría en la política indígena:

Nuestras manos que antes estaban atadas con amabilidad y justos usos son ahora puestas en libertad por la violencia traidora de los salvajes, y sin desatar el nudo, sino cortándolo. De modo que nosotros, que hasta entonces no habíamos poseído más tierra que sus baldíos [waste] y que por nuestra compra ellos obtuvieron una valiosa retribución, para su satisfacción, debemos ahora por el derecho de guerra y ley de naciones, invadir su país y destruir a quienes trataron de destruirnos, con lo cual disfrutaremos de sus tierras cultivadas (...). Ahora las tierras clareadas de todos sus poblados (que están situadas en los lugares más fecundos de la tierra) serán habitadas por nosotros, considerando que el arranque de árboles es la tarea mayor.⁸³

Según el pormenorizado reporte de Waterhouse, el ataque de 1622 fue lanzado simultáneamente en treinta puntos -poblados, plantaciones y casas particulares- contando un total de 347 muertos.⁸⁴ El feroz ataque de Opechancanough permitió a la Compañía de Virginia decretar la guerra frontal a los nativos, lo cual se ejercía en la práctica pero no había tenido, como a partir de entonces, el apoyo formal de las autoridades en Londres. Cuando la Compañía se disolvió, dos años más tarde, y la corona instituyó su dominio directo sobre Virginia, la política de confrontación con los indígenas fue imposible de revertir. La dinámica de expansión colonial, tal como propuso

⁸² Nash, op. cit., p. 218.

⁸³ Edward Waterhouse, “A Declaration of the State of the Colony and Affaires in Virginia. With a Relation of the Barbarous Massacre in the time of Peace and League, treacherously executed by the Native Infidels upon the English, the of 22 March last...” (1622), Susan Kingsbury (ed.), *Records of Virginia Company of London*, vol. 3, Washington D. C, Government Printing Office, 1933 (541-571), pp. 556-557.

⁸⁴ *Ibid.* pp. 565- 571.

Waterhouse, fue la de ocupar las tierras de los indígenas, ejerciendo una violencia ilimitada y forzando así el desplazamiento de las comunidades.

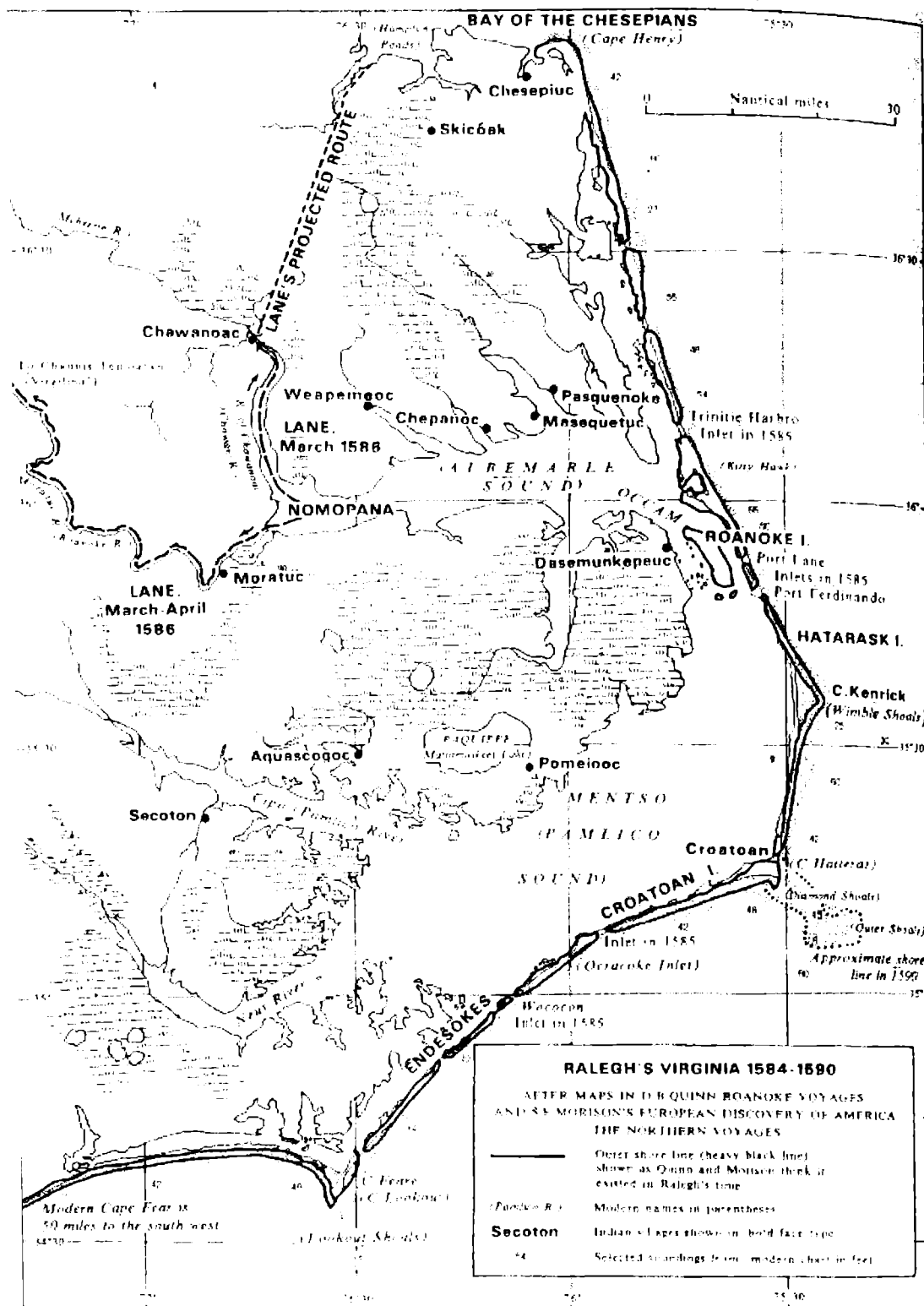
A modo de balance

Una primera aproximación sobre la representación del *otro* durante el período comprendido entre 1584 y 1624 señala un cambio profundo entre la efímera y frustrada experiencia de Roanoke, por un lado, y la compleja y crítica experiencia de Jamestown, por el otro. El testimonio de Barlowe exaltó la bondad de los indígenas, su hospitalidad y abundancia de recursos, lo cual los ubicaba en una Edad de Oro que no conocía los rigores del trabajo ni de la necesidad. Por otra parte, el informe de Thomas Hariot (cuya riqueza merece su tratamiento aparte, en el cap. 4) ponderó la racionalidad de los habitantes nativos, que no sólo mandaba en la organización política, económica y social, sino que también los habría llevado a aceptar el dominio colonial. Los retratos elaborados por White y reproducidos por De Bry mostraban a los hombres y mujeres indígenas como seres venerables. Estas representaciones de la virtud fueron las que trascendieron entre los lectores europeos, a pesar de que la realidad del proceso colonial apuntara en dirección opuesta. La matanza ejecutada por Lane contra Wingina y su séquito y las represalias indígenas que impidieron la supervivencia del asentamiento en Roanoke, asumieron representaciones negativas de los indígenas, que su sola condición de “enemigos” los definía como salvajes. Si la imagen virtuosa de los indígenas opacó a las otras sangrientas, esto se debió al enérgico aparato de propaganda que las sustentaba.

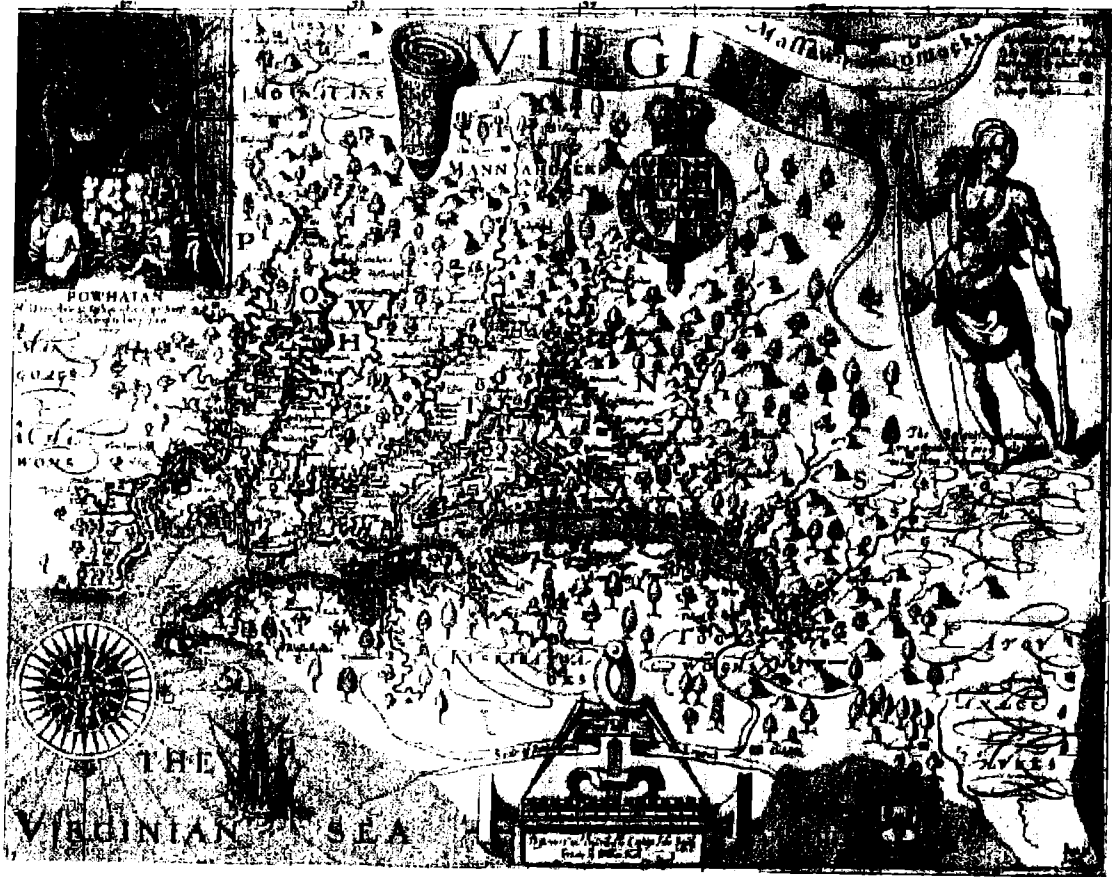
Los algonquinos de Chesapeake fueron admirados por los primeros colonos por su organización política y por sobre todo, por la autoridad de “semidios” que imponía Powhatan sobre los habitantes de la vasta región que controlaba. La resistencia que éste opuso a las pretensiones coloniales de Smith y su gente, abonó los discursos sobre la barbarie. La idea de traición asociada a ella, no obstante, involucraba un reconocimiento de su poderío y no tanto una inferiorización. La tensa relación de fuerzas entre el dignatario nativo

y los depauperados colonos moduló, indudablemente, la representación del otro. A medida que el asentamiento colonial fue avanzando en ocupación territorial y cantidad de habitantes, las confrontaciones aumentaron, acompañadas de una noción de barbarie cada vez más intolerante. A partir de la masacre de 1622, los colonos “desataron sus manos” para ejercer una política de exterminio.

Retornando ahora la cuestión planteada al inicio del capítulo respecto del impacto de América en Europa, se puede advertir en términos generales que estas representaciones fueron sedimentando progresivamente en la afirmación de una conciencia europea basada en principios de superioridad. En términos más específicos, las representaciones sobre la barbarie, que como hemos visto se cimientan en una relación de contacto interétnico conflictiva, fueron la medida de la vulnerabilidad colonial de los ingleses.



"a Virginia de Raleigh, 1584-1590", en David Beers Quinn, *North America from earliest discovery to First Settlements. The Norse Voyages to 1612*, New York, Harper & Row, 1977, p. 36.



John Smith, *Map of Virginia*, Londres, 1612.

Capítulo 2

ESPECTROS DE IRLANDA EN LA TEMPRANA COLONIZACIÓN DE VIRGINIA

La colonización inglesa de Virginia envolvió, desde sus orígenes, ciertas nociones y prácticas derivadas de la contemporánea experiencia de colonización de Irlanda. Las correspondencias se constatan en los discursos coloniales de ambos procesos de conquista, cuyas matrices argumentativas descansan en la inferiorización de las poblaciones nativas. Además, algunas prácticas militares, por cierto aberrantes, fueron aplicadas a los americanos siguiendo las lógicas implementadas en la colonización de Irlanda. Como apunta Michael Leroy Oberg, “La extraordinaria brutalidad, aún para los estándares ingleses, de las campañas de Essex, enseñaron a esos hombres lo que la violencia y el terror provocaban en las guerras cortas... El régimen militar en Virginia transportó las brutales tácticas de las guerras en Irlanda a la frontera angloamericana”.¹

David Beers Quinn instaló, a mediados del siglo XX, las analogías entre Irlanda y América que se convertirían en referencias ineludibles para la historia de la expansión colonial inglesa. No obstante, en la historiografía dominante esas analogías son más evocadas que analizadas, licuando así la riqueza del análisis comparativo en atractivas, aunque insuficientes, identificaciones. El propósito de este trabajo es presentar un análisis de ambos procesos de conquista, el de Irlanda y el de Virginia, como fenómenos fuertemente ligados entre sí. Irlanda fue, sin dudas, el teatro de operaciones de lo que sería la dinámica imperial inglesa en Virginia, y los irlandeses fueron concebidos como

¹ Michael Leroy Oberg, *Dominion & Civility. English imperialism & native America, 1585-1685*, Ithaca, Cornell University Press, 1999, p. 61.

los referentes para comprender a los algonquinos, habitantes nativos de la costa este de Norteamérica. Va de suyo que esta identificación fue constitutiva de la visión “civilizatoria” inglesa en Virginia, pero las influencias también recorrieron el Atlántico en sentido inverso. La otredad americana también irrumpió en la conciencia europea en general, y en la inglesa en particular, como un motivo de reflexión sobre su propio pasado y como motivo de argumentación sobre su propio rol imperial. La hipótesis que aquí se plantea, basada en la íntima conexión entre ambos procesos de colonización, es que Inglaterra construyó su identidad como potencia imperialista en base a nociones socio-culturales que se fueron consolidando al compás de la propia dinámica histórica de colonización en ambos escenarios. La propuesta, entonces, consiste en presentar un análisis comparativo entre Irlanda y América, cuyas influencias recíprocas colaboraron ostensiblemente en la construcción e instauración de lo que llegó a ser la longeva ética colonizadora inglesa.

Irlanda, margen cultural de Inglaterra

La historia de las invasiones a Irlanda se remonta al año 1169, cuando los normandos originarios de Gales, llamados cambro-normandos o hiberno-normandos, conquistaron la región de Dublín con relativa independencia de la corona. En 1171 el rey de Inglaterra, Ricardo II, invadió nuevamente Irlanda amparado en una bula papal de 1155. Ésta autorizaba la invasión con el propósito de alinear la iglesia católica irlandesa a la apostólica romana, por lo que Irlanda pasó a ser un señorío nominal del rey de Inglaterra (Lordship of Ireland), gobernada por el Lord Delegado de Irlanda (*Lord Deputy*) el máximo representante del rey. Desde entonces, la corona mantuvo el control directo sobre la franja costera centro-oriental, llamada *The Pale* en razón de la empalizada que definía sus límites. Sobre el resto de los territorios de Irlanda se mantuvo la autoridad fragmentada en manos de sus respectivos señores gaélicos, que pagaban un tributo anual a la corona como único reconocimiento a la soberanía inglesa. Durante la Edad Media la expansión inglesa se vio

limitada² y se produjo una fusión cultural y política entre la aristocracia gaélica (también llamados "Old Irish") y los colonos tempranos en las provincias, mientras que el Pale conservó su impronta *Old English*. Nicholas Canny hace una interesante reflexión sobre la configuración de las identidades culturales:

Muchos de los terratenientes menores de procedencia anglo-normanda de las provincias, tanto habían sucumbido ante la influencia de sus vecinos gaélicos que eran apenas distinguibles de ellos por su vestimenta, idioma y cultura, pero ese proceso de degeneración, como fue llamado, fue lamentado por los grandes magnates feudales de las provincias y aun más por los mercaderes, abogados y terratenientes del Pale. En esta última área, que incluía la ciudad de Dublín y la mayor parte de las tierras ricas para la agricultura en los cuatro condados que encerraba, era el corazón de la influencia inglesa en Irlanda.³

La corona inglesa se lanzó sobre Irlanda nuevamente durante la dinastía Tudor, con la intención de consolidar la autoridad real. A fines del siglo XV, el rey Enrique VII hizo vanos intentos por amarrar la aristocracia local a la autoridad inglesa.⁴ Su sucesor, Enrique VIII, lanzó nuevas campañas que provocaron serias revueltas en la década de 1530. Después de sofocar la rebelión del clan Geraldine en Leinster y Munster (conocida como la primera rebelión de Desmond, conde de Munster), en 1535 el rey inglés se propuso extender su poder más allá de los confines del tradicional señorío de Irlanda y así cubrir la isla entera. En 1542 creó el reino de Irlanda, bajo su propia

² El freno a su expansión se debió a diversos factores, como la resistencia de la aristocracia gaélica, los conflictos políticos en Inglaterra, que hacían esquivar la cuestión de Irlanda, y la devastadora peste negra del siglo XIV, que asoló particularmente a las ciudades pobladas mayormente por los normandos y los sucesivos inmigrantes ingleses

³ Nicholas Canny, "Identity formation in Ireland: The emergente of the Anglo-Irish" en Nicholas Canny y Anthony Pagden (eds.), *Colonial identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton, Princeton University Press, 1989, (159-212), p. 160

⁴ En 1492 Enrique VII removió a Kildare, del clan Geraldine de Leinster, del cargo de *Lord Deputy* en Irlanda, y puso en su lugar a su leal consejero Sir Edward Poynings. Kildare fue acusado de traición por apoyar a la casa de York durante la Guerra de las Rosas y fue encerrado en la Torre de Londres. Poynings, por su parte, atacó la independencia del parlamento en Irlanda y lo sometió a la autoridad directa del rey. En 1496, consciente de los altos costos de las campañas en Irlanda, el rey reestableció a Kildare en el cargo e Irlanda retomó su habitual carácter de dominio nominal de Inglaterra, manteniendo la autonomía de las elites locales, que a la sazón se combatían entre sí por el poder y el prestigio M. A. R. Graves, *England under the Tudors and Stuarts, 1485-1689*, London, Bell & Hyman Limited, 1978, pp. 17-18.

autoridad, y trabó alianzas con el clan Geraldine, apuntando a los O'Neill en Tyrone y a los O'Donnell en Tyrconell, ambas regiones de la rebelde provincia de Ulster. A través de una política de "rendición y recompensa", el rey obtuvo la sumisión de la nobleza local a cambio de otorgarle títulos sobre las tierras y protección legal. Mientras tanto, se instalaron mayormente en el Pale nuevos contingentes de ingleses apuntados para reforzar el ejército y la administración. Estas iniciativas, sin embargo, no tuvieron la fuerza necesaria como para debilitar la autonomía de la aristocracia gaélica, que se mantuvo fuerte por fuera de la Empalizada, donde por otra parte era notable el rechazo a la fe reformada de Inglaterra.

El precario equilibrio se quebró durante el reinado de Isabel, cuando ésta lanzó su ofensiva militar y administrativa por el control total de la isla. Como parte de esta estrategia se llevaron a cabo las campañas de colonización de las provincias gaélicas de Munster y Ulster, entre 1565 y 1576. Las determinaciones de Isabel provocaron las revueltas de los Geraldines: la rebelión en Ulster dirigida por Shane O'Neill, entre 1562 y 1566, y las rebeliones en Munster, dirigidas por el conde de Desmond y por James Fitzmaurice Fitzgerald, entre 1569 y 1572. En el otoño boreal de 1569 Humbrey Gilbert fue nombrado gobernador militar de Munster con poderes prácticamente irrestrictos para aplicar la ley marcial, y desde entonces perpetró las matanzas más cueles e inhumanas contra los irlandeses civiles, incluyendo mujeres y niños. Gilbert alcanzó una escabrosa fama en Inglaterra por disponer las cabezas de sus enemigos en línea hasta su tienda militar, artificio usado "ad terrorem", es decir, para infundir "gran miedo a la gente cuando ellos veían las cabezas de sus padres, hermanos, hijos, vecinos y amigos muertos, yaciendo en el suelo ante sus caras, cuando venían a hablar con el mencionado coronel".⁵

Las rebeliones en Ulster y Munster fueron sofocadas por las fuerzas de Henry Sidney, *Lord Deputy* de Irlanda entre 1565 y 1579, para luego abandonar el cargo. El alejamiento de Sidney inspiró un nuevo brote de insurrección en Munster, dirigido por Desmond y más conocido como la "segunda rebelión de

⁵ Thomas Churchyard, "A Generall rehearsall of warres and joyned to the some tragedias and epitaphes" (Londres, 1579). Citado en Nicholas Canny, "The ideology of English colonization: from Ireland to America", *The William and Mary Quarterly*, Third Series, vol. 30, N° 4, October 1973 (575-598), p. 582.

Desmond" (1579-1583), que además contó con los apoyos militares del papado y de España. El flamante *Lord Deputy*, Arthur Grey, encabezó una brutal ofensiva militar sobre Munster, a donde Walter Raleigh fue enviado, en 1580, como capitán de una compañía de soldados. Raleigh participó del sitio de la guarnición de Smerwick, en Kerry, donde se atrincheraban los rebeldes irlandeses y sus aliados continentales. Una vez que éstos se rindieron, Grey envió a dos compañías, una de las cuales estaba a cargo de Raleigh, "para matar a cada uno, mercenarios e irlandeses, hombres y mujeres, con la excepción de un puñado de prisioneros".⁶ De esta manera, Raleigh participó activamente de la masacre de 600 personas.

Inglaterra finalmente derrotó a los rebeldes en 1583 y se distribuyeron más de medio millón de acres de la devastada tierra de Munster entre colonos ingleses. Los principales benefactores de estas concesiones de tierras fueron los comandantes de las tropas inglesas, entre los que se destacaron Gilbert y Raleigh, o funcionarios, como el poeta Edmund Spenser, quien fue secretario del *Lord Deputy* Arthur Grey en 1580. Durante su estancia como colono ocupó cargos esporádicos, como una secretaría menor de la cancillería y una secretaría en el consejo de Munster.⁷ Estas funciones redundaron en la asignación de 3000 acres en el condado de Kilcolman, condado de Cork, en Munster.⁸

En 1595 Hugh O'Neill, señor de Tyrone, encabezó una nueva rebelión y en 1598 obtuvo la primera victoria irlandesa sobre las fuerzas inglesas, a partir de lo cual la rebelión se extendió a toda la isla por cinco años. Los ingleses dirigidos por el *Lord Deputy* Charles Blount lograron derrotar a los irlandeses y sus recién llegados aliados españoles en 1600. En 1602 se rindió la última guarnición española y el 30 de marzo de 1603, seis días después de la muerte de la reina Isabel, cuando Ulster ya estaba por completo bajo el control inglés, hizo lo propio O'Neill, dando comienzo a una etapa de paz que duraría cuatro décadas.

⁶ David Beers Quinn, *Raleigh and the British Empire*, Londres, Hodder & Stoughton Limited, 1947, p. 33.

⁷ Ciaran Brady, "Spenser's crisis: humanism and experience in the 1590's", en *Past & Present*, N° 111, mayo de 1986 (17-49), p. 18.

⁸ Graves, op. cit., p. 119.

Jacobo I estableció acuerdos de paz con Irlanda desde su ascenso en 1603 y favoreció la colonización de ingleses y escoceses en Ulster.⁹ Las hostilidades volvieron a desatarse en sincronía con la guerra civil y el protectorado de Cromwell, entre 1641 y 1653, y más tarde, entre 1689 y 1691, cuyo resultado fue el definitivo dominio inglés protestante sobre la Irlanda católica.¹⁰

La colonización de Irlanda del siglo XVI

Tal como argumenta el historiador irlandés Nicholas Canny, las campañas de colonización de las regiones gaélicas de Irlanda iniciadas en 1565 se llevaron a cabo por esfuerzos privados de la aristocracia Inglesa avalados por la corona.¹¹ El promotor de las campañas fue el *Lord Deputy* de Irlanda, Sir Henry Sidney, quien contó con el apoyo militar y financiero de su medio hermano, Robert Dudley, conde de Leicester, y de los sucesivos secretarios de estado, Sir William Cecil y Sir Thomas Smith. Sidney destacó la importancia de la colonización de ciertas regiones de Irlanda que consideraban reductos de actividad enemiga: el noreste de Ulster, a causa de la población escocesa, y el sudoeste de Munster, por ser puertos al alcance de los españoles.¹²

Los primeros intentos de colonización de Ulster (1565-1566) fueron conducidos por miembros de la gentry del oeste de Inglaterra, entre quienes se contaba a Sir Humphrey Gilbert, a la sazón medio hermano del mentor de la colonización de Virginia, Walter Raleigh. Otras expediciones a Ulster fueron dirigidas por Cecil y Smith, en 1568 y 1572 respectivamente. Entre 1573 y 1576

⁹ En Ulster, "un levantamiento infructuoso llevó a una confiscación indiscriminada de la tierra y la `colonización` de algunas de éstas con colonos Ingleses y escoceses". Denis Richard, *Britain under the Tudors and Stuarts*, London, Longman, 1958, p. 208.

¹⁰ José Emilio Burucúa y Nicolás Kwiatkowsky, "Bárbaros, sanguinarios, inhumanos. Las masacres de Irlanda durante el siglo XVII", *Eadem Utraque Europa*, año 6 N° 10/11, Número especial "Masacres", Buenos Aires, Miño y Dávila, junio-diciembre de 2010 (77-135), p. 78.

¹¹ Según Canny, los "intentos de colonización en Irlanda fueron esponsorados de forma privada, siendo los aventureros miembros de la gentry o los hijos más jóvenes de la aristocracia de Inglaterra, más que soldados costeados por el gobierno". Canny, "The ideology...", op. cit., p. 576.

¹² *Ibid.*, p. 578.

Walter Devereux, primer conde de Essex (y padre de quien fuera favorito de la reina en sus últimos años), encabezó una intensa campaña sobre el noreste de Ulster, que contó con la participación militar de los hijos de numerosas familias aristocráticas, además del apoyo de la reina y del Consejo Privado. Entre los hombres de Essex se encontraban personajes que luego cumplieron un destacado papel en la colonización de Virginia, como Humphrey Gilbert y Richard Grenville. En 1574 Essex, siguiendo las instrucciones de la reina de atacar a la población escocesa instalada en Ulster, movilizó una expedición a la isla de Rathlin y perpetró la matanza de toda su población, de aproximadamente 600 personas. Para la navidad de ese mismo año, ejecutó al rebelde O'Neill, su esposa y doscientos de sus hombres.¹³ Pese al fenomenal despliegue de violencia y recursos ejercido por el conde de Essex, sus campañas fueron desastrosas y dejaron a sus fuerzas exhaustas y al borde de la bancarrota, lo que determinó el abandono, aunque transitorio, de las tentativas colonizadoras en Ulster en 1576. Como apunta David Quinn,

el fracaso de varios proyectos coloniales privados y corporativos por parte de los colonos ingleses a principios de la década de 1570 había conducido a un abandono temporario del interés en la colonización de Irlanda, lo cual debe haber contribuido con el nuevo entusiasmo, que Gilbert y los Hakluyts se esforzaron en estimular, para los proyectos americanos que harían posible los experimentos de Raleigh en Virginia.¹⁴

En el caso de Munster el proyecto de colonización tomó fuerza una vez sofocada la segunda rebelión de Desmond, en 1583, año en el que una expedición a cargo de Humphrey Gilbert exploró las septentrionales costas de Newfoundland (actualmente Terranova y Nueva Escocia). Las guerras habían arrasado las zonas rurales de Munster,¹⁵ dando lugar a su inmediata ocupación

¹³ Canny, "The ideology...", op. cit., pp. 580-581.

¹⁴ Quinn, op. cit., p. 129.

¹⁵ "Gran parte de la población de Munster había desaparecido, muchos ejecutados sin ceremonia como rebeldes, pero más muriendo por la hambruna y la pestilencia que siguió a la guerra. Otros huyeron a otros sitios más seguros de Irlanda. Solamente los distritos portuarios escaparon a la devastación. La agricultura había desaparecido en extensas áreas y el ganado, que era la principal riqueza de todas las comunidades irlandesas, se había ido con la gente". Las zonas más afectadas fueron los condados de Cork, Kerry y Limerick, que quedaron bajo

por parte de oficiales y soldados ingleses y a su adjudicación formal en 1585. Isabel y sus consejeros buscaban instaurar en Munster una colonia inglesa "que permitiese el desarrollo de una sociedad estable lo suficientemente fuerte como para protegerse a sí misma de un renovado levantamiento irlandés y los suficientemente próspera como para contribuir de forma apreciable al fisco".¹⁶

Para ejecutar su programa la corona asignó a ciertos agentes ingleses las tierras confiscadas a los irlandeses o anglo-irlandeses vencidos, extensiones que variaban entre los 4000 y los 12000 acres.¹⁷ Según el informe de Robert Payne, un colono residente de Munster, fechado en 1589,

los mejores contratistas [undertakers], muchos de ellos buenos caballeros y señores de gran devoción, buscan por todos los medios posibles introducir hombres ingleses en sus tierras, de acuerdo con el propósito de la concesión de su Majestad: ellos ofrecen a cualquier hombre, ya sea trescientos acres de tierra sujeta a una cuota [feefarme], o cuatrocientos acres en arrendamiento por cien años, a 6 libras el acre, sin ningún tipo de penalidad.¹⁸

Los colonos quedaban exentos del pago de rentas a la corona por los primeros cuatro años, luego sujetos a la mitad de la renta los siguientes tres años, para finalmente pasar a pagar 2 peniques por acre. Por su parte, la corona garantizaba el transporte de los productos de esas tierras libres de impuestos a cualquier lugar en paz con Inglaterra, así como también permitía la libre importación de productos ingleses y asistía con tropas a la seguridad de los colonos.¹⁹

control directo de la corona, junto con partes del sur de Tipperary y del oeste de Waterford. *Ibid.*, p. 130.

¹⁶ *Ibid.*, p. 131.

¹⁷ Convertido a hectáreas, entre 1600 y 4800 aproximadamente. El programa de asignación de las tierras confiscadas suponía que cada 12.000 acres debían instalarse 86 familias en la siguiente proporción: 1600 acres para el agente colonizador y su familia; para el agricultor principal: 400; dos agricultores con 300 cada uno; otros dos agricultores con 200 acres cada uno; 14 agricultores libres –freeholders– con 300 acres cada uno; 40 arrendatarios –copyholders– con 100 acres cada uno y 26 trabajadores para un total de 800 acres (lo que da un promedio de 30 acres por cabeza. Aquilla Smith, (1841), "Introduction", en *The Irish Archaeological Society, Tracts relating to Ireland*, vol. 1, Dublin, University Press, Grainsberry and Gill, 1841 (iii-viii), p. vii

¹⁸ Robert Payne, "A description of Ireland" (1590), en *The Irish Archaeological Society, Tracts relating to Ireland*, vol. 1, Dublin University Press, Grainsberry and Gill, 1841 (1-9). Edición y aparato crítico a cargo de Aquilla Smith, pp. 7-8.

¹⁹ Smith, op. cit., p. viii.

Las tierras se asignaban a través de un agente apuntado por la corona, quien tendría una determinada región de Munster a su cargo, para distribuir entre ingleses reclutados por su cuenta y cargo. Un caso notable fue el de Walter Raleigh, que junto a otros dos nobles, fue patentado en junio de 1586 en la porción sudeste de Munster (los condados de Cork y Waterford), para ser distribuida entre habitantes ingleses del sudoeste de Inglaterra (oriundos de Devon, Somerset y Dorset).²⁰ Los despojados irlandeses fueron sometidos a servidumbre o, en el mejor de los casos, debieron arrendar las tierras que les habían pertenecido por derecho propio a los propietarios ausentistas.

Las tentativas reguladoras de la corona, no obstante, fueron débiles y no lograron evitar la emisión caótica de títulos sobre las tierras confiscadas ni su concentración en pocas manos. En ciertos casos, era la propia corona la que expedía títulos que excedían los límites fijados, como lo demuestra la asignación provisional a Walter Raleigh, en 1587, de 42.000 acres de tierra cultivable, además de tierra de pastura. Éste también fue favorecido con concesiones fiscales y el envío de una caballería adicional para la protección de los futuros colonos.²¹

Entre los colonos de Munster se encontraban quienes habían sido partícipes activos de los intentos colonizadores en América, como es el caso del primo de Raleigh, Richard Grenville, el comandante de la empresa colonizadora apostada en Roanoke, Virginia, en 1585. Thomas Hariot y John White también recibieron porciones de territorio en Munster. Hariot arrendó a Raleigh la abadía Molana y White se estableció en Kilmore luego de sus fallidos intentos coloniales en América. Hariot se estableció en la abadía de Molana de

²⁰ Quinn, op. cit, p. 134.

²¹ "Raleigh recibió casi toda la tierra de la frontera de Waterford, además de Lismore, incluyendo Tallow (descrito como un pueblo decadente) y los castillos de Shean, Lisfinny, Kilnacowiga, Strancally, Ballynatray y Templemichael. Al norte del río obtuvo tierras en el condado de Condon, adentrándose en las montañas Knockmealdown y su castillo de Mocollop. Hacia el oeste de Youghal recibió, en el condado de Cork, la entera baronía de Inchiquin, el castillo de Mogeely y Aghavine, o Isla de White, que se extiende hacia el sur como península hasta Knockadoon Point. Raleigh recibió esas tierras fértiles y con densos bosques en términos verdaderamente especiales. La renta oficial por tres señoríos y medio de 12.000 acres cada uno había sido fijada por £233 6s. 8d., exento el primer año y a pagar una tasa media entre 1591 y 1594. Raleigh nunca pagó más que £66 6s. 8d." Quinn, op. cit., p. 138.

forma discontinua después del viaje a Roanoke, en algún tiempo entre julio de 1586 y febrero de 1588, y en 1597 vendió sus intereses por £200.²²

Hubo también otros actores involucrados en la expansión ultramarina inglesa que participaron en las campañas de Irlanda: Sir Francis Drake, quien luchó bajo las ordenes de Essex y se retiró en 1575 para organizar su vuelta marítima al globo, y Lord De la Warr, otro hombre de Essex que más tarde fue miembro del consejo de Virginia y gobernador de esa colonia entre 1610-1611. Howard Mumford Jones ha hecho mención de Lord George Carew, miembro del Consejo de Virginia y de la Compañía de Virginia, quien había luchado bajo las órdenes de Sir Henry Sidney en Irlanda en la década de 1570 y ostentó cargos importantes una década después. Otros personajes involucrados con la expansión ultramarina inglesa fueron, según Jones, Georg Carew, Ferdinando Gorges, el conde de Southampton, el magistrado Popham y el capitán Christopher Carleill.²³ También resulta notable que Edward María Wingfield y Lord de la Warr, hayan sido nombrados caballeros en Irlanda en virtud de sus servicios militares.²⁴

El capitán Ralph Lane, gobernador de Virginia entre 1585-1586, había tenido experiencias previas en Irlanda, ocupando el cargo de sheriff en el condado de Kerry, entre 1583 y 1585. Más adelante, desde 1592, Lane ocupó nuevamente un puesto militar en Irlanda como inspector de tropas y recibió el título de caballero de parte del *Lord Deputy*, Sir William Fitzwilliam. Un examen detallado de los 107 viajeros que se embarcaron con Lane, demuestra que había entre sus filas al menos cuatro irlandeses, uno de los cuales se constata que era sirviente personal de Lane.²⁵ En el listado también figuran dos hombres

²² David Beers Quinn y Alison Quinn, *The first colonists. Documents on the planting of the first English settlements in North America, 1584-1590*, Raleigh, North Carolina University Department of Cultural Resources, 1985 [1973], pp. 360-361. La venta de la abadía es mencionada por Quinn, op. cit., p. 142. Kilmore, el condado donde se estableció White, se encuentra al noroeste de Munster, en el condado de Clare.

²³ Howard Mumford Jones, *Este extraño y nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Unión tipográfica editorial hispano americana, 1963, [1952], p. 137.

²⁴ Lord de la Warr recibió el título de caballero en 1599 por sus servicios en las huestes de Essex. Lyon Gardiner Tyler (ed.), *Narratives of early Virginia, 1606-1625*, New York, Barnes & Noble Inc, (1959) [1907], p. 207. Edward María Wingfield recibió su título en 1597. Edward D. Neill (ed.) *History of the Virginia Company of London. With letters to and from the first colony never before printed*, Albany, NY, Joel Munsell, 1869, p. 7.

²⁵ El listado se halla en David Beers Quinn, *The Roanoke voyages, 1584-1590*, vol. 1, New York, Dover Publications Inc., (1991) [1955], (194-197). La referencia del sirviente irlandés aparece en la p. 287 de la misma obra.

que después de la experiencia americana se instalaron como colonos en las tierras que Raleigh poseía en Munster.

En suma, los "salvajes irlandeses" eran, como sugiere James Axtell, "bastante familiares para muchos de los aventureros ingleses en Norteamérica, porque muchos de éstos habían servido en Irlanda tratando de traerla bajo el ala de la corona de Isabel".²⁶

La retórica de la alteridad gaélica

Los discursos sobre la colonización de Irlanda han quedado plasmados en folletos propagandísticos, en tratados breves como *A Description of Ireland* (1589), de Robert Payne, en las correspondencias de agentes involucrados directamente en las campañas, como Essex, Sidney y Fitzwilliam, y en tratados y obras literarias, tales como *The View of the Present State of Ireland* (1596), de Edmund Spenser, el cual constituye un testimonio tan valioso como controvertido. El texto apareció a fines 1596, aunque se presume que su preparación comenzó cerca de 1590.²⁷ Existe evidencia de que el texto fue rechazado para su publicación en 1594 y que cuando finalmente se publicó, como parte de una compilación a cargo de Sir James Ware (*Two Histories of Ireland*, Dublín, 1633), su contenido fue extensamente purgado. Como sostiene Brady: "Ware purgó silenciosa pero sistemáticamente el texto de Spenser de sus elementos más ofensivos, omitiendo secciones enteras en ciertos lugares y cambiando el argumento en otros".²⁸ Se justifica la inclusión en este análisis porque sus argumentos constituyen en cierto grado el discurso dominante entre la elite *New English*. El grado en que el texto de Spenser puede ser representativo de un consenso fue materia de debate entre Nicholas Canny, que se pronunció a favor de este postulado, y Ciaran Brady, que objetó sus alcances.

²⁶ James Axtell, *Beyond 1492. Encounters in colonial North America*, New York, Oxford University Press, 1992, p. 68.

²⁷ Brady, op. cit. p. 111.

²⁸ *Ibid.*, p. 25

Los discursos sobre Irlanda, organizados en términos de la justificación de la expansión territorial inglesa, dieron forma a los estereotipos de inferiorización del irlandés gaélico que se instalaron en la cultura inglesa de la Edad Moderna. Como señala Nicholas Canny, la definición de la "otredad" gaélica recalaba en aspectos culturales: su religión y sus costumbres. En este sentido, el estigma expresó la doble condición de paganos y bárbaros. Sidney expuso en una carta dirigida a Isabel de abril de 1567:

Jamás vivió pueblo alguno en mayor miseria que ellos, ni que tuviese mente más perversa, porque el matrimonio entre ellos, en efecto, es considerado como la mera unión entre bestias irracionales. El perjurio, el robo y el asesinato están permitidos. Finalmente, no encuentro que tengan alguna consciencia del pecado, y ciertamente dudo que ellos bauticen a sus niños, dado que no encontré un sitio para hacerlo ni persona apta que los instruya en los mandamientos de un cristiano.²⁹

Según Canny, era muy importante que los aventureros ingleses se convencieran de que los irlandeses eran paganos, ya que consideraban que un pueblo podía ser civilizado sin haber sido cristianizado, como era el caso de los antiguos romanos, pero no podría ser cristianizado sin haber sido primero civilizado. La supremacía occidental descansaba entonces en la combinación de los beneficios del cristianismo con los de la civilización.³⁰

Si bien es cierto que en el siglo XVII el catolicismo adquirió un lugar central en la definición de la ignominia del irlandés, abonada por la identificación de la fe con la resistencia al dominio inglés (expresada fuertemente en las guerras de la década de 1640), a finales del siglo XVI las fronteras se presentaban todavía difusas. En primer lugar, al momento del reinado de Isabel el protestantismo anglicano había tenido una tibia recepción entre los habitantes *Old English* de Irlanda, lo cual amortiguó allí las tentativas inglesas de persecución religiosa. En segundo lugar, el catolicismo de los irlandeses gaélicos tenía un alcance limitado a causa de la fuerte pervivencia de costumbres y tradiciones paganas. Spenser notó que si bien los gaélicos eran manifiestamente "papistas... están tan ciega y brutalmente informados (en

²⁹ "Sidney a la reina (20 de abril de 1567)", en Canny, "The ideology...", op. cit., p. 585.

³⁰ Canny, "The ideology", op. cit., pp. 585-586.

su mayor parte), que ni uno de cien sabe los fundamentos de la religión o algún artículo de su fe, y aunque quizá pudieran decir su Padre Nuestro o Ave María, no conocen ni entienden el significado de una [sola] palabra”.³¹

Otro elemento constitutivo del estigma gaélico fue lo que los ingleses consideraban la “barbarie” de sus costumbres. La construcción de esta alteridad, con su consecuente inferiorización, se nutría de la constante comparación con otredades definidas en términos negativos, como los contemporáneos árabes y tártaros, o incluso pueblos antiguos que fueron inmortalizados como bárbaros por la tradición grecolatina. Esto último es ilustrado en el argumento de Spenser, que concibió que la práctica gaélica de trashumancia era la comprobación de que los irlandeses eran descendientes de los escitas. De este modo, la costumbre de

mantener su ganado en pastura la mayor parte del año en las montañas y en desiertos silvestres, trasladándose a tierra fresca de la misma manera en que pastaban en tiempos pasados, lo que claramente era la costumbre de los escitas, como se puede leer en Olaus Magnus y Jo. Boemus, y todavía es usada entre todos los tártaros y los pueblos sobre el mar Caspio, que son escitas por naturaleza.³²

Spenser sumó también otros elementos que justificarían la infame estirpe escita de los gaélicos, como el versátil uso de las mantas a la vez como vestimenta y ajuar, a causa de su modo de vida “nómade”.³³ Asimismo, el poeta vio en ciertas costumbres de guerra, como el uso de arcos y flechas y la práctica de “ir corriendo en terrible griterío y alboroto como si el cielo y la tierra se hubiesen ido juntos”, una reminiscencia directa a las costumbres de los escitas, “como se puede leer en Diodorus Siculo y Herodoto”.³⁴

La asociación que hizo Spenser entre gaélicos y escitas constituía sin dudas un recurso retórico eficaz para definir esa alteridad hibélica como inferior y, en consecuencia, promover un modelo civilizador que en palabras del

³¹ Edmund Spenser, *A view of the present state of Ireland*. Written dialogue-wise, between Eudoxus and Irineus, Dublin, Hibernia Press, 1809 [1633], p. 137.

³² *Ibid.*, p. 82.

³³ *Ibid.*, p. 84-86.

³⁴ *Ibid.*, p. 90.

poeta, consistía en “reducir esa nación salvaje a un mejor gobierno y civilidad”.³⁵ Esta retórica de la alteridad sigue la lógica de la antigüedad griega, definida sagazmente por François Hartog en *El espejo de Heródoto*, que consiste en definir al otro mediante la inversión de los elementos que constituyen la propia identidad, a la manera de un espejo en negativo.³⁶ En el mismo acto de describir al otro apelando a conceptos conocidos por su propia cultura, dado que a ella está dedicado el ejercicio de conocimiento, se procede al fenómeno de traducción, por el cual ese otro desconocido y distinto es definido en contraposición a un nosotros.³⁷

De esta manera, Spenser describe las costumbres irlandesas como expresión del “antimismo”, es decir, como diametralmente opuestas a las costumbres características de Inglaterra. Ese “antimismo” se expresa, para Spenser, en el paralelismo Inglaterra/Irlanda, por un lado, y el de Grecia/Escitia, por otro. De este modo, la representación de los irlandeses como paganos, nómades y rústicos se refracta, en el mismo acto de enunciación, a los propios contemporáneos ingleses, como la afirmación de su identidad en términos invertidos, para verse a sí mismos como cristianos, civilizados y, en consecuencia, superiores.

Sin lugar a dudas el proceso de colonización de Irlanda se constituyó en el rasero por excelencia en el que se mensuraban las proyecciones coloniales en Virginia. De este modo, Richard Hakluyt veía con optimismo en 1587 que “cien hombres harán mucho más entre la gente desnuda y desarmada de Virginia que lo que serían capaces de hacer mil en Irlanda contra esa nación armada y belicosa”.³⁸

³⁵ *Ibid.*, p. 1.

³⁶ François Hartog, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 29.

³⁷ Tal y como expresa Hartog, “Decir el otro es postularlo como diferente, es postular que existen dos términos, *a* y *b*, y que *a* no es *b*; o sea, hay griegos y no griegos. Pero la diferencia sólo adquiere interés a partir del momento en que *a* y *b* entran en un mismo sistema (...) Para traducir la diferencia, el viajero dispone de la figura cómoda de la inversión en la cual la alteridad se transcribe en antimismo... Es concebible que los relatos de viaje y las utopías recurran frecuentemente a ella, porque construye una alteridad ‘transparente’ para el oyente o lector: ya no hay *a* y *b* sino simplemente *a* e inverso de *a*”. *Ibid.*, p. 207.

³⁸ Richard Hakluyt: introducción a René Laudonniere, “A notable historie containing foure voyages made by certain French Captains into Florida...” Richard Hakluyt, (comp.), *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation* (12 vols.), Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904 (VIII: 439-445), p. 444.

La ferocidad de los gaélicos se convirtió en uno de los principales tópicos para justificar su sujeción a Inglaterra, tópico que fue creciendo en elementos fantásticos, conforme a la intensidad de la resistencia que éstos imponían al avance inglés. En 1598, año del inicio de la Guerra de los Nueve Años, un magistrado llamado sir William Saxey refería en una carta a Cecil a la devastación de Munster por parte de los rebeldes irlandeses, en estos términos:

Los niños son arrebatados del pecho de las nodrizas, sus cerebros estrellados contra las paredes; arrancaron el corazón del cuerpo al marido a la vista de la esposa, a la cual obligaron a entregar el mandil para limpiarse el asesino la sangre de los dedos; (un) caballero inglés es en pleno día cruelmente asesinado en la ciudad y hendida su cabeza en varios trozos; varios fueron mandados a Youghal entre los ingleses. Algunos, con la garganta cortada, pero no muertos; otros con las lenguas cercenadas; otros, con las narices amputadas.³⁹

Spenser, por su parte, relató este escabroso episodio:

...he visto [beber] a algunos irlandeses... la sangre, no de sus enemigos, sino de sus amigos, principalmente en la ejecución de un traidor notable... Vi a una vieja... levantar su cabeza mientras lo estaban descuartizando y chuparle toda la sangre que le manaba, diciendo que la tierra no era digna de bebérsela, y al mismo tiempo se arañaba el rostro y el pecho, y se arrancaba el cabello gritando y chillando desafortadamente.⁴⁰

A propósito de la ferocidad de los irlandeses, resulta interesante el argumento de Robert Payne, quien entendió que esa violencia era conveniente para los planes de colonización de Munster, en cuanto era dirigida contra los españoles. Payne aludía a un episodio de la guerra contra la Armada Invencible de septiembre de 1588, en el que los sobrevivientes del naufragio de varias naves españolas en las costas de Irlanda fueron masacrados por irlandeses, mientras otros fueron ejecutados por orden del *Lord Deputy* para

³⁹ Constantia Maxtwell, *Irish History from Contemporary Sources, 1509-1610*, Londres, 1923, p. 212. La traducción corresponde a Jones, op. cit., p. 133.

⁴⁰ Spenser, op. cit., p. 104

evitar que se unieran con los rebeldes gaélicos.⁴¹ El promotor de la colonización de Munster entendía que “ni los españoles son tan imprudentes como para confiar en los irlandeses, quienes tan recientemente mancharon sus manos con su sangre, matándolos como si fueran perros”.⁴² Pero lo más interesante del argumento era que el odio a los españoles se debía a que “la mayoría de los irlandeses de mejor condición han leído sobre las monstruosas crueldades en las Indias Occidentales, donde ellos [los españoles] han asesinado a muchos millones más de esas simples criaturas de las que ahora viven en Irlanda”.⁴³ La impronta lascasiana queda reforzada en la sugerencia que Payne hace unas líneas más adelante:

Si aún no tienes el mencionado libro sobre las crueldades españolas, te ruego que lo compres, ya que vale la pena leerlo. He olvidado el título, pero es un volumen en cuarto pequeño: está escrito por un entendido Obispo de su propio país y concierne a los cuarenta años siguientes [sithens] en lengua castellana y dedicado a su rey para la reforma de tales crueldades. Después fue traducido al inglés y a otras diversas lenguas, para difundir su monstruosa tiranía al mundo.⁴⁴

El testimonio evidencia la importancia capital que tenía la denominada Leyenda Negra en la construcción del discurso colonial, alimentada por las numerosas traducciones y ediciones de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Bartolomé de las Casas. Esta obra, tal como se argumenta en la introducción era perfectamente apropiada para instalar la cuestión moral respecto de las acciones españolas, aunque también, tal como ilustra el documento, fue utilizada como argumento a favor de la conquista de Irlanda. El crítico literario inglés Andrew Hadfield sostiene que la inserción de la Leyenda Negra en este caso señala, por un lado, el temor que los ingleses tenían respecto de una posible conquista española en la pretendida isla, y por

⁴¹ Smith, op. cit., p. 18.

⁴² Ibid., pp. 5-6.

⁴³ Ibid, p. 5.

⁴⁴ Payne, op. cit., p. 6.

otro lado, el miedo de que Europa terminara asediada como el Nuevo Mundo de no cesar el poderío ibérico, con el consecuente triunfo del catolicismo.⁴⁵

Espectros de Irlanda en el discurso colonial de Virginia

La turbulenta experiencia de colonización inglesa en Irlanda tuvo un impacto notable en la incipiente colonización de Virginia, especialmente en la construcción de un discurso colonial. Como afirmó el crítico literario estadounidense Alden T. Vaughan, el irlandés del siglo XVI y XVII se constituyó en uno de los principales “paradigmas” peyorativo para la “comprensión” de los habitantes del Nuevo Mundo.⁴⁶

En cuanto al aspecto de la comprensión, o de traducción de lo diferente, los irlandeses fueron invocados para señalar ciertos aspectos de las costumbres indígenas. Por ejemplo, Thomas Hariot señalaba en su *Brief and true report* (1588), que una modalidad de pesca de los “los habitantes” era arrojar unas lanzas “a los peces siguiendo la manera en que los irlandeses lanzan sus saetas”.⁴⁷

Los aventureros de la temprana colonización de Jamestown también apelaron a la otredad irlandesa para traducir a esa otra alteridad nativa. John Smith señaló en *Map of Virginia*, de 1612, que los indígenas “de mejor condición usan mantas de piel de ciervo no muy diferentes en estilo al de las mantas irlandesas”⁴⁸ y en relación a Powhatan, que “su atuendo [es] un agradable vestido de piel tan largo como las mantas irlandesas”.⁴⁹

William Strachey, Secretario de la Compañía de Virginia entre mediados de 1610 y 1611, dio cuenta en su informe *Historie of travaile into Virginia Britannia* (1612) de que ciertos hábitos de los habitantes americanos eran

⁴⁵ Andrew Hadfield, *Literature, travel, and colonial writing in the English Renaissance, 1545-1625*, Oxford, Oxford University Press, 2007 [1998], p. 96.

⁴⁶ Alden T. Vaughan, *Roots of American racism. Essays on the colonial experience*, New York, Oxford University Press, 1995, p. 35.

⁴⁷ Quinn y Quinn, op. cit., p. 64.

⁴⁸ John Smith, “Map of Virginia”, parte 1, Edward Arber (ed.), *Travels and Works of Captain John Smith*, Parte 1, Edinburgh, John Grant, 1910, (I: 41-84), p. 66.

⁴⁹ John Smith, “Map of Virginia”, parte 2, Arber, op. cit. (I: 85-174), p. 102.

similares a los de los irlandeses. Por ejemplo, notó que los indígenas moraban “de seis a veinte por vivienda, como hacen los irlandeses”, y que sus vestimentas eran similares.⁵⁰ Pero las comparaciones entre americanos e irlandeses se agotan ahí. El extenso informe de Strachey recurrió a otras alteridades, como los turcos, en alusión a la crueldad y la práctica de la poligamia,⁵¹ y los tártaros, para describir sus hábitos de caza. Cabe destacar que la asociación entre indígenas y turcos le resultaba familiar a Strachey, a causa de una estadía en Estambul como secretario de la Compañía del Levante, entre diciembre de 1606 y marzo de 1607.⁵² Strachey también se valió de la analogía entre indígenas y turcos para argumentar a favor de las ventajas de la evangelización de los americanos, que a diferencia de los musulmanes, no contaban con una ley religiosa que condenase la conversión al cristianismo con la muerte.⁵³

Los espectros de Irlanda también se evidenciaron en las prácticas colonizadoras, como la de quemar los campos sembrados de los habitantes nativos para forzar su sometimiento, como ocurrió en Secotan como venganza por el supuesto robo de una copa de plata. Hay evidencia suficiente para afirmar que Ralph Lane ordenó quemar un poblado por una copa de plata presuntamente robada, que según un informante anónimo, “por no haberla recibido de acuerdo a lo prometido quemamos y destruimos su grano y poblado, provocando la huida de toda la gente”.⁵⁴

Cuando Jamestown cobró cierta estabilidad, a una década desde su fundación, se consolidó el flujo de recursos y de hombres desde Irlanda hacia Virginia. Así, en 1620 George Yeardley, el gobernador de Virginia, vio con agrado el arribo de un barco proveniente de Irlanda, abastecido de “toda suerte de provisiones, así como de ganado (...) y cincuenta hombres en la aventura, además de cerca de treinta pasajeros”.⁵⁵ Aquí la distinción entre hombres y pasajeros sugiere que los primeros no eran más que siervos escriturados

⁵⁰ William, Strachey, *The Histoire of travaile into Virginia Britannia (1612)*, London, Hakluyt Society, 1849, pp. 72, 66.

⁵¹ *Ibid*, pp. 52-53.

⁵² Ralph Bauer, *The Cultural Geography of American Literatures. Empire, travel modernity*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 106.

⁵³ *Ibid*, p. 12.

⁵⁴ Quinn y Quinn, *op. cit.*, p. 18.

⁵⁵ Neill, *op. cit.*, p. 285.

destinados a las plantaciones de tabaco.⁵⁶ A continuación, el gobernador expresa su “esperanza de que si prospera la colonia en Irlanda [Irish plantation], será posible que gran multitud de gente venga de allí”.⁵⁷

A modo de balance

El cruce analítico entre las experiencias coloniales en Irlanda y en Virginia sugiere que existieron múltiples coincidencias, tanto en los actores involucrados, entre los que se destacaron Grenville, Raleigh, Lane y Harriot, en la circulación de hombres y recursos, y en la elaboración de discursos que ligaban expresamente a algonquinos e irlandeses en un grado semejante de desarrollo en el devenir de la humanidad. Tanto irlandeses como americanos fueron instalados discursivamente en un grado inferior de desarrollo, lo que constituyó la piedra de toque de sus tempranos argumentos imperialistas. Puede afirmarse que las diferencias de grado que adoptan los paradigmas peyorativos, exaltados para el caso de Irlanda, más moderados para el temprano caso americano, se corresponden con la relación de fuerzas que comporta cada caso.

La experiencia de colonización de Irlanda, tal como hemos visto, contaba con una inmemorable tradición de ocupación. Además, la vehemente resistencia local en la época Tudor provocó entre los ingleses adherentes de la causa de los *New English* una intolerancia sin precedentes, en nada comparable a la aversión que se tenía por los “ariscos” escoceses. De este modo, Spenser fue capaz de formular un plan genocida basado en una “política

⁵⁶ Edmund Morgan, en su clásico trabajo *Freedom and Slavery* (1975), definió a los siervos escriturados como aquellos trabajadores pobres de Inglaterra o Irlanda que viajaban a Virginia a costa de la Compañía y que por ello estaban sujetos a un contrato, de una duración entre 4 y 7 años. Durante esos años, debían trabajar en condiciones no tan distintas a la esclavitud, y una vez terminado el contrato tenían derecho a una pequeña parcela de tierra, de tres acres si era soltero, y doce si tenía familia. Edmund Morgan, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la Colonia a la Independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [1975], p. 91. Morgan, 2009: 91). El autor, sin embargo, da cuenta de los distintos mecanismos que detentaba la elite colonial para perpetuar los contratos, concentrar las tierras y eventualmente reproducir la miseria de los libertos (aquellos que habían terminado su contrato de servidumbre).

⁵⁷ Neill, op. cit., p. 285.

general de inanición, la confiscación generalizada de las tierras nativas, el despiadado traslado de la población inocente y el establecimiento de un gobierno militar sobre todo el país”.⁵⁸

Spenser hizo mención a la miserable condición en que se hallaban los irlandeses, que lucían como “anatomías de la muerte” que “comían la carroña de los [hombres] muertos, felices cuando podían encontrarlos”, con la consecuencia de que “no quedara nadie y [que] el más populoso y abundante país repentinamente quedara vacío de hombres y bestias”. Su proyección se basaba en que en “toda guerra, no se muere tanto a causa de la espada como de la extremidad del hambre”.⁵⁹

A las ancestrales aspiraciones territoriales sobre Irlanda se le sumó la imposición de la religión protestante, con las consecuentes expropiaciones a las propiedades clericales que pasaron a formar parte de los dominios coloniales. Las atroces campañas por la ocupación de Irlanda progresivamente adquirieron el carácter de una despiadada guerra religiosa, alcanzando el paroxismo del horror a mediados del siglo XVII.

Respecto de la colonización de Virginia se evidencia que en los períodos de contacto inicial, como en Roanoke entre 1585-86 y en Jamestown en los años siguientes a 1607, la construcción de esa otredad americana adoptó un tono más moderado respecto a la irlandesa. Sin dudas, la concepción europea sobre el indígena giró en torno a su inferiorización cultural, atribuida a su religión pagana, a lo se consideraba una explotación irracional de la tierra, y a su simpleza técnica. De hecho, los algonquinos fueron interpelados como “salvajes” desde el comienzo de la experiencia colonial. No obstante, las fuentes muestran un reconocimiento por la compleja organización política de sus habitantes, como se evidencia en el atento informe de Hariot, del cual se desprende un notable respeto por las jerarquías y autoridad nativa, y en John Smith, que reconocía y temía el poderío de su rival Powhatan, al punto de concebirlo como un rival equivalente.⁶⁰ La moderación de este discurso puede comprenderse a la luz de los proyectos colonizadores que para ese tiempo, en el que la autoridad colonial estaba aún en construcción y era por demás

⁵⁸ Brady, op. cit., p. 110.

⁵⁹ Spenser, op. cit., p. 167.

⁶⁰ Vaughan, op. cit., p. 50.

precaria, todavía se contemplaba la posibilidad de evangelización y de establecer intercambios comerciales con los indígenas.

La mirada sobre los indígenas se tornó más hostil cuanto más acuciantes se tornaron las condiciones para la supervivencia colonial. El ataque de Opechancanough de 1622 fue el punto de inflexión para la instauración de una política de exterminio, política que en lo discursivo fue acompañada por una exaltación del estigma indígena. De esta manera se expresaba un miembro de la élite colonial, Edward Waterhouse, en 1622:

... conquistarlos es mucho más sencillo que civilizarlos por las buenas, ya que es gente tosca, bárbara y desnuda, dispersada en varias compañías la victoria sobre ellos puede obtenerse por varios medios: por la fuerza, por sorpresa, por hambruna quemando su maíz, destruyendo y quemando sus botes y canoas ..., persiguiéndolos y cazándolos con nuestros caballos y sabuesos, y que nuestros mastines los despedacen, ya que [éstos últimos] no toman a los desnudos, curtidos y deformes salvajes, como otra cosa que bestias salvajes.⁶¹

En términos generales, puede decirse que la construcción de esas dos otredades, la gaélica y la americana, exhibía otra preocupación, la de la afirmación de la propia identidad europea en general e inglesa en particular. Siguiendo el planteo de Hartog, la imagen barbárica de los *otros* impactó en la conciencia inglesa como la afirmación de su rol imperialista, en tanto portador de los valores de la civilización. El contacto con la alteridad americana supuso un elemento novedoso, que consistió en la elaboración de planteos sobre el propio lugar de Inglaterra en la historia de las civilizaciones. En este punto resulta notable el interés que suscitaron los pictos y bretones de la antigüedad, lo cual se destaca en las representaciones pictóricas que elaboró John White, que se tratarán en el capítulo siguiente.

En la formulación de Strachey, los antiguos británicos anteriores a la conquista romana habrían sido tan bestiales como los indígenas, hasta que los romanos “construyeron castillos y poblados, y en cada sitio se les enseñó el poderoso discurso de la razón divina”. A no ser por la instauración de las

⁶¹ Neill, op. cit., p. 41.

colonias de los antiguos soldados, prosigue Strachey, “todavía habría entre nosotros demasiados sátiros, toscos y harapientos, deambulando por los bosques, habitando en cuevas y cazando para nuestras cenas ... prostituyendo a nuestras hijas con extraños, sacrificando a nuestros hijos a ídolos...”.⁶² En este esquema, los antiguos bretones y los contemporáneos americanos quedaban equiparados en cuanto a grado de barbarie, mientras que Inglaterra adoptaba el rol de una nueva Roma.

La imagen de la barbarie irlandesa y americana refractó decisivamente, ante la mirada de los ingleses de la modernidad, como el espectro del virtuosismo de los antiguos, investidos ahora de una nueva y moderna misión.

⁶² Strachey, op. cit., p. 18.

Capítulo 3

LOS ECOS VISUALES DE LA FRUSTRADA COLONIZACIÓN DE ROANOKE: JOHN WHITE Y THEODORO DE BRY (1585-1590)

La perplejidad que despertó el Nuevo Mundo en los europeos desde 1492 ha impregnado las representaciones visuales. Las imágenes condensaban la avidez por conocer y, consecuentemente, por dominar al otro americano,¹ cuya impactante alteridad dio lugar a motivos que incluían elementos míticos y fantásticos, derivados no sólo de las tradiciones clásica y bíblica,² sino también de la propia cultura popular europea. La representación del hombre americano, por lo tanto, sobrepasa al problema de la semejanza, es decir, de la mimesis entre la imagen y el objeto/sujeto de representación. Las imágenes de los algonquinos, por lo tanto, deben interpretarse como signos plásticos de carácter figurativo que se inscriben en el cruce de tres términos: lo percibido, lo real y lo imaginario.³ En este triple cruce no sólo se expresan las intenciones y habilidades técnicas del artista, sino también se expresan las inquietudes de una sociedad determinada históricamente.

Como sugiere Chartier, el artista de la Europa moderna era un demiurgo, un creador que restituía lo ausente por medio de la imagen,⁴ exhibiendo lo desconocido y convirtiéndolo así en materia visual. Pero esta creación supone, al mismo tiempo, una dimensión reflexiva, opaca, que consiste en aquellos elementos ignorados o ausentes en la representación en relación con el

¹ Marta Penhos, *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

² Jean-Paul Duviols, "Los indios, protagonistas de los mitos europeos", en AAVV, *La imagen del indio en la Europa Moderna*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1990 (377-388), 377.

³ Pierre Francastell, *La realidad figurativa*, Buenos Aires, Emece, 1970 [1965], p. 116.

⁴ Roger Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre la práctica y representación*, 1995, Barcelona, Gedisa, p. 58.

objeto/sujeto de representación. La creación plástica está coaccionada por múltiples condiciones de posibilidad: las determinaciones del lenguaje y el sistema de convenciones estéticas que hacen a la obra concebible, comunicable y comprensible, como así también los imperativos sociales y económicos, tales como el patronazgo, el mercado,⁵ y las identidades políticas y religiosas. Éstas últimas encierran luchas simbólicas que a menudo se plasman en las obras de arte. En términos generales, entonces, se desprende una primera aproximación al estudio de las imágenes, la inconveniencia de reducir la representación visual a la fijación de la realidad material a través de procedimientos plásticos.

La percepción visual contribuye en alto grado en la “creación” de imágenes. Si la visualidad es condición primaria e ineludible para la representación, no por ello es objetiva. Lo que se ve no es exactamente lo que existe, dado que, como señala Penhos, en el acto de ver también operan selecciones y recortes de la masa de datos ópticos, delimitadas por el contexto social y cultural.⁶ Además el acto de representar implica una intención del sujeto, que altera el ritmo natural de las cosas al convertirlas en figuras con un significado y corriéndolas así de su natural fluidez.⁷

La recepción de las imágenes, a su vez, está altamente condicionada. Si bien la imagen tiene una gran capacidad para la transmisión de información visual –en relación al texto–, su comunicación depende de un contexto y un sistema de códigos, puesto que “sólo podemos reconocer lo que ya conocemos”.⁸ La legitimación de las figuras, por tanto, descansa en un reconocimiento colectivo de su significado.⁹ En palabras de Rudolf Arnheim, la imagen se sitúa en el medio entre las cosas prácticas y las “fuerzas desencadenadas que animan las cosas”.¹⁰

Tomando estas premisas como punto de partida, se analizan en este capítulo las imágenes de los algonquinos como creaciones estéticas más que

⁵ *Ibid.*, p. xi.

⁶ Penhos, *op. cit.*, p. 15.

⁷ Valeriano Bozal, *Mimesis: las imágenes y las cosas*, Barcelona, Viso, 1987, pp. 20-21.

⁸ Ernst Gombrich, *La imagen y el ojo*, Madrid, Alianza, 1982, p. 54. La posibilidad de hacer una lectura correcta de la imagen, según Gombrich, se rige por tres variables: el código, el texto y el contexto. *Ibid.*, p. 45.

⁹ Bozal, *op. cit.*, p. 24.

¹⁰ Rudolf Arnheim, *El pensamiento Visual*, Buenos Aires, Eudeba, 1985, p. 133.

como testimonios de los hombres y mujeres que entraron en contacto con los ingleses en la costa de la flamante colonia americana. En todo caso, las imágenes son testimonios de la cosmovisión europea, atravesadas por el imaginario del Renacimiento tardío, las disputas religiosas entre protestantes y católicos y las rivalidades entabladas entre las potencias coloniales por el dominio del Nuevo Mundo.

Los indígenas virtuosos de White y de Bry

Las acuarelas de White muestran en general un escenario prodigioso para el asentamiento colonial. Entre ellas se destacan las de los hombres y mujeres de Secotan y Pomeioc (ambas comunidades algonquinas de la región de Roanoke, región donde intentaron establecerse los ingleses en 1585-1586). En primera instancia se destaca la intención de pintar preferentemente retratos individuales, lo cual contrastaba con la tendencia pictórica dominante en relación al Nuevo Mundo. Aunque la concepción renacentista confería una centralidad al individuo y los retratos individuales eran la fuente de inspiración artística,¹¹ los motivos sobre el Nuevo Mundo, en el siglo XVI, privilegiaban los grupos de nativos. La originalidad de White se debió más a los compromisos que éste había contraído en calidad de informante que a una presunta libertad artística, como han alegado los estudiosos.¹² White retrató a individuos singulares, entonces, siguiendo la voluntad de registrar fisonomías, actividades y costumbres. Por otra parte, el dibujante resaltó los diferentes rangos políticos y sociales, por lo que puso foco en la aristocracia local. Entre sus acuarelas se encuentran un “anciano con su vestimenta de invierno”, un jefe guerrero con el cuerpo pintado, una mujer noble con su niña, un sacerdote y un hechicero. Estas figuras refrendaban así el informe de Hariot, que hacia hincapié en la

¹¹ David Le Breton, *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002, p. 41 y Hans Belting *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, 2007, p. 128.

¹² Paul Hulton y David Beers Quinn, *The American Drawings of John White 1577-1590. With drawings of European and Oriental Subjects*. London, the trustees of the British Museum, Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina Press, 1964, p. 10.

existencia de una sociedad ordenada y organizada bajo una jerarquía compleja.¹³

Los cuerpos de los indígenas retratados por White se presentan en pose, lo cual enfatiza el carácter peculiar de cada uno de ellos. Por ejemplo, el hechicero se yergue sobre una de sus piernas mientras sus brazos levantados contribuyen a lograr su equilibrio, creando así una atmósfera mística apropiada para la creación del personaje. En algunos cuerpos se resalta la vestimenta y en otros las pinturas corporales, y esa especial atención se evidencia en los epígrafes de White. Los cuerpos de los algonquinos son en general robustos y bien proporcionados. Con excepción de una niña, no se presentan cuerpos desnudos. Si hasta entonces primaba la convención de la desnudez para la representación de los nativos americanos como signo de inferioridad cultural,¹⁴ la propuesta de White desafiaba los modelos con la subyacente intención de resaltar el carácter virtuoso de los nativos de Roanoke.

Entre las acuarelas de White existen, ciertamente, imágenes que involucran grupos de indígenas. En estos casos aparecen realizando actividades cotidianas, tales como la pesca, la construcción de canoas o la preparación de alimentos, aspectos que reforzaban la idea de una comunidad laboriosa y organizada. Esas imágenes se completaban con algunas de tenor etnográfico relativas a las danzas rituales, la sepultura de los jefes tribales o *werowances*, los poblados y los campos sembrados, todas ellas ilustraciones que acompañaban las auspiciosas descripciones de Hariot.

De Bry recreó los motivos de White en los grabados confeccionados, a instancias de Hakluyt, para la publicación ilustrada del informe de Hariot que publicó en el primer tomo de *Americae*, en 1590. Si bien De Bry respetó los motivos del acuarelista, les imprimió su sello particular, el cual se deduce de la comparación con las fuentes de su inspiración que actualmente se encuentran

¹³ "En algunos lugares del país, uno solo poblado pertenecía al gobierno del Werowance o Señor principal, en otros [poblados] dos o tres, en otros seis, ocho, y más el Werowance principal, que...no tenía sino dieciocho poblados bajo su gobierno y era capaz de hacer luchar a no menos de setecientos u ochocientos hombres". Thomas Hariot, "A brief and True report", 1589. David B. Quinn, y Alison M Quinn, *The first colonists. Documents on the Planting of the First English Settlements in North America, 1584-1590*, North Carolina, North Carolina Department of Cultural Resources, 1991. p. 67.

¹⁴ Ingreet Juliet Cano, "Imagen del cuerpo desnudo. Acercamiento a algunos dibujos y grabados del siglo XVI", *Revista Chilena de Antropología Visual*, N° 3, Santiago de Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2003, p. 14.

en el Museo Británico. De Bry agregó el fondo a las figuras, que estaban ausentes en las acuarelas de White. Los motivos que decoran el fondo son generosos en cantidad de hombres y recursos naturales y las figuras principales se presentan con un importante tamaño, comparado con el fondo mucho más alejado y pequeño.

Desde un punto de vista iconológico, los grabados de los algonquinos siguen una deliberada intención de exaltar los cuerpos. De Bry ubica la línea del horizonte a la altura del abdomen de las figuras y los inscribe sobre un piso que aparece muy elevado respecto del fondo, como si estuviesen posando en una cumbre. Este artificio les confiere un tamaño descomunal, cual colosos de la antigüedad.

Ahora bien, ¿qué características presentan esos cuerpos y qué criterios estilísticos siguen? En este punto, el análisis iconográfico se presenta más accesible, puesto que se trata de cuerpos que son considerados, a primera vista, como racionales y bellos. La racionalidad de los cuerpos resaltaba en oposición a las imágenes grotescas de los carnavales del siglo XV.¹⁵ Siguiendo la concepción renacentista, el cuerpo en tanto materia era el medio privilegiado de la individualización, lo cual contrastaba con la idea medieval que disociaba al cuerpo de lo espiritual que constituía la esencia humana.¹⁶ En cuanto al ideal estético, durante el Renacimiento se ponderaron los cuerpos lisos, los gestos y posturas con connotaciones morales y las siluetas estilizadas. Ese ideal de belleza era tributario de la tradición clásica y en alguna medida se seguía asociando a la virtud cívica.

Estas características se constatan en los algonquinos del grabador flamenco, no así en los cuerpos pintados por White. De Bry compuso cuerpos blancos y lisos, con excepción de las eventuales pinturas corporales, que no interrumpen la armonía de la composición sino que aparecen más como elementos exóticos. Los cuerpos son más estilizados que en White y las musculaturas más pronunciadas, respondiendo así al ideal de belleza canonizado por la cultura europea de fines del siglo XVI. Las poses de los personajes y sus miradas altivas refuerzan esta afirmación.

¹⁵ Le Bretón, op. cit., pp. 30-32.

¹⁶ *Ibid.*, p. 29.

De Bry duplicó algunas figuras que White había presentado como únicas,¹⁷ creando de esta manera composiciones simétricas a la manera de juegos de espejos. Desdoblado la figura, de Bry representó al mismo personaje de frente y de espalda, mostrando de esta manera al cuerpo en su dimensión más completa, y en el mismo acto, exaltando sus cualidades siempre asociadas a la belleza. La decisión de representar dos figuras en lugar de una, como hizo White, podría leerse además como una tentativa de componer un espacio armónico a través de la simetría, evocación sutil o quizá involuntaria del imaginario de los antiguos griegos, que ponderaban ante todo el equilibrio, el justo medio.

Las mencionadas evocaciones a modelos clásicos se articulan bajo el concepto warburgiano de *pathosformel*, el cual condensa la fórmula expresiva que, sin omitir la temporalidad, organiza los significados, las formas y las emociones que atraviesan pueblos y civilizaciones.¹⁸ Como observó Jones, la imagen del anciano con su vestimenta de invierno recuerda a Mario repudiando a Roma, mientras que el hechicero adopta la posición del heraldo Mercurio.¹⁹ Si las imágenes de los algonquinos contienen expresiones y emociones de la antigüedad clásica, ese *pathosformel* se constituye en un criterio que equipara a los otros contemporáneos del Nuevo Mundo con los otros virtuosos del antiguo Viejo Mundo.

Ahora bien, si los nativos de Virginia fueron representados como bellos, serios, solemnes y laboriosos, esto respondía a intereses que sobrepasaban a los propios artistas. Las imágenes, tal como fueron concebidas por Raleigh y por Hakluyt, debían ser sugestivas, para así fomentar inversiones y migraciones que reforzaran el flamante y precario asentamiento colonial. En este sentido pueden pensarse a las imágenes como un verdadero cuerpo de propaganda, más evidente en el caso de de Bry por las condiciones de producción -no presencial-, las distorsiones artísticas y la fenomenal circulación editorial que adquirieron.

¹⁷ Esto se evidencia en las figuras del jefe tribal, de la mujer de Secotan, de la mujer cargando a su bebé, del cura y del jefe guerrero.

¹⁸ José Emilio Burucúa, *Historia y ambivalencia. Ensayos sobre arte*. Buenos Aires, Biblos, 2006, p. 11.

¹⁹ Howard Mumford Jones, *Este extraño Nuevo Mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Unión Tipográfica Editorial Hispana, 1964, p. 23.

Los otros salvajes de John White y Theodoro de Bry

Los grabados sobre los algonquinos fueron los primeros de la extensísima obra que de Bry dedicó a los indígenas de América, que fue condensada en los trece tomos de *Americae* o *Grandes Viajes* en los que trabajó hasta su muerte junto con su familia.²⁰ De Bry recopiló, hizo traducir e ilustró con grabados los relatos más sobresalientes sobre la conquista de América, lo que "representó un intento único de proveer una visión comprensiva a gran escala sobre el Nuevo Mundo para todos los interesados viajeros de escritorio de Europa".²¹ La selección de los textos estuvo guiada por su preferencia aquellos que denunciaban las atrocidades españolas en el Nuevo Mundo, contribuyendo decisivamente con la afirmación de la leyenda negra en Europa.

El principal motivo de esta selección fue su visceral posición anti española, tanto por cuestiones políticas como religiosas. De Bry había sufrido la virulencia con que el ejército español comandado por el duque de Alba reprimió el proceso revolucionario de los Países Bajos. Debido a su confesión protestante pesó un embargo sobre sus bienes, lo cual lo llevó a alejarse definitivamente de su Lieja natal. Dado que el protestantismo actuó como catalizador de los esfuerzos editoriales de franceses, ingleses y alemanes, se comprende el entusiasmo de de Bry en auspiciar imágenes virtuosas de los indígenas estadounidenses que estimularan el proyecto colonizador protestante en América en detrimento del católico español.

Existe un amplio consenso respecto a la campaña de descrédito que de Bry montó contra la colonización española.²² Ahora bien, ¿qué características

²⁰ De Bry montó un negocio editorial familiar que incluía a sus dos hijos, Johann Theodoro y Johann Israel, y en el que también colaboró el marido de una de sus hijas, Matthiew Mérian, grabador suizo. Los hijos continuaron el negocio editorial después de la muerte de su padre, publicando el resto de los volúmenes de *Grandes Viajes*, relativos a América, entre 1598 y 1634) y las 13 partes de los *Pequeños Viajes*, dedicados a las Indias Orientales. Mérian continuó estrictamente los aspectos gráficos de su suegro. John Moffit y Santiago Sebastián, *O Brave New People: The Invention of the American Indian*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1996, p. 325.

²¹ *Ibid.*, p. 325.

²² Entre las posiciones más categóricas se destaca la del español Luciano Pereña, quien sostuvo que "su colección de libros sobre América fue el arma nueva en manos de los

sobresalen de la comparación entre los motivos inspirados por White y los que compuso para la ilustración de los restantes tomos de *Americae* dedicados a Iberoamérica? Una comparación somera aporta elementos que resaltan la belleza y la virtud de los algonquinos de América del Norte en relación a los indígenas del dominio español o los caníbales de Brasil.

En primer lugar, llaman la atención los cuerpos desnudos, los cuales predominan en los grabados de los habitantes nativos de Ibero América. El desnudo, como sostiene Ingreet Cano, colabora en la construcción de la identidad aborígen y la profundización de las diferencias respecto a los europeos.²³ Si como expresa la mencionada autora, existe una intención de resaltar la inferioridad cultural de los nativos, esa visión negativa se sopesa con el hecho de que se trata de una representación que pondera la belleza de sus cuerpos esbeltos, estilizados, fuertes y saludables, lo que también puede interpretarse como un estado natural ideal.²⁴ En los casos excepcionales donde aparecen cuerpos corrompidos por la vejez o de apariencia deformada, éstos representan el vicio y el pecado, asociados al canibalismo en América y a la brujería en Europa. No obstante, como sugiere el análisis estructuralista de Bernardette Bucher, estos rasgos se afirman como anomalía, es decir, las imágenes negativas se presentan como contraste a la norma estética, que estaba asociada a la belleza.²⁵ Por otra parte, estas imágenes incitaban reflexiones sobre la transitoriedad de la existencia y sobre la finitud del mundo y de las cosas materiales.

La apariencia majestuosa de los cuerpos, entonces, fue una constante a lo largo de toda la obra de de Bry. Lo que se destaca en los retratos de los algonquinos es la voluptuosidad de los cuerpos, que resulta del artificio de agregar un fondo que resaltara la distancia entre la figura principal y las escenas naturales o cotidianas del plano posterior. Desafiando las convenciones de la perspectiva lineal, de Bry instaló a las figuras algonquinas

adversarios de la religión en el combate militar y político que católicos y protestantes libraban en Europa. Theodoro de Bry es un polemista político" (Pereña, 1992: 137)

²³ Cano, op. cit., p. 1.

²⁴ Chicangana, op. cit., p. 67.

²⁵ Bernardette Bucher, "Al oeste del Edén: La semiótica de la conquista, reconstrucción del icono y política estructural", en Rolena Adorno y Mercedes López-Baralt, *La Iconografía Política Del Nuevo Mundo*, Estados Unidos, Universidad de Puerto Rico, 1990, cap. 1, p. 11.

en promontorios elevándolas, no sólo del espacio figurado, sino también espiritualmente.²⁶

Una operación comparativa semejante se puede trazar también en la obra de John White. Se conservan acuarelas, posiblemente elaboradas con antelación al viaje a Virginia, entre los que se encuentran los antiguos pobladores de Inglaterra, pictos y bretones, además de turcos, esquimales y los timucua de Florida.²⁷ Su interés sobre los otros otros, sugieren una avidez incipiente por el conocimiento etnográfico que atravesó la conciencia europea y puso en cuestión su propia identidad cultural.²⁸ Cinco imágenes de pictos y bretones fueron reelaboradas por de Bry y publicadas junto con los retratos de los algonquinos en el apéndice la edición de *Americae*. Esto demuestra un marcado interés por las comparaciones entre las costumbres americanas y las de las sociedades europeas del pasado, dando como resultado la deducción lógica de que "la evolución no se refería exclusivamente a América, y que los antepasados de los modernos europeos habían sido alguna vez como los actuales habitantes de América".²⁹

El epígrafe de los pictos y bretones apuntaba a "mostrar cómo los habitantes de la gran Bretaña han sido en tiempos pasados tan salvajes como aquellos de Virginia". Esas imágenes los mostraban más bárbaros y feroces que los algonquinos: un hombre picto totalmente desnudo y tatuado de la cabeza a los pies mantiene en su mano derecha una cabeza aún sangrante, mientras otra cabeza yace en el suelo. Según Vaughan, la implicancia es clara: el lector inglés podría pensar a los nativos de Norteamérica en términos de sus propios ancestros, quienes permanecieron en la ignorancia y la idolatría hasta

²⁶ Este tipo de representación del espacio, basada en el rebatimiento del plano, es propia de la tradición nórdica, cuyo aporte fue importante en la elaboración de mapas y planos en la época.

²⁷ Según el minucioso análisis de Hulton y Quinn, estas imágenes fueron notablemente influenciadas por otros artistas. Los timacua de Florida serían copias de los trabajos de Jack Le Moyne des Morgues, lo que se manifiesta en el común uso de cuerpos coloreados. Los motivos sobre pictos y esquimales habrían sido inspirados por los dibujos de Lucas de Heere, un refugiado flamenco que trabajó en Inglaterra entre 1567 y 1577. En cuanto a los turcos y orientales, estarían infundidos por los dibujos de Nicolas de Nicolay, publicados en *Navigarions et Peregrinations Orientales*, en 1568. El uso de colores vibrantes, las poses y los detalles ligan a White con el manierismo europeo, Hulton y Quinn, op. cit., pp. 9- 10

²⁸ Norman Fiering (1995), "Introduction", en Karen Ordahl Kupperman (ed.), *America in European Consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, p. ix.

²⁹ John H.Elliott, *El Viejo y el Nuevo Mundo, 1492-1650*, Madrid, Alianza, 1970, p. 66.

que los soldados romanos los introdujeron al cristianismo y la civilización.³⁰ La alusión a la conquista romana reforzaba ideológicamente el proyecto colonial inglés en el Nuevo Mundo.

Si White retrató con “imaginativa perspicacia y frescura” a los algonquinos,³¹ esto no se debió tanto a su calidad de testigo como a su función como informante visual de la expedición colonizadora. En discrepancia con el postulado de Kupperman, que confiere a White una voluntad desinteresada por captar lo visto sin manipulación mediante,³² se constata una insistencia en los motivos que resultaban auspiciosos para el asentamiento inglés en América. Por ejemplo, en la imagen de la mujer con su niña, ésta aparece sosteniendo una muñeca, artefacto europeo que alude subrepticamente a una potencial integración cultural. Las imágenes sobre los habitantes nativos de Norteamérica trazadas por White y de Bry constituyen creaciones o invenciones artísticas que, más que testimonios de lo visto y experimentado, dan cuenta de la mentalidad de los europeos que vieron en el Nuevo Mundo la posibilidad de cimentar un orden superador respecto del Viejo Mundo, donde por entonces dominaban las más angustiantes injusticias. Esta ecuménica tentativa tomó cuerpo como proyecto editorial: a través de los libros y sus imágenes, los europeos reformados dieron cada vez más espacio de conciencia a la existencia de otros seres humanos que, cruzando el Atlántico, podrían colaborar con el progreso europeo a la vez que obtener los beneficios de su superior civilización.

A modo de balance

Los ecos visuales de la incipiente colonización de Virginia asumieron tonalidades de carácter artístico, didáctico, político y editorial. El *pathosformel* de las imágenes de White y de de Bry se inscribe entonces en la tradición

³⁰ Alden T. Vaughan, *Roots of American Racism. Essays on the Colonial Experience*, New York, Oxford University Press, 1995, p. 45.

³¹ Hulton y Quinn, op. cit., p. 11.

³² Karen Ordahl Kupperman, *Roanoke, The Abandoned Colony*, Maryland, Rowman Allanheld, 1984, p. 49.

clásica como alegoría inescrutable de la virtud de los "otros" del Nuevo Mundo. En los semblantes severos y los cuerpos hermosos de los algonquinos, de Bry por su parte captó sensiblemente la savia de ninfas, heraldos y héroes míticos que, desde entonces, serían el espejo cultural donde posarían las miradas de los europeos.

Estas imágenes idílicas, no obstante, quedaron inscriptas en una red más amplia de significados que se remontaba a la historia de las civilizaciones. A partir de la inclusión de los retratos de los pictos y bretones de la antigüedad, que nivelaba a éstos con los americanos en un mismo grado de civilización, los editores y artistas expresaban sugerentemente los buenos augurios de la colonización, en donde Inglaterra adoptaba el rol de la Roma moderna.

Capítulo 4

DE VIRGINIA A LA LUNA: EL DISCURSO COLONIAL DE THOMAS HARIOT (1588)

A Thomas Hariot (Oxford 1560, Londres 1621) se le atribuye la elaboración del primer testimonio etnográfico de los indígenas algonquinos de la costa este norteamericana, como así también una pormenorizada descripción de los recursos naturales existentes y sus potencialidades. Hariot inmortalizó la incipiente colonización de Virginia en su *Brief and true report of the new found land of Virginia* (Londres, 1588),¹ constituyéndose desde entonces en una pieza literaria ineludible para el conocimiento de los *otros* de la América septentrional. Pero la fama de Hariot trasciende su participación en la aventura colonial inglesa, dado que sus investigaciones en el campo de la matemática, el álgebra y la astronomía lo encumbran entre los científicos más destacados de su tiempo. El presente capítulo analiza el discurso colonial de Thomas Hariot través de sus principales tópicos, entre los que sobresale una apología a la ciencia europea en tanto herramienta para la dominación transatlántica.

¹ Thomas Hariot, *Brief and true report of the new found land of Virginia* (Londres, 1588), en David Beers Quinn y Alison M. Quinn (eds.), *The first colonists. Documents on the planting of the first English settlements in North America, 1584-1590*. Raleigh, North Carolina Department of Cultural Resources, 1985, (46-76). Esta edición corresponde a la edición de Hakluyt de 1600.

Thomas Hariot: viajero y científico de la Inglaterra isabelina.

Hariot nació en 1560 en la parroquia de St. Mary en Oxford y se graduó de bachiller en artes en St. Mary's Hall en 1580. Entre 1582 y 1583 fue contratado por Walter Raleigh como tutor de matemáticas en su residencia, tarea que ejercía a la vez que estudiaba instrumentos de navegación y cartografía. A razón del vínculo con Raleigh se desempeñó como instructor de capitanes de barcos, revolucionando tanto la teoría como la práctica de la navegación inglesa, tal como señaló David Beers Quinn.² En la dedicatoria que Richard Hakluyt dirigió a Walter Raleigh en su traducción de la obra de Pedro Mártir, *De Orbe Novo* (París, 1587), ponderaba las habilidades de Hariot como matemático y experto en técnicas de navegación:

Por tu experiencia en navegación viste claramente que nuestra mayor gloria en tanto reino insular será la construcción de su más grande esplendor en el firme fundamento de las ciencias matemáticas, y por ello es que por tanto tiempo tu has nutrido en tu residencia, con el salario más generoso, a un hombre bien entrenado en esos estudios, Thomas Hariot, de modo que bajo su guía tu puedas en tus horas libres aprender aquellas nobles ciencias y tus colaboradores capitanes de mar, que son muchos, puedan unir con mucho provecho la teoría y la práctica.³

Hariot cumplió un rol importantísimo en la expedición de colonización definitiva orquestada por Walter Raleigh y que tuvo lugar entre 1585 y 1586: el de elaborar el informe sobre las condiciones geográficas y naturales, tanto en lo que respecta a la flora y fauna como a la potencialidad económica de la región. Asimismo, describió la forma de vida de sus habitantes con un nivel de observación inusitado para su tiempo, lo que para algunos estudiosos contemporáneos constituye el primer trabajo etnográfico de América del Norte.

Al regreso de la expedición, Hariot permaneció en Londres al menos hasta la publicación de su *Brief and true report*, a principios de 1588. Desde

² David B. Quinn y John W. Shirley, "A contemporary list of Hariot References", en *Renaissance Quarterly*, Vol. 22, Nº 1, primavera de 1969, (9-26), p. 18.

³ En latín en el original. La traducción al inglés corresponde a F. V. Morley, "Thomas Hariot - 1560-1621", en *The Scientific Monthly*, Vol. 14, N 1, enero de 1922 (60-66), p. 60.

entonces y hasta 1600 Hariot se instaló en Munster, en la abadía de Molana, donde se afanó en el estudio de la matemática y probablemente se desempeñó como administrador de los dominios irlandeses de Raleigh. La información sobre su residencia en Irlanda es muy escasa, ya que las cartas sobre este período fueron quemadas tras su muerte, tal como indicaba su testamento: "También hay una bolsa de lona con papeles concernientes a los asuntos de Irlanda (las personas a quienes conciernen han muerto algunos años después en el reino de Isabel), por lo que deseo que sean quemados".⁴ Los méritos matemáticos de Hariot le valieron el patronazgo de Henry Percy, noveno conde de Northumberland, quien desde 1604 lo alojó en su palacio de Syon, en las cercanías de Londres.

En Syon Hariot desarrolló sus estudios en las leyes de la óptica, el álgebra y la astronomía, para lo cual utilizó el telescopio en sorprendente simultaneidad con Galileo.⁵ En su testamento Hariot refiere a sus "dos cánulas de perspectiva, las cuales uso especialmente para ver Venus enastado así como la luna y la manchas del sol".⁶ En 1607 divisó el cometa que llevaría posteriormente el nombre Halley, en 1610 fue el primero en detectar las manchas solares y en 1611 elaboró el primer esquema de la luna. Por esos años estudió también las órbitas de las lunas de Júpiter. Su talento no se agota, sin embargo, en sus descubrimientos en astronomía. Entre 1606 y 1609 mantuvo un fluido intercambio epistolar con Johann Kepler, en el que se destaca el tema de la refracción. Como matemático sus méritos fueron notables: inventó los signos de uso común en la disciplina (como ser "<" y ">") y fue el primero en trabajar con el sistema binario, tan caro a la tecnología informática de nuestros días.

⁴ "Testamento de Thomas Hariot", en Henry Stevens, *Thomas Hariot: The mathematician, the philosopher and the scholar developed chiefly from Dormant materials*, Londres, Chiswick press, 1900. Stevens dice que la estancia en Irlanda pudo haber tenido lugar entre el otoño de 1586 y el otoño de 1588, aunque admite que "sin embargo pudo haber ido a Irlanda después de terminar su libro", lo cual coincide con el planteo veinte años posterior de F. V. Morley (1922).

⁵ Los registros de observación astronómica de Hariot se remontan a Julio de 1609, solo un mes después de la primera construcción de Galileo. Morley, op. cit., p 65.

⁶ "Testamento de Thomas Hariot", op. cit.

Junto con otros heterodoxos de su tiempo, como sus amigos Marlowe y Raleigh, Hariot fue sospechado de ateísmo en la década de 1590.⁷ Una acusación que se ajusta mejor a sus expresiones, sin embargo, es la de pensador escéptico. Hariot discutió con un amplio rango de opiniones, incluido los heterodoxos, junto con sus posiciones cosmológicas, el desarrollo de la mirada copernicana sobre la pluralidad de mundos y la infinitud de la materia.⁸ Al igual que otros intelectuales del círculo social de Percy, adhirió al atomismo, ponderando premisas que serían pilares de la revolución científica. Su predilección por el atomismo se constata en una carta a Kepler:

te he llevado ahora a las puertas de la casa de la naturaleza, donde yacen sus misterios. Si tú no puedes entrar porque [las puertas] son demasiado estrechas, entonces abstráete y contráete tu mismo en un átomo, y así ingresarás fácilmente. Y después cuando salgas nuevamente, cuéntame las maravillas que ves.⁹

Hariot murió de cáncer en 1621. Sus papeles quedaron inéditos y dispersos, y pasaron diez años hasta que se publicara *Artis analyticae praxis* (1631), una obra considerada fundadora del álgebra moderna. Los méritos de esta obra se resumen en los siguientes tres aspectos secuenciados: la creación de una escritura clara, la manipulación de ecuaciones con formas puramente simbólicas y la comprensión de la estructura de polinomios.¹⁰

La obra científica de Hariot fue tan plural y compleja que suscita hasta el día de hoy investigaciones segmentadas, que disocian fundamentalmente su tarea propiamente científica de su experiencia como interlocutor en el Nuevo

⁷ En 1605, después de que el fallido Complot de la Pólvora se cobrara la libertad de su protector el Conde de Northumberland o "Conde Brujo", como le llamaban a razón de sus inclinaciones atomistas y alquimistas. Henry Percy fue acusado de alta traición por la Cámara Estrellada en 1606 y mantenido en prisión en la Torre de Londres por 17 años, hasta 1623 (Henry Percy falleció en 1632). Mientras tanto, Hariot permaneció en Syon y visitaba con frecuencia a sendos amigos prisioneros de la Torre: Walter Raleigh y Henry Percy.

⁸ Quinn y Shirley, op. cit., p. 18.

⁹ "Hariot a Kepler", 6 de diciembre de 1606. En Johann Kepler, *Gesammelte Werke*, Munich, Ed. Max Caspar, W. von Dick y F Hammer, 1937-1963, XV, p. 368. Citado en inglés por Robert Kargon, "Thomas Hariot, the Northumberland circle and early atomism in England, *Journal of the History of Ideas*, Vol. 27, N° 1, enero a mayo de 1966 (128-136), p. 129. Kargon sostiene que Hariot estaba familiarizado con el atomismo de Bruno, Herón de Alejandría, Lucrecio, y a través de Diógenes Alertes, Demócrito y Epicuro. En la biblioteca de Northumberland se hallaron trabajos de Bruno y de Herón.

¹⁰ Rick Hill, "Thomas Harriot's *Artis Analyticae Praxis* and the Roots of Modern Algebra". En <http://www.homsigmaa.org/Hill.pdf>

Mundo anglosajón. Aquí se intentará conciliar su virtuosismo como hombre de ciencias con el proyecto de expansión ultramarina inglesa. Un minucioso análisis de *Brief and True Report* permite articular su vocación científica con un discurso colonial que, más allá de las respetuosas descripciones que ofreció de los indígenas americanos, concibió a la ciencia como una herramienta fundamental para conseguir el éxito de la colonización. Esa ciencia, anterior a la revolución científica y al conocimiento académico institucionalizado en la Royal Society, fue para Hariot y sus interlocutores interesados en la colonización inglesa, el vector para la dominación de los *otros* americanos. Esos *otros*, concebidos siempre como inferiores, eran para Hariot lo suficientemente dignos como para reconocer la superioridad europea, tanto en lo religioso como en lo cultural y “desear” su dominio. En este punto se presenta provechoso el concepto de “semiosis colonial” de Walter Mignolo:¹¹ en la apelación (tácita o manifiesta) a significados propios de la cultura metropolitana y su yuxtaposición (discursiva pero también práctica) en el escenario de contacto con los nativos.

Acerca de las ediciones del *Brief and True Report*

El *Brief and True Report* constituye sobre todo un aparato de promoción de la empresa ultramarina de Inglaterra. La intencionalidad de propaganda, como dijo David B. Quinn, “gobierna la forma y limita el contenido” de esta obra. Esta interpretación goza de consenso historiográfico, con sensibles modulaciones como la de Frank Lestringant respecto de las intenciones de Hariot de promover las “posibilidades de una expansión de la fe reformada en América”.¹² Existen elementos extra-textuales que constatan esta interpretación y que remiten al derrotero editorial de esta obra. En primer lugar, hay que señalar que Hariot cumplía un servicio en la expedición de colonización de Virginia, el cual consistía en registrar toda aquella información que sería valiosa

¹¹ Walter Mignolo, *The darker side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and colonization*, Michigan, University of Michigan Press, 1995.

¹² Esta lectura adquiere solidez si se tiene en cuenta su texto en el cuerpo más vasto de la *Americae* de Theodoro de Bry. Lestringant, “Genève et l’Amérique”, op. cit., p. 339.

para el éxito de la empresa de su amigo y Señor, Walter Raleigh. Es decir, Hariot escribió en cumplimiento de su deber, lo cual debió haber condicionado su contenido.

En segundo lugar se admite que Hariot no trabajó solo, sino en colaboración con el dibujante John White. Un tercer fenómeno a tener en cuenta es que buena parte o quizá todo el informe completo de Hariot se perdió antes de cruzar el Atlántico, en circunstancias del súbito abandono del asentamiento de Roanoke. Esto es, el texto que Hariot envió a la imprenta a fines de 1587 o principios de 1588 fue reescrito total o parcialmente en Londres. Resta señalar, por último, que la primera publicación del *Brief and True Report*, de febrero de 1588, coincide curiosamente con la intensificación de las hostilidades con España, que se sustanciaron meses después en la derrota de la Armada Invencible. Simultáneamente, del otro lado del mar, fracasaba el segundo intento de colonización a manos del artista John White como gobernador.

El *Brief and True Report* fue reimpresso en la primera edición del *Principal Navigations* de Richard Hakluyt, en 1589 y en la segunda edición, aumentada, de 1600.¹³ La edición más célebre fue, sin embargo, la de *Americae*, de Theodoro de Bry, la cual encumbró a Hariot como un referente sobre los indios de Norteamérica y la historia natural. La reimpresión de esta obra mantuvo viva su reputación sobre un largo periodo de tiempo.¹⁴ Las sucesivas y múltiples ediciones y traducciones de esta última, junto con los préstamos –directos o indirectos- de otros editores, convirtieron a las imágenes del grabador flamenco en el prototipo visual del indígena norteamericano hasta el siglo XIX, como lo demuestra una carta de John Adams de 1812, donde recomienda a Thomas Jefferson la lectura de los primeros tres libros de *Americae* como aproximación al conocimiento de los indígenas de Virginia.¹⁵

¹³ Aunque son verdaderamente pocas las alteraciones de Hakluyt respecto del original, se constatan en mayor cantidad en la edición de 1600. Por ejemplo, está agregada la frase “esa necesidad debe ser aprovisionada”, en alusión a recursos alimenticios de la conclusión del reporte. David Quinn apuntó que estas modificaciones, junto con otras más cosméticas de vocabulario, evidenciaban que todavía en el 1600 Hakluyt abrigaba esperanzas de que sobrevivieran los colonos que habían viajado con White en 1587 y por lo tanto, buscaba reforzar el asentamiento colonial de Virginia. Quinn, *Roanoke Voyages*, op. cit., nota 1, p. 384.

¹⁴ David B. Quinn y John W. Shirley, “A contemporary list of Hariot References”, en *Renaissance Quarterly*, Vol. 22, N° 1, primavera de 1969, (9-26), p. 11.

¹⁵ Michael Gaudio, *Engraving the Savage. The New World and Techniques of Civilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008, p. xiii.

La intencionalidad propagandística del informe de Hariot se constata, por ejemplo, en la autoproclamada veracidad de su relato en contraposición con los de otros testigos que "han hablado mal" de la experiencia en América, en la dominancia de descripciones geográficas y naturales que abarcan dos tercios del relato y, finalmente, en las proyecciones promisorias del dominio sobre las poblaciones nativas, lo cual desarrolla en el último apartado titulado "De la naturaleza y las costumbres de la gente". Este apartado, aunque breve y menos minucioso que la primera parte, condensa los tópicos más relevantes del discurso colonial de Hariot, los cuales se analizarán a continuación.

"De la naturaleza y las costumbres de la gente"

En este apartado Hariot ofreció una atractiva descripción de los indígenas de Roanoke respecto de su forma de vida, su organización política y militar, su religión y creencias, entre otros. Su observación aguda y perspicaz, su conocimiento de la lengua algonquina y la defensa de un proceso de colonización pacífico han despertado el reconocimiento y admiración de los estudiosos de nuestro tiempo, algunos de los cuales lo han definido como un precursor de la etnografía. Pero aquí justamente se trata de analizar estas descripciones no como exaltaciones desinteresadas de los *otros* americanos, a los cuales confina recurrentemente a la inferioridad respecto de los europeos, sino como construcciones argumentativas del proyecto colonial del que se constituye en vocero.

Hariot le da especial importancia a la organización política de los algonquinos, si bien las traducía en categorías europeas. Después de una referencia breve a su forma de vida, señala que

En algunos lugares del país, un solo poblado pertenecía al gobierno de un *werowance* o señor principal, en algunos otros dos o tres, en algunos seis, ocho y más. El máximo *werowance* con el que hemos tenido trato tenía dieciocho poblados bajo su gobierno, y capaz de

reunir no más de setecientos u ochocientos hombres para la guerra, como mucho.¹⁶

La información sobre la estructura de poder local era capital para el trazado de la dominación colonial. Aunque Hariot defendía la vía pacífica, tuvo en cuenta la potencialidad militar de los indígenas, tanto en cantidad de hombres (como expone arriba) como en despliegue de sus fuerzas:

Si hubiese alguna disputa o guerra entre nosotros y ellos, siendo probable un combate de su parte, nosotros tenemos ventajas contra ellos en muchos aspectos. Sea por nuestra disciplina, sea por nuestras extrañas armas y también nuestros recursos, y especialmente nuestros mandos mayores y menores, es fácil imaginar, por la experiencia que hemos tenido en otros lugares, que tornarán sus espaldas contra nosotros, dado que su mejor defensa es huir.¹⁷

Para Hariot, entonces, la superioridad militar de los ingleses despejaría el temor de una eventual resistencia o guerra con los indígenas. La proyección de Hariot en la instauración de un dominio colonial firme y fácilmente asequible queda argumentada en dos pilares: por un lado, la supuesta superioridad militar, técnica y cultural de los ingleses, y por otro lado, el reconocimiento de esa superioridad por parte de los indígenas y, como consecuencia, su sujeción voluntaria. Así, Hariot argumenta que:

En relación a nosotros, ellos son gente pobre, y por la carencia de habilidad y juicio en su conocimiento y uso de nuestras cosas, estiman nuestras bagatelas antes que las de mayor valor. Sin embargo, en sus propios hábitos (considerando la necesidad de los medios que nosotros tenemos) parecen ser muy ingeniosos. Pues aunque no tienen las herramientas ni tales pericias, ciencia o arte como nosotros tenemos, aun en las cosas que hacen, ellos muestran excelencia de

¹⁶ Hariot, op. cit., p. 67. Stephen Greenblatt señala que los grados de autoridad nativa fueron interpretados por Hariot según los criterios de status europeos: el "werowance o señor principal", la "gente de condición común", "las mujeres del jefe", "un joven caballero" son rangos que aparecen en los acápites elaborados por Hariot para la edición de De Bry de 1590. En Stephen Greenblatt, *Shakespearean negotiation. The circulation of social energy in Renaissance England*. Oxford, Clarendon Press, 2000 [1988], p. 27

¹⁷ Hariot, op. cit., p. 68

inteligencia. Y por cuanto ellos, tras la debida consideración, encontrarán que nuestros modos de conocimiento y habilidades exceden a los suyos en perfección y velocidad para hacer o ejecutar, por lo tanto es más probable que deseen nuestra amistad y amor y que tengan un gran respeto por complacernos y obedecernos. De modo que se puede esperar, si los medios del buen gobierno son utilizados, que en poco tiempo ellos serán traídos a la civilización y a la adopción de la verdadera religión.¹⁸

El rol de la técnica y la ciencia cumplen un papel protagónico en el discurso de Hariot puesto que se presentan como instrumentos de la dominación colonial que sigue el trayecto que va desde la superioridad científica a la veneración religiosa:

Muchas cosas ellos vieron con nosotros, como instrumentos matemáticos, las brújulas, la virtud de la piedra imán en atraer el hierro, un prisma a través del cual se mostraban muchas extrañas visiones, el espejo ustorio, extravagantes fuegos artificiales, armas de fuego, libros, la lectura y escritura, los relojes a resorte que parecen andar por sí solos. Esas y tantas otras cosas que nosotros teníamos eran tan extrañas para ellos y tanto excedían su capacidad de comprender la razón y los medios por los que fueron elaborados, que pensaron que no eran trabajos de hombres sino más bien de dioses, o que al menos que nos fueron dados y enseñados por ellos. Esto hizo que muchos de ellos tengan tal opinión sobre nosotros, y como no conocían todavía al verdadero Dios y religión, era preferible obtenerla de nosotros, a quienes Dios amaba tan especialmente desde los tiempos en que la gente era tan simple, y así ellos se concibieron así mismos en comparación con nosotros, con lo cual nos fue dado un enorme crédito en lo que decíamos concerniente a esos asuntos.¹⁹

El interés de Hariot por la religión y creencias de los nativos comporta una primera lectura, de índole superficial, que consiste en demostrar a sus contemporáneos europeos que la evangelización de los indígenas era fácilmente asequible. Una segunda lectura es aportada por Stephen Greenblatt, quien sostiene ese interés era subsidiario de la visión maquiavélica que Hariot

¹⁸ Idem.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 70

tenía sobre la religión en general, a la que concebía como un instrumento para lograr la sujeción de los hombres.²⁰ De este modo, hacía hincapié en su propia tarea evangelizadora, más persuadido de sus resultados políticos que de los estrictamente religiosos:

Muchas veces y en cada pueblo donde fui, siempre que me fue posible, hice declaración de los contenidos de la Biblia, la cual establece un único y verdadero Dios, y hablé de sus poderosas obras, y que adentro de ella se encontraba la verdadera doctrina de la salvación a través de Cristo, con muchas particularidades de milagros y puntos principales de religión. Y así hable, de la manera que me fue posible y en los momentos que consideré oportuno. Y aunque les dije que el libro no tenía ninguna virtud en términos materiales, como pensé que ellos concebían, y que sólo contenía doctrina en su interior, aún así muchos se contentaron con tocarla, abrazarla y besarla, sostenerla contra sus pechos y cabezas y golpearse todo el cuerpo con ella, para demostrar su hambriento deseo por el conocimiento de lo que fue dicho.²¹

La acción evangelizadora que el propio Hariot admite haber llevado a cabo sugiere que no había entre la compañía un capellán que se pusiera al frente de esa misión. Por otra parte, la habilidad de Hariot para comunicarse en lengua nativa lo presentaba quizá como el único interlocutor válido. Según Hariot, la prédica cristiana tuvo efectos inmediatos sobre las propias creencias de los nativos, que comenzaron a ver a los ingleses como seres sobrenaturales, y que las desgracias que atravesaban no eran más que el castigo del dios cristiano por intermedio de los colonos: "Todas las extrañas enfermedades, pérdidas, penurias, o cualquier otra calamidad que recayera sobre ellos, nos fueron imputadas como si nosotros fuésemos los causantes o sus medios, por habernos ofendido o por no habernos complacido".²² Cuando la enfermedad europea se licuó entre las tribus desatando una mortalidad atroz, la veneración y a la vez el temor hacia los colonos se acentuó notablemente:

²⁰ Greenblatt, op. cit., p. 27.

²¹ Hariot, op. cit., p. 70-71.

²² *Ibid.*, p. 71.

No hubo poblado en el cual se hubiera planeado algún plan sutil contra nosotros, sino más bien nos dejaban sin castigo ni venganza (porque buscábamos por todos los medios posibles ganarlos con cortesía). Pero en cada poblado, a los pocos días de nuestra partida, la gente comenzaba a morir muy rápidamente, y muchos en un corto lapso: en algunos poblados cerca de veinte, en otros cuarenta, y en uno ciento veinte, lo que en verdad era demasiado con respecto a sus números. Eso no ocurrió sino en los poblados donde nosotros habíamos estado, donde ejercieron algunas prácticas contra nosotros, y luego de cierto tiempo. La enfermedad era tan extraña que ni ellos sabían de qué se trataba o cómo curarla, y tal como reportó el hombre más anciano del país, no había ocurrido nunca desde que se tenga memoria. Esto fue observado tanto por nosotros como por los mismos habitantes naturales".²³ [...] De tal modo, cuando algunos de los habitantes que eran nuestros amigos, y especialmente el *werowance* Wingina, observaron que en cuatro o cinco poblados tales efectos [de la enfermedad] sucedieron seguidamente a sus prácticas malvadas, se persuadieron de que era más el trabajo de nuestro Dios y nosotros su intermediario, que por él podíamos matar y asesinar a quien quisiéramos sin necesidad de armas o de acercarnos a ellos.²⁴

Hariot hablaba, por supuesto, de los efectos de la viruela o quizá simplemente de la gripe en poblaciones carentes de anticuerpos, pero ni él ni sus contemporáneos europeos lo sabían todavía. Greenblatt sostiene que entre los ingleses existía una estrecha relación entre enfermedad y fenómeno moral. Por eso, "no es sorprendente que Hariot endorsara la idea de que Dios protege a la gente elegida mediante el aniquilamiento de los nada confiables indígenas".²⁵ Aunque el conocimiento científico de Hariot le alcanzaba para descalificar especulaciones tales como que los colonos les "disparaban balas invisibles",²⁶ se esmeró por registrar todos los argumentos que convergían en el miedo y la devoción, que serían capitalizados a favor de la dominación colonial. Un argumento que llamó especialmente la atención de Hariot fue el siguiente:

²³ *Ibid.*, p. 71-72.

²⁴ *Ibid.*, p. 72.

²⁵ Y continúa el autor: "Una noción para ellos tan irresistible como la noción de germen para nosotros". Greenblatt, *op. cit.*, p. 35- 36.

²⁶ Hariot, *Ibid.*, p. 73

[y en relación a la epidemia] otros tantos dijeron que era la obra de Dios para nuestro bien, así como nosotros mismos tenemos motivo de algún tipo para pensar no menos que eso, más allá de lo que hagan algunos. O bien pueden imaginar lo contrario, especialmente algunos astrólogos conocedores del eclipse de sol²⁷ que nosotros vimos con anterioridad ese mismo año en nuestro viaje en esa dirección, y que a ellos les pareció muy aterrador. Y también de un cometa que empezó a aparecer unos pocos días antes del comienzo de la mencionada enfermedad. Pero hay más razones para excluir a estos fenómenos de las causas especiales de tal particular accidente, y creo apropiado hacer mención en este momento.²⁸

Este pasaje ilustra un contraste muy significativo entre un fenómeno que Hariot no estaba en condiciones de explicar, la epidemia, y otros que conocía muy bien, los fenómenos celestes como el eclipse y el cometa. Hariot encuentra provechosa la ignorancia de los nativos porque en ese desconocimiento radica lo que para él es la clave del éxito colonial. Lo que Hariot "cree apropiado hacer mención" es que "Esas opiniones que en su mayoría he expuesto detalladamente pueden demostrar a vosotros que hay gran esperanza de que ellos sean llevados por medio de nuestro discreto trato y gobierno a abrazar la fe y, consecuentemente, a honrarnos, obedecernos, temernos y amarnos".²⁹

A modo de balance

En el discurso colonial del joven Hariot se ponderan la ciencia y la religión como instrumentos fundamentales de la dominación. Su observación aguda sobre las creencias de los indígenas remitía no a una motivación

²⁷ El eclipse tuvo lugar el 19 de abril de 1585, el décimo primer día desde la partida de Plymouth, cuando la posición del Tyger debió encontrarse en los 20° de latitud y los 30° de longitud, es decir, mientras navegaba la corriente de las Canarias al oeste del archipiélago de Cabo Verde. En David B. Quinn, *The Roanoke Voyages*, op. cit., p. 53 y nota 4 de p. 380 y 381.

²⁸ Hariot, op cit., p. 73.

²⁹ Idem.

filantrópica o etnológica sino a un conocimiento que sirviera como instrumento para infundir temor y obediencia entre los nativos. En rigor de verdad, Hariot se diferenció de los discursos intolerantes y violentos, como el del perpetrador Ralph Lane.³⁰ Pero más firme fue su tentativa de fundar un orden colonial bajo las premisas de la religión y la ciencia. Para un pensador heterodoxo e infinitamente ávido por conocer los misterios del mundo natural y abstracto, la base del colonialismo descansaba más bien en una religión de la ciencia.

Al momento de escribir los epígrafes para la edición ilustrada de De Bry, Hariot fue más benévolo y generoso en cuanto a la descripción de los indígenas³¹. No obstante, puede afirmarse que la dignificación de los indígenas americanos tenía un límite preciso. Esos nativos eran tan dignos que sabían reconocer a los europeos y su dios como superiores; tan dignos como para someterse voluntariamente a sus designios.

En su derrotero intelectual que lo llevó de Virginia a la luna, Hariot alcanzó su propio maridaje, el de la ciencia y la colonización. Esta semiosis colonial, tan tempranamente formulada por Hariot, sería dominante en la era de la revolución científica y en el proceso de consolidación de las colonias inglesas en América.

³⁰ Quinn, *Roanoke Voyages*, op. cit., nota 3, p. 381.

³¹ Karen Ordahl Kupperman, *Indians & English, Facing off in early America*, Ithaca, Cornell University Press, 2000, p. 23. Los epígrafes completos fueron editados por Quinn, *Roanoke Voyage*, op. cit., pp. 389- 464.

Capítulo 5

SEMBLANZAS DE UN NAUFRAGIO EN LA TEMPESTAD, DE WILLIAM SHAKESPEARE

El proceso de colonización de Virginia estuvo atravesado por una amplia gama de dificultades en sus primeros años. Entre las desgracias que afectaron el desarrollo del proyecto colonial se encuentra el naufragio del *Sea Adventure* en las costas de las Islas Bermudas, a finales de julio de 1609. Este navío formaba parte de una flota compuesta por siete barcos y dos pinazas que la Compañía de Londres había enviado a Virginia con los indispensables refuerzos de alimentos y hombres. En el *Sea Adventure*, comandado por el almirante George Sommers, viajaban ciento cincuenta personas, entre ellas el flamante gobernador, Thomas Gates, el capitán Christopher Newport, y el secretario de la colonia, William Strachey, autor del valioso testimonio *A true reportory of the wracke, and redemption of Sir Thomas Gates Knight*,¹ que sirvió de inspiración a William Shakespeare para la composición de *La Tempestad*, en 1611.² El barco se hundió como consecuencia de un huracán y, sin víctimas que lamentar, los viajeros debieron permanecer en las islas por más de nueve meses, hasta que finalizaron la construcción de las dos pinazas que los transportaría a Virginia, en mayo de 1610.

¹ William Strachey, "A true reportory of the wracke, and redemption of Sir Thomas Gates Knight; upon, and from the llands of the Bermudas: his comming to Virginia, and the estate of the Colonie then, and after, under the government of the Lord la Warre, July 15, 1610. written by William Strachy, Esquire". [*Un verdadero reporte del naufragio y redención del Caballero Sir Thomas Gates, sobre y desde las islas de las Bermudas, su arribo a Virginia y el estado de esa colonia, entonces y después, bajo el gobierno de Lord de la Warr. 15 de Julio de 1610. Escrito por don William Strachey*], en Samuel Purchas (ed.), *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrimes*, vol. XIX, Glasgow, James MacLehose and Sons, 1906 [1625] (5- 72).

² William Shakespeare, *La Tempestad*, Buenos Aires, Losada, 2005. Versión cotejada con del inglés original: William Shakespeare, *The Tempest*, Essex, Longman, New Swan Series, 1998 [1984].

La Tempestad fue presentada en el Palacio de Whitehall, ante la corte de Jacobo, el 1 de noviembre de 1611 y nuevamente en el invierno de 1612-1613, como parte de los festejos de la boda de la princesa Elizabeth con Federico V, Elector del Palatinado. La obra permite múltiples abordajes analíticos, en la medida que entrelaza tópicos diversos tales como las intrigas de poder, el amor cortés, la magia y la otredad colonial. No obstante, sigue siendo una obra críptica respecto a la codificación de la experiencia colonial, lo cual ha suscitado un particular interés académico a partir de la década de 1960, acompañando el proceso de descolonización. Críticos literarios e historiadores se abocaron entonces a trazar los vectores entre la obra teatral y las fuentes históricas de las que se sirvió Shakespeare y a recrear el contexto colonial de su producción, para de ese modo acercar una interpretación sobre el discurso colonial del dramaturgo.

Una notable excepción es la del consagrado crítico literario estadounidense Harold Bloom, quien cargó las tintas sobre este tipo de aproximaciones “históricas”, alegando que

lo que no funciona, pragmáticamente, es cualquier moda crítica o teatral que intente asimilar a Shakespeare a unos contextos, sean históricos o de aquí y ahora. La demistificación es una técnica débil para ejercerla sobre el único escritor que parece de veras haberse convertido en sí mismo sólo representando otras personalidades.³

Bloom no vio en *La Tempestad* más que una “extravagancia” de Shakespeare, y descartó cualquier intención discursiva por parte del dramaturgo. Para Bloom, Shakespeare trascendió los asuntos seculares de su tiempo, abocando su pluma a la sublime e intemporal tarea de caracterizar personalidades universales, lo cual lo convierte, según su opinión, en el “inventor de lo humano”. Este postulado no tiene más asidero que la admiración ilimitada de Bloom respecto a su objeto de estudio.

En contraposición al planteo excesivamente esteticista de Bloom, aquí se indaga se concibe a *La Tempestad* como un producto cultural influenciado por el contexto histórico de su producción. Se propone entonces un cruce entre

³ Harold Bloom, *Shakespeare. La invención de lo humano*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2001, p. 31.

obra teatral y los documentos históricos para dar cuenta de las interpretaciones e inquietudes que suscitó la colonización de Virginia en el temprano siglo XVII. Se argumentará, pues, que mientras Strachey empeñó su pluma en resaltar los esfuerzos y cualidades de los nuevos líderes coloniales, Shakespeare retomó algunos aspectos de la trama verídica del secretario de la colonia, como la descripción del naufragio y la crisis de autoridad, para instalar su propia y ambigua mirada sobre el proceso de colonización.

En términos generales, la ambigüedad se aloja en la articulación de discursos legitimadores con discursos condenatorios del dominio colonial europeo. *La Tempestad* presentó elementos a favor y en contra de la colonización, provocando un efecto de “ansiedad” teatral que ponía de manifiesto, como ha expresado Rogelio Paredes, la turbación por la barbarie americana.⁴ En términos más específicos, como transmitió Strachey en su informe, el discurso colonial se escindía entre la epopeya americana, con su maravilloso desenlace del naufragio, y las calamidades que amenazaban la existencia misma de la colonia. Las adversidades provocaron agudas tensiones entre las autoridades coloniales y los propios colonos de “común condición”, que todavía buscaban acceder a los prodigios de la naturaleza del Nuevo Mundo “sin esfuerzos”, tal como había expresado el capitán Barlowe de 1584.

Durante la forzada estancia en las Bermudas, entre 1609-1610, se sucedieron tres motines en contra del gobernador Gates, los cuales describió Strachey con evidente admiración por el modo en que éste impuso su autoridad en cada uno de los casos. Estos episodios representan la vivencia liminal del naufragio como “un momento de disrupción en el cual la autonomía y la voluntad de los sujetos es desafiada”.⁵ El naufragio abrió un horizonte de posibilidades para los hombres sin rango, que veían en la prodigiosa naturaleza de Bermudas un refugio para sortear el control político y social de la colonia. Gates, que había sido apuntado por la compañía colonizadora para reforzar la autoridad en Virginia, se valió de sus atribuciones para organizar las principales tareas en las Bermudas, como la obtención y preparación de alimentos y,

⁴ Rogelio C. Paredes, “La Turbación por la Barbarie. Guevara, Montaigne y Shakespeare: tres miradas renacentistas sobre el Nuevo Mundo” En Primeras Jornadas de Historia “Migraciones, diásporas y contactos interculturales”, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina, octubre de 2006

⁵ Angélica Madeira, *Livro dos naufragios. Ensaio sobre a História trágico-marítima*, Brasília, Editora Universidade de Brasília, 2005, p. 57.

fundamentalmente, la construcción de los barcos. Asimismo, impuso una severa disciplina religiosa, con dos oficios diarios obligatorios, y los “debidos castigos” para aquellos que se ausentaran.

Los rigores no terminaron con el abandono del archipiélago y el exitoso desembarco de los náufragos en Jamestown. Por el contrario, el asentamiento se encontraba en un estado miserable, con “la empalizada derribada,... las puertas sin bisagras y las casas vacías (cuyos dueños habían sido expulsados por la muerte)”.⁶ Tan alarmantes era la hambruna y la peste que el gobernador no creía posible “salvar a su propia compañía y a los que aún quedaban vivos, de caer en tales necesidades”.⁷ Este panorama desolador provocó entre los colonos un clima general de desidia e insubordinación, que Gates intentó combatir mediante la instauración de un severo orden marcial. Éste orden se basaba en la organización de regímenes de trabajo obligatorio, relativos al aprovisionamiento y a la construcción. Gates también impuso guardias permanentes para contener eventuales ataques indígenas. El orden marcial impuesto por Gates fue mantenido y ampliado por los sucesivos gobernadores –Lord de la Warr y Thomas Dale- hasta 1616.

Si bien Gates había sido enviado a Virginia con el propósito de imponer un orden más riguroso que el que revestía la figura del presidente, el naufragio en las Bermudas trastocó severamente la jerarquía colonial, dando lugar a severos episodios de rebelión que no en todos los casos fueron resueltos por Gates de forma decisiva y conveniente con sus propósitos. Una vez que Gates logró arribar a Virginia con su compañía, después de casi diez meses desde el naufragio, tuvo que afrontar allí, donde sus credenciales tenían plena vigencia, una severa crisis de autoridad, que duró hasta 1612. Esto viene a marcar una fractura entre las disposiciones coloniales, a instancias de la Compañía de Virginia, y las posibilidades materiales concretas de llevar a cabo el mentado orden colonial.

⁶ Strachey, op. cit., p. 44.

⁷ *Ibíd.*, p. 45.

El naufragio en Bermudas

La tempestad que terminó por hundir al *Sea Adventure* trastocó las bases de la organización colonial, tal como las habían definido desde Inglaterra los miembros de la Compañía de Virginia a instancias de su Consejo. El aterrador temporal, que se anunció primeramente como un “infierno de oscuridad” y luego se desplegó por dos días con una furia inusitada,⁸ provocó cambios en la distribución de las tareas a bordo. La primera medida adoptada por Thomas Gates fue establecer guardias rotativas que afectaban a “la compañía completa, cerca de ciento cuarenta más las mujeres”, con el propósito de achicar el agua que entraba por las fisuras o “heridas de muerte” del casco.⁹ Gates dividió a la compañía en tres grupos, conforme a las tres partes del barco, en las que todos los viajeros debían tomar el balde “por una hora y descansar otra”.¹⁰ Esta tarea no exceptuaba a los de “mejor condición”, hombres de rango, incluyendo al gobernador y al almirante, quienes de esta manera, afirmaba Strachey, enseñaban el ejemplo a los demás.¹¹ El navío se hundió, finalmente, después de atascarse entre dos grandes rocas submarinas, cuando se encontraba a menos de una milla de las costas de las Islas Bermudas, lo cual permitió que la compañía completa llegara ilesa a tierra en los botes auxiliares.

La “misericordia de Dios” no sólo permitió la supervivencia de todos los naufragos, entendía Strachey, sino que todavía “hizo de ese lugar espantoso y odiado, tanto el sitio para nuestra seguridad como el medio para nuestra liberación”.¹² Con el propósito de “liberar al mundo de un grosero y general

⁸ Strachey, op. cit., p. 4. Más abajo, compara el temporal con una enfermedad, la cual “se impone sobre el cuerpo y es tan insufrible que no deja libertad alguna a la mente ni tiempo calmo para disponer de su juicio e imperio”. El horror de los viajeros es transmitido vívidamente en su prosa, aludiendo a los gritos de pavor de los viajeros, a sus plegarias que se confundían con los gritos de los oficiales, el ruido del viento y la lluvia, a la que definió como “ríos que inundaban el aire”. *Ibid.*, p. 5

⁹ *Ibid.*, p. 6.

¹⁰ *Ibid.*, p. 9

¹¹ *Idem.*

¹² *Ibid.*, p. 14. Strachey cuenta que a estas islas “peligrosas y espantosas” se las conocía comúnmente como las “Islas de los Demonios”, y eran “temidas y evitadas por todos los viajeros marinos por sobre cualquier otro lugar en el mundo”. *Ibid.*, p. 13. El autor cita expresamente una versión inglesa de la *Historia General de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, sobre un viaje español de 1515. *Ibid.*

error", que consistía en creer que la desolación de las islas se debía a la presencia de "demonios y espíritus malvados", el autor se apoyó en la experiencia para afirmar que éstas eran "tan habitables y cómodas como la mayoría de los países del mismo clima y situación".¹³ Tal era la abundancia de recursos alimenticios –variados tipos de aves, peces y frutas, tortugas marinas, palmitos y hasta cerdos salvajes- que permitió la supervivencia de los naufragos por más de nueve meses. Más aún, provocó una seguridad material que incitó a algunos de ellos a desafiar la autoridad colonial con la esperanza de habitar libremente las islas bajo el mero amparo de la naturaleza.

Inicialmente, Gates tomó recaudos para evitar los tumultos que podrían generarse en Jamestown "entre los más jóvenes y ambiciosos espíritus de las nuevas compañías por arribar", es decir, los que viajaron en los barcos que partieron de Plymouth junto con el *Sea Adventure* y efectivamente llegaron a destino.¹⁴ De este modo, en septiembre de 1609 embarcó en el bote más grande –convertido en pinaza mediante la incorporación de elementos del barco hundido- a siete hombres apuntados por él para ejercer el gobierno provisorio en Jamestown, hasta que su pudiera concretar el viaje.¹⁵ Para tal fin dispuso en primer lugar la construcción de una pinaza, en la que participaron veinte de "los hombres más capaces y corpulentos de la compañía y lo mejor de nuestros hombres, para cortar y cuadrar la madera".¹⁶ Strachey resaltó el liderazgo de Gates, que impuso una disciplina del trabajo que los salvó de "terminar sus días en las Bermudas": "su sola presencia y la destreza que puso en cada tarea... hizo a nuestra gente más diligente y dispuesta para esos fines... de manera que podemos ver cuánto más el ejemplo prevalece por sobre los preceptos".¹⁷

¹³ *Ibid.*, p. 14.

¹⁴ *Ibid.*, p. 26.

¹⁵ Gates nombró al capitán Peter Win como gobernador en su lugar, con la asistencia de seis consejeros, "caballeros de calidad y conocimiento de la virtud, y tan amantes de la bondad en esta causa". *Ibid.*, p. 26. El piloto era Henry Ravens. La comitiva iba provista de instrucciones redactadas por el gobernador, y los debidos permisos para su nombramiento provisorio, emitidos en una carta dirigida a Lord de la Warr, el gobernador acreditado por la corona que aún, sabía Gates, no había partido hacia América, y en otra carta para el Consejo Privado. Ambas cartas debían ser enviadas desde Virginia en las flotas de refuerzo que esporádicamente enviaba la Compañía de Virginia.

¹⁶ *Ibid.*, p. 27.

¹⁷ *Ibid.*, p. 28.

La crisis de autoridad en Bermudas

La autoridad de Gates distó de ser lo ejemplar o imponente que Strachey afirmaba, dado que tuvo que enfrentar la sedición y la rebeldía en tres oportunidades. Y mientras los hombres de alto rango se preocupaban por preparar la partida, "tan dispuesta estaba la mayor parte de los hombres comunes (especialmente cuando encontraron tal abundancia de vituallas) en establecer una fundación para habitar allí para siempre."¹⁸ Estas esperanzas contrastaban fuertemente con el estado de necesidad que imperaba en Virginia, donde "nada puede esperarse sino miseria y trabajo, con muchas necesidades y un trato grosero, y donde no hay peces, carne o aves como aquí [en las islas Bermudas]".¹⁹

La primera conspiración tuvo lugar en septiembre de 1609 y comenzó entre los marineros, "hombres de mar que al tiempo habían atraído (con falsos anzuelos) a muchos de nuestros hombres de tierra", se lamentaba Strachey, "y algunos de los cuales (por opinión de su religión) eran tenidos en extraordinario buen respeto".²⁰ A los marineros rebeldes se unieron un herrero y un carpintero, todos los cuales se negaron a "cualquier trabajo o esfuerzo que pudiera acelerar la construcción de la pinaza".²¹ Los sediciosos, conducidos por un capitán de navío, "rompieron con nuestra sociedad de la colonia, y cuan bandidos se internaron en los bosques para establecerse y habitar allí por las suyas... pero afortunadamente esto se supo y fueron condenados al mismo castigo que ellos hubieran elegido (pero sin herrero ni carpintero), y a una isla lejana fueron llevados y allí fueron dejados".²² Strachey prosigue con la identificación de los tres rebeldes abandonados en una de las islas: John Want, el jefe de los rebeldes; un hombre "de Essex, de Newport cerca de Saffron Walden" y un "sectario en temas de religión... del quien nuestro Ministro sospecha que es un Brownista" (una de las sectas puritanas).²³

¹⁸ Idem.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 29.

²⁰ *Ibíd.*, p. 28- 29.

²¹ *Ibíd.*, p. 29.

²² *Ibíd.*, pp. 29-30.

²³ *Ibíd.*, p. 30. Pero hay un error en la identificación de estos tres personajes castigados con el abandono. En una de las viñetas, Purchas señala a "John Want, Carter, and others exiled and

Aunque Strachey presenta al abandono de estos tres hombres como el castigo del gobernador contra los principales protagonistas de la sedición, en sintonía con las recurrentes alabanzas a la autoridad colonial, las ambigüedades de su relato permiten aproximar una interpretación alternativa. Si los sediciosos “fueron condenados al mismo castigo que ellos hubieran elegido”, entonces queda desacreditado el castigo en cuanto tal. Fue más bien una concesión, cuyo efecto fue el de erosionar la autoridad colonial, que prefirió separar a los instigadores antes que la rebelión siga cobrándose más voluntades, en perjuicio de la construcción de las pinazas. Un testimonio anónimo de un viaje a Bermudas de 1613, hace referencia al encuentro con estos tres individuos, cuyo estado de salud era asombroso: “los tres hombres que fueron dejados allí están muy gordos y hermosos, no tan tostados o quemados por el sol como finalmente nos pusimos nosotros, y ellos mismos dicen que nunca estuvieron enfermos mientras estuvieron allí”.²⁴ El testimonio no permite deducir si estos tres náufragos solicitaron rescate, sólo menciona que “ellos nos dieron la bienvenida, y nosotros lo mismo a ellos, y cantamos un salmo y alabamos al Señor por nuestro encuentro a salvo, y fuimos a comer”.²⁵

“Los restantes confederados”, prosigue Strachey, fueron perdonados y readmitidos en la compañía por el gobernador. No obstante, se lamentaba, “esto no sirvió de advertencia a otros, que con más ingenio comenzaron a sacudir las bases de nuestra tranquila seguridad, y sobre ello comenzó el primer acto u obertura de Stephen Hopkins”.²⁶ Éste, principal instigador del segundo motín,

pardoned”, lo cual señala a Carter como uno de los exiliados, que no puede ser identificado ni con el “hombre de Essex” ni con el “brownista”, ya que Strachey menciona, pocas líneas abajo, a Christopher Carter como uno de los “confederados” que fue perdonado y readmitido por el gobernador. En un testimonio anónimo de un viajero a la expedición a Bermudas de 1613, consta que uno de los que llevaban “habitando más de tres años allí (uno de nombre Christopher Carter, del condado de Buckingham, nacido en Wickam o alrededores)”. Anónimo, “An addition sent home by the last ships from our Colonie in the Barmudas”, en Peter Force, (ed.), *Tracts and other papers*, vol. 3, Washington, W. Q. Force, 1844 (17-22), p. 21-22.

²⁴ Anónimo, “An Addition sent home”... op. cit., p. 21.

²⁵ *Ibid.*, p. 17.

²⁶ *Ibid.*, p. 30.

alegó argumentos sustanciales, tanto civiles como divinos (las Escrituras falsamente citadas) de que no había ruptura de honestidad, ni conciencia, ni religión, en declinar a la obediencia del gobernador o rehusarse a ir más lejos bajo su autoridad (excepto si les placía a ellos), dado que la autoridad había cesado cuando se produjo el naufragio y, con éste, ellos quedaban entonces liberados del gobierno de cualquier hombre. (...) había dos razones aparentes para quedarse en ese lugar: primero, la abundancia, gracias a la Divina Providencia, de todo tipo de buenos alimentos. Segundo, cierta esperanza de que en tiempo razonable, si se cansaban del lugar, construyeran un pequeño barco... para así poder irse a voluntad.²⁷

Ni bien Gates tuvo noticia de esta conspiración, se procedió a la captura de Hopkins, quien debía, como establecía la corte marcial, "satisfacer el castigo de su ofensa con el sacrificio de su vida".²⁸ Sin embargo, se apiadó del condenado y lo perdonó. Por más énfasis que Strachey pusiera en las cualidades piadosas del gobernador Gates, los acontecimientos expuestos evidencian la profunda incapacidad de éste para mantener el control social entre los náufragos.

En marzo de 1610, cuando las dos pinazas estaban a punto de ser terminadas, tuvo lugar el "tercer motín",²⁹ que amenazó severamente los planes de Gates e incluso su vida y "la de muchos otros". Había dos grupos rebeldes, uno infiltrado en el "cuartel" o asentamiento general de los colonos, y otro grupo en la "isla principal", donde el almirante Sommers dirigía a unos hombres en la construcción de la segunda pinaza. Ambos grupos compartían su determinación por "abandonar al gobernador y habitar esta isla".³⁰ El líder rebelde del asentamiento general era un caballero llamado Henry Paine. El 13 de marzo Paine asaltó al almacén general y robó espadas, hachas, barrenas, sierras, mazas y otras herramientas, luego de lo cual golpeó a los guardias y profirió una cantidad de "ofensas" al gobernador, que expresaban su desconocimiento por la autoridad.

²⁷ *Ibíd.*, p. 31.

²⁸ *Idem*

²⁹ Esta caracterización no pertenece a Strachey sino al editor de su relato, Samuel Purchas, quien apuntó con sus viñetas los episodios centrales del relato, tal como se estilaba en la época. Son interesantes además las reflexiones que de tanto en tanto incluye para reforzar el argumento del autor o incluir su propio punto de vista. En este sentido, resulta valiosa su viñeta

Al día siguiente, el discurso de Paine, en sus "irreverentes términos", circulaba "en cada discurso común y público", lo que provocó en Gates la determinación de condenar a muerte a Paine ante la entera compañía:

...Nuestro gobernador, que tenía los ojos de la compañía entera fijos sobre él, lo condenó para que sea instantáneamente colgado. Y estando la escalera preparada, y luego de que hiciera algunas confesiones, él solicitó formalmente, por su condición de caballero, que fuera matado de un tiro, y hacia la tarde obtuvo su deseo, y el sol y su vida cayeron juntos.³¹

La noticia de la ejecución de Paine hizo que sus aliados de la isla principal, dirigidos por Sommers, abandonaran su tarea de construcción de la pinaza y huyeran, "como fugitivos", al bosque. El 18 de marzo enviaron una "audaz y formal" petición al gobernador, cuyos fundamentos, suponía Strachey, podían ser el afán de enriquecerse con la extracción de perlas o el mero deseo de habitar allí:

Sea la mera excitación y codicia [provocada] luego de que [el hallazgo de] una pequeña perla (como se pensaba) les hiciera suponer que podrían enriquecerse para siempre..., sea el deseo de habitar por siempre allí, o cualquier otro secreto que los haya motivado a ello, lo cierto es que enviaron una audaz y formal petición a nuestro gobernador, firmada con todos sus nombres y sellos, no sólo suplicándole que pudieran permanecer allí, sino (con gran destreza) también importunándolo con la imposición de otras condiciones para ellos, ... a saber, el suministro de dos conjuntos de vestimenta y el aprovisionamiento de alimento por un año entero.³²

Gates replicó, en una carta dirigida a Sommers, que su propósito no era "abandonarlos como salvajes" sino proveerles de todo lo necesario para "defenderlos de la necesidad y la miseria".³³ Asimismo, el gobernador apeló al

sobre la condición de los indígenas, cuya barbarie es comparable a los habitantes de Bretaña previos a la conquista romana. *Ibid.*, p. 62.

³⁰ *Ibid.*, p. 32.

³¹ *Ibid.*, p. 34.

³² *Ibid.*, p. 35.

³³ *Idem.*

honor y compromiso de Sommers para que éste convenciera a sus hombres de plegarse a la causa de la compañía, "asegurándoles en general y en particular que fuere lo que fuere lo que siniestramente habían cometido o practicado hasta entonces contra las leyes del deber y de la honestidad, nada de eso les sería imputado en su contra".³⁴ Sommers logró que la mayoría de sus hombres se encauzaran en el orden colonial, con excepción de dos hombres sobre los que pesaban otras condenas y que fueron dejados allí.³⁵

La crisis de la autoridad colonial en Bermudas tuvo su correlato en los oficios religiosos, a partir de los cuales se intentaba reforzar la lealtad de los miembros de la compañía.

Durante nuestro tiempo en aquellas islas, tuvimos diariamente cada domingo dos sermones predicados por nuestro Ministro además de las oraciones públicas que todos los días por la mañana y por la tarde nos congregaba tras el tañido de una campana, cuando los nombres de nuestra entera compañía eran llamados por lista, y los ausentes eran debidamente castigados.

Los contenidos (en su mayor parte) de todos los sermones de nuestros predicadores eran especialmente el agradecimiento y la unidad, etc.³⁶

El 10 de mayo de 1610 los náufragos de Bermudas partieron rumbo a Jamestown en las dos pinazas construidas por ellos, la *Deliverance* y la *Patience*, así descritas por uno de los náufragos, Richard Rich, autodefinido como un soldado "franco y directo":

Y allí dos valientes pinazas
Fueron hechas del árbol de cedro:
La audaz *Deliverance*, así llamada
De setenta toneladas era,

³⁴ *Ibid.*, p. 37.

³⁵ Se negaron a retornar con la compañía un marinero llamado Robert Waters, sobre quien caía la orden de ejecución por haber asesinado a otro marinero, y Christopher Carter, que según Strachey, había sido perdonado en la primera sublevación. Ambos fueron abandonados cuando la compañía zarpó con rumbo a Virginia. Según el relato de Strachey, entonces, los náufragos que permanecieron en Bermudas fueron cinco en total (tres abandonados luego de la primera conspiración y dos del motín de Sommers), mientras que el testimonio anónimo de 1613 hace referencia a tres náufragos que fueron dejados en Bermudas, por lo que queda irresuelto el destino de dos de los disidentes habitantes de las islas.

³⁶ *Ibid.*, p. 37.

La otra, *Patience* tenía por nombre,
Su carga, treinta toneladas...³⁷

La Liberación y la Paciencia fueron puestas a prueba en un viaje de 10 días, hasta que alcanzaron Point Comfort, en la entrada de la bahía de Chesapeake, y cuatro días más tarde, el 23 de mayo, desembarcaron en el dramático escenario de Jamestown.

Puentes narrativos entre *True Reportory* y *The Tempest*.

La estrecha relación entre *La Tempestad* y los contemporáneos esfuerzos colonizadores británicos ha sido largamente reconocida, aunque todavía existen discrepancias respecto de la fuente que inspiró a Shakespeare para componer la obra. Algunos críticos literarios han apuntado con ligereza al panfleto del viajero Sylvester Jourdain titulado "A Discovery of Bermudas, now called Sommer Islands", publicado como panfleto en Londres en octubre de 1610.³⁸ Pablo Ingberg, traductor y autor del prólogo de la edición argentina que aquí se sigue, hace una única mención al relato de Sylvester Jourdain, porque en él "además de la tempestad y la providencial salvación, se hablaba de la fertilidad y benignidad climática de las islas".³⁹

³⁷ Richard Rich, "News from Virginia. The lost flock triumphant, with the happy arrival of that famous and worthy knight, Sir Tomas Gates..." (Londres, 1610), Edward Wright Haile (ed.), *Jamestown Narratives, Eyewitness accounts of the Virginia Colony. The First Decade: 1607-1617*, Champlain, Va., RoundHouse, 1998, (372-379), p. 375.

³⁸ El panfleto publicado en 1610 llevaba por título *A Discovery of the Barmudas, otherwise called the Ile of Divels: By Sir Thomas Gates, Sir George Sommers, and Captayne Newport, with diuers others. Set forth for the loue of my Country, and also for the good of the Plantation of Virginia*. En 1613 fue reimpresso como parte de *A Plain Description of the Barmudas, now called Sommer Ilands. With the manner of the discoverie anno 1609* (London, 1613) que adjuntaba una dedicatoria al tesorero de la Compañía de Virginia de Londres, Sir Thomas Smith (firmado por un tal W.C) y el testimonio anónimo de un viajero de 1613. Peter Force (ed.), *Tracts and Other Papers Relating Principally to the Origin, Settlement, and Progress of the Colonies in North America*. Vol. III, Washington, WM. Q. Force, 1844 (1-22). Esta última es la edición que aquí se sigue.

³⁹ Pablo Ingberg, "Introducción", en Shakespeare, op. cit. (9-31), p. 14.

Es muy probable que Shakespeare hubiera leído el folleto de Jourdain en 1610, a causa de la fascinación pública que despertó la noticia del naufragio en general. De hecho, Jourdain relató con notable dramatismo la “más brusca y cruel tormenta”, que conforma el primer acto de *La Tempestad*. Jourdain relató las incesantes tareas de achique durante “tres días y tres noches”, lo que dejó a los viajeros totalmente agotados e incapacitados para seguir trabajando, por lo que “habrían incluso resuelto, sin esperanza para sus vidas... someterse a la misericordia del mar (del que se dice es despiadado) o más bien a su poderoso Dios y Redentor...”.⁴⁰ Aunque esta vívida descripción pudo haber inspirado a Shakespeare a la hora de componer su obra, el resto de su contenido, dedicado a las bondades naturales de las islas y a exaltar las cualidades del almirante Sommers no fue aprovechado.

Aún teniendo en cuenta que *True Reportory* de William Strachey fue publicado recién en 1625 por Samuel Purchas, existen elementos de peso para afirmar que el relato fue decisivo para la composición de *La Tempestad*. En primer lugar se destacan los vínculos personales que Shakespeare mantenía como miembros prominentes de la Compañía de Virginia, Sir Edwin Sandys y Henry Wriothesley, tercer Conde de Southampton a quien dedicó *Venus and Adonis* (1593) y *The Rape of Lucrece* (1594). Estas relaciones le habrían permitido a Shakespeare acceder al manuscrito de Strachey. Las coincidencias no se agotaban allí. Stephen Greenblatt trazó un paralelismo entre las prácticas corporativas de la Compañía de Virginia y las de Los Hombres del Rey, la compañía teatral de patronazgo real que tenía a Shakespeare como accionista, actor y dramaturgo principal:

⁴⁰ Jourdain, “A Discovery of the Barmudas, now called the Sommer Ilands”, Force (ed.), op. cit. (2-15), p. 2.

Comprometidas con su propia supervivencia para atraer inversión de capital y obtener beneficios, ambas compañías dependían de su propia habilidad para vender historias que exciten, interesen y atraigan a los inversionistas. Tanto Strachey como Shakespeare estuvieron involucrados de manera inusual e intrincada en cada uno de los aspectos de las operaciones de sus compañías: Strachey como accionista, aventurero y eventualmente secretario; Shakespeare como accionista, actor y dramaturgo. En función de estas posiciones múltiples, ambos hombres probablemente se identificaron intensamente con los intereses de sus respectivas compañías.⁴¹

Avanzando un poco más, Greenblatt destacó la existencia de una amplia red de relaciones que compartían los miembros de ambas compañías, con el propósito de “proponer que la relación entre la obra y su supuesta fuente es una relación entre compañías corporativas”, aunque no se trataría de una relación contractual directa, sino de un “importante número de vínculos sociales e institucionales que vinculan a Shakespeare con los accionistas y directores de la compañía de Virginia”.⁴²

Robert Ralston Cawley realizó un minucioso trabajo comparativo entre el texto de Shakespeare y las narrativas de viaje de la época, y afirmó que la gran mayoría de los “préstamos” correspondían al reporte de Strachey. Ralston Cawley encontró coincidencias en expresiones relacionadas especialmente con la tempestad (especialmente la bella figura del duelo entre el mar y el cielo), la desesperación de los pasajeros y su desembarco a salvo, como así también los mismos términos para partes de la embarcación, jerarquías a bordo, fenómenos celestes y recursos de la isla.⁴³

⁴¹ Stephen Greenblatt, *Shakespearean negotiations. The circulation of social energy in Renaissance England*. Cap. 5, “Martial law in the Land of Cockaigne”, Oxford, Oxford Clarendon Press, 2000 [1988], p.148.

⁴² *Ibid.*, pp. 148-149.

⁴³ Robert Ralston Cawley, “Shakespeare’s Use of the Voyagers in *The Tempest*”, *Modern Language Association*, vol. 41, N° 3, September 1926 (688-726).

Otro elemento a tener en cuenta es el solapamiento de los personajes rebeldes de la trama verídica con el de la trama ficcional. Stéfano, el mayordomo borracho que conspira para deponer a Próspero, lleva por nombre la versión latina del puritano rebelde Stephen Hopkins.⁴⁴ Pero más importante es el énfasis puesto por Strachey en la crisis de autoridad, que funciona como articulador principal de la obra teatral. Stephen Greenblatt demuestra el enlace entre la conspiración de los nobles contra Próspero, en Shakespeare, y la rebelión de Henry Paine, expuesta por Strachey, con la diferencia de que en *La Tempestad* el ataque a la autoridad es mucho más dramático.

La conspiración de Sebastián no está dirigida contra una autoridad contractual, como es el caso del gobernador Gates, sino contra un orden moral y natural, ya que se subvierte el lazo más primario, el de la sangre.⁴⁵ Los personajes menores, a su vez, urden intrigas contra Próspero para despojarlo de la isla. De este modo, el Stéfano, el bufón Trínculo y Calibán, representan de modo farsesco la conspiración de los personajes nobles. Stéfano convierte al bufón en vasallo y a Calibán en súbdito, y para sellar el rito de autoridad hace arrodillar a ambos y besar su botella a modo de juramento.

En el acto I de *La Tempestad*, el dramático temporal desata un primer cuestionamiento de las autoridades que viajan en la embarcación. Mientras los tripulantes maniobran enérgicamente la nave para evitar encallar (como en efecto había sucedido con el *Sea Adventure*),⁴⁶ el conremaestre se dirige rudamente al duque de Milán, Antonio, pidiéndole que vuelva al camarote para no entorpecer las maniobras. Gonzalo, su consejero, replica al marino que recuerde a "quien tiene a bordo", a lo que éste responde, desafiante, "a nadie al que yo quiera más que a mí".⁴⁷

Una vez en la isla, los náufragos de alto rango van construyendo espacios de poder, mediante conspiraciones y traiciones. Sebastián conspira

⁴⁴ Charles Mills Gayley, *Shakespeare and the founders of liberty in America*, Mc Millan Company, New York, 1917. Gayley señala que mientras Hopkins era de condición noble, culto y puritano, Estéfano era vulgar, borracho y pendenciero, lo cual demuestra que Shakespeare siempre ridiculizó a lo anárquico y mantenía simpatías por las extravagancias del puritanismo. Esto último, arguye Gayley se debía a que Shakespeare era católico, y para él el credo y las prácticas puritanas no serían en principio más reprobables que la de los anglicanos. *Ibid.*, p. 64-65.

⁴⁵ Greenblatt, op. cit., p. 156.

⁴⁶ El capitán arenga al conremaestre: "Manos a la obra, rápido, o vamos a encallar". Shakespeare, op cit., p. 35.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 37.

contra su hermano Alonso, rey de Nápoles, para quedarse con su reino, tal como había hecho Antonio, el hermano de Próspero, con el Ducado de Milán. Así, le dice Sebastián a Antonio:

Tu caso, amigo mío,
Va a ser mi precedente; como hiciste en Milán,
Voy a hacer yo con Nápoles...⁴⁸

La trama de *La Tempestad* está articulada en torno a la restauración del poder político de Próspero en el ducado de Milán, el cual se haría extensivo a Nápoles a partir del matrimonio entre Fernando, príncipe de Nápoles y su hija Miranda. Análogamente, Strachey presentó su narrativa como una apología de las legítimas autoridades de la colonia. Si Strachey fue categórico respecto de los fundamentos del orden colonial, Shakespeare se valió de la ficción para instalar ciertas inquietudes. El secretario de Virginia, por ejemplo, expuso racionales argumentos acerca de la viabilidad del asentamiento humano en Bermudas:

Yo deseo librar al mundo de un vil y general error: está siendo comentado por muchos que [Bermudas] no puede ser habitada por hombres, sino que, por el contrario, está entregada a los demonios y malvados espíritus, mientras que, en realidad, nosotros encontramos ahora por experiencia que es tan habitable y cómoda como la mayoría de los países del mismo clima y situación; de tal modo que, si el acceso fuese tan ameno como el lugar en sí mismo, habría sido habitada desde un tiempo atrás, como otras islas. Por lo tanto, demostremos que la verdad es la hija del tiempo y que los hombres no deben negar ninguna cosa que no sea sujeta a sus propios sentidos.⁴⁹

El alegato a favor de la colonización tiene una fuerte base empírica en Strachey. La experiencia de los naufragos en Bermudas no sólo echa por tierra aquellos fantásticos argumentos que desestiman las posibilidades de ocupación (alegando la presencia del demonio), sino que también permite comparar sus ventajas "con otros países del mismo clima y situación".

⁴⁸ *Ibid.*, p. 97.

⁴⁹ Strachey, *op. cit.*, p. 14.

La utopía de Gonzalo

A diferencia de Strachey, Shakespeare se valió de la figura retórica de la utopía para presentar un modelo de colonización alternativo al "real" encarnado por Strachey. Si éste confiaba a la autoridad colonial las tareas de asignación de los recursos naturales y organización de los trabajos necesarios para el bienestar de la comunidad, Gonzalo, el personaje humanista de *La Tempestad*, soñaba con una sociedad completamente libre de coerción. "No teniendo comercio alguno, no admitiría a nadie con nombre de magistrado",⁵⁰ predicaba Gonzalo, asumiendo que las funciones privilegiadas de las instituciones de gobierno, al menos el de corte local, eran la regulación o administración de las actividades mercantiles. Asimismo, creyó que la naturaleza sería tan abundante como para alimentar a todos sin necesidad de trabajar. En la *Commonwealth* de Gonzalo, la riqueza común (no obstante, carente de productos manufacturados como el vino, el aceite o los metales) haría innecesarias las contrataciones de servicio, los contratos, las sucesiones, las fronteras, las armas.

Si fuera aquí el rey, ¿sabéis qué haría yo? [...]
En mi comunidad se harían todas las cosas
De la manera inversa. Porque no admitiría
Ningún tipo de tráfico ni de magistratura.
Letras, no se sabrían. Ricos, pobres, y empleo
De servidumbre, nada. Contratos, sucesiones
Divisiones, fronteras, cultivos, viñas, ni uno.
Ningún metal, ni granos, tampoco vino, aceite.
Ninguna ocupación: hombres todos ociosos,
Y también las mujeres, pero castas y puras.

⁵⁰ "for no kind of traffic/Would I admit; no name of magistrate". Shakespeare, *The Tempest*, op. cit., p. Act II, p. 67. La traducción de Ingberg "no admitiría ningún tipo de tráfico, ni de magistratura" deslucce la conexión existente entre los términos "traffic" y "magistrate", que es central para el argumento utópico de Gonzalo. El interlocutor Antonio, se mofa mediante un juego de palabras de la utopía de Gonzalo, que al proponerse rey de esa colonia utópica definida como "Commonwealth", implica que "el último fin de su comunidad olvida su comienzo" ["The latter end of his Commonwealth forgets the beginning"], en otras palabras, que la riqueza (wealth) se olvida de lo que es de todos (common). *Ibid.*, p. 69. Ingberg reconoce esta sutileza del lenguaje que, sin embargo, se pierde en su traducción "El fin de su comunidad se olvida del principio", Shakespeare, *La Tempestad*, op. cit., p. 86

Soberanías: nada [...]
Todo en común saldría de la naturaleza
Sin sudor ni trabajo. Felonía, traición,
Pica, espada, cuchillo, cañón, o cualquier máquina,
No tendría jamás; pues la naturaleza
Daría por sí misma cosechas y abundancia
Para nutrir a mi inocente pueblo. [...]
Mi gobierno sería más perfecto, señor
Que la propia Edad de Oro.⁵¹

Las fantasías de Gonzalo hacían eco en la ampliamente conocida Utopía de Tomás Moro (1516) y en las Décadas de Pedro Mártir, donde constaba que los americanos

tienen por cierto que la tierra, como el sol y el agua, es común, y que no debe haber entre ellos mío y tuyo, semillas de todos los males, pues se contentan con tan poco que en aquel vasto territorio más sobran campos que no le falta á nadie nada. Para ellos es la edad de oro. No cierran sus heredades ni con fosos, ni con paredes, ni con setos; viven en huertos abiertos, sin leyes, sin libros, sin jueces; de su natural veneran al que es recto; tienen por malo y perverso al que se complace en hacer injuria á cualquiera...⁵²

Pero más decisivo fue el ensayo "De los Caníbales", de Michel de Montaigne (1580) traducido al inglés en 1603 por John di Florio, un italiano protestante exiliado en Inglaterra y amigo personal de Shakespeare.⁵³ Esta peculiar traducción (con los reconocimientos de di Florio hacia su amigo Giordano Bruno), adquirió una gran repercusión en Inglaterra e incidió, como señaló Carlo Ginzburg, en la progresiva autonomía que la literatura inglesa adquirió en contra del nuevo sistema continental centrado en Francia.⁵⁴

⁵¹ Shakespeare, op. cit., Acto II, p. 87- 88.

⁵² Pedro Mártir de Anglería, [Décadas del Nuevo Mundo] Fuentes históricas sobre Colón y América. 4 vols. Edición a cargo de Joaquín Torres Asension, Madrid, Imprenta de la S. E. de Francisco Sales, 1892, Vol. 1, Década 1, libro III, Cap. VIII, p. 201-202.

⁵³ Roberto Fernández Retamar afirma que di Florio y Shakespeare no sólo eran amigos, sino que todavía se conserva el ejemplar en inglés de los Essays de Montaigne que Shakespeare poseyó y anotó, y sobre el que se basó para componer el argumento de La Tempestad. Roberto Fernández Retamar, Todo Calibán, Buenos Aires, Clacso, 2004, p. 25.

⁵⁴ Carlo Guinzburg, No Island is an Island. Four Glances at English Literature in a World Perspective, New York, Columbia University Press, 2000, p. 40.

En este ensayo, el noble humanista francés indagó sobre las cualidades de los habitantes “caníbales” de la costa de Brasil, basándose a su vez por *l’Histoire d’un voyage faict en la terre du Brésil* (1578) de Jean de Léry, uno de los miembros de la expedición de Nicolas Durand de Villegaignon a la “Francia Antártica”. Montaigne ofreció una interpretación sobre esa otredad americana que sería extendida en el siglo siguiente a partir de la noción del “buen salvaje”, es decir, la identificación del otro a partir de la carencia de los atributos que los europeos consideraban propios de la civilización. Según Montaigne, entre los caníbales americanos:

no existe ningún tipo de comercio, ningún conocimiento de letras; ninguna ciencia de los números; ningún nombre de magistrado ni de cargo político; ninguna costumbre de vasallaje, de riqueza o de pobreza; ningún contrato; ninguna sucesión; ningún reparto; ninguna ocupación que no sea ociosa; ningún respeto de parentesco que no sea común, ninguna ropa; ninguna agricultura; ningún metal; ningún uso del vino o del trigo... ¡Cuán lejos de esa perfección apareceríasele la república que [Platón] imaginó!.⁵⁵

Lecturas opuestas del pasaje de Gonzalo encuentran referentes en críticos literarios como John Wain, quien considera que Shakespeare habría tenido una predilección especial por esta especie de “comunismo primitivo”, y Paul Brown, quien entiende que se trata de una fórmula a favor del colonialismo. De este modo, Wain apunta que “podría ser sólo un sueño, pero es un sueño reparador y generoso, alojado en un sitio preferido en la mente de un hombre justo”,⁵⁶ y Brown ve a la utopía de Gonzalo como “la fórmula estándar en la cual el colonizado es denigrado, aún cuando esto parezca ser simplemente el vago pensamiento de un cortesano varado”.⁵⁷

Si bien Montaigne subrayó las “carencias” de los salvajes con la finalidad retórica de objetar el grado de desarrollo propiamente europeo por servir éste a las causas bélicas, esta descripción compartía con el discurso colonialista la

⁵⁵ Montaigne, *Ensayos*, Barcelona, Altaya, 1997, Cap. XXXI, “De los Caníbales”, p. 269.

⁵⁶ John Wain, *The living world of Shakespeare: a playgoer’s guide*, London, Pelican Books, 1964, p. 256.

⁵⁷ Paul Brown, “This thing of darkness I acknowledge mine”: The Tempest and the discourse of colonialism”, Jonathan Dollimore y Alan Sinfield (eds.), *Political Shakespeare, New Essays in Cultural Materialism*, Manchester, University press, 1988, (1985) (48-71), p. 56.

premisa de "tábula rasa". Esto es, la concepción del indígena como un ser desprovisto de cultura que debía ser inscripto con los trazos de la civilización. La apropiación que Shakespeare hizo de Montaigne, por lo tanto, puede interpretarse tanto como una alegoría a una "inocencia" original de reminiscencias cristianas, en contraposición con la corrupción del mundo europeo moderno, como un alegato en favor de la conquista.

Calibán: el otro colonial

Una interpretación largamente compartida sobre *La Tempestad* apunta a verla como una apología del proceso de colonización, dado que propone el triunfo de la civilización europea, encarnada en la supremacía de Próspero –y apoyada en lenguaje y en el conocimiento de la magia- sobre la otredad colonial, personificada en el "salvaje" Calibán. Para el estadounidense Ronald Takaki, Calibán representaba a los irlandeses, víctimas del expansionismo territorial llevado adelante por algunos conocidos de Shakespeare como Lord de La Warr.⁵⁸ Pero esta lectura es más bien excepcional, ya que el consenso académico se inclina por ver en Calibán el portavoz de los indígenas americanos.

La lectura antiimperialista de Calibán fue instalada en las décadas de 1960 y 1970. En 1964 Wain consideró a Calibán como símbolo de la "gente explotada de todos los lugares".⁵⁹ En la década de 1970 este personaje se convirtió en el emblema de la crítica literaria antiimperialista del cubano Roberto Fernández Retamar, con su ensayo *Calibán* (1971), en el que éste asumía la voz del intelectual latinoamericano para impugnar al imperialismo estadounidense encarnado en la figura de Próspero. En relecturas posteriores, Fernández Retamar utilizó a Calibán como metáfora de los "condenados" por el imperialismo.⁶⁰ Un par de años antes, el martiniqueño Aimé Césaire había

⁵⁸ Ronald Takaki, *A different mirror. A history of multicultural America*, Little, Brown and Company, Boston, 1993, p. 29.

⁵⁹ Wain, op. cit., p. 252.

⁶⁰ "Nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán. Esto es algo que vemos con particular nitidez los mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán.

publicado *Una Tempestad* (1969), un entramado reflexivo sobre las premisas culturales del colonialismo. El Calibán de Césaire simboliza la concepción colonial del *otro* como primitivo y bárbaro en tanto "la colonización inculca al colonizado, sabiamente, miedo, complejo de inferioridad, genuflexión, desesperación: la sensación de ser un otro permanentemente en falta".⁶¹

Por cierto, Shakespeare revistió al personaje Calibán con todos los atributos del salvaje: "Un cachorro pecos nacido de hechicera no honrado con una forma humana".⁶² Stéfano lo toma por monstruo de la isla, "engendro de la luna".⁶³ La deformidad física en Shakespeare quedaba asociada –como ilustra el caso de su jorobado Enrique III- a defectos morales. Por cierto, este personaje adquiere el estigma de salvaje por haber intentado "violar el honor" de Miranda.⁶⁴ Según Próspero, Calibán pertenece a una "raza vil" y "jamás responde amablemente".⁶⁵ Trínculo, por su parte, suma más descalificaciones para Calibán, a quien concibe como un monstruo pérfido, borracho, cabeza de chorlito, ruin, abominable y ridículo.⁶⁶ La legitimidad de la colonización descansa en el carácter salvaje del habitante nativo, lo cual se traduce del siguiente diálogo entre Próspero y Calibán. Tal como se presenta en el acto I, Calibán se proclama legítimo soberano de la isla y le reprocha a Próspero haber sido despojado y confinado a la esclavitud aún luego de haberle brindado los recursos de su tierra. Próspero replica que a cambio, le enseñó su lengua, superior en todo al "cacareo" nativo, lo que sin embargo fue incapaz de contener sus incorregibles instintos salvajes.

Calibán:

... Por Sycorax, mi madre, me pertenece esta isla,
Y tú me la arrebatas. Al llegar me tratabas

Próspero invadió las islas, mató a nuestros antepasados, esclavizó a Calibán y le enseñó su idioma para poder entenderse con él: ¿qué otra cosa puede hacer Calibán sino utilizar ese mismo idioma para maldecirlo, para desear que caiga sobre él la "roja plaga"? No conozco otra metáfora más acertada de nuestra situación cultural, de nuestra realidad", Roberto Fernández Retamar, *Caliban contra la leyenda negra*, Barcelona, Universidad de Lleida, 1995, p. 43.

⁶¹ Roco Carbone y Leonardo Eiff, "Prólogo", Aimé Césaire, *Una Tempestad*, Buenos Aires, El 8vo. Loco Ediciones, 2011 (9-40), p. 12.

⁶² "A fleck whelp hag-born –not honoured with/A human shape". Shakespeare, *The Tempest*, op. cit., Act I, p. 31. La traducción de Inbgerg remata con la expresión "ninguna forma humana". Shakespeare, *La Tempestad*, op. cit., p. 59.

⁶³ *Ibid.*, Acto II, pp. 107, 109.

⁶⁴ *Ibid.*, Acto I, p. 63.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 64, 60.

⁶⁶ *Ibid.* Acto II, pp. 110, 111.

Con respeto y caricias; incluso solías darme
Agua con bayas dentro, y enseñarme los nombres
De la luz que es más grande y de la más pequeña
Que alumbran día y noche. Te amaba y te mostré
Todas las cualidades de aquí, las fuentes frescas
Y los pozos salobres, lo estéril y lo fértil.
¡Me maldigo por eso! ¡Que todos los hechizos
De Sycorax, murciélagos, sapos y escarabajos,
Os caigan! Pues soy todos los súbditos que tienes,
Y antes era mi rey; y aquí tú me acovachas
En esta roca dura, mientras me haces a un lado
De lo demás de la isla".⁶⁷

Próspero:

El látigo te mueve, no la bondad! Te di,
Inmundicia como eres, trato humano y lugar
En mi cueva, hasta cuando tú intentaste violar
El honor de mi niña.

Calibán:

¡Ja, ja! Lo hubiera hecho.
Me lo impediste tú; si no habría poblado
Esta isla con Calíbanes.

Próspero:

Esclavo repugnante,
El bien jamás podría dejar en ti una marca
Eres capaz de todo mal! Me apiadé de ti,
Me esforzaba en que hablaras, te enseñé a todas horas
Esto y aquello. Cuando no sabías, salvaje,
Ni lo que tú querías decir, y cacareabas
Como un bruto, doté de intención tus palabras
Para hacerte entender. Pero en tu raza vil,
Aunque aprendiste, había lo que naturalezas
Buenas no admitirían; de manera que fuiste
Confinado a esta roca por tus méritos propios,
Y habrías merecido mucho más que prisión

Calibán:

Me enseñaste el lenguaje, y el provecho que obtuve
Es que sé maldecir. ¡Que te dé peste roja
Por mostrarme tu idioma!.⁶⁸

⁶⁷ Ibid., p. 63.

Es interesante ver cómo Shakespeare hace recrear a Calibán los orígenes del dominio colonial. Esto es, el dominio pacífico que Próspero instauro en un comienzo, apoyado en una amistosa política de transmisión de conocimiento. El trato respetuoso y las enseñanzas de astronomía de Próspero bastaron para que Calibán ponga a su disposición los recursos de la isla. Pero su inherente salvajismo –paroxísticamente expresado en el intento de abuso a Miranda- habría transformado ese vínculo armonioso en la imposición de una estricta disciplina.

Strachey también aportó una lectura similar con respecto a los indígenas de la región de Chesapeake. Según consta en su *True Reportory* la intención de Gates era, en primera instancia, mantener un trato cordial con los indígenas. Esto habría cambiado luego de un ataque a un hombre de Gates, tornando hacia una política de confrontación directa:

Desde su primer arribo a este país [Gates] evitó por todos los medios cualquier procedimiento violento contra ellos, por todas las prácticas villanas con las cuales ellos diariamente ponían en riesgo a nuestros hombres, pensando que era posible, a través de un curso más tratable, para hacerles ganar una mejor condición: pero ahora, estando asustado por esto [el ataque], él bien percibió cuán poco incidió el justo y noble trato sobre la disposición de los bárbaros, que finalmente propuso en cierta medida, tomar revancha.⁶⁹

Este fragmento traza una analogía con el texto de Shakespeare en cuanto ambos definen los actos “salvajes” de los indígenas como puntapié para la imposición de la coerción colonial. En Shakespeare, la violencia colonial produce, a su vez, la reacción de Calibán, quien abandona la actitud receptiva respecto de la lengua del colonizador, a la que ahora critica severamente. Para este desgraciado personaje, el único efecto de la misión civilizadora de Próspero es haber aprendido a maldecir, es decir, haber tomado un aspecto

⁶⁸ Ibid., pp. 62-63. En la edición de Losada, esta última réplica de Próspero es atribuida a Miranda. Donde Ingberg traduce en Calibán “Te amaba y te mostré todas las cualidades” debería decir “Y entonces te amé y te mostré todas las cualidades” (“And then I loved thee and showed thee all the qualities”). Es importante la relación causal, expresada por Shakespeare en “And then”, entre las enseñanzas de Próspero y la sumisión de Calibán.

⁶⁹ Strachey, op. cit., pp. 62- 63.

negativo del lenguaje, el que le permite expresar su confrontación con la autoridad colonial.

Esto indica que si la lectura colonialista de Shakespeare comulgaba con la de los agentes coloniales de su tiempo, la inclusión de los argumentos condenatorios de Calibán le imprimió un grado de ambigüedad al discurso colonial. Este aspecto fue resaltado por Brown, quien interpretó el discurso rebelde de Calibán como un recurso literario para reforzar la supremacía de Próspero. Para Brown,

El discurso colonial demanda tanto orden como desorden, produciendo un otro disruptivo con el objetivo de afirmar la superioridad del colonizador. Sin embargo, la producción es en sí misma evidencia de una lucha por restringir la disrupción de ese rol. El discurso colonial no anuncia simplemente un triunfo para la civilización, debe producirlo continuamente, lo cual implica lucha y riesgo.⁷⁰

El “riesgo” de incluir el planteo anticolonialista de Calibán reside en plantear al proyecto colonial como inherentemente inestable. Deborah Willis ha objetado el planteo de Brown por la importancia desmedida que éste le confiere al discurso colonial, cuando en rigor el dominio colonial no era el objetivo central de la trama sino la instancia de poder que le permitiera a Próspero desplegar las estrategias para recuperar sus dominios en Milán.⁷¹ Esta crítica resulta válida en función del derrotero de la trama shakesperiana, aunque no por ello invalida el planteo –si se quiere periférico– del colonialismo. El estereotipo del salvaje le permitió al dramaturgo articular un discurso colonial ampliamente compartido por la audiencia londinense, que veía en el salvajismo una provocación para la instauración de un “poder desnudo”.⁷² Si la lectura de Brown resulta insuficiente, lo es por considerar a Calibán como el personaje exclusivo para instalar la crítica colonial. Stéfano reproduce de manera grosera los argumentos coloniales presentes en la relación entre Próspero y Calibán. Por un lado, el mayordomo borracho se declara amo de Calibán, por lo que

⁷⁰ Brown, op. cit., p. 58

⁷¹ Deborah Willis, “Shakespeare’s *Tempest* and the Discourse of the Colonialism”, *Studies in English Literature, 1500-1900*, vol. 29, N° 2, Elizabethan and Jacobean drama, Spring 1989, (277-289)

⁷² *Ibid.*, p. 61

toma el lugar de Próspero. Calibán acepta de buen grado al nuevo amo, como una vía para liberarse del viejo.

Calibán

Voy a juntarte bayas, a mostrarte las fuentes
A pescar para ti y a conseguirte leña
¡Que les caigan las pestes al tirano al que sirvo!
No le llevo más leños, a ti voy a seguirte,
A ti, hombre prodigioso.⁷³

A partir de esta nueva alianza Calibán teje la conspiración para liberarse de Próspero, con métodos que condicen con su carácter brutal, ya que planea descerebrarlo, o con un leño hundirle el cráneo, o destriparlo metiéndole una estaca, o cortarle el cuello con un cuchillo.⁷⁴

Las amenazas al interior del orden colonial

Si, como propuso Brown, *La Tempestad* instaló la cuestión de la inestabilidad del orden colonial, ésta tenía también sus raíces en la impugnación de sus participantes europeos, que en el real escenario de Virginia aspiraban a una vida menos rigurosa en el Nuevo Mundo. Este aspecto ha sido resaltado acertadamente por Peter Linebaugh y Marcus Rediker en *La Hidra de la Revolución* (2000).⁷⁵ Estos autores han argumentado, desde perspectiva marxista, que la alta tasa de explotación y la rigurosa disciplina que recaía sobre los sectores populares involucrados en las experiencias de colonización (principalmente marineros, campesinos sin tierras, y más adelante esclavos), incitaron proyectos emancipatorios y a su tiempo hicieron posible la concertación de acciones clasistas que atentaron contra el orden colonial.

⁷³ Shakespeare, *La Tempestad*, op. cit., p. 110.

⁷⁴ *Ibíd.*, p. 126.

⁷⁵ Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *The Many-headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston, Beacon Press, 2000. Hay traducción en español (Barcelona, Crítica, 2005).

En cuanto a la experiencia del naufragio del *Sea Adventure*, Linebaugh y Rediker tejen una interesante articulación entre la condición social de los hombres de común condición (*commoners*) y sus tentativas emancipatorias. Aunque no se cuenta con listas de los 150 pasajeros que naufragaron en Bermudas, sostienen que la mayor parte de ellos habría sido afectada por el proceso de cercamientos y, en consecuencia, podrían haber experimentado o al menos conocido episodios de resistencia rural. En sus palabras, “la expropiación y la resistencia avivaron el proceso de colonización, dotando de gente al *Sea Adventure* y a otros tantos navíos durante la primera mitad del siglo XVII”.⁷⁶ Tal como informó Strachey, la experiencia desatada por el naufragio en Bermudas puso en juego las aspiraciones libertarias de los colonos de “común condición”.

Puede afirmarse entonces que la inestabilidad colonial no se reducía a una confrontación con los nativos powhatan, quienes según los testimonios de los colonos impedían todo entendimiento a causa de su naturaleza traidora. Durante su primera década de existencia, la colonia debió afrontar los embates de los propios colonos subordinados, con sus planteos emancipadores y prácticas subversivas. Es así que el paralelismo entre *True Reportory* y *La Tempestad* se vuelve más sólido, ya que en la colonia imaginada por Shakespeare, Stéfano y Trínculo desafían el poder colonial constituido y buscan apoderarse de la isla. Si bien Brown consideró esta amenaza como un desafío “de clase” contra la aristocracia encarnada en Próspero, no la articuló con la cuestión colonial. Por el contrario, presentó a las amenazas contra el poder de Próspero en compartimentos estancos: Calibán impugnando su rol de amo colonial, desde la noción de raza, y Stéfano y Trínculo disputando su posición social, desde la noción de clase.⁷⁷

La interpretación que aquí se sigue, por el contrario, resalta la íntima conexión que existió entre los imperativos estrictamente coloniales y los conflictos de clase de extracción europea. Los colonos de “común condición” dejaban, con altos riesgos, un Viejo Mundo de explotación y opresión con la

⁷⁶ Linebaugh y Rediker, op. cit., p. 20.

⁷⁷ Para Brown, Próspero manipula paralelamente tres discursos para afirmar su poder: “un discurso de clase (desgobierno [masterlessness]), un discurso de raza (salvajismo) y un cortés y politizado discurso de la sexualidad”, este último referido a sus diálogos con Miranda y las proyecciones matrimoniales con Fernando de Nápoles. Brown, op. cit., p. 51.

expectativa de que el nuevo les garantizara el acceso a la tierra, el ejercicio del trabajo libre y, eventualmente, les brindara posibilidades de enriquecimiento comercial. Pero las condiciones materiales eran tan radicalmente adversas que suscitaron una amplia gama de episodios de rebeldía contra las autoridades coloniales. De ahí que los náufragos de Bermudas desafiaron al gobernador Gates para vivir libremente de la naturaleza, en una especie de realización del viejo sueño popular europeo, encarnado en el País de Cucaña. La imposición del orden marcial junto con estrictas disciplinas de trabajo, lo cual será analizado en el capítulo 8, fue consecuencia de la confrontación de clases en Virginia.

El fin de la magia

El desenlace de *La Tempestad* gira en torno a la reconciliación, la restitución del trono de Próspero y, por ende, de la isla a Calibán. Para ello, Próspero renuncia a la magia, la que le permitió liberar a Ariel del hechizo de Sicorax y convertirlo en su sirviente. La magia que hizo posible el naufragio sin víctimas, que evitó homicidios y que tejió el romance entre Miranda y Fernando, que serían la transposición de una monarquía purificada. Probablemente, como apunta Jeffrey Knapp, el abandono de la espiritualidad envolvía una visión mirada negativa respecto del devenir colonial.⁷⁸ Pero seguramente para Shakespeare esta renuncia interpelaba su lamento por lo que él podía concebir como el ocaso de la espiritualidad.

Ahora bien, ¿qué lugar ocupaba la magia en la cultura del Renacimiento tardío? En tiempos de Shakespeare, el conocimiento mágico era un saber disruptivo dado que, como señaló Eugenio Garín, rescataba aquellos saberes y prácticas antiguas que la teología medieval había combatido y que, por su capacidad de manipulación, instalaba al hombre en el centro del universo y lo

⁷⁸ Jeffrey Knapp, *An Empire Nowhere. England, America, and Literature from Utopia to The Tempest*, Berkeley, University of California Press, 1994 [1992], p. 8.

liberaba así de la autoridad divina.⁷⁹ En su estudio genealógico sobre el saber occidental, Michel Foucault entendió que la magia era un tipo de conocimiento erudito del Renacimiento. Ello se debe a que, entre el siglo XVI y mediados del siglo XVII, la semejanza era el criterio del conocimiento por antonomasia, lo cual suponía esencialmente correspondencias entre la naturaleza y el cosmos mediante una serie de operaciones intelectuales, tales como la convergencia, la proximidad o lejanía, la proyección, la analogía, y la simpatía o antipatía entre signos.⁸⁰ La magia permitía las semejanzas, era inherente a la manera de conocer y estaba estrechamente ligada a la erudición. A partir de la hermenéutica aplicada al juego de las semejanzas pueden develarse los signos ocultos (y anteriores al lenguaje), aquellas marcas ocultas en la naturaleza o en el cosmos, para corresponderlos con otros signos y/o sus significantes.⁸¹

En consonancia con Garín y Foucault, Frances Yates ha entendido a la magia de Próspero como una afirmación propiamente renacentista, en tanto prefiguración de la ciencia, sistema intelectual y movimiento moral y de reforma.⁸² Todos estos aspectos habían estado presentes en las empresas misioneras de Giordano Bruno, las cuales tuvieron lugar en Inglaterra en los años formativos de Shakespeare (1582-1585).

A la hora del destierro de Próspero, señala Yates, su consejero tomó la precaución de proveerlo de vitales herramientas para la supervivencia: sus libros. Se trata, por tanto, de una magia abocada a fines prácticos, y su misión es reformadora. Es una magia virtuosa, en contraposición con la brujería o la hechicería "sucias", propia del medioevo y que en la obra es la que ejerce Sycorax, la madre de Calibán. Yates además agrega que el recurso de la magia es también un guiño que hace referencia al clima político de su tiempo, concibiendo a Próspero como una transposición de John Dee, quien había sido

⁷⁹ Eugenio Garín, *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*, Madrid, Taurus, 1981, p. 114.

⁸⁰ Y sigue: "En una *episteme* en la que los signos y similitudes se enroscan recíprocamente en una voluta que carece de fin (...) era necesario que se pensara en la relación entre microcosmos y macrocosmos como garantía de este saber y término de su efusión. Debido a esta misma necesidad, este saber debía acoger, a la vez, y en un mismo plan, la magia y la erudición". Michel Foucault, *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 40.

⁸¹ Foucault no considera que la magia comporte una disrupción respecto a la autoridad divina, ya que "la tarea era revelar un lenguaje previo repartido por Dios en el mundo". Se adivinaba, por lo tanto, lo divino. op. cit, p. 66.

⁸² Frances Yates, *Las últimas obras de Shakespeare: una interpretación*, Cap. IV, "La magia en las últimas obras de La Tempestad", México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

un matemático, mago, cabalista y alquimista muy respetado en la época isabelina. Cuando tuvo lugar el asenso de Jacobo Estuardo y la aplicación de políticas de persecución y censura, Dee fue reducido a un vulgar charlatán y conjurador. Ese hostil clima cultural operó como telón de fondo para la invocación de Shakespeare a la magia reparadora de la época isabelina. Como dice Yates, "Shakespeare volvió a las inspiraciones de su juventud y creyó verlas renacer, o esperó verlas renacer, en una generación más joven".⁸³

En *La Tempestad*, la restauración del poder político de Próspero queda sopesada con la pérdida de la autoridad espiritual que le confería el dominio de la magia. Ahora bien, ¿de qué manera se vinculan la magia y el discurso colonial? Tanto la magia como la empresa colonial eran vistas como transformadoras radicales de la realidad, por el caudal de aventuras, riquezas y gloria que ofrecían. La empresa colonial aportaba el incremento de nuevos productos, nuevos mercados, nuevos súbditos. En la colonización del Nuevo Mundo se depositaban las esperanzas imperiales de la elite como así también de los desclasados, de los perseguidos en materia religiosa, de las víctimas de la implacable monarquía inglesa.

No resulta llamativo que Shakespeare haya desplegado elementos discursivos ambiguos respecto de la colonización, cuando en rigor la experiencia real en Virginia daba sobradas muestras de fracaso, violencia, miseria, rebelión, desesperanza y muerte. ¿Era acaso ese proceso menos ilusorio y pasajero que la magia de Próspero?

La tempestad del Renacimiento

El contexto de producción de *La Tempestad* no sólo involucra el proceso de colonización inglés en términos amplios, incluyendo a Irlanda tal como se trató en el capítulo 2. También habrían influido notablemente las dislocaciones

⁸³ Yates, *op. cit.*, p. 133. Esa generación más joven estaría encarnada, en el plano de la ficción, en los personajes de Miranda y Fernando. Los consejos de Próspero a Fernando, especialmente la insistencia en la castidad antes del matrimonio, pueden leerse como un mensaje para los agasajados espectadores, la princesa Elizabeth y su flamante esposo Federico V.

que provocaban las transformaciones tendientes a conformar lo que Karl Marx definiera como proceso de acumulación originaria. El clima de inestabilidad e incertidumbre que se vivía en tiempos del rey Jacobo –el aumento exponencial de desclasados, la creciente agitación social, el despunte de sectas protestantes con miras emancipadoras- estaba en tensión con la intolerancia cultural y el despotismo de la corona. Según William Bouwsma, “la creciente aceptación del cambio, para muchos, no era tranquilizadora, sino todo lo contrario”.⁸⁴

La conmoción por el cambio y la turbación frente al *otro* abrían el juego tanto a los discursos disruptivos como a aquellos que bregaban por un orden. Shakespeare supo incorporarlos en una trama lo suficientemente ambigua como para interpelar a ambos. Hacia el final de *La Tempestad*, Próspero restituye la isla a su legítimo habitante, Calibán, mientras pide la indulgencia del público por sus actos cometido, final que no resuelve la “ansiedad” que ha dirigido la trama, sino que vuelve a insistir sobre el problema de la legitimidad del dominio colonial.

Como sostiene Paredes, la ambigüedad de *La Tempestad* nos demuestra la manera en que Shakespeare expuso alternativas de comprensión y acción frente a las cuales sería posible y necesario optar en un futuro con respecto a la incipiente colonia inglesa.⁸⁵ La opción fue adoptada en 1624, cuando Jacobo disolvió la Compañía de Virginia, lo que abrió un proceso de mayor incidencia real en los asuntos coloniales, de desarrollo creciente de la economía de plantación y, de la mano de esto último, de prácticas deliberadas de expulsión y exterminio de indígenas. Lo que sobreviene es un orden que, lejos de ser virtuoso, opera como espejo de una realidad que responde al cambio con intolerancia y rigor, a la vez que el orgullo por la magia y las ambiciones humanísticas se van apagando. Otras luces pronto surgirían, de la

⁸⁴ William Bouwsma, *El Otoño del Renacimiento, 1550-1640*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 168.

⁸⁵ “La ambigüedad que en su conjunto trasmite *La Tempestad*, en toda riqueza y variedad de matices, quizás, pudo haber constituido más bien un resultado buscado por el autor que un producto de la extraordinaria complejidad de la obra en sus fuentes, técnicas y recursos. Paraísos y plantaciones, seres brutales y seres espirituales, poderes omnímodos y renuncia anonadante pueden seguir presentándose, en la perspectiva de Shakespeare, como alternativas de comprensión y de acción frente a las cuales sería posible y necesario optar en un futuro, pero que necesariamente implicarán imponer una impronta decisiva sobre las relaciones entre los hombres y entre los hombres y la naturaleza”. Paredes, op. cit., p. 13.

mano de la Revolución Científica, para comprender y justificar el dominio colonial.

SEGUNDA PARTE

LAS DERIVACIONES SOCIALES

Capítulo 6

UNA MIRADA ETNOHISTÓRICA SOBRE LOS ALGONQUINOS

Tal como se señaló en la introducción, el estudio del período temprano colonial quedó rezagado hasta buena parte del siglo XX y sin prestar mayor atención a la cuestión indígena. Los planteos tradicionales han desestimado la importancia que tuvieron los indígenas en tanto protagonistas de la dinámica histórica, a la vez que han relegado el problema del contacto entre éstos y los ingleses. En 1952, Bernard de Voto llamaba la atención sobre este punto, alegando que “la mayoría de la historia americana ha sido escrita como si fuese solamente una función de la cultura europea, a pesar del hecho que bien entrado el siglo XX los indígenas fueron unos de los principales determinantes de los eventos históricos”.¹

En contraposición con la tendencia dominante, en esta investigación las relaciones interétnicas cobran una importancia superlativa, dado que éstas determinaron las condiciones de posibilidad para el asentamiento colonial. Ciertamente, las dinámicas de cooperación y resistencia de los indígenas respecto al avance de la ocupación colonial tienen su anclaje en consideraciones que hacen a su propia organización económica, social y política, y también aspectos de la cultura y creencias. Es por ello que se expondrán en este capítulo los principales lineamientos de cada una de estas variables, recurriendo a nociones de la historia y de la antropología, procurando alcanzar un enfoque etnohistórico.

Cabe señalar que la etnohistoria, en el cruce entre la historia y la antropología, actualmente se encuentra en una etapa embrionaria dentro del

¹ Fernand de Voto, “Introduction: Joseph Kinsey Howard”, Joseph Kinsey Howard, *Strange Empire*, St. Paul, Minnesota Historical Society Press, 1994 (3-10), pp. 8-9

campo de producción académica estadounidense. Las causas de este fenómeno son de diversa índole: la notable influencia que todavía ejerce la historiografía liberal tradicional, el predominio de enfoques de historia cultural y el papel marginal que representan los indígenas como objeto de estudio, incluso en el campo de la antropología.

En adelante, se expondrán las principales limitaciones teóricas que presentan tanto la Historia como la Antropología, para luego dar lugar a sus respectivas contribuciones para el conocimiento de los algonquinos de la costa este.

Limitaciones teóricas

La limitación más evidente de la historiografía norteamericana es la de relegar la cuestión indígena, privilegiando un enfoque sobre los "orígenes blancos" de la nación. El historiador James Axtell, un incansable defensor de la etnohistoria, se lamentaba a fines de la década de 1970 de que la producción histórica sobre el período colonial fuera "predominantemente monocromática y, aunque mencione a los indios, monocausal". La afirmación de Axtell se apoyaba en una compulsa sobre 447 trabajos de historia colonial publicados por *William and Mary Quarterly* entre 1944 y 1971, de los cuales sólo 6, menos de un 2%, estaban abocados al estudio de los indígenas.² Desde la década de 1980 la proporción fue en aumento, aunque mayormente de la mano de estudios culturales preocupados por las definiciones europeas respecto de la otredad americana. La mínima incidencia que tuvo la temática indígena en el campo de la historia social o la etnohistoria, también se expresó en los estudios sobre la frontera oeste.

Desde que Frederick Jackson Turner instaló el mito de la frontera, a partir de la presentación de *The Frontier in American History*, en 1893, la historiografía liberal consideró el corrimiento de la frontera "civilizada" como un avance del individualismo y de las fuerzas democráticas que conformarían el "mito agrario". Aunque el avance de la frontera fue de la mano de una

² James Axtell, "A North American Perspective for Colonial History", en *The History Teacher*, Vol. 12, No. 4, august 1979 (549-562) p. 556.

desprejuiciada política de exterminio indígena, la lectura de Turner hacía hincapié en el avance de los pioneros sobre tierras incultas, lo cual borraba de un plumazo la agencia indígena en este proceso. La tesis de Turner fue abonada entre 1930 y 1950 por trabajos que procuraban aplicarla a otras experiencias fronterizas,³ y a principios de la década de 1960 fue modulada por los historiadores nucleados en la *Western History Association*. Éstos se opusieron al mito agrario sólo para articular una defensa del “desarrollo, la expansión y el crecimiento” que se abriría a partir de 1890, es decir, a partir del cese de la frontera interna. Los historiadores de esta corriente hicieron, pues, una celebración de la expansión productiva, con sus correlatos tecnológicos y demográficos a causa de la inmigración masiva, lo cual mantenía, según expresa Silvia Ratto, la mirada entusiasta sobre el oeste americano instalada por Turner.⁴ A mediados de la década de 1970, Francis Jennings se lamentaba de que dentro de la “moderna literatura histórica, el mito civilización-barbarie está más firmemente incrustado en los escritos de la escuela de la ‘tesis de la frontera’”.⁵

A finales de la década de 1980 se conformó la *New Western History*, abonada principalmente por historiadores de la Nueva Izquierda, la cual criticó radicalmente los postulados de la tesis de Turner, reemplazando al concepto de frontera por el de región, y contestando a la noción de progreso con análisis especializados en tres grandes áreas: los conflictos entre clase, género y raza, el impacto de la expansión sobre el medio ambiente, y los estudios culturales. Los conflictos de raza, dedicados a las cuestiones interétnicas, ocuparían un lugar marginal dentro de la *New Western History*.

De este modo, la historiografía sobre el oeste, que recorre desde la “frontera” turneriana hasta las “regiones” de trabajos críticos más recientes, no hace más que reflejar el carácter más general de la historiografía estadounidense centrada en la denominada población “blanca”. Todavía más,

³ Por ejemplo, *The Great Frontier* (1952), de Walter Prescott Webb intentó extender el análisis de Turner a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Silvia Ratto, “El debate sobre la frontera a partir de Turner. La *New Western History*, los *Borderlands* y el estudio de las fronteras en Latinoamérica”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera serie, N° 24, 2do semestre de 2001 (105-126), pp. 106.

⁴ *Ibid.*, p. 107. En 1955 Earl Pomeroy, revisó un aspecto de la tesis Turner, que enfatizaba al oeste como espacio autónomo de apertura. En contraposición, entendió el desarrollo del oeste como una prolongación dependiente del desarrollo en el este.

⁵ Francis Jennings, *The Invasion of America. Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*, New York and London, Norton & Company, 1975, p. 10.

los prejuicios ideológicos en torno a las definiciones civilización y barbarie fueron dominantes hasta el advenimiento del enfoque crítico de la *New Western History*.

Si bien la Antropología se ha abocado a un conocimiento más sistemático de los indígenas, no ha logrado rellenar el vacío dejado por la historia respecto al análisis de la relación entre colonos e indígenas del período temprano colonial. Los incipientes enfoques antropológicos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX gravitaban en torno a la "racialización de las diferencias", utilizando categorías como "blanco", "negro" o incluso "indio". Estas categorías no sólo no contribuían con el análisis de los grupos nativos sino que, por el contrario, negaban sus particularidades culturales.

Un ejemplo notable es el del antropólogo James Mooney (1861-1921), quien estudió los indígenas de las reservas del sureste y de las planicies de Norteamérica y convivió varios años con los cherokees. Siguiendo el modelo racial, Mooney identificó el mestizaje de indígenas y negros, por un lado, y de indígenas y blancos, por otro. Esto último sustentado por escrupulosas listas de apellidos europeos dentro de las comunidades contemporáneas del sureste.⁶ Es interesante destacar la confianza de Mooney respecto de los testimonios europeos para la reconstrucción del pasado colonial de las comunidades, lo cual respetaba el criterio metodológico de la época. En cuanto a los powhatans, Mooney hizo afirmaciones tales como que el avance de Powhatan sobre las tribus vecinas siguió una dinámica sanguinaria y que éste "gobernó más por su propia personalidad que respetando las costumbres tribales".⁷ Esta conclusión se desprende del apego acrítico a las fuentes escritas, como los testimonios de John Smith y William Strachey.

De esta manera, el trabajo de Mooney ilustra dos notables limitaciones de la antropología de finales del siglo XIX y principios del XX. Por un lado, el análisis acrítico de los documentos de procedencia europea, y por el otro la persistencia de criterios raciales. De acuerdo con el antropólogo Frederic W.

⁶ En 1889 Mooney emprendió el estudio de las tribus remanentes de la región sur, desde Delaware hasta el río Savannah. Como trabajo preliminar, confeccionó mil cartas requiriendo nombres de los indígenas locales para determinar el grado de mestizaje o el "origen puro o mezclado" de las comunidades. James Mooney, "The Powhatan Confederacy, past and present", *American Anthropologist*, vol. 9, Issue 1, 1907, p. 144, 146-151.

⁷ *Ibid.*, p. 136.

Gleach, las categorías raciales son tan o más eficaces que la guerra, la remoción a reservas y la marginalización social y económica.⁸

Si bien desde la segunda mitad del siglo XX la antropología se despojó de sus prejuicios positivistas, tampoco hizo grandes avances en el análisis de los indígenas estadounidenses y aun hoy persisten los prejuicios académicos. Como ha señalado Gleach, con la profesionalización de la disciplina sobrevino el afán por lo “exótico”, en detrimento del estudio de las comunidades nativas. En particular, sostiene que “los indígenas de Virginia no son considerados suficientemente exóticos como para ser profesionalmente interesantes a muchos antropólogos”. Asimismo, Gleach ha denunciado que los antropólogos que se concentran en el estudio de los indígenas de la costa este, en su mayoría oriundos de la región, ocupan un lugar marginal en la academia estadounidense.⁹

Contribuciones teóricas y metodológicas de la Antropología y de la Historia

Habida cuenta de las falencias teóricas de la Antropología estadounidense, que como consta más abajo también se expresan en el uso de ciertas categorías ya perimidas en nuestras ciencias sociales, se exponen en adelante sus contribuciones principales para el estudio de los algonquinos de la bahía de Chesapeake. Los trabajos de finales del siglo XIX y principios del XX proveen las primeras estimaciones sobre demografía y ubicación geográfica de las tribus. La mayor parte de la información elaborada por esta naciente antropología provenía de las fuentes escritas, tomadas individualmente o a menudo cotejadas con otras para detectar la variabilidad de determinados fenómenos. No obstante esta predilección metodológica, era habitual el cruce de la información de las fuentes escritas con la evidencia resultante del trabajo de campo en las propias reservas indígenas. El citado trabajo de James Mooney de 1907, por ejemplo, combina ambos métodos. Por un lado, acude al

⁸ Frederic Gleach, “Anthropological professionalization and the Virginia Indians at the turn of the Century”, *American Anthropologist*, New Series, vol. 104, N° 2, Junio de 2002, (499-507), p. 500.

⁹ *Ibíd.*, p. 503.

estudio comparativo de fuentes escritas para determinar el declive demográfico y los consecuentes reagrupamientos de tribus y, por otro lado, recoge evidencia reciente (censos, terminología nativa, informes etnográficos) para determinar constantes y transformaciones en los modos de vida de las comunidades en reserva.

Estos trabajos, a pesar del uso categorías obsoletas o controversiales, proveen una primera aproximación general al conocimiento sobre la organización económica y social de las comunidades que conformaron el dominio de Powhatan (alrededor de 30 tribus). La síntesis elaborada por Frank G. Speck en 1924 es indicativa del enfoque de la temprana antropología estadounidense. En estas líneas que siguen, presentó las características comunes de los habitantes de la región de la bahía de Chesapeake (equivalente al sur del actual estado del Virginia y al norte del estado de Carolina del Norte):

las prácticas de limpiar los huesos de los cuerpos de los jefes y preservar sus cuerpos o huesos en casas consagradas a ese propósito, el sepulcro en osarios, la deformación de los cráneos, las ceremonias idólatras dirigidas a seres sobrenaturales llamados *okee*, el rito del nuevo fuego (...), un orden sacerdotal chamánico, sus miembros llamados *quiocos*, y una forma cuasi monárquica de gobierno; también diversos rasgos técnicos e industriales aplicados a la arquitectura, cerámica, cestería, pipas de arcilla, el trabajo de las plumas y prominentemente en los elementos y utensilios del maíz, tabaco y cultivo de guisantes. (...) [Hay] semejanza en otros campos de actividad como la guerra, la pesca y la caza. Por ejemplo, la relativa brevedad de la estación de caza, en contraste con la intensidad de la agricultura, el acarreo de venados con su práctica del uso del fuego, la caza comunal (...), ciertas prácticas de pesca (...), todas costumbres atribuidas a las tribus del pasado de Virginia, así como a los creeks y los siouans de las Carolinas.¹⁰

Este fragmento cataliza algunos criterios típicos de la antropología del "largo siglo XIX", que comparte con Speck, según la definición de Eric Hobsbawm, una pertinaz confianza en el progreso de la civilización

¹⁰ Frank G. Speck, "The ethnic position of the Southeastern Algonkian", en *American Anthropologist, New Series*, Vol. 26, N 2, abril-junio de 1924 (184-200), p. 191.

occidental.¹¹ El enfoque eurocéntrico de Speck se constata en la expresión "ceremonias idólatras", la cual comporta un tono peyorativo no muy diferente al que se puede encontrar en las fuentes escritas del período de contacto interétnico. Igualmente desacertado resulta el término "industrial" para referirse a las manufacturas. La aplicación de la terminología europea no sólo es anacrónica o improcedente para las realidades nativas, sino que es también un impedimento para asir conocimiento antropológico genuino. Por ejemplo, al definir la organización política simplemente como una "forma cuasi monárquica de gobierno", Speck renuncia de plano a la tarea de conocer las tramas de poder local en sus propios términos y con sus propias lógicas. Por otra parte, la afirmación de la existencia de patrones comunes para "ciertas actividades como la guerra, la caza y la pesca" oblitera toda mirada sobre lo particular.

Afortunadamente, desde mediados del siglo XX estos conceptos han sido depurados de su contenido positivista y esquemático. Los trabajos de la vieja antropología fueron retomados y profundizados a partir de un enfoque más regionalizado y preocupado por las particularidades antes que por los patrones generalizadores. Helen Rountree ha incorporado tanto la información arqueológica como la derivada del trabajo de campo en las reservas de Virginia, lo cual la convierte en un referente en la materia. También resulta valioso el reciente trabajo de Gleach, quien ha realizado un tratamiento exhaustivo del "contexto nativo" de los powhatans, y cuyas líneas maestras serán expuestas a continuación.¹² Nancy Oestreich Lurie, por su parte, ha fijado su atención en las situaciones aborígenes fundamentales para pensar las lógicas que dominaron las relaciones indígenas y blancos".¹³ Entre las contribuciones procedentes del campo de la Historia se destacan los estudios relativos al contacto entre colonos ingleses e indígenas de la época colonial, un área de trabajo que se formó al calor del proceso de descolonización de Asia y África. Entre estos trabajos predominaron los estudios de las confrontaciones militares y las disputas legales, como así también los análisis sobre los fenómenos de aculturación de las poblaciones nativas.¹⁴ James Axtell fue uno

¹¹ Eric Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 1999 [1994]

¹² Gleach, *Powhatan's World*, op cit., cap. 1, pp. 22-60.

¹³ Nancy Oestreich Lurie, "Indian cultural adjustment to European civilization", en James Morton Smith (ed.), *Seventeenth-Century America, Essays in Colonial History*, New York, Norton & Co, 1972 [1959] (33- 60), p. 37.

¹⁴ Karen Ordahl Kupperman, "Ethnohistory: theory and practice", en *Reviews in American History*, Vol. 10, N 3, septiembre de 1982 (331-334), p. 331.

de los pioneros en desafiar estos enfoques, poniendo en relevancia la fuerza e integridad de las culturas nativas, su capacidad para incorporar los objetos europeos manteniendo sus métodos, y por sobre todo su resistencia a la subversión cultural que se expresa fundamentalmente en el fracaso de la misión evangelizadora de los colonos.¹⁵ Por otra parte, Axtell enfrentó el desafío de considerar el impacto indígena en la cultura inglesa colonial: "la cultura colonial se sometió a dos tipos de transformación: *cambios adaptativos*, consistentes en la adopción temporal de recursos indígenas para determinados fines ingleses, y los *cambios reactivos*, estimulados por la presencia ubicua de los indígenas como enemigos militares".¹⁶

Por su parte, Karen Ordahl Kupperman ha indagado las relaciones interétnicas en *Settling with the Indians* (1980) e *Indians & English* (2000), poniendo de relieve las tensiones culturales que surgieron del contacto, recurriendo a la información antropológica. En *Indians & English*, además, ha examinado las formas de organización política, la vida cotidiana y las creencias religiosas de los indígenas, en un cuadro que los presenta fundamentalmente como una civilización compleja.¹⁷

Entre las contribuciones de la historia se destacan dos trabajos, que si bien no se dedican a la región de la costa este, presentan nuevos y porosos abordajes teóricos sobre las relaciones entre colonos e indígenas. Estos son los trabajos de Francis Jennings, *The Invasion of America* (1975), y de Richard White, *The Middle Ground* (1991). Jennings aunque abocado a la región de Nueva Inglaterra, provee interesantes elementos para pensar el proceso de colonización, empezando por su lectura invertida del proceso, que por contraponerse a los planteos eurocéntricos, adopta el punto de vista de los indígenas, definiendo al proceso de colonización como una invasión. Su enfoque etnohistórico le permite, además, examinar al proceso de aculturación en la foucaultiana clave de ideología y poder.¹⁸ Por su parte, Richard White ha

¹⁵ James Axtell, *The European and the Indian. Essays in the Ethnohistory of Colonial North America*, New York, Oxford University Press, 1982 [1981]. La Resistencia a la evangelización se analiza en términos generales en el cap. 3, "The invasion within: the contest of cultures in colonial North America" (pp. 39-86).

¹⁶ *Ibid.*, p. 273

¹⁷ Karen Ordahl Kupperman, *Indians & English. Facing off in early America*, New York, Cornell University Press, 2000.

¹⁸ El planteo de Jennings adhiere al campo de la etnohistoria en cuanto indaga históricamente las capacidades de intercambio de rasgos culturales en un proceso de cooperación, como así

instalado el concepto de *middle ground*, provocando así una renovación en los estudios sobre los nativos estadounidenses. Aunque aplicado a otro objeto de estudio –los habitantes de la región de los Grandes Lagos–, su concepto de *middle ground* provee un marco de comprensión para los cambios culturales aparejados en el proceso de contacto colonial.

En un intento por rebatir la noción de “aculturación”, White propone esta categoría, la cual consiste en un lugar “intermedio” [place in between] en el que transcurre el cambio cultural. *Middle ground* es entonces el espacio que media entre las culturas, los pueblos, y también entre los imperios y el mundo no estatal de las aldeas. “Es el lugar donde muchos de los sujetos estadounidenses y aliados del imperio vivieron. Es el área que media entre el primer plano histórico de la invasión y ocupación europea y el trasfondo de la derrota y la retirada indígena”.¹⁹ Al poner el énfasis en las relaciones entre indígenas y “blancos”, White rescata no sólo la agencia de los nativos, sino también incorpora una nueva y rica variable al análisis del período colonial. Ésta es la de pensar al período de contacto colonial como un espacio de negociación, cuyos límites están fijados por una percepción distorsionada de los valores y prácticas de los otros. Esa construcción de la otredad es la que genera una nueva instancia de contacto colonial definida como *middle ground*, con sus “nuevos significados y a través de ellos, nuevas prácticas”.²⁰

Los historiadores hoy cuentan con fuentes alternativas para el estudio de los indígenas en su relación con los europeos blancos, lo que permite contrastar las fuentes escritas del período. Además de las contribuciones de la Antropología y la Arqueología, contamos con testimonios indígenas que actualmente viven en comunidades en reservas. En 2007, la antropóloga Ángela L. Daniel entrevistó a un líder de la comunidad mattaponi, cuyos antecesores conformaron la “nación” Powhatan, y publicó la historia sagrada que los sacerdotes o *quiakros* transfieren estrictamente a sus sucesores, generación tras otra.²¹ El testimonio de los mattaponi desafía a la historia

también de conflicto, definido como proceso de aculturación. Jennings, *The invasion...* op. cit., p. 13.

¹⁹ Richard White, *The Middle Ground. Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, New York, Cambridge University Press, 1999 [1991], p. x.

²⁰ Idem.

²¹ La comunidad mattaponi representa una de las seis tribus algonquinas que originalmente conformaron el núcleo de la “nación” Powhatan (como lo llaman los propios mattaponi) en el siglo XVI. Actualmente, los mattaponi residen en una de las dos únicas reservas indígenas del

canónica de los tiempos de Pocahontas, canonizada por la narrativa de John Smith, poniendo a la luz la violencia destructiva instaurada por los colonos y su particular interés en conocer los secretos de la curación del tabaco, celosamente guardado por los *quiakros* (tema que se desarrolla en el capítulo 9). La historia oral de los mattaponi enfatiza las políticas pacíficas de Powhatan durante los primeros años de la colonia, aspecto que ha sido ocultado o distorsionado por los testimonios ingleses, que por el contrario insistían en el aspecto guerrero y traicionero del máximo *werowance* nativo. El testimonio mattaponi, a su vez, permite refrendar ciertas afirmaciones antropológicas respecto de la organización política nativa, como ser el rol de los sacerdotes.

Sobre la adopción del enfoque etnohistórico

Llegado este punto, se impone una reflexión sobre la necesidad de adoptar el enfoque interdisciplinario que ofrece la etnohistoria. Como disciplina del conocimiento de culturas inscriptas en el pasado, la etnohistoria es permeable tanto a la historia como a la antropología.²² Afortunadamente, hoy están prácticamente disueltas las rigideces académicas, que según entendía Nathan Wachtel, asignaban a la historia la exclusividad del análisis de fuentes escritas y un interés particular por la “continuidad” a través de un eje temporal, mientras que el estudio de las llamadas “sociedades primitivas” (aunque contemporáneas) y el afán por las regularidades, eran patrimonio de la etnología.²³ Axtell, por ejemplo, reconoce así el potencial explicativo de la hibridez disciplinar: “sea que consideremos a la etnohistoria una forma de historia cultural, sea una sub-disciplina de la antropología cultural, podemos coincidir en que representa una unión entre historia y etnología, cuyo propósito es producir trabajos académicamente prolíficos que atiendan tanto a la

estado de Virginia. La antropóloga Angela L. Daniel entrevistó a Linwood “Little Bear” Custalow y publicó el libro que lleva la autoría de ambos: Linwood “Little Bear” Custalow, y Angela L. “Silver Star” Daniel, *The True Story of Pocahontas. The Other Side of History*, Fulcrum Publishing, Golden, Colorado, 2007.

²² Gleach reconoce como sinónimos de etnohistoria a la antropología histórica y la historia antropológica. Gleach, *Powhatan’s world*, op. cit., p. 7.

²³ Nathan Wachtel, *Los Vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, Alianza, 1976 [1971], pp. 25-26.

dimensión diacrónica de la historia como a la sensatez sincrónica de la etnología”.²⁴

Entre los supuestos de la etnohistoria se encuentran, según Axtell, la concepción de un espacio como frontera no tanto geográfica como de interacción cultural. A su vez, hace hincapié en que cada cultura debe ser comprendida en sus propios términos.²⁵ Otro gran aporte de la etnohistoria es su énfasis en el cambio socio cultural, asumiendo que cambio y persistencia no son sino dos caras del mismo fenómeno, lo cual “ofrece la mayor oportunidad para testear teorías de patrones de crecimiento y declive, para demostrar el cambio cultural y explicar la estabilidad”.²⁶ El tercer mérito es el de la recurrencia a fuentes de diverso tipo: mapas, pinturas, folclore, tradición oral, ecología, artefactos arqueológicos, lenguaje, así como también una rica variedad de fuentes escritas.²⁷

Atendiendo específicamente a las relaciones interétnicas entre los colonos y los nativos powhatans, Gleach propone dos ejes de análisis ineludibles: el intercambio y la guerra, analizando críticamente las fuentes inglesas a través del prisma etnográfico. De esta manera, arriba a conclusiones que confrontan cabalmente los testimonios. Según Gleach, el intercambio y la guerra tenían una impronta particular para los powhatans, siendo el intercambio un objetivo primordial (vinculado con el poder espiritual), y la guerra un medio para mantener el *statu quo*. Los indígenas, dice Gleach, no aceptaron pasivamente los objetos y las ideas de los colonos sino que los dotaron de significados que tienen relación con sus propios esquemas culturales.²⁸

La adopción del enfoque etnohistórico, entonces, permite alcanzar una crítica más profunda de las fuentes escritas y devela, por contraste, las intenciones de los autores de los testimonios, lo cual posibilita interpretaciones alternativas, ya sea por su confrontación con las lecturas dominantes o por la audacia de presentar, de manera integrada, nuevas preguntas.

²⁴ Axtell, *The European and the Indian*, op. cit., p. 5.

²⁵ James Axtell, “A North American Perspective for Colonial History”, op. cit., p. 6.

²⁶ James Axtell, “The Ethnohistory of Early America”, en *The William and Mary Quarterly*, Third Series, Vol. 35, No. 1, enero de 1978, (110-144), p. 116- 117.

²⁷ *Ibid.*, p. 118.

²⁸ Gleach, *Powhatan's world*, op. cit., pp. 10-11.

Una aproximación etnohistórica sobre los habitantes nativos de Virginia

Para el estudio de la etnia algonquina de la región de la bahía de Chesapeake, vulgarmente denominada powhatan, resulta conveniente comenzar por una definición del propio término Powhatan, cuyos múltiples significados envuelven posibles confusiones. Helen Rountree llama la atención sobre la frecuente identificación de los algonquinos de la planicie costera de Virginia como Powhatan, término que se deriva del nombre del jefe del "imperio", quien a su vez tomó el nombre de su comunidad natal. Pero la reiteración no se agota en estos nombres propios que aluden a población, persona y lugar físico. El término también se utiliza para nombrar al dialecto y a la cultura de la población en general.²⁹ Para evitar confusiones, Gleach adopta el término en plural cuando se refiere a la población en general, es decir, "Powhatans". Favorecidos por la gramática española (que utiliza el gentilicio en minúscula), aquí se utilizará Powhatan en mayúscula sólo para designar a la máxima autoridad nativa y al poblado (lugar físico). Para designar a la comunidad o población en general, se adopta el término en plural y en minúscula, y para designar a la cultura o a la lengua, se utilizará la palabra en singular y minúscula.

Toda aproximación etnohistórica debe contemplar, *a priori*, una caracterización inicial del poblamiento indígena. Tsenacommacah, el territorio poblado por las tribus comúnmente denominadas powhatans, se desplegaba a través de los ríos James (con su principal afluente Chickahominy y otro menor, Appomatox), York (con sus afluentes Pamunkey y Mattaponi), Rappahannock y Potomac.³⁰ Sobre las costas de estos ríos habitaban 28 de las 30 tribus que conformaban el espacio de Tsenacommacah. Aquí se detallan cada una de las tribus en base a la información provista por el *Map of Virginia* (1612), de John Smith, la cual recabó en sus viajes de exploración entre 1607 y 1609. La información sobre el nombre y localización de las tribus ha sido refrendada por *Historie of Travaile*, un extenso informe escrito por el secretario de la colonia,

²⁹ Helen Rountree, *The Powhatan indian. Their traditional culture*, Norman, University of Oklahoma Press, 1989, p. 7.

³⁰ Los nombres locales del James y del York eran, respectivamente, Powhatan y Pamunkey. Aquí se utilizan los nombres coloniales de James para evitar las confusiones que suscita el multifacético término Powhatan, mientras que York permite diferenciar el tramo principal, que se conforma con la confluencia del Pamunkey con el Mattaponi y desemboca en la bahía.

William Strachey, publicado en 1612. En el mapa que acompaña su *Map of Virginia*, Smith hace una estimación de los hombres de armas de cada tribu con su respectiva ubicación, tomando como referencia el asentamiento de Jamestown. En el mapa (ver capítulo 1, p....), las mencionadas tribus llevan el signo de una vivienda indígena, lo cual permite distinguirlas de los otros tantos topónimos que aparecen. Para soslayar las diferentes maneras en que se solían escribir estos nombres propios locales, se presentan aquí en su expresión más simple. El contraste entre el texto y el mapa de Smith permite entonces destilar una descripción plausible sobre la población de Tsenacommacah.

Las tribus sobre el río James y sus afluentes eran, contando desde las zonas más altas, hasta la desembocadura: (1) Powhatan, (2) Arrohatoc, (3) Appamatoc, (4) Weanoc, (5) Chickahominy, (6) Paspehegh, (7) Quiyocohannoc, (8) Kecoughtan, (9) Warrasqueoc, (10) Nansamund y (11) Chesapeak. Las tribus (12) Pamunkey y (13) Mattaponi moraban sobre los ríos homónimos, mientras que en una región intermedia habitaban los (14) Youghtanund. Sobre el York se encontraba (15) Werowocomoco, donde residía Powhatan en tiempos de la fundación de Jamestown y a donde John Smith fue enviado como cautivo en el invierno de 1607-1608. Con (16) Chiskiac se agotan las tribus del York, mientras que en los márgenes el Rappahannock se ubicaban (17) Cuttatawomen, (18) Naudtaugtacund, (19) Pissasec, (20) Rappahannock (21) Moraughtacund, (22) Opiscopank, (23) Piankatank, y otra tribu también llamada (24) Cuttatawomen.³¹ Las tribus del río Potomac eran (25) Potomac (también llamada Patowomeke), (26) Onawmanient, (27) Secacawon y (28) Wicocomoco. Del otro lado de la bahía de Chesapeake, en la península que alberga actualmente a los estados de Virginia, Delaware y Maryland, habitaban las tribus (29) Accomac y (30) Accohannock.

El afán de Smith por identificar a las distintas tribus y ubicarlas geográficamente se debía a su preocupación militar por conocer las fuerzas de sus potenciales adversarios locales. Por ello apuntó la cantidad de hombres

³¹ Según consta en el mapa de Smith, hay dos tribus del mismo nombre sobre el río Rappahannock, una ubicada en la zona alta y otra en la desembocadura. Smith, hace referencia a la duplicación del poblado de la desembocadura, agregando que "más arriba hay otro Cuttatawomen con 20 hombres". John Smith, "A map of Virginia with a Description of the Country, the Commodities, People, Government and Religion", (1612), Edward Arber (ed.), *Travels and Works of Captain John Smith. President of Virginia, and Admiral of the New England, 1580-1631*, 2 vols., Edinburgh, John Grant, 1910 (I: 41-174), p. 52.

aptos para la guerra de cada una de ellas (ver Fig. 1), lo cual permite establecer una vaga aproximación demográfica. Las estimaciones de Smith rondaban en cerca de 2300 guerreros para 1609. A partir de estos datos, Mooney calculó que el dominio de Powhatan se extendía sobre 8500 almas.³² En 1973, Christian Feest reexaminó la demografía de Tsenacommacah, arrojando una estimación de 13.000 habitantes para 1607, mientras que E. Randolph Turner hizo lo propio en 1982, concluyendo en 14.300 habitantes.³³ Según Rountree, estas cifras arrojan una densidad de población de 0.79 personas por kilómetro cuadrado, aunque sugiere que debió haber sido mayor antes de que los indígenas quedaran expuestos a las enfermedades europeas.

Tomando en cuenta los datos de población elaborados en la figura 2, sale a la luz una diferencia entre el *Map of Virginia* de Smith, basado en sus observaciones entre los años 1607 y 1609, y el relato de Strachey, escrito en 1612, poco después de la edición del de Smith. Las recurrentes alusiones que Strachey hizo del texto de Smith (que en ciertos pasajes adoptan la modalidad de la copia lisa y llana) arrojan un manto de sospecha sobre la autenticidad de sus informaciones. Otra diferencia sustantiva entre los relatos de Smith y de Strachey es que mientras el primero recabó las informaciones de forma directa, a partir del contacto personal con los *werowances* de las distintas tribus que visitó, Strachey se valió de los testimonios de los indígenas que voluntariamente visitaban Jamestown o vivían allí, que eran mayormente de condición común. En relación a los hombres aptos para la guerra, Strachey mantuvo o elevó las cifras de Smith relativas a las cuencas de los ríos James y del York. Sin embargo, no hizo estimaciones sobre las poblaciones ubicadas sobre los ríos Rappahannoc y Potomac, lo cual señala que los agentes coloniales tenían pocas posibilidades de recorrer el territorio a causa de las hostilidades interétnicas desatadas en tiempos de su estadía en Virginia, entre mayo de 1610 y septiembre de 1611. Más asombrosa resulta la inclusión de populosas comunidades no mencionadas por Smith. Strachey informó sobre la existencia de 1500 hombres aptos para la guerra de la “zona alta del río Pamunkey o río del Príncipe [York]”. Agregó además los nombres de cada uno de los *werowances* de las comunidades que se detallan en la figura 3, lo cual le otorga cierta credibilidad a la información.

³² Mooney, op. cit., p. 130.

³³ Helen Rountree, *The Powhatan Indians...* op. cit., p. 15.

TRIBU marcada en <i>Map of Virginia</i>	SMITH (1612)	STRACHEY (1612)	Cuenca fluvial	Ref. Mapa Smith
Powhatan	40	40	James	1
Arrowhatocks	30	60	James	2
Appamatucks	60	100	James	3
Weanocks	100	100	James	4
Paspeghes	40	40	James	6
Chickahomania	200	300	James	-----
Quiyougcohanocks	25	60	James	7
Kekoughtans	20	30	James	8
Warraskoyacks	40	60	James	9
Nandsamunds	200	200	James	10
Chesapeacks	100	no menciona	James	11
Pamunkeys	300	300	York	-----
Mattapament	30	140	York	
Youghtanund	60	70	York	-----
Werawocomoco	40	40	York	15
Chiskiack	40 o 50	50	York	16
Payankatank	40	no menciona	Piankatank	23
Cuttatawomen (oeste)	30	no menciona	Rappahannock	17
Nautaughtacund	150	no menciona	Rappahannock	18
Pisaseck	no menciona	no menciona	Rappahannock	19
Rappahannock [Toppahanock]	100	no menciona	Rappahannock	20
Moraughtacund	80	no menciona	Rappahannock	21
Cuttatawomen (este)	20	no menciona	Rappahannock	24
Potomac [Smith: Patawomeke]	160	no menciona	Potomac	25
Onawmanient	100	no menciona	Potomac	26
Sekacawon	30	no menciona	Potomac	27
Wicocomoco	130	no menciona	Potomac	28
Accomac	80	no menciona	[Península]	29
Accohanoc	40	no menciona	[Península]	30
TOTAL	2285/2295	1490		

Fig. 1. "Hombres aptos para la guerra en los dominios de Powhatan". Información elaborada según los datos provistos por John Smith (1612) y William Strachey (1612).³⁴

³⁴ John Smith, *Map of Virginia*, op. cit. pp. 51-52; William Strachey, *Histoire of Travaile...*, op. cit., pp. 56-62.

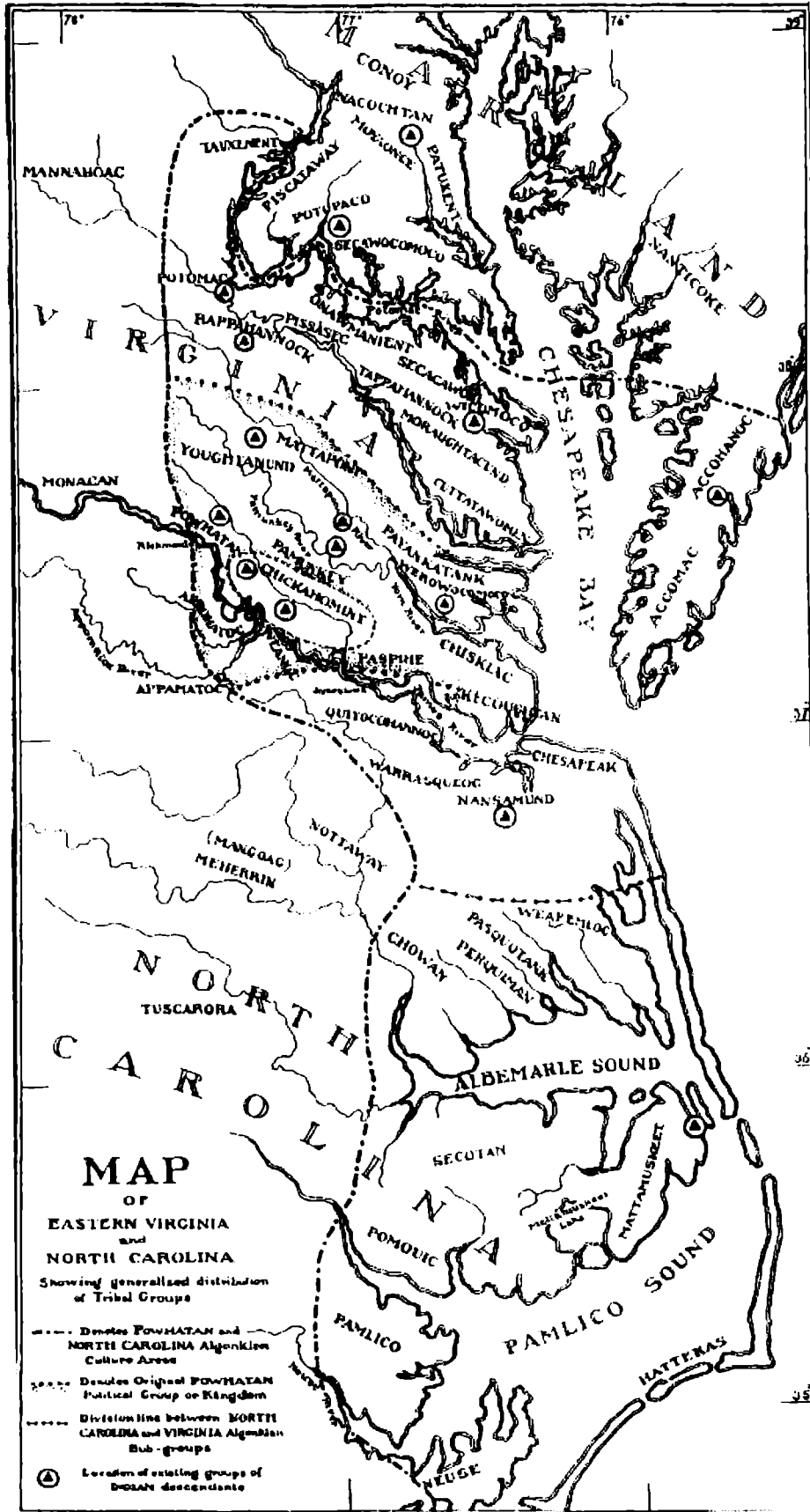


Fig. 2. Frank G. Speck (1924), "Map of Eastern Virginia and North Carolina"

Tribus mencionadas por Strachey (1611)	Hombres aptos para la guerra
Pataunck	100
Ochahannanke	40
Cassapecock	100
Kaposecock	400
Pamareke	400
Shamapa	100
Orapaks ³⁵	50
Chepecho	300
Paraconos	10
TOTAL	1500

Fig. 3. Strachey (1612): Cantidad de guerreros de tribus no registradas por Smith.

Ahora bien, ¿cómo interpretar esta presunta dominancia demográfica de las zonas altas de Tsenacomacah? Una explicación plausible, aunque no concluyente, estaría dada por la reagrupación de comunidades en zonas alejadas del contacto con los colonos. Esta era, por cierto, una dinámica habitual entre los nativos. No obstante, ello deja sin explicar el hecho de que, según Strachey, el número de los habitantes vecinos a Jamestown no sólo no había mermado después de tres años de asentamiento colonial, y consecuente contacto con las enfermedades europeas, sino que mostraba sensibles aumentos. Esto permite apenas conjeturar dos cuestiones: que los nativos habrían mentido respecto de sus fuerzas para disuadir eventuales ataques o que, efectivamente, habría aumentado la presencia de hombres aptos para la guerra en las inmediaciones de Jamestown con fines, naturalmente, militares.

³⁵ Orapacks aparece con el signo de tribu en el mapa de Smith, no obstante el texto no aporta información alguna.

Organización política

Sobre el aspecto de la organización política, se advierte la existencia de jefaturas locales revistiendo la figura de *werowances*. Smith y Strachey prestaron atención a esta dignidad nativa, tanto como para que éste último tomara nota de cada uno de los nombres propios. Smith hizo una interesante referencia sobre los chickahominies, cuya autoridad se mostraba independiente de Powhatan. Habiendo concluido la enumeración de las tribus del James, advierte que "en todos esos lugares hay un jefe [a severall commander], al cual ellos llaman *werowance*, excepto los *Chickhamanians* [Chickahominies], que están gobernados por los sacerdotes y sus asistentes, los ancianos llamados *Caw-cawwassoghes*".³⁶ Strachey, por su parte, dio cuenta de que

Sobre el río de Chickahamania, algo de diez o doce millas desde Jamestown, que va desde el lado norte hasta el río de nuestro rey [están] los Checkahamias, siendo un pueblo guerrero y libre, aunque pagan ciertos tributos [*duyties*] a Powhatan, y con cobre serán retribuidos para servirlo y ayudarlo en sus guerras. Sin embargo, no admitirán ningún weroance de su parte para que los gobierne, ya que son controlados y guiados por sus sacerdotes, con la asistencia de sus mayores a los cuales llaman Cawcawwassoughes. Y ellos pueden juntar trescientos hombres.³⁷

Al poner el énfasis en la original organización política de los chickahominies, Smith y Strachey no hacían más que confirmar lo que ellos entendían era la regla del dominio nativo, es decir, la existencia de *werowances* locales subordinados a un *werowance* principal o jefe supremo [paramount chief], lo cual se expresaba mediante la entrega de tributos y la ayuda militar.³⁸ Si una tribu tenía más de un poblado en su territorio, entonces se delegaba el gobierno a *werowances* menores. Las tribus podían tener "*werowances*"

³⁶ Ibid, p. 51. Las bastardillas son del original.

³⁷ Strachey, *Historie of Travaille*, op. cit., pp. 61-62.

³⁸ El término algonquino para *werowance* principal o jefe supremo era *mamanatowick*. El término *werowance*, en rigor, tenía una aplicación más amplia entre los nativos, ya que remitía al concepto de jefe. Smith apuntó que "la palabra *Werowance*, que nosotros usamos para un rey, es una palabra común que ellos usan para referirse a todos los comandantes [commander]. Smith, op. cit., p. 81. Strachey copió literalmente esta frase. Strachey, op. cit., p. 51.

mujeres, para cuyo caso se aplica el término algonquino *weroansqua*. Tanto *werowances* como *weroansquas* heredaban su posición por línea materna.³⁹ Según Smith, así era el orden de sucesión de Powhatan:

Su reino descendía no a sus hijos ni a sus niños [sonnes nor children], sino primero a sus hermanos, de los cuales tenía tres, a saber *Opitchapan*, *Opechancanough* y *Catataugh*, y después de su deceso a sus hermanas. Primero a la hermana mayor, después al resto, y después de ellas a los herederos masculinos y femeninos de la hermana mayor, pero nunca a los herederos de hombres.⁴⁰

Esta estructura, característica de los algonquinos de la costa del sureste de América del Norte, se corresponde en líneas generales con la categoría antropológica de "sistema de cacicazgo". Según la definición de Marshall Sahlins, este sistema es esencialmente jerárquico, y los grados de autoridad se definen a partir de relaciones de parentesco. Las posiciones más altas están reservadas para los parientes cercanos del *werowance*, aunque existe un margen para la elevación social de personajes destacados por sus cualidades guerreras o sus dotes de liderazgo. La estructura jerárquica permite, prosigue Sahlins, la instauración de una "economía autoritaria" que sobrepasa la producción doméstica, permitiendo la diversificación, la generación de excedentes y la exigencia de servicios (como ser el trabajo agrícola para el consumo de la elite, tareas de construcción, etc.).⁴¹

Feest reparó en la dinámica de movilidad y sostén de las jerarquías, a través de los siguientes dispositivos sociales:

la sociedad algonquina de Virginia se caracterizaba por una estratificación social basada en la acumulación de riqueza. El estatus y la riqueza podían ser adquirido por cualquiera [que se destacara] por sus actos guerreros y sus capacidades económicas individuales,

³⁹ Según describe Christian F. Feest en el reconocido *Handbook of North American Indians*, "La menor unidad de la sociedad de los algonquinos de Virginia era la casa familiar (probablemente algún tipo de familia extendida), de 6 a 20 miembros. Nada se sabe respecto de grupos de parentesco más grandes. Cada tribu consistía de uno o más poblados y estaba dirigida por un jefe (*werowance*). Algunos poblados dependientes tenían su propio subjefe. La jefatura era heredada por línea materna". Christian F. Feest, "Virginia Algonquians", William Sturtevant (ed. general), *Handbook of North American Indians*, vol. 15, a cargo de Bruce G. Trigger, Washington D. C, Smithsonian Institution, 1978 (253-270), p. 261.

⁴⁰ Smith, op. cit., p 81. Las bastardillas son del original, lo cual es válido para las citas posteriores.

⁴¹ Marshall D. Sahlins, *Las sociedades tribales*, Barcelona, Labor, 1972 [1968], pp. 43-48.

aunque diversas prácticas restrictivas reforzadas por los jefes y sus consejeros favorecían la estabilidad social: gran parte de la cosecha era pagada a los jefes para mantener a sus familias y a los sacerdotes; los campos del jefe eran trabajados por gente común; el comercio monopólico reservaba sus beneficios para la clase gobernante. La movilidad social estaba regulada por la clase alta. Los buenos guerreros u otras personas eran premiados por los werowances con bienes materiales o nombres.⁴²

Para Gleach, este principio de movilidad social se explica por la existencia de dos tipos de autoridad tribal, el “jefe de paz” [peace-chief] y el “jefe de guerra” [war-chief], distinción aplicable a la etnia algonquina en general. Walter Miller, por ejemplo, analizó en 1955 estos dos conceptos en relación a los fox, de la etnia algonquina del centro de la región de los Grandes Lagos. Miller definió al jefe de paz o “jefe de poblado” como la autoridad civil ejercida en vistas a mantener la armonía de la comunidad, autoridad hereditaria que no se imponía en forma directa sino que estaba mediada por un consejo. El jefe de guerra asumía cierto grado de imposición autoritaria, especialmente en las campañas de guerra, pero su posición no era permanente ni tampoco obligatoria por parte de la comunidad. Es decir, ambas jefaturas, la civil y la militar, estaban limitadas en su ejercicio.⁴³

Gleach insiste en este aspecto dual de la jefatura, que la historiografía ha desestimado. Para el antropólogo estadounidense, sin embargo, la distinción entre estos dos tipos de autoridad no se agotaba en la cuestión de paz y guerra, sino que contemplaba los asuntos internos y externos en general. Ambas jefaturas, complejiza Gleach para el caso de los algonquinos de Virginia, eran complementarias, dado que el “jefe de paz mantenía una posición superior pero dependía del apoyo del jefe de guerra en el consejo. La posición del jefe de guerra podía, por supuesto, cobrar una mayor importancia en un contexto de interacción con extranjeros”.⁴⁴ Además, agrega Gleach, las jefaturas estaban numéricamente compensadas, según sus respectivas esferas de incumbencia: “Powhatan era el jefe supremo de su pueblo, situándose por encima de los jefes de todos los poblados de Tsenacommacah.

⁴² Feest, op. cit., p. 261.

⁴³ Walter B. Miller, “Two Concepts of Authority”, *American Anthropologist*, New Series, vol. 57, N° 2, parte 1, abril de 1955 (271-289), pp. 283-285.

⁴⁴ Gleach, op. cit., p. 35.

Del mismo modo, Opechancanough fue su jefe de guerra; había otros jefes de guerra, tantos como *werowances* menores había”.⁴⁵

El carácter dual de la jefatura de los algonquinos de Virginia impone algunas divergencias con el modelo de cacicazgo de Sahlins, ya que no se ciñe rigurosamente al esquema de parentesco que propone este último. Otro importante matiz radica en que la autoridad de Powhatan no era homogénea dentro de su territorio, sino que era más fuerte en las tribus que inicialmente conformaron el dominio de Powhatan, el cual heredó en algún momento de la década de 1570. Estos dominios abarcaban a las tribus de las zonas altas de los ríos James (Powhatan, Arrohatec, Appamatuck), Chickahominy (Orapaks), Pamunkey (Youghtanund) y Mattaponi (Mattaponi). Además, Powhatan había recibido en herencia Kiskiack y Werowocomoco, en el York.⁴⁶ El resto de las tribus del James y del York fueron incorporadas por conquista para fines de 1608, como es el caso de Payankatank, referido por Smith:

En el año 1608, él [Powhatan] sorprendió al pueblo de Payankatank, a sus vecinos y súbditos. La ocasión fue desconocida para nosotros, pero la forma fue esta: Primero, [Powhatan] envió a varios hombre para que pernoctasen esa noche con ellos, luego los *embuscadores* rodearon todas sus casas y a la hora señalada todos bajaron a atacar: 24 hombres fueron asesinados, y el pelo largo de un lado de sus cabezas con la piel fue extraído con conchas o cañas y llevados. Ellos sorprendieron también a las mujeres y los niños y al *werowance*. Todos ellos fueron presentados a *Powhatan*. El *Werowance*, mujeres y niños se convirtieron en prisioneros para su servicio.⁴⁷

Ciertamente, la lealtad de los *werowances* del corazón del dominio de Powhatan quedaba reforzada por sólidos lazos de parentesco, como se evidencia en el caso de su hermano Opechancanough, *werowance* de Pamunkey y su sucesor desde 1618, o en el caso de sus dos hijos, Parahunt y

⁴⁵ Idem.

⁴⁶ Feest, op. cit., p. 254. Smith dio cuenta de los territorios recibidos en herencia por Powhatan: “algunos países él tenía, los cuales habían sido de sus ancestros y los heredó, como el país llamado *Powhatan*, *Arrohateck*, *Appamatuke*, *Pamaunke*, *Youghtanund* y *Mattapanient*. Para el resto de sus territorios expresados en el Mapa, ellos reportan que han sido sus variadas conquistas”. Smith, op. cit., p. 79.

⁴⁷ Smith, “Map of Virginia”, op. cit., p. 82. Strachey parafraseó este pasaje en *Historie*, op. cit., p. 36.

Pochins, *werowances* de Powhatan y Kecoughtan respectivamente.⁴⁸ Las incorporaciones más tardías mantenían una cierta autonomía respecto a Powhatan. Sostiene Rountree que las tribus de la costa oriental de la bahía (Accomac y Accohanock), del río Rappahannock y de la orilla meridional del Potomac eran, para 1607, “el margen de la nueva identidad étnica que Powhatan había tratado de crear dentro de su `imperio’”.⁴⁹ Esto podría explicar, en parte, las guerras en las que, de tanto en tanto, se enfrentaban los pequeños grupos tribales del Rappahannock.⁵⁰

Sin embargo, las alianzas locales se vieron alteradas por la presencia blanca, desde 1607. Algunas tribus se valieron de su laxa subordinación a Powhatan para comerciar con los colonos, mientras que las tribus más leales cumplían con su determinación de no entregar grano a los colonos en intercambio. La presencia de los colonos también transformó la relación de fuerzas locales, dando lugar a nuevas alianzas para combatir a los colonos, como la que se gestó en 1622 entre el grupo Powhatan (por entonces liderado por su hermano Opechancanough) y los Chickahominies con el propósito de atacar a los establecimientos coloniales del James.

Organización social

En cuanto a la organización social de los powhatans, la evidencia documental y arqueológica indica que se trataba de una sociedad altamente estratificada. Si los documentos del temprano período colonial enfatizan las distinciones jerárquicas a partir del uso diferenciado de ciertos atuendos (mantas con distinto nivel de elaboración artesanal, ornamentos de cobre, caracoles, plumas, etc.), la evidencia arqueológica refrenda contundentemente esa información. El “manto de Powhatan”, de piel de ciervo, es una valiosa pieza arqueológica, con su elaborado bordado de diminutos caracoles, del que

⁴⁸ Los pamunkeys fueron el principal baluarte militar de Powhatan, a razón de su superioridad numérica. Garland Pollard, *The Pamunkey Indians of Virginia*, Washington D. C, Smithsonian Institution. Bureau of Ethnology, Government Printing Office, 1894, p. 9

⁴⁹ Rountree, op. cit., p. 14, Custalow y Daniel, op. cit., p. 8.

⁵⁰ Feest, op. cit., p. 256.

se cree era parte del ajuar de los templos mortuorios.⁵¹ Otra valiosa información arqueológica es provista por Stephen Potter, quien ha analizado los restos de osarios de la cuenca del Potomac correspondiente a la primera mitad del siglo XVII.⁵² Uno de los esqueletos (nº 12, 1608-1630 aprox.) está ataviado con láminas de cobre de formas circulares y semi rectangulares, cascabeles del mismo material, conchas de caracoles marinos [whelk shells], vasijas de barro cocido y cadenas de cuentas y un crucifijo de metal.⁵³ Nada puede decirse sobre la apropiación cultural que los potomacs habrían hecho del crucifijo europeo, aunque sí puede afirmarse que, como los otros objetos del ajuar, demarcaba el status social del muerto.

Los miembros más sobresalientes de la sociedad eran los *werowances*, los sacerdotes o *quiakros* y los cazadores y guerreros destacados que servían como consejeros. Las familias de estos grupos dirigentes también gozaban de privilegios y eran a menudo caracterizados por los colonos como "better sort people". La posición de *werowances* y sacerdotes, particularmente, era tan elevada que los ingleses creían que eran considerados "semidioses", lo cual les concedía la exclusividad de acceder a una vida después de la muerte. Tal creencia fue descrita así por Strachey:

Respecto de la inmortalidad del alma, ellos suponen que la gente común no vive después de la muerte, pero sí lo piensan de los weroances y sacerdotes, aún los que son considerados medios *quiouchcosughes* [quiacko], [lo cual ocurre] cuando sus cuerpos yacen en la tierra, que es de donde ellos parten hasta traspasar las montañas y más allá, hasta dar con el lugar donde el sol se pone en

⁵¹ El "manto de Powhatan" se encuentra actualmente en el Museo Ashmolean de Oxford y procede de colecciones privadas. La pieza mide 2,35 m x 1,6 m. y consiste en una pieza de piel de ciervo decorada con 37 figuras con numerosos caracoles marinos pequeños: la figura de un hombre en planta y dos animales de perfil, mientras que las restantes 24 figuras son círculos, dispuestos con cierta simetría. Pese a que tradicionalmente se lo ha tenido por un manto, Christian Feest ha argumentado que era parte de la parafernalia ritual, "(posiblemente adquirido por los ingleses como botín durante los años de guerra posteriores a 1622) de un templo de los algonquinos de Virginia, donde las familias principales mantenían a sus parientes muertos". Gregory Waselkov, "Indians Maps of the Colonial Southeast", Gregory Walsekov, Peter Wood y Tom H. Hatley (eds.), *Powhatan's Mantle, Indians in the Colonial Southeast*, Lincoln and London, University of Nebraska Press, 2006 [1989] (435-502), p. 456.

⁵² Stephen Potter, "Early English Effects on Virginia Algonquian. Exchange and Tribute in the Tidewater Potomac", Gregory Walsekov, Peter Wood y Tom H. Hatley (eds.), op. cit. (215-241). La evidencia consta de 12 esqueletos, y el Nº 12 presenta varios elementos funerarios. El osario fue encontrado en 1869 por un grupo de anticuarios y recién fue reportado por Elmer Reynolds en 1880 del Smithsonian Institution.

⁵³ *Ibid.*, p. 227.

los campos más placenteros, [con su] tierra y pasturas, donde no hacen ningún trabajo. Por el contrario, están adornados finamente con plumas y pintados con aceite y pocones,⁵⁴ descansan en completa tranquilidad y paz, comen frutos deliciosos, tienen reservas de cobre, cuentas y hachas. Cantan, bailan y tienen una variedad de placeres y júbilos hasta que, como la cera vieja, se disuelven y mueren, así como lo hacen sus cuerpos en la tierra, y entonces vuelven nuevamente al vientre de una mujer, para nacer nuevamente al mundo".⁵⁵

Por su parte, Rountree apunta que la posición de los sacerdotes estaba dada por su habilidad para influenciar a los dioses y prever el futuro.⁵⁶ Estas cualidades "sobrenaturales" no eran excluyentes, puesto que los sacerdotes tenían una notable incumbencia en los asuntos seculares, en tanto consejeros. Strachey resaltó la importancia de los sacerdotes como consejeros de guerra: "Cuando ellos [los indígenas] intentan cualquier guerra, los weroances usualmente son aconsejados por sus sacerdotes o hechiceros, sus aliados y más confiables cancilleres y amigos. Pero comúnmente los sacerdotes tienen la última palabra y por ello determinan sus resoluciones".⁵⁷

Otro signo de distinción social eran los sirvientes. Los testimonios de Smith y de Strachey hacen referencia a mujeres que sirven los alimentos, que asisten a los *weroances* o a los sacerdotes en determinados rituales, o que acompañan y sirven a ciertas dignidades femeninas. Powhatan tenía a su servicio, además, una guardia personal "de 40 o 50 de los hombres más altos que el país puede proveer" y, asimismo, "tenía tantas mujeres como quería".⁵⁸

⁵⁴ Este término aparece en el denominado "Vocabulario indio", apéndice que completa la *Historie of Travaille* de Strachey. Transliterado como "poughkone", significa "la pintura o tintura roja" ["the red paint or dye"]. Strachey, op. cit., p. 192. Según Smith, "Pocones es una pequeña raíz que crece en las montañas, que después de ser secada y machacada hasta hacerla polvo se vuelve roja. Y ellos lo usan para hinchazones, dolores, como unguento para sus articulaciones, para pintar sus cabezas y ropas". Smith, op. cit., p. 59.

⁵⁵ Strachey, op. cit., p. 96. Este pasaje parafrasea a otro de Smith, donde dice que "ellos piensan que sus *weroances* y sacerdotes, a los cuales consideran *Quiyoughcosughes*, cuando mueren van más allá de las montañas, hacia la puesta del sol, y permanecen siempre allí en forma de sus *Oke*, con sus cabezas pintadas con aceite y *pocones*, finamente decorados con plumas, y tienen cuentas, hachas, cobre y tabaco, y no hacen otra cosa que danzar y cantar con todos sus predecesores". Smith, op. cit., p. 78. *Oke* era el término para referirse al dios principal, el cual era tenido por los como el propio diablo, tal como expresara Smith: "Pero el Dios principal que ellos adoran es el Demonio, al que llaman *Oke* y sirven más por miedo que por amor". *Ibid.*, p. 75.

⁵⁶ Rountree, *The Powhatans Indians...* op. cit., p. 100.

⁵⁷ Strachey, op. cit., p. 100.

⁵⁸ Smith, op. cit., p. 80. *Idem* Strachey, op. cit., p. 51.

La poligamia era un atributo exclusivo de los miembros más prominentes de la sociedad. El matrimonio con dos mujeres o más⁵⁹ implicaba, necesariamente, la posesión de recursos para solventar a un nuevo miembro en la familia. Naturalmente, los principales *werowances* eran quienes detentaban la mayor cantidad de mujeres en matrimonio, aunque no necesariamente compartieran la misma casa. Este punto fue resaltado por Strachey en su descripción sobre las mujeres de Powhatan:

De acuerdo con los usos y costumbres del paganismo sensual, en el permiso de poligamia, él puede tener tantas mujeres como desee, y tiene (como se supone), muchas más que cien, no manteniendo a todas en una misma casa o serrallo [seraglia], como los turcos, sino a un número determinado que vive en sus diversos lugares. Cuando él yace en su cama, una se sienta en la cabecera y otra a sus pies, pero cuando se sienta a comer o hay una presencia extranjera, entonces una se sienta a su izquierda y la otra a su derecha, como aquí se expresa.⁶⁰

La referencia a la disposición de las mujeres en los aposentos de Powhatan se desprende a la imagen contenida en *Map of Virginia* (ángulo superior izquierdo), que el propio Strachey hizo copiar e incluir en su *Historie*. La cantidad de mujeres se presenta también dudosa, siendo “como se supone, muchas más que cien”. No obstante, la descripción es útil en cuanto muestra que las mujeres del *werowance* supremo estaban repartidas en sus “distintos lugares”, esto es, en sus respectivas comunidades. De las que vivían con él, “se dice que son cerca de una docena al presente, en cuya compañía se regocija más que con el resto, dado que la mayor parte son mujeres muy jóvenes y comúnmente se mudan con él de casa en casa, ya sea en tiempos de caza o en las visitas a sus diversas casas”.⁶¹

Entre los algonquinos de Virginia existía un cierto margen de “ascenso social” que hacía posible la poligamia a hombres del común. Por ejemplo, los cazadores prominentes que estuvieran en condición de mantener a más de una esposa, podían hacer una especie de pacto matrimonial provisorio (por un

⁵⁹ Helen Rountree no desestima la posibilidad, pese a la falta de evidencia documental, de que las *mamanatowicks* o jefas tribales tuvieran acceso a más de un marido. Rountree, op. cit., p. 111-112.

⁶⁰ Strachey, op. cit., p. 53.

⁶¹ Idem.

tiempo determinado de aproximadamente un año) y si excedía ese plazo se consolidaba como permanente. El primer matrimonio se consideraba una unión indisoluble en tiempo y espacio, ya que duraba hasta la muerte de uno de los cónyuges e implicaba la cohabitación.

Organización económica

Los algonquinos de la región de la Bahía de Chesapeake basaban su economía en el cultivo de maíz, para lo cual preparaban la tierra con la técnica de tala y quema. Las mujeres y niños sembraban con palos cavadores entre los meses de abril y junio, mientras que los hombres del común estaban compelidos a trabajar estacionariamente en las tierras de los *werowances*. La división sexual del trabajo era muy marcada, al punto que Strachey advirtió que los hombres evitan “ser vistos en algún trabajo amanerado, lo cual genera que las mujeres sean muy esforzadas y los hombres a menudo vagos”.⁶²

La cosecha se daba entre agosto y octubre, pero como describió Smith, “el mayor trabajo que se toman es en plantar su grano”, lo cual realizaban del siguiente modo:

Para preparar la tierra ellos machacan la corteza de los árboles cerca de la raíz, luego queman la raíz con fuego de modo que no crece más.

Al año siguiente ellos aporrean a la madera por la raíz, y en esa tierra ellos plantan su grano. La manera es esta: hacen un hoyo en la tierra con un palo, y en él ponen 4 granos de trigo [sic] y 2 de guisantes. Los hoyos que hacen tienen 4 pies unos de otros. Sus mujeres y niños lo desmalezan continuamente (...) En abril comienzan a plantar, pero su principal plantación es en mayo, y continúan hasta mediados de junio.

Lo que plantan en abril lo cosechan en agosto, lo de mayo en septiembre y lo de junio en octubre. Cada tallo de su grano aguanta dos mazorcas, algunos 3, rara vez 4, algunos sólo uno, y otros ninguno. Cada mazorca comúnmente da entre 200 y 500 granos. El tallo mientras está verde contiene un jugo dulce, parecido a la caña de azúcar, que ellos chupan, lo cual es la causa de que junten su grano

⁶² Strachey, op. cit., p. 74-75.

verde. Y así como nosotros juntamos guisantes verdes, lo mismo hacen ellos con el grano verde, el cual supera al maduro.⁶³

Tomando la estimación de Feest, la horticultura contribuía un 25% la dieta indígena. En las pequeñas parcelas familiares, de un tamaño calculado entre los 10 y los 20 m²,⁶⁴ sembraban guisantes, zapallos, girasoles y tabaco para consumo ritual. La caza, pesca y la recolección de frutos silvestres y raíces completaban las actividades de subsistencia. Según el registro de Smith,

En marzo y abril viven especialmente de la pesca y se alimentan de pescado, pavos y ardillas. En mayo y junio plantan sus campos y viven mayormente de bellotas, nueces y pescado. Pero para completar sus dietas, algunos se dispersan en pequeñas compañías y se alimentan de peces, animales, cangrejos, ostras, tortugas de tierra, fresas, moras, etc. En junio, julio y agosto se alimentan de raíces de *tocknough*, bayas, pescado y grano verde.⁶⁵

Las actividades de caza de venado complementaban el ciclo agrícola, ya que en los meses de invierno anteriores a la cosecha los hombres se trasladaban a las cabeceras de los ríos, a tres o cuatro días de viaje, para participar de actividades comunitarias de caza, que involucraban a más de 300 individuos. Los cazadores en grupo acorralaban las manadas mediante incendios intencionales, mientras los cazadores individuales también se camuflaban o recurrían a la instalación de trampas. Las habilidades cazadoras de los indígenas fueron exaltadas por Smith:

En la cacería y en la pesca ellos toman riesgos extremos, aún estando habituados a estos ordinarios ejercicios desde la infancia, a los cuales consideran un placer y están muy orgullosos de ser expertos (...) Para sus cacerías dejan sus moradas y se agrupan en compañías, como hacen los *tártaros*, y van a los sitios más desiertos con sus familias, donde pasan su tiempo cazando (...), por las cabeceras de los ríos, donde hay abundancia de animales. (...) En las cacerías en los desiertos son comúnmente 200 o 300 en total. Una vez que encuentran a los ciervos, los rodean con muchos fuegos y ellos

⁶³ Ibid., p. 61-62.

⁶⁴ Según Strachey, las parcelas o "jardines" median entre 100 y 200 pies cuadrados. Ibid., p. 79

⁶⁵ Smith, op. cit., p. 68. *Tocknough* es, en rigor, tuckahoe, una planta tuberosa, cuya raíz era convertida en harina y cocinada a modo de pan.

mismos se quedan entre los fuegos. Y como los ciervos se asustan por los fuegos y sus voces, ellos los persiguen dentro del círculo, tanto que llegan a matar 6, 8, 10 o 15 en una cacería.⁶⁶

Los hombres eran también expertos en la pesca, para la cual empleaban líneas con anzuelos de hueso, diversos tipos de redes, esclusas o trampas hechas de juncos, lanzas y probablemente arpones. Sus redes y otros cordajes estaban hechos de tendones pero principalmente de fibras vegetales, como la yucca filamentosa.⁶⁷ Una práctica muy extendida era la pesca nocturna para lo cual mantenían un fuego en la canoa que atraía a los peces, modalidad que fue inmortalizada en una de las acuarelas de John White (que también da cuenta de las complejas esclusas para atrapar peces).⁶⁸

Una consideración sobre el sistema tributario completa la mirada sobre la organización económica de los habitantes de la región de Chesapeake. El tributo consistía en alimentos (maíz, presas de caza, pescado, aves) y ciertos materiales que demarcaban la jerarquía social (cuentas, cobre, pieles). Los hombres de común condición entregaban regularmente el tributo a sus respectivos *werowances*, para el sostenimiento de las familias dirigentes. A su vez, estas familias disponían de territorios exclusivos donde los hombres –no así las mujeres y niños, que mantenían los campos de la comunidad– prestaban servicio. Se conoce el caso de Powhatan (aunque se presume que los *werowances* tribales también disponían de este privilegio), el cual detentaba una franja relativamente deshabitada de territorio entre los ríos Piankatank y York y que era cultivada especialmente para él y sus esposas.⁶⁹ Los excedentes también eran destinados al mantenimiento del culto religioso, especialmente para el ajuar funerario, y de las festividades comunitarias. La cantidad de tributo o la proporción respecto de la productividad comunal resulta más difícil de establecer. Strachey afirmó que los *werowances* tribales pagaban a Powhatan el 80 por ciento de lo que producía la tierra:

⁶⁶ Smith, op. cit., pp. 69-70. Respecto a la localización de los ciervos, Smith menciona que "en los desiertos hacia la cabeceras de los ríos, hay muchos, pero entre los ríos, pocos". *Ibid.*, p. 59.

⁶⁷ Charles C. Willougby, "The Virginia Indians in the Seventeenth Century", *American Anthropologist*, New Series, vol. 9, N 1, enero-marzo de 1907 (57-86), p. 80.

⁶⁸ Smith dio cuenta de una amplia variedad ictícola, contando 26 especies diferentes. *Ibid.*, pp. 60- 61.

⁶⁹ Rountree, op. cit., p. 109.

ocho de diez partes de tributo de todos los recursos que produce la tierra, como trigo [sic], guisantes, porotos, ocho medidas de diez (todo medido en pequeñas canastas provistas por el gran rey) de raíces secas, ocho medidas de diez de todo tipo de pieles; y así él roba a la gente, en efecto, de todo lo que tiene, aún de las pieles de ciervo con las que se protegen del frío.⁷⁰

La figura del robo era perfectamente compatible, en el discurso de Strachey, con su intención de promover la colonización de Virginia en los difíciles primeros años. Esta intención queda refrendada por sus propias palabras, al proponer un orden colonial más benévolo, en términos “fiscales”, que el autóctono: “Cuando ellos entiendan cómo el tributo que pagarán a su Majestad [Jacobo I] será mucho menor al que Powhatan les extrae y roba, (...) ellos disfrutarán libremente de lo que puedan obtener y tendrán un comercio pacífico y franco con los ingleses...”.⁷¹

Evidentemente, la exageración de Strachey tenía fundamentos retóricos. La exacción de un 80% de los excedentes es inverosímil también por otras razones. En primer lugar, por la relativa autonomía que tenían los *werowances* tribales respecto de Powhatan, cuyas dignidades estaban demarcadas por la posesión de objetos suntuarios. Esto permite inferir que los tributos eran concentrados en una mayor proporción por los jefes locales, y por lo tanto, que la cantidad dirigida a Powhatan era, incluso para las tribus que conformaban el corazón de Tsenacomacah, muy inferior a la indicada por Strachey. En segundo lugar, no había necesidad de concentrar tal cantidad de excedentes ya que, como apunta Rountree, la economía de los powhatan no era propiamente redistributiva, en el sentido de clásico de la antropología. Esto implica que no había necesidad de concentrar una cantidad descomunal de excedentes, porque las comunidades aseguraban su autosubsistencia y no había mayores riesgos de abastecimiento como era corriente en las llamadas “sociedades hidráulicas”. Un tercer argumento está dado por la falta de evidencia arqueológica de centros de almacenamiento para grandes volúmenes de producto, por lo que se deduce que los tributos de los *werowances* se concentraban en sus propias residencias, que según consta en el testimonio de Smith, “se reservaba para tiempos de escasez”. Por último,

⁷⁰ Strachey, op. cit., p 81.

⁷¹ Ibid., pp. 86-87.

grandes reservas de grano habrían insumido mayores esfuerzos para el secado, que en un clima húmedo como el de Tsenacomacah suponía un consumo aún mayor de madera que, como se ha visto, era muy difícil de obtener con las precarias herramientas que tenían.⁷²

Un balance sobre la organización económica de los algonquinos muestra que la autosuficiencia de las comunidades estaba garantizada para su tipo de explotación de los recursos naturales, lo cual queda refrendado por un sistema tributario destinado al mantenimiento del sector dirigente. No obstante, los extractos documentales incluidos en esta sección muestran algunas tensiones aparentes que es preciso desentrañar.

Un aspecto sobresaliente es la insistencia de John Smith en la abundancia de recursos alimenticios y a la habilidad de los nativos para obtenerlos. Esto, sin embargo, era contradictorio con sus afirmaciones sobre el desaprovechamiento de la tierra, como la que expresa que “cuando todos los frutos son recogidos, apenas plantan algo más, lo cual es realizado por las mujeres y los niños, pero no les alcanza para mucho. Cerca de tres partes del año ellos sólo observan el tiempo y las estaciones y viven de lo que el país les provee naturalmente con lo justo, etc.”.⁷³

Este argumento, junto con otros alusivos a la tierra inculta y la insuficiencia de hombres que se han considerado en el capítulo 1, era constitutivo del discurso colonial. Éste apelaba al principio del derecho romano *res nullius*, el cual admitía que las “cosas vacías” (tierras deshabitadas y/o incultas) eran susceptibles de ser colonizadas. Este ancestral principio rector del modelo de civilización europeo daba lugar tanto a ocupaciones violentas del territorio como a expropiaciones forzosas de producto. Por último, cabe destacar que la presunta “ociosidad” de los indígenas, esto es, la manera de vivir de la naturaleza “con lo justo”, era una estimación falseada por la propia necesidad de los colonos, que debieron apelar a los indígenas como fuente única y exclusiva de aprovisionamiento. A la luz de las acuciantes dificultades que los ingleses tuvieron para obtener sus alimentos, los excedentes indígenas se presentaban insuficientes, dado que su presencia excedía las posibilidades de previsión que los indígenas tenían para casos de necesidad de su comunidad y, ciertamente, los excedentes indígenas no alcanzaban para

⁷² Rountree, op. cit. p. 111.

⁷³ Smith, op. cit., p. 63

alimentar a un centenar de nuevas bocas. La impotencia de los colonos por proveerse de los recursos para su supervivencia habría distorsionado, entonces, la visión que alcanzaron sobre la organización económica de los “anfitriones” nativos.

Capítulo 7

LAS HOSTILIDADES INTERÉTNICAS EN LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD COLONIAL

La conformación de la sociedad colonial de Virginia, en el incipiente y precario asentamiento de Jamestown, estuvo amenazada por la conflictividad desatada entre los colonos y los nativos, lo cual se epitomiza en esta tesis como hostilidades interétnicas. Esta categoría de análisis alude exclusivamente a la confrontación entre europeos e indígenas y excluye por completo a eventuales conflictos entre distintas etnias nativas. La terminología adquiere su validez del hecho de que no se constatan (ni tampoco es la intención del trabajo indagar en ello) rivalidades propiamente interétnicas, es decir, entre algonquinos y nativos de otra etnia o familia lingüística, como podrían haber sido los susquehanna de la región norte. Si bien se evidencian rivalidades y guerras entre distintas tribus algonquinas (entre los monacans y los powhatans, o entre powhatans y payankatanks), éstas no pueden denominarse interétnicas justamente en razón de su misma pertenencia lingüística.

Ahora bien, este proceso de hostilidades interétnicas no fue lineal, sino que involucró un complejo entramado de estrategias que se analizarán en el presente capítulo. Éste se articula en torno a la premisa de que la conflictividad entre colonos e indígenas durante la conformación de la sociedad colonial fue decisiva a la hora de replantear los objetivos coloniales respecto a la política indígena. De ahí que se diera paso a una dinámica de expansión territorial basada en el despojo y a la conformación de una sociedad basada en el principio de exclusión.

Los propósitos de la colonización inglesa habían sido formulados a finales del siglo XVI en rotundo rechazo al proyecto colonizador español, el cual

fue condenado por su despotismo y por la crueldad con la que sometieron a los habitantes nativos. La postrera expansión ultramarina inglesa pivotó, pues, sobre las expectativas de desarrollo de la actividad mercantil, a instancias de una pacífica interacción con los pueblos locales, que recibirían además la gracia de la evangelización protestante. Sin embargo, estas expectativas no pudieron concretarse, dado que la confrontación entre colonos e indígenas que se resistían al avance colonial, minó la posibilidad de obtener recursos y trabajadores al servicio de los ingleses, que en consecuencia renunciaron a su misión religiosa, los combatieron y moldearon la visión del indígena salvaje y traidor que dominó en los siglos subsiguientes.

Al calor de las hostilidades, y acuciados por los flagelos del hambre y las enfermedades, los colonos experimentaron diversas estrategias de dominación, que desafiaban las directrices de la Compañía de Virginia de Londres. Por ejemplo, durante los primeros años desde la fundación de Jamestown tuvieron lugar conflictos entre las autoridades coloniales nombradas por la compañía y otros que, con menor rango, disputaban su potestad. Ese es el caso del célebre capitán John Smith, quien obtuvo la presidencia en septiembre de 1608, en reconocimiento por su habilidad en obtener alimentos en intercambio con los indígenas. Evidentemente, la capacidad de organizar la supervivencia fue ponderada por sobre los privilegios aristocráticos. Paralelamente, los colonos subordinados desafiaron a las autoridades coloniales mediante el desacato y la huida a poblados indígenas, donde no pocos buscaron asilo.

Contradiendo a la historiografía dominante en la materia, que sostiene que la organización política y social de la colonia fue una réplica del modelo inglés, se intenta demostrar en este trabajo que la resistencia indígena imprimió una dinámica particular en la construcción de las jerarquías sociales. Este planteo converge con el propuesto por Karen Ordahl Kupperman en un trabajo reciente, donde sostiene que "fueron los algonquinos de Chesapeake los que permitieron el establecimiento de Jamestown así como se hizo desde el inicio".¹ Las tentativas de transplante de la sociedad inglesa en Virginia se diluyeron en la lucha permanente por la supervivencia, dando lugar a nuevas prácticas y tipos de organización, como lo demuestra la instauración de la ley marcial en

¹ Karen Ordahl Kupperman, *The Jamestown Project*, Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, p. 7.

1610, que estipulaba de manera muy estricta las cuotas de trabajo obligatorio que debían cumplir los colonos, así como también otras obligaciones civiles y religiosas, como la asistencia al servicio religioso, bajo severas penas en caso de incumplimiento. La ley marcial y su correspondiente régimen compulsivo de trabajo fueron expresión del fracaso del proyecto colonial original, debido a la resistencia indígena al avance sobre sus territorios y, asociado íntimamente a ello, a las hostilidades interétnicas.

De lo expuesto se desprende el propósito de conocer la conflictiva "dinámica" de la colonización entre colonos e indígenas, como así también las estrategias desplegadas por ambas partes, sobre todo durante la primera década desde la fundación de Jamestown. Son dos las principales razones de este recorte temporal. En primer lugar, porque durante este período de colonización inicial se gestaron las líneas maestras del contacto interétnico, que se consolidarían en las décadas siguientes y cuyo colofón fue el ataque indígena de 1622 sobre los asentamientos del James. El liderazgo de Opechancanough, ejercido entre 1618 y 1646, se caracterizó por una confrontación decisiva con los ingleses, por lo que los espacios de contacto interétnico, especialmente vinculados al intercambio, estaban en efecto obturados. Este hecho remite a la segunda razón del recorte aquí propuesto, que es la escasa y marginal disponibilidad de testimonios sobre la segunda década de instalación colonial, con la excepción de unos pocos relatos sobre el ataque de 1622, que serán expuestos a modo de epílogo de este capítulo.

En adelante se expondrán, entonces, los sucesos históricos que revelan la insondable brecha entre las expectativas y la realidad de la colonización inglesa. En el último cuarto del siglo XVI, los promotores de la expansión ultramarina inglesa, con destacada participación del joven Richard Hakluyt, perseguían un *modus vivendi* que gravitaba en la integración de colonos e indígenas en una comunidad de intereses. Según el programa inicial, la ocupación colonial engrosaría los vínculos comerciales con la metrópoli, con participación de los indígenas, quienes proveerían a su vez los bienes primarios y se convertirían en consumidores de artículos manufacturados. Una de las primeras impresiones de los habitantes de Roanoke expresadas por Ralph Lane era que "la gente es naturalmente muy cortés y muy deseosa de tener ropas pero por supuesto de paño antes que de seda, aunque también

gustan del lienzo, pero el cobre es estimado por sobre todo”.² Este proceso estaba indefectiblemente asociado a la misión religiosa de propagar la fe protestante entre los nativos para de este modo conformar un orden colonial superador del modelo centralista y católico español. Sin embargo, desde la fundación de Jamestown, la relación entre colonos e indígenas fue más territorio de la práctica que de las formulaciones políticas o intelectuales.

Estas tentativas tuvieron una notable resonancia entre los ingleses involucrados directa o indirectamente en la expansión ultramarina. Esto se expresó en la afluencia de capitales procedentes de la aristocracia terrateniente y de los grandes mercaderes de la ciudad de Londres. Asimismo, el proyecto colonial pacífico y de marcado corte mercantil, fue bien recibido entre las clases dirigentes, que no sólo veían en América la solución para la creciente marginalidad social, sino también la clave para la inclusión de Inglaterra en el concierto de potencias europeas. Si el proyecto colonial fue eficaz a la hora de movilizar hombres y recursos allende el Atlántico, es decir, fue exitoso en el plano discursivo, fracasó en términos históricos concretos.

Antecedentes de la resistencia indígena: el fracaso de la misión española en la bahía de Chesapeake en la década de 1570

Si la propia dinámica de colonización de Virginia estuvo caracterizada por las hostilidades interétnicas, la resistencia que los indígenas opusieron a la penetración europea en su territorio se apoyó en experiencias anteriores a 1607. Durante el transcurso del siglo XVI, los indígenas de la costa este habían tenido diversas experiencias de contacto con los europeos, ya sea por los viajes de exploradores ingleses, franceses y españoles, como así también por las convivencias forzadas que resultaban de los eventuales naufragios. El viaje de exploración de Hariot y White de 1585 en el extremo sur de la bahía, donde habitaban los chesapeakes, habría advertido a los powhatans de una inminente

² [Ralph Lane] "An extract of Master Ralph Lanes letter to M. Richard Hakluyt Esquire, and another Gentleman of middle Temple, from Virginia", Carta fechada en "new fort Virginia" (Jamestown) el 3 de septiembre de 1585. Richard Hakluyt (ed.), *Principall Navigations of the English Nation*, 12 vols., Glasgow, James MacLehose and Sons, 1903-1905 (319- 320), pp. 319-320.

presencia extranjera, a pesar de no se reportaron, al menos, conflictos con los indígenas.

Un antecedente resonante de las hostilidades interétnicas en la bahía de Chesapeake tuvo a los españoles como protagonistas y según David Quinn, bien vale su inclusión como “prólogo esencial de la historia de Jamestown”.³ En 1561 el virrey de Nueva España, Luis de Velazco, envió una expedición de reconocimiento al norte de la Florida, al mando de Antonio Velázquez. Éste arribó la bahía de Chesapeake, llamada Ajacán debido a que se creía que éste era el nombre nativo de la región. Velázquez embarcó a dos habitantes de Kiskiack, uno de los cuales se llamaba Paquiquineo y permanecía a una familia distinguida, mientras que del otro, del que no se conoce el nombre, se estima que habría sido su sirviente. Estos nativos fueron llevados a España y nuevamente a América para que participaran en la instauración de una misión jesuita en su región de origen. Paquiquineo fue bautizado en Nueva España como Luis de Velazco, más conocido como Don Luis, y regresó a su tierra natal en septiembre de 1570 como intérprete de una misión jesuita a cargo de Juan Bautista de Segura. Los misioneros se instalaron entre el James y el York, posiblemente entre los chiskiacks.

Al poco tiempo de la instalación del emplazamiento misionero Don Luis abandonó a los jesuitas y se internó en su comunidad por unos meses, hasta que en febrero de 1571 llevó a cabo un ataque al asentamiento, matando a los siete misioneros que allí se encontraban. El único sobreviviente del experimento jesuita fue un muchacho, Alonso de Olmos, que se hallaba con los indígenas en algún sitio cercano. Un soldado llamado Bartolomé Martínez recogió en 1610 el relato de este atroz episodio, el cual conoció mientras estuvo apostado en el fuerte de Santa Elena (actual Isla de Parris, en Carolina del Sur), entre 1571 y 1579. Según Martínez,

El malaventurado de Don Luis convocó sus deudos y parientes y mucha otra gente de guerra para ir a matar a aquellos B. Padres y Hermanos, que estaban como ovejas y mansos corderos ofrecidos al holocausto y sacrificio por Jesucristo nuestro Señor (...). Llegó este lobo carnizero, aviendo ya dexado la piel de oveja, y con macanas,

³ David B. Quinn, “The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572, by Clifford M. Lewis and Albert J. Loomie”, *The American Historical Review*, vol. 59, N° 4, July 1954 (965-966), p. 75.

dardos y flechas, y con las hachas, cuchillos y machetes que los benditos Padres avían traído de Castilla para el servicio de casa, los hicieron pedaços, y mataron, sin dexar a ninguno con la vida, ni captivalle ...⁴

Martínez resaltó el modo en el cual sus compatriotas jesuitas habían sido ejecutados, lo cual habría sido informado por los nativos al joven Olmos y, por su intermedio, al resto de la comunidad española:

Este moço Alonso de Olmos estuvo después en la Habana y de aí volvió a Sancta Helena, donde avía salido; y contaba que le avian dicho los indios, que al Padre Baptista o a otro Padre le avían martirizado crudelísimamente, haziéndole sanctiguar y que, como se iba sanctiguando, le ivan abriendo con puntas de pedernal, que son tan agudas como navajas; y a los demás mataron a palos y flechazos y cortaron las cabeças, y de los cascos hizieron vasos con que se brindavan en sus borracheras, vestidos con los ornamentos y ropas de los bienaventurados mártires, cantando sus victorias y hazañas.⁵

Ciertamente, éste y los demás relatos acerca de este trágico episodio están expuestos a severas distorsiones, ya que son reelaboraciones del testimonio de Olmos –también segmentario, puesto que recoge lo que los indígenas la habían transmitido- con el agregado de una distancia temporal de tres décadas. Ello explica en parte la coincidencia con otros relatos tardíos, como el de Juan de la Carrera, de 1600, que enfatizó el hecho de que los misioneros fueron primeramente engañados por Don Luis, quien les privó de sus hachas y machetes con la intención de hacer cortar leña para ellos, para luego usarlos como armas para su ejecución. Una clave de lectura posible para encarar estos testimonios está dada por la necesidad de legitimar las atrocidades cometidas por los españoles en venganza. A mediados de 1572, un contingente de treinta soldados españoles comandados por el adelantado

⁴ Bartolomé Martínez, "Martirio de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús que martirizaron a los Indios de Jacán, Tierra de la Florida, de que trata brevemente el Padre Pedro de Ribadeneira, en el libro 3º, capítulo 6 de la vida del B. P. Francisco de Borja ", Clifford M. Lewis y Albert J. Loomie (eds.), *The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for The Virginia Historical Society, 1953 (148-155), pp. 151-152.

⁵ *Ibíd.*, p. 152. Existe una discrepancia respecto del testimonio de Olmos, ya que Martínez informó que se encontraba ausente al momento del ataque, mientras otros testimonios afirman que presenció la tragedia.

Pedro Menéndez de Avilés cometió un ataque atroz contra los indígenas, cuando se disponían a rescatar a Olmos y capturar a Don Luis.

Menéndez de Avilés era experto a la hora de ejecutar masacres y su antecedente más sangriento fue el ataque a San Agustín contra los hugonotes franceses en Florida, en 1565. Como medida precautoria, el adelantado secuestró "al cacique con cinco de los más principales que él tenía y otros ocho indios".⁶ Juan Rogel informó que Menéndez de Avilés además "dio una rociada de arcabuzazos a un montón de indios que estaban en la orilla del río, apiñados, donde creo que murieron hartos".⁷ De este modo, logró que entregaran a Olmos, pero no a Don Luis, razón por la cual ordenó que colgaran a ocho o nueve de los indígenas rehenes.⁸ El padre Rogel notó amargamente las consecuencias de estas acciones punitivas: "Queda esta tierra muy amedrentada deste castigo que haze el Adelantado, porque antes dezían que se dexaban matar los Españoles sin hazer resistencia; pero como an visto lo contrario de lo que en los Padres, tiemblan y a sonado mucho este castigo en toda la tierra".⁹

Las explicaciones sobre el ataque de Don Luis a la misión se presentan más esquivas, aunque los especialistas suponen que las tensiones se originaron por los abusivos términos de intercambio impuestos por los españoles. La falta de alimentos y la preocupación de los misioneros por no recibir los refuerzos prometidos provocaron un aumento de la presión sobre las poblaciones locales. Esta hipótesis tiene sustento en la hambruna que azotó a los misioneros, a quienes les "era forzoso sustentarse de raíces y yervas de campo", y que vivían "pobre y miserablemente".¹⁰ Juan de la Carrera dio cuenta de las contribuciones que los indígenas estaban compelidos a hacer para alimentar a los españoles, tanto que Don Luis "acometió primero al Padre Baptista [de Segura] para darle el pago de tanto regalo como con él el Padre había usado, que fue mucho".¹¹

⁶ "Carta de Juan Rogel" (28 de agosto de 1572), Lewis y Loomie (eds.), op. cit. (103-107), p. 103.

⁷ *Ibid.*, p. 104.

⁸ Lewis y Loomie, "An Historical Synthesis. A Narrative Summary of the Documents", Lewis y Loomie (eds.), op. cit. (3- 83), p. 54.

⁹ Juan Rogel, op. cit., p. 106.

¹⁰ Juan de la Carrera, op. cit., p. 126.

¹¹ *Ibid.*, p. 127.

Los episodios de violencia desatados entre 1571 y 1572 constituyen un antecedente ineludible para la comprensión de las hostilidades del proceso de colonización inglés en la bahía de Chesapeake. El castigo perpetrado por

Menéndez de Avilés, como bien apuntó el Padre Juan Rogel, "sonó mucho en toda la tierra" e instaló un miedo que se antepuso, como medida defensiva, en las situaciones de contacto interétnico sucesivas.

Pero las tentativas misioneras españolas no fueron las únicas que afectaron la vida comunal de los algonquinos de la región de Chesapeake. Un testimonio de 1607 hace referencia a un niño de sorprendente fisonomía europea entre los indígenas de esa región: "En Puerto Cotage, en uno de nuestros viajes río arriba, vimos un joven salvaje de alrededor de diez años, que tenía una cabeza de un pelo amarillo perfecto y una piel razonablemente blanca, lo cual es un milagro entre todos los salvajes".¹² Esto constituye un indicio de los tempranos casos de mestizaje de finales del siglo XVI. Kupperman señala que estas vivencias y convivencias contribuyeron a reforzar las estrategias de resistencia de las poblaciones locales:

los indígenas habían visto numerosos viajeros transatlánticos durante el curso del siglo precedente y entendieron bien sus fortalezas y debilidades como así también sus aspiraciones y miedos. Ellos sabían que los europeos, a razón de su vulnerabilidad, reaccionaban sobremanera cuando se sentían amenazados, por lo que los líderes americanos habían desarrollado una serie de estrategias para manipularlos.¹³

Las hostilidades en Roanoke

Si como sostiene esta tesis, la dinámica de confrontación interétnica de la tentativa colonial de Roanoke cercenó definitivamente las posibilidades para el asentamiento inglés en la actual Carolina del Norte, esto debe ser resaltado

¹² George Percy, "A discourse of the plantation of the Southerne Colonie in Virginia by the English, 1606". El documento es de 1607 y no hay rastros de su manuscrito. Fue publicado originalmente por Purchas en 1625. En Arber (Ed.), *Travels and Works of Captain John Smith* (2 vols.), Edinburgh, John Grant, 1910 (lvii-xci), p. lxxviii.

¹³ Kupperman, op. cit., p. 7.

por su novedad historiográfica. En rigor, el conflicto entre colonos e indígenas es una problemática poco trabajada por la historiografía tradicional, que se ha dedicado más bien a describir el derrotero de la colonización, e interpretó el fracaso del proyecto como una sumatoria de calamidades, donde las hostilidades interétnicas comportan un factor más entre otros, como ser una logística inapropiada para asegurar el abastecimiento, o contingencias tales como las tragedias marítimas o la guerra de Inglaterra contra la Armada Invencible. En función de resaltar esta evadida dimensión del conflicto, se analizarán dos episodios ocurridos durante 1585-1586: el ataque a la comunidad de Secotan y la masacre de los máximos dignatarios nativos.

Un testimonio anónimo de un miembro de la tripulación del *Tiger* aporta una breve aunque impactante referencia a conflictos desatados con los moradores nativos de Aquascogok, zona que habían visitado en una expedición de reconocimiento de la costa meridional, a mediados de julio de 1585. Según consta en el relato, un día después de haber sido “muy bien recibidos” por los “salvajes” de Secotan, los ingleses atacaron al poblado vecino, a causa de una copa de plata.

El 16 retornamos desde allí [Secotan], y uno de nuestros botes con el almirante fue enviado a Aquascogok para demandar una copa de plata que uno de los salvajes nos había robado, y no recibéndola acorde con lo que habían prometido, quemamos y destrozamos su grano y poblado, huyendo así toda la gente.¹⁴

Gary Nash ha interpretado el ataque a Secotan como un recurso de los ingleses para amedrentar a los indígenas. Dado que los colonos se encontraban en una posición vulnerable y eran conscientes de ello, la demostración de fuerza serviría como lección para lograr la sumisión y la cooperación de los nativos.¹⁵ Pero la política de intimidación y afirmación de la autoridad, que había resultado efectiva en las campañas inglesas en Irlanda,

¹⁴ “The voyage made by Sir Richard Greenville, for Sir Walter Raleigh, to Virginia, in the yeere 1585”, Richard Hakluyt (ed.), *Principal Navigations, Voyages and Discoveries of the English Nation*, Glasgow, MacLehose and Sons, 1904 (VIII: 310- 318), p. 316. Aunque se desconoce la autoría precisa del documento, ha sido atribuido por Hakluyt al propio Richard Grenville.

¹⁵ Gary B. Nash, “The Image of the Indian in the Southern Colonial Mind”, *The William and Mary Quarterly*, Vol. 29, N° 2, abril de 1972 (págs. 198-230), p. 208.

no tuvo los mismos efectos en América. Más bien podría afirmarse que fue la causa del fracaso de la tentativa colonial de Roanoke.

Lane, por su parte, describió otro flanco de conflicto con los indígenas de la zona septentrional. En marzo de 1586, cuando los vínculos con los indígenas se habían vuelto decididamente hostiles a causa de las presiones ejercidas por los colonos durante el invierno para hacerse de alimentos, Lane decidió explorar la zona de Chesapeake. Mientras tanto, otro grupo hizo el trayecto –se cree parte por tierra y parte por mar- hasta el Cabo Henry, en la boca sur de la bahía Chesapeake. En este grupo se encontraba John White, quien incorporó la boca sur de la bahía a su mapa de Virginia, y cuyos trazos serían el referente de los navegantes de principios del siglo XVII. Estos exploradores tuvieron contacto con los chesapeake, que se mostraron amistosos e informaron sobre la confederación –a la que decían no pertenecer- de la región delimitada por los ríos Powhatan [James] y Pamunkey [York]. Por su parte, el grupo de Lane remontó el río Choanoke para dar con tierras de las que se decía eran más ricas, sus ríos más profundos, y donde había abundancia de perlas y cobre.

Con el objetivo de obtener información más certera de las distancias y recorridos, Lane tomó prisionero al *werowance* de la tribu choanoke, llamado Menatonon, hasta que al cabo de dos días le brindó la información requerida y lo liberó, pero para resguardar su lealtad secuestró a su hijo Skiko y lo mandó con sus hombres al fuerte en Roanoke, no habiendo aceptado la oferta de rescate del líder choanoke. Las prácticas violentas de Lane estaban regidas por su lógica militar, que concebía a los indígenas como traidores por antonomasia. Por cierto, esta visión no era excluyente con el reconocimiento de la autoridad que revestían en sus respectivas comunidades, como lo señala el caso de Menatonon:

[Éste], a diferencia de los salvajes, era un hombre muy serio y sabio, con un muy buen y singular discurso en cuestiones concernientes al estado, no sólo de su propio país y de la disposición de sus hombres, sino también de los vecinos que lo rodeaban, los cercanos y los lejanos, y de los productos que cosechan. Cuando lo hice mi prisionero, en los dos días que estuvimos juntos, me enseñó e ilustró más sobre ese país que lo que yo o algunos de mi compañía

habíamos podido averiguar de los salvajes con los que habíamos mantenido conferencias.¹⁶

Lane y cuarenta hombres, en dos pinazas, recorrieron los ríos Choanoke y Roanoke (del cual se esperaba los conduciría a yacimientos de cobre), sin otro resultado que el de agotar sus provisiones. Por su parte, Wingina –que desde el reciente deceso de su hermano Granganimeo había adoptado el nombre guerrero de Pemisapan- hizo correr la voz entre las tribus del interior de que evitaran todo contacto con los exploradores para así evitar que tuvieran acceso al maíz o que consiguieran guías para su recorrido. En abril el grupo de Lane debió regresar al fuerte en Roanoke, exhausto a causa del hambre, a la cual que intentaron mitigar comiendo hojas de sasafrás.¹⁷

Al llegar al fuerte, Lane habría sido informado de una conspiración gestada por Pemisapan, que para entonces se había instalado en Dansemunkepeuc, próximo en el continente, para evitar contacto con los colonos. Lane y algunos de sus hombres de armas se dirigieron hasta allí el 1 de junio de 1586 con la pretendida excusa de conferenciar con Pemisapan, y perpetraron la masacre que aquí describe:

Y una vez que el rey consintió que fuera hacia él, y encontrándome yo entre siete u ocho de sus principales *werowances* y partidarios (ninguno de los cuales eran de común condición) lancé la consigna acordada (que era Cristo, nuestra victoria) e inmediatamente aquellos hombres principales y él mismo, gracias a la misericordia de Dios para nuestra salvación, [recibieron] aquello que se habían propuesto contra nosotros. El propio rey recibió un disparo del coronel con una pistola, yaciendo en el suelo como si estuviera muerto (...) de repente se paró y escapó como si no hubiese sido tocado (...) siendo en el camino disparado en las nalgas por mi muchacho irlandés con mi petronell.¹⁸

La frustrada misión española en Chesapeake y el violento experimento de Roanoke constituyen los antecedentes más notables de la resistencia

¹⁶[Ralph Lane] "An account of the particularities of the imployments of the English men left in Virginia by Sir Richard Greenevill under the charge of Master Ralph Lane of the same, from the 17. of August 1585. until the 18. of June 1586. at which time they departed the Countrey: sent and directed to sir Walter Raleigh", Hakluyt (ed.), op. cit. (320- 345) pp. 322-3.

¹⁷ *Ibid.*, p. 331.

¹⁸ *Ibid.*, p. 341.

indígena que marcó el rumbo de la colonización de Virginia durante la primera década desde la fundación de Jamestown. Los pioneros de la colonización inglesa del siglo XVII debieron, pues, enfrentarse con una población preparada para repeler las incursiones europeas en su territorio. Esto llevó a que algunos plantearan los argumentos que legitimarían la violencia como parte constitutiva del proceso de ocupación territorial. Por ejemplo, en un sermón de 1609, Robert Gray se preguntaba “¿por qué derecho o garantía nosotros podemos entrar en las tierras de aquellos salvajes, quitarles su derecho de herencia y plantarnos en sus lugares, si ellos no cometen injusticias o provocaciones contra nosotros?”. La respuesta estaba dirigida a reforzar la legitimidad de la expansión colonial inglesa: “Si Arte e Industria son usadas para ayudar a la Naturaleza, es posible demostrar el más feliz de los intentos que jamás hayan emprendido los ingleses”.¹⁹

Intercambios y recelos durante los primeros años de Jamestown

El intercambio con los indígenas como proveedores de alimentos tuvo precedentes, también, en el frustrado intento de ocupación colonial de Roanoke, veinte años atrás. En ocasión del nuevo intento de colonización de 1607, la Compañía de Virginia explicitó a los aventureros esta recomendación:

En todos sus pasajes deben tener gran cuidado en no ofender a los naturales, si pueden evitarlo; y emplear a unos pocos de su compañía en comerciar con ellos por grano y todas las demás vituallas que requieran, si ellos tienen algo. Y esto debe ser hecho antes de que ellos perciban que vosotros intentáis establecer entre ellos, y no estando seguros de cómo prosperará vuestra propia semilla el primer año y para evitar el peligro del hambre, usad y empeñad vuestros esfuerzos en acumular el grano del país.²⁰

¹⁹ Reverendo Robert Gray, “A good Speed to Virginia” (Londres, 1609), en Alexander Brown (ed.), *The Genesis of the United States* (2 vols.), Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1891, (293-302), Vol. 1, pág. 299, 301

²⁰ The London Virginia Company, “Instructions by way of advice, for the intended Voyage to Virginia” (1606), en Edward Arber (ed.), op. cit., (I: xxxiii-xxxvii), p. xxxv-xxxvi.

En un contexto de escasez crítica permanente, la principal estrategia de supervivencia de los pioneros de Jamestown fue obtener maíz a cambio de elementos de metal, como hachas, que los indígenas estimaban especialmente porque los utilizaban para optimizar sus actividades agrícolas, pero además porque la posesión de metales demarcaba las jerarquías locales. John Smith tuvo una participación destacada en los intercambios, después de una experiencia de cautiverio, en el invierno de los años 1607-1608, que él mismo imprimió con un marcado carácter literario. La demanda de alimentos indígenas fue una constante incluso hasta principios de la década de 1620, cuando se evidenció un desarrollo autónomo en función de la producción de tabaco orientada a los mercados europeos. Aunque los ingleses en Virginia reconocían su dependencia respecto a estas provisiones, nunca conciliaron esa realidad con las necesidades ideológicas de la doctrina del salvajismo,²¹ que se desplegó desde los orígenes de Jamestown de manera progresiva.

Los intercambios fueron vistos como la única fuente de alivio para los colonos, cuyas víctimas mortales a causa del hambre y las enfermedades alcanzaron un número pavoroso. De los ciento cuatro aventureros que arribaron a Chesapeake el 30 de abril de 1607, “perdimos más de cuarenta antes de Septiembre”, se lamentaba el primer presidente de Jamestown, Edward María Wingfield.²² Éste también enfatizó que “la enfermedad no había dejado hombres capaces”.²³ George Percy registró los decesos del verano en el mes que transcurrió entre el 6 de agosto y el 5 de septiembre de 1607, contando veinte víctimas en total. Según el observador, “nuestros hombres fueron abatidos con crueles enfermedades, como hinchazones, flujos, ardientes fiebres, y por guerras; y algunos partieron repentinamente, pero la mayor parte murió por la mera hambruna”. A propósito, Percy se lamentó de que “nuestra comida era un pequeño tarro de cebada empapada en agua para seis hombres por día. Nuestra bebida, agua fría tomada del río, la cual era muy salada

²¹ Bernard W. Sheehan, *Savagism & Civility. Indians and Englishmen in Colonial Virginia*, New York, Cambridge University Press, 1980.

²² Edward María Wingfield, “A discourse of Virginia”, en Arber (ed.), op cit, (lxxiv-xci), p. lxxvi. Wingfield fue depuesto por miembros del consejo por su supuesta incapacidad en resolver la crisis. En su lugar asumió Ratcliffe.

²³ *Ibíd.*, p. lxxvii. Wingfield no perdió oportunidad de informar que mientras estuvo a cargo de la presidencia, “escondió cuidadosamente esa debilidad a los salvajes”. *Ibíd.*

cuando había crecida, y llena de limo y mugre cuando la marea era baja, lo que fue la destrucción de muchos de nuestros hombres".²⁴

Los colonos se esforzaron notablemente en conseguir alimentos provistos por los indígenas, aunque éstos se veían interrumpidos frecuentemente por episodios de confrontación. Sólo el intercambio con los indígenas podía aportar los alimentos que mantuviera con vida a los colonos. George Percy celebraba el aprovisionamiento haciendo mención a la paradójica relación con sus enemigos los indígenas: "Complació a Dios, un tiempo después, mandar a aquella gente, nuestros enemigos mortales, a aliviarnos con vituallas, como pan, grano, pescado y carne en abundancia, que fue la mejoría de nuestros débiles hombres. De otra manera, todos nosotros hubiéramos perecido".²⁵ Su contemporáneo John Smith puso énfasis en la necesidad de las transacciones:

Como para ese tiempo [septiembre de 1608] la mayor parte de nuestros principales hombres estaban enfermos o descontentos y el resto estando en tal desesperación, por la posibilidad de morir de hambre o pudrirse con enfermedades, entonces fui persuadido de hacer algo por su propio alivio sin restricción: dado que teníamos vituallas para dieciocho días y el comercio con los indios decrecía, fui enviado a la boca del río, a *Kegquouhtan*, un poblado indígena, a comerciar por grano e intentar la pesca, pero nuestra pesca no dio resultado por razón del tiempo tempestuoso. Los indios, creyéndonos famélicos y con descuidada amabilidad, nos ofrecieron pocas piezas de pan y pequeños puñados de guisantes o grano, por hachas o una pieza de cobre.²⁶

Si bien los documentos de la época abundan en referencias a los intercambios, la cita precedente cataliza una serie de elementos interesantes. Por un lado, hace explícita la conexión directa entre las penurias del asentamiento inglés y la necesidad de obtener recursos de los nativos, lo cual demuestra que la relación de fuerzas torcía la balanza a favor de estos últimos. Esto queda reforzado por la presión que los indígenas ejercían en la

²⁴ Percy, op. cit., p. lxxii. De la lista, sólo dos murieron a causa de heridas cometidas por los indígenas; otros dos murieron de "hinchazón" y "flujo sangriento" y otra persona súbitamente.

²⁵ *Ibid.*, p. lxxiii.

²⁶ John Smith, "A true relation of such occurrences and accidents of noate as hath hapned in Virginia..." (1608), en Arber (ed.), op. cit., vol. 1, (1-40), p. 9

negociación, ofreciendo muy poco producto a cambio de las piezas de cobre y las herramientas. William Strachey denunció esta misma situación durante la gobernación de Gates, en 1611: "los ingleses están ahora contentos por recibir, en intercambio, unas pocas medidas de grano por una gran cantidad de aquel metal (valuándolo de acuerdo al extremo precio que comporta para ellos, no según la estimación que tiene para nosotros)".²⁷

El cobre era muy apreciado entre los nativos porque demarcaba las divisiones sociales, mientras que las herramientas de metal simplificaban las tareas productivas. Existen numerosos relatos que evidencian la posesión de adornos de cobre de los *werowances*. El capitán Gabriel Archer dejó su impresión sobre una *weroansqua* que "tenía mucho cobre alrededor de su cuello, [y] una coronilla de cobre sobre su cabeza".²⁸ Por su parte, Henry Spelman advirtió que los de mejor condición se presentan con cuentas de cobre "y marcan mucha reverencia" hacia ellos, mientras que "la gente común no posee cuentas en absoluto".²⁹ La posesión de cobre también impactaba en las uniones "matrimoniales", ya que la cantidad de mujeres a las que podía acceder un *werowance* se medía en proporción directa a la cantidad de ese metal.³⁰ Además, era habitual que Powhatan entregara cobre a *werowances* subordinados a cambio de servicios militares. Strachey mencionó el ejemplo del jefe Paspahogh, quien "pagó una vez a catorce o quince `werowances´ para asistirlo en el intento [de ataque] sobre el fuerte de Jamestown, por un plato de cobre prometido a cada uno".³¹ El secretario también describió la trama de relaciones políticas que se urdía en relación al cobre y que Powhatan controlaba celosamente,

impidiendo que nosotros comerciemos con ellos [los indígenas enemigos], monopolizan todo el cobre traído a Virginia por los ingleses (...) [y] venden pequeñas cantidades del mismo a sus naciones

²⁷ William Strachey, *The Historie of Travaile into Virginia Britannia* (1612), London, Hakluyt Society, 1849, págs. 103-104.

²⁸ Gabriel Archer "A relation of the discovery, &c." (1607), en Arber (ed.), op. cit., (xl-iv), p. l. Archer era, en rigor, el funcionario apuntado para registrar los sucesos de la colonia. Wingfield se refiere a él como "Recorder of Virginia". Wingfield, op. cit., p. Lxxx.

²⁹ Henry Spelman, "Relation of Virginia" (c.1613), en Arber (ed.), op cit., (ci-cxiv), p. cxiii.

³⁰ Spelman además aducía que "la costumbre del país es tener muchas esposas y comprarlas, por lo tanto quien posee más cobre y cuentas [piezas de collares] puede tener más esposas". *Ibid.*, p. cvii.

³¹ Strachey, op. cit, p. 104

vecinas por cien veces el valor, reservando no obstante para él mismo una copiosa cantidad para reclutar hombres que, llegado el momento, encontrará razón de usar contra nosotros.³²

Esto demuestra que el cobre que los ingleses entregaban para sobrevivir era distribuido según la compleja estructura política de los nativos para a su vez organizar la resistencia, potenciando así la debilidad de la colonia. El metal era utilizado incluso por algunos ingleses que abandonaban el fuerte para morar con los indígenas y “vivir de sus limosnas por una onza de cobre por día”.³³

Las condiciones en Jamestown eran tan terribles que los ingleses celebraron calurosamente cada uno de los intercambios concertados con los nativos. Wingfield se jactaba de que, para 1607, “los indios nos auxiliaban diariamente con grano y carne, tanto que en tres semanas el presidente había levantado a veinte hombres capaces de trabajar”.³⁴ Aún asumiendo la veracidad del mencionado aprovisionamiento, es interesante resaltar la omisión que Wingfield hace de la contraparte de la transacción, favorable a los nativos. Probablemente se deba a que su testimonio era una defensa, ante las autoridades metropolitanas, por su deposición del cargo de presidente en septiembre de 1607.³⁵

Por su parte, John Smith admitía que “ellos no están menos deseosos de nuestros artículos que nosotros por su grano”.³⁶ Por cierto, con frecuencia los documentos sugieren que Powhatan era quien tomaba la iniciativa de los intercambios como fuente de obtención de metal. Por ejemplo, Spelman menciona que Powhatan le encomendó la transacción por una cantidad de cobre; “después de haber estado con él [Powhatan] alrededor de tres semanas, me envió de nuevo con nuestros ingleses ordenándome decirles que si les mandaban su barco y una suma de cobre, él lo mandaría de regreso lleno de grano”.³⁷ Influidos por una desconfianza mutua, ambas partes se esforzaban

³² Idem.

³³ Archer, op. cit., p. xcvi.

³⁴ Wingfield, op. cit, p. lxxviii.

³⁵ Wingfield fue depuesto por los facciosos consejeros el 10 de septiembre de 1607. Le sucedieron en la presidencia John Ratcliffe -desde el 10 de septiembre de 1607 hasta el 27 de julio de 1608- y Matthew Scrivener -desde el 27 de julio de 1608 hasta el 10 de septiembre de ese mismo año, cuando Newport le concedió la presidencia a Smith-.

³⁶ Smith, op. cit., p. 10.

³⁷ Spelman, op. cit., p. ciii.

por obtener ventaja en la transacción. Por caso, John Smith relata el ríspido intercambio con el líder de los checkahominies, quien

no acordando el comercio por grano, deseó ver todas nuestras hachas y cobre juntos, por lo cual nos entregarían el grano. Yo estaba familiarizado con ese viejo truco de los Checkahamaniens: rechacé su oferta, proponiendo primero ver qué me daría él por una pieza. Él, mostrando desprecio por la naturaleza del comercio, dio grano para la venta: pero nosotros le daríamos libremente y él nos compensaría generosamente.³⁸

Aunque Smith presenta la gestión como conveniente a los intereses de los colonos, especialmente por la presunta generosidad en la entrega de grano, su argumento delata que, por el contrario, los ingleses se encontraban en posición subordinada, ya que en última instancia eran los nativos los que evaluaban la oferta y decidían la cantidad de producto en contrapartida.

La avidez de los indígenas por el metal, combinada con la extrema carestía de los colonos, colocaba a estos últimos en una clara y delicada situación de dependencia. Strachey señaló con justeza que “ellos son generalmente codiciosos de nuestros artículos, como cobre, cuentas blancas para sus mujeres, hachas que nosotros hacemos pobres, de hierro, para cortar su grano crecido, cuchillos y ese tipo de cosas”. Como resultado de los intercambios, “ellos tienen miles de nuestras hachas de hierro, tantas como ellos son”.³⁹

Pero los nativos sabían aprovechar la debilidad de los colonos y con frecuencia se negaron al intercambio, retirándose a zonas aisladas para evitar el contacto con ellos, so pena de duros castigos para los que rompieran la prohibición de comerciar. Por ejemplo, Strachey mencionó el caso de un indígena al que “le reventaron el cerebro por vender acaso una canasta de grano”.⁴⁰ Llegada esta instancia, los colonos aplicaron la cruel estrategia de tomar cautivos a *werowances* o sus familiares cercanos para forzar el intercambio. Ese fue el caso de Pocahontas, quien en 1613 fue raptada con el objetivo de extorsionar a Powhatan y concertar una “paz” que le asegurase a la

³⁸ Smith, op. cit., p. 27.

³⁹ Strachey, op. cit., p. 69.106.

⁴⁰ Ibid, p. 54.

colonia quinientos bushels de grano.⁴¹ Aunque Powhatan evitó la guerra, no accedió a las ambiciosas peticiones de los raptos, por lo que Pocahontas permaneció cautiva en Jamestown y un año más tarde fue desposada por uno de los colonos, John Rolfe, todo lo cual será analizado en el capítulo 9.

Los intercambios habían sido más fluidos durante los primeros dos años de la ocupación, pero desde la primavera de 1609 en adelante decrecieron notablemente. La merma de las transacciones fue causada por la desconfianza mutua y las tensiones resultantes. Powhatan interpretaba como una afrenta el hecho de que los ingleses portasen sus armas de fuego durante los intercambios. Según las palabras de Smith, el máximo líder indígena había cuestionado “por qué nosotros íbamos armados de esa manera, viendo que él era nuestro amigo y no portaba ni arcos ni flechas”.⁴² La tradición militar de los líderes coloniales contribuía con estas prácticas, pero la razón principal era la extendida idea de que los indígenas eran traicioneros y ante todo, salvajes. Por su parte, los suspicaces nativos iban tejiendo sus estrategias de resistencia.

No obstante, la causa más primaria de la merma de los intercambios fue la escasez de grano. Estudios recientes han demostrado que las condiciones climáticas eran verdaderamente adversas en la región de Chesapeake para esos años.⁴³ Los intensos fríos y las sequías impactaron negativamente sobre las cosechas, incitando a los nativos a reservar para el consumo local antes que proveer a los ingleses. Naturalmente, la carestía influyó en favor de los nativos a la hora de las negociaciones. Para el invierno de 1609 Powhatan requería espadas y armas de fuego a cambio de grano, oferta que Smith rechazó en primera instancia porque sabía que sus enemigos se iban fortaleciendo militarmente a costa del hambre de sus compatriotas. Powhatan ejercía una importante presión, “valuando una canasta de grano más preciada

⁴¹ La conversión a kilos es difícil de establecer, ya que el bushel inglés era la medida que contenía una canasta, y el peso difiere si se trata de maíz desgranado o de maíz espiga (choclo). Según las tablas actuales, 1 bushel de maíz desgranado equivale aproximadamente a 25 kilos, mientras que la misma medida de maíz espiga equivale a 31 kilos aproximadamente. Haciendo un promedio de sendos tipos de maíz, la exigencia estimada de los colonos eran 14.000 kilos de grano.

⁴² Smith, op. cit., p. 27.

⁴³ Karen Kupperman indica que en 1606 comenzó un período de sequía que afectó a la región de Chesapeake por los próximos 770 años. Kupperman, *Jamestown Project*, op. cit., p. 175.

que una canasta de cobre, diciendo que él podía comer su grano pero no el cobre".⁴⁴

Conflictividad y estrategias

Los indígenas resistieron a los ingleses desde los inicios de la ocupación, mediante ataques aislados y otros más organizados, como lo fue el asalto al fuerte el 26 de mayo de 1607. Según el testimonio de Archer, 200 guerreros atacaron al fuerte matando a un muchacho e hiriendo a quizá una docena de hombres. Los ingleses respondieron matando a varios de los atacantes y un rato después escuchaban "un gran ruido en el bosque, que sus hombres suponían que era el funeral de los hombres asesinados".⁴⁵ En ese tiempo, Newport, Smith y una veintena de hombres se encontraban explorando el James, y a su regreso reforzaron las fortificaciones.

La ofensiva indígena no fue sistemática sino que se dio de manera esporádica, independientemente de los intercambios concertados, aunque en tiempos de crisis y por la puja por el grano, las hostilidades se acrecentaron. La preocupación de los ingleses por mantener relaciones amistosas con los nativos dio lugar a una serie de estrategias, diseñadas por la Compañía de Virginia. Una de ellas fue la coronación de Powhatan para lograr la subordinación de los indígenas a la corona inglesa.

Así fue que en septiembre de 1608 el capitán Newport llegó en su segundo viaje de refuerzo, portando además presentes y una corona de cobre para Powhatan, junto con el mobiliario necesario para construirle una residencia al estilo inglés. Según el criterio de la Compañía de Virginia, la coronación de Powhatan formalizaba el reconocimiento de la corona inglesa respecto de sus legítimos dominios, aunque pretendía someterlo a los designios coloniales y sentar un precedente jurídico para justificar posteriores usurpaciones de tierra. El plan fue un fracaso, pues Powhatan no comprendió los términos de la ceremonia y aún así la rechazó de manera rotunda. En

⁴⁴ Smith, "The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles (1624)", en Arber (ed.), op. cit., (I: 273-382, II: 383-784), vol 2, p. 450.

⁴⁵ Archer, op. cit., p. liii.

primer lugar, se negó a ir a Jamestown para la ceremonia, replicando a Smith que "si su rey quiere enviarme presentes -yo también soy un rey, y esta es mi tierra- permaneceré ocho días para recibirlos. Tu padre [Newport] debe venir a mí, no yo a él ni a su fuerte; ni tampoco morderé el anzuelo".⁴⁶ Y así fue.

Sin embargo, no hubo entendimiento sobre los propósitos de la visita de Newport. Éste entregó a Powhatan los presentes y con mucha pompa le colocó una capa escarlata y luego intentó coronarlo, pero "por no comprender el majestuoso significado de una corona, se negó a arrodillarse, teniendo que soportar tantas persuasiones, ejemplos e instrucciones, que a todos fastidió." Finalmente, tuvieron que sostener entre tres a Powhatan para que Newport le colocara la corona, pero fue tan tenso el episodio que incitó gestos agresivos y en seguida los ingleses tuvieron que abandonar el sitio. Si bien éstos habían cumplido con la directiva de Londres, la grotesca coronación no tuvo ningún efecto, pues Powhatan lo interpretó como un acto más de intercambio y por ello "para congratular su gentileza, entregó su viejo calzado y su manta al capitán Newport".⁴⁷

Los colonos, y así lo expresó Smith en numerosas oportunidades, desconfiaban profundamente de los indígenas. Por considerarlos astutos a la vez que traicioneros, los atemorizaban con sus armas en cada encuentro, y eso no hacía más que aumentar la tensión. La violencia fue en aumento cuando Newport partió a Inglaterra en diciembre de 1608, lo cual aprovechó Smith para dar rienda suelta a las amenazas y a la demostración de su fuerza. Durante los primeros seis meses de 1609 los colonos asesinaron a una docena de indígenas, muchos más fueron heridos, algunos fueron encarcelados en Jamestown. Smith adujo haber mantenido un combate cuerpo a cuerpo con el máximo líder de la comunidad Paspahegh, reducirlo dentro del río y llevarlo prisionero al fuerte.⁴⁸ Los colonos consideraban que la violencia ocasional era el único modo de tratar con los "traicioneros" indígenas.

Los intercambios que Smith concertó con Powhatan, en consecuencia, se dieron en simultaneidad con episodios de violencia. Vaughan desentraña esta compleja situación en función de la relación de fuerzas entre las tribus locales. Parte del problema descansaba en las rivalidades e intereses

⁴⁶ Smith, "Map of Virginia" (1612), Arber (ed.), op. cit.,(I :41-174), parte 2, p. 124.

⁴⁷ Ibid., p. 125.

⁴⁸ Ibid., pp. 150-151.

conflictivos de las diversas tribus. La hostilidad de algunos alentaba a otros a hacer la paz con los hombres blancos y, a la inversa, la amistad de algunos indígenas aseguraba la antipatía de otros,⁴⁹ provocando así más desconcierto, desconfianza y una escalada de violencia por parte de los ingleses.

Una de las principales estrategias de ocupación colonial que los ingleses intentaron en América fue, siguiendo el ejemplo español, aliarse con las poblaciones indígenas que resistían al poder local. William Strachey se preguntaba si “alguna vez hubo alguna invasión, conquista o plantaciones remotas que hayan triunfado sin algún partido en el mismo lugar o cerca suyo”, aduciendo seguidamente que es “esencialmente necesario para nuestra colonia tener conocimiento y hacer amistades, de la manera más conveniente posible, con la mayor cantidad de werowances que linden y mantengan guerra con Powhatan”.⁵⁰

En función de su estrategia, los colonos prestaron atención a la compleja trama de relaciones políticas que Powhatan mantenía con los pueblos confederados bajo su autoridad, pero principalmente se interesaron en explotar los conflictos que éste mantenía con poblaciones vecinas que se mantenían independientes, como los monacans, habitantes de las cascadas del oeste, y los chickahominies.

A sabiendas de las rivalidades locales imperantes, los ingleses intentaron alianzas con los monacans para debilitar así el poder de Powhatan. En 1608 el capitán Newport visitó dos de sus poblados, pero sin llegar a ningún acuerdo. Un par de años después, Strachey conjeturaba que los monacans, “siendo mortales enemigos de Powhatan, podrían ser fácilmente ganados a nuestra amistad”.⁵¹ Por su parte, Powhatan se esforzó por prevenir cualquier tipo de contacto entre los ingleses y sus enemigos americanos. En palabras de Strachey, Powhatan tuvo “gran cuidado en mantenernos, por todos los medios, fuera del conocimiento de aquellas naciones fronterizas que lo confrontan, porque además él sabe que sus enemigos serán llevados fácil y voluntariamente en su contra a causa de nuestra más humilde tolerancia y

⁴⁹ Alden T. Vaughan, *American Genesis. Captain John Smith and the Founding of Virginia*, New York, Little Brown and Co., 1975. p. 33.

⁵⁰ Strachey, op. cit., p. 103.

⁵¹ *Ibid.*, p. 102.

estímulo”.⁵² Los colonos no sólo no lograron poner en práctica su plan de alianzas, sino que además entraron en conflicto con las tribus enemigas de Powhatan.

En octubre de 1609 Smith dio la orden de dispersar la compañía para aliviar las presiones en Jamestown y conseguir grano por fuera del control de Powhatan.⁵³ Un grupo de ciento veinte hombres fue destinado a las cascadas y estuvo comandado por el joven capitán Francis West, hermano de Lord De la Warr, quien sería el nuevo gobernador de Virginia a mediados de 1610. Otro grupo de sesenta hombres se dirigió a la región meridional de Nansemond, bajo el mando del capitán John Martin. A su vez, diecisiete hombres de esta última compañía se dirigieron a la cercana región de Kecoughtan “pretendiendo comerciar”. Los resultados del experimento de Smith fueron catastróficos. Ante la imposibilidad de obtener grano en intercambio, West expropió violentamente el grano de los monacans, mientras los hombres de Martin cometieron atroces ataques en Nansemond como respuesta a la negativa de los indígenas a comerciar con ellos. George Percy, quien participó de la excursión de Martin, informó con sorprendente ingenuidad sobre estos atroces episodios:

El Capitán Smith envió al Capitán Martin y a mí con sesenta hombres a Nansemunde [sic] (...) nosotros enviamos 2 mensajeros al Rey de Nacemonde [sic] para negociar con él una isla justo frente a la costa donde estábamos, a cambio de hachas y otros productos. Pero nuestros mensajeros permanecieron más tiempo de lo esperado y temimos lo que finalmente pasó.

Entonces el capitán Martin ordenó a la mitad de nuestros hombres que tomen la isla por la fuerza (...) [y] entendió de los indios que [los mensajeros] fueron sacrificados y que sus cerebros fueron cortados y quitados de sus cabezas con conchas de mejillones. Habiendo hecho tierra y a sabiendas de su traición, combatimos a los salvajes de la isla, quemamos sus casas, saqueamos sus templos, sacamos de las tumbas los cuerpos de sus reyes muertos y nos llevamos sus perlas, cobre y brazaletes con los cuales decoran a los reyes en sus funerales.

⁵² Strachey, op. cit. 103

⁵³ Aunque su mandato como presidente había caducado en septiembre de 1609 (las presidencias duraban un año), las condiciones en Jamestown eran calamitosas y Smith siguió manteniendo su autoridad nominal hasta su regreso a Inglaterra en octubre de 1609. Su sucesor fue George Percy, quien presidió la colonia hasta el arribo de Thomas Gates en mayo de 1610.

Mientras tanto, los salvajes del continente entraron en discordia con el Capitán Martin, quien capturó al hijo del rey y a otro indio y los llevó a la isla donde yo estaba, cuando un muchacho del barco a cargo de una pistola, accidentalmente y sin intención de hacer ningún daño, de pronto disparó al prisionero salvaje en el pecho (...) Yo aconsejé al Capitán Martin que nos apoderásemos [del maíz], pero se negó alegando que no expondría a sus hombres a riesgo y peligro.⁵⁴

Después de este episodio, Martin volvió al fuerte, dejando un grupo de diecisiete hombres a cargo de su teniente Sicklemore, que se dirigió a Kecoughtan para intercambiar con los indígenas. Percy relató que nunca más se supo de ellos y que "con toda probabilidad fueron asesinados y amputados [cut-off] por los salvajes". Luego de unos días, prosiguió Percy "el teniente Sicklemore y otros más fueron hallados muertos, con sus bocas atoradas de pan, hecho como para mostrar el desprecio que podrían esperar otros que, como ellos, fueran allí buscar pan y alivio".⁵⁵

Las atrocidades cometidas por West en las cascadas fueron expuestas por Smith: "la desordenada compañía tanto atormentó a aquellas pobres almas, robando sus granos y jardines, golpeándolos, destruyendo sus casas y tomándolos prisioneros, que ellos [los monacans] diariamente se quejaron al capitán Smith",⁵⁶ y así también pidieron que los proteja de sus despiadados compatriotas. De todos modos, los habitantes de las cascadas se resistieron y once de los hombres de West fueron asesinados.⁵⁷

Unos pocos días después del regreso de West a Jamestown tuvo lugar un feroz ataque al fuerte que se cobró muchas víctimas: "los salvajes asaltaron a los ciento veinte que estaban en el fuerte, habiendo otros rezagados en el bosque: mataron a muchos y atemorizaron tanto al resto, que los prisioneros escaparon y se retiraron a salvo, con las espadas y capas de aquellos que habían matado".⁵⁸

⁵⁴ George Percy, "A True Relation of the proceedings and occurrents of moment which have hap`ned in Virginia from the time Sir Thomas Gates was shipwrack`d upon Bermudes, anno 1609, until my departure of the country, which was in anno domini 1612", Edward Wright Haile (ed.), *Jamestown Narratives. Eyewitness Accounts of the Virginia Colony. The First Decade: 1607-1617*, Champlain, Virginia, Roundhouse, 1998, (497-519), pp. 501-502.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 503

⁵⁶ Smith, "Generall Historie", op. cit., vol. 2, p. 482

⁵⁷ Percy, "A True Relation", op. cit., p. 504.

⁵⁸ Smith, "Generall Historie", op.cit. vol 2, 483.

En octubre de 1609 Smith partió rumbo a Inglaterra dejando a la colonia en un estado calamitoso. Para entonces el hambre era alarmante en Jamestown, y cada colono no contaba más que con medio tarro de alimento diario.⁵⁹ En consecuencia, el presidente Percy envió al capitán Ratcliffe con cincuenta hombres a comerciar con Powhatan, pero ya no había tregua posible, la guerra se había instalado. A Ratcliffe lo asesinaron cruelmente, lo ataron a un árbol y unas “mujeres cortaron la carne de sus huesos con conchas de mejillones y ante su cara la tiraron al fuego”.⁶⁰ Sólo dieciséis de los cincuenta hombres de Racliffe sobrevivieron.

Ante la imposibilidad de negociar con Powhatan, Percy envió al capitán West con treinta y seis hombres para negociar maíz a la región de Potomac, y él, aún habiendo “cargado su pinaza suficientemente, recurrió a tratos rigurosos y crueles, cortándole a dos de los salvajes la cabeza y otras extremidades”. Estos brutales actos no fueron siquiera en beneficio de la colonia, ya que como se quejó Percy, el “Capitán Weste [sic], por persuasión o por presión de su compañía, izó las velas con rumbo directo a Inglaterra, y nos dejó en extrema miseria y necesidad”.⁶¹

Desde la instauración de la nueva cédula de la Compañía de Virginia, Gates y los gobernadores sucesivos – Lord de la Warr y Thomas Dale lanzaron una serie de ataques “de venganza” para recuperar armas y rehenes ingleses que Powhatan tenía en su poder. Estos gobernadores pusieron en práctica las tácticas más atroces que habían experimentado en la guerra contra Irlanda en 1598. Por ejemplo, Percy contó que la primera acción de “Thomas Gates, deseoso de vengarse de los indios de Kekowatan” fue ir hasta allí, donde “pasó a cinco por la espada, hirió a muchos otros, algunos de los cuales fueron encontrados en el bosque con tan grandes y mortales heridas que parecía extraño que pudieran huir más lejos”.⁶² Percy participó también de una excursión al poblado paspahegh, donde los ingleses mataron a quince guerreros nativos, quemaron su villa, tomaron su grano y capturaron a la *veroansqua* de una comunidad junto con sus hijos. A ellos los tiraron al agua y ahí les dispararon en la cabeza y a la mujer la llevaron a Jamestown, donde

⁵⁹ Percy, p. 504.

⁶⁰ Idem.

⁶¹ Ibid., pp. 505.

⁶² Ibid., p. 508.

deliberaron el modo de su ejecución. El gobernador ordenó quemarla, ante lo cual Percy intercedió, expresando una asombrosa compasión: "habiendo visto tanto derramamiento de sangre ese día, tanto que deseaba no ver más, y no vi apropiado que la quemaran, sino que la mataran con la espada o de un disparo para que le dieran una salida rápida". Finalmente, la pasaron por la espada.⁶³

Un balance sobre la primera década de la colonia de Virginia pondera la conflictiva relación entre colonos e indígenas, trabada en función de intercambios tensos, en un principio, y la consolidación de una política de exclusión de los indígenas, cuando no de exterminio. La resistencia de Powhatan se reforzó luego de su muerte en 1618 bajo la autoridad de su hermano y sucesor Openchanchanough. La organización social de la colonia, por lo tanto, se cimentó sobre un sustrato hostil en las relaciones interétnicas. Las proyecciones de los promotores de la colonización y sus agentes, que perseguían un orden comercial en colaboración con las poblaciones nativas, fueron abandonadas al calor de la violencia cometida contra ellas, siempre alimentada por un intolerante eurocentrismo. La resistencia indígena, en última instancia, fue la que dictó del rumbo que adquirió la colonia, y no al revés.

Un epílogo: la paz que antecede a la tormenta

A una década desde la instalación colonial, la colonia había expandido sus límites, con la creación de nuevos asentamientos a lo largo del James pero especialmente en su zona más alta, río arriba, dedicadas a la producción de tabaco. En 1616, John Rolfe, propietario de una importante plantación en Henrico y marido de Pocahontas, escribió una carta al rey Jacobo donde afirmaba que "los lugares o sitios son todos nuestra tierra, no demasiados [adquiridos] por conquista, [ya que] los indios tienen un justo y legal título, sino [que han sido] comprados a ellos libremente, y vendidos por ellos muy voluntariamente".⁶⁴ Rolfe continuó su carta con una detallada descripción de los

⁶³ *Ibid.*, p. 510

⁶⁴ John Rolfe, "Relation of the state of Virginia" (1616), Edward D. Neill, (ed.) (1869), *History of the Virginia Company of London. With letters to and from the first colony never before printed*, Albany, NY, Joel Munsell, 1869, (106-112), p. 106.

nuevos asentamientos del James, la cantidad de habitantes (discriminando entre granjeros, oficiales y trabajadores, estos últimos diferenciados según sean sirvientes o artesanos independientes), la producción del tabaco, la creación de un mercado de manufacturas importadas, e incluso el tipo y cantidad de ganado vivo. Pero no hizo ninguna mención a los indígenas.

Una declaración de la Compañía de Virginia del año 1620 se jactaba de que la colonia, que había atravesado tantas calamidades en sus primeros años, ya se encontraba recuperada hasta que había alcanzado “el doble de su altura, fuerza, abundancia y prosperidad que tuvo en sus primeros tiempos”.⁶⁵ Este documento sorprende no tanto por la exagerada exposición de sus recursos, sino por la omisión absoluta de los habitantes nativos, como si no existieran, como si toda la tierra estuviera al servicio de la ocupación y la explotación de los europeos, sin margen de riesgo.

En la medida que estos discursos pretendían promover buenas noticias sobre los asuntos de la colonia, omitieron, ocultaron o distorsionaron la información sobre el trato con los indígenas. Sin embargo, otros testimonios del período permiten entrever que esa pretendida paz era cuanto menos ficticia. O sospechosa, como toda paz que antecede a la tormenta. Cuando en 1616 el capitán Argall arribó a Jamestown para asumir como lugarteniente del gobernador de la Warr, fue informado por un miembro de la familia de Powhatan que los nativos “despotricaban contra Inglaterra, los ingleses, y particularmente contra su mejor amigo, Sir Thomas Dale”.⁶⁶ Nancy Oestreich Lurie sostuvo que con la consolidación de la colonia y su expansión territorial, “las relaciones entre los indígenas y los europeos se estaban degenerando nuevamente. Los recursos indígenas estaban amenazados porque las crecientes cosechas de tabaco invadían tierras donde las bayas habían crecido en abundancia y donde se solía cazar animales”.⁶⁷

⁶⁵ The Virginia Company, “Declaration of Virginia” (Londres, 1620), Karen Ordahl Kupperman (ed.), *Major Problems in American Colonial History*, Lexington, Massachusetts, D.C. Heath and Company, 1993 (89-91), p. 89.

⁶⁶ Neill, *op. cit.*, p. 15.

⁶⁷ Nancy Oestreich Lurie, “Indian Cultural Adjustment to European Civilization”, James Morton Smith (ed.), *Seventeenth-Century America. Essays in Colonial History*, New York, The Norton Library, 1959, (33-60)49.

El 22 de marzo de 1622, Opechancanough ejecutó su gran “golpe”, un ataque simultáneo sobre poblados de la zona alta del James, provocando el asesinato de más de 340 colonos.⁶⁸ Jamestown no fue atacado porque la noticia de la conspiración llegó en voz de un muchacho indígena, llamado Chanco, que previno a sus habitantes y naturalmente disuadió a los atacantes. Una de las versiones más extendidas atribuye el ataque a la venganza por el asesinato de un guerrero nativo, Nemattanew, a principios de 1622. No obstante, los especialistas coinciden en ver el ataque como el resultado de un plan elaborado con mucho tiempo de antelación. Frederic Gleach interpreta al ataque no como una masacre cuyo objetivo era exterminar a la población colonial, sino como un “golpe” que tuviera el efecto de confinar o limitar su ocupación territorial. Según el antropólogo estadounidense, “contrariamente a las percepciones inglesas, sin embargo, sencillamente no hubo un intento de exterminación. Ni fue un intento de empujar a los colonos a Inglaterra, como sugiere Rountree; los colonos eran valorados por los bienes materiales que podían proveer (...)”.⁶⁹

El ataque de 1622 fue puntapié y justificación para la implementación de una política de exterminio indígena que se desarrolló sin solución de continuidad por el resto del siglo. En marzo de 1624, la Asamblea General de Virginia se reunió por primera vez después del golpe, y entre los diversos asuntos de estado, legisló sobre política indígena, estableciendo estos seis puntos principales:

- 4- Que el 22 de marzo sea anualmente celebrado como día cívico (...)
- 17- Que todo el comercio con los salvajes, sea público o privado, sea prohibido después del próximo junio.
- 23- Que cada residencia tenga su empalizada para defensa contra los indios.
- 24 – Que ningún hombre vaya al exterior sin una partida organizada y suficientemente armada.

⁶⁸ Los reportes oficiales informan 347 víctimas, lo cual podría ser una cifra exagerada para aumentar la alarma. No obstante, esta cifra excluye a los asesinados en el poblado de Bermudas Hundred, por lo que se infiere que el número de asesinados fue mayor que el informado.

⁶⁹ Frederich Gleach, *Powhatan's world and colonial Virginia. A conflict of cultures*, Lincoln, Nebraska, University of Nebraska Press, 1997, p. 158.

25- Que el hombre no vaya al trabajo en el campo sin sus armas (y acompañado de un centinela)

32- Que a principios del próximo julio los habitantes de cada corporación ataquen a los salvajes aledaños como hicimos el año pasado...⁷⁰

La resistencia indígena tuvo su último y gran estertor con el ataque de 1644 orquestado por el anciano Opechancanough, pero éste fue asesinado y con él toda esperanza de imponerse ante el avance implacable de la colonización.

⁷⁰ William Walter Hening, *The Statutes at Large; being a Collection of all the Laws of Virginia, from the First Session of the Legislature, in the year 1619*, vol 1, New York, R. & W. & G. Bartow, 1823 (I:126-128)

Capítulo 8

EL TRABAJO FORZADO EN LA TEMPRANA COLONIZACIÓN

Los capítulos anteriores han dado cuenta de las difíciles circunstancias que afectaron el desarrollo de la colonización en la bahía de Chesapeake en sus años formativos y que se debieron, *grosso modo*, a la crisis de subsistencia, a la crisis de autoridad colonial y a las hostilidades interétnicas. Como expresó un colono llamado Ralph Hamor, las causas del desastre de Jamestown fueron “la enemistad con los *naturales* y el clamor del hambre”. Tal “infección de la colonia”, prosiguió Hamor, fue “ocasionada no sólo por el mal gobierno, la holgazanería y la facción, sino principalmente por la ausencia de los siempre dignos comandantes”.¹

Las autoridades coloniales debieron instaurar un régimen de trabajo forzado entre sus propias filas para mitigar el problema del abastecimiento, por un lado, y el de la vigilancia del asentamiento para prevenir ataques, por otro. Esto, bajo un severo orden marcial donde las faltas eran pagadas con la vida. Los resultados de esta política no fueron resonantes en términos prácticos, lo cual se deduce de los documentos, que no hacen siquiera mención de una mejoría respecto a la producción genuina de alimentos o de un impacto positivo en la calidad de vida de los habitantes de Jamestown. Antes bien, los resultados de esta severa disciplina se vieron en la propia Inglaterra, donde a partir de la publicación del código legal en 1612, se expandió la noticia que afirmaba que el orden finalmente se había instalado en Jamestown y que el hambre, las enfermedades y los ataques indígenas habían quedado en el pasado. De esa manera, la Compañía de Virginia esperaba captar más inversiones y aventureros destinados a reforzar su empresa ultramarina.

¹ Ralph Hamor, *A True Discourse of the Present State of Virginia, and the successe of the affaires there till the 18 of June 1614*, Londres, Iohn Bale, 1615, p. 16.

La imposición de regímenes de trabajo forzado contradecía, sin embargo, los principios sobre los que se había apoyado el proyecto de colonización. La cuestión del trabajo no había sido una preocupación para los miembros de la Compañía de Virginia ni para sus agentes en América, dado que se pensaba que una exitosa dinámica comercial sería suficiente garantía para la satisfacción de las necesidades de los colonos que, por su parte, se verían libres de ejercer sus propios negocios o de disfrutar los beneficios de una tierra exuberante. Estas expectativas fueron notablemente traicionadas durante los primeros años de colonización de Virginia.

La estabilización alcanzada a partir de la producción de tabaco para su exportación a Europa, a partir de 1614, sólo benefició a los propietarios. Los grandes propietarios eran los tenedores de bonos de la Compañía de Virginia que titularizaron sus dividendos, a partir de 1616, de un mínimo de 50 acres con posibilidad de extenderse a aquellos que gozaban de crédito excedente.² Los siervos escriturados que cumplían sus siete años de servicio, recibían 3 acres, si lograban evadir los diversos y recurrentes artilugios a los que apelaban los plantadores para extender los términos del contrato. Además de estas diferencias iniciales, hubo otros mecanismos informales que acentuaron la concentración. Los principales favorecidos fueron los agentes de la compañía que manipulaban los títulos en su propio beneficio y los propietarios que disponían de capital para comprar las parcelas de los colonos que habían quedado fuera de la competencia productiva y/o comercial del tabaco, aumentando así su rentabilidad y contribuyendo a un proceso cada vez más firme de polarización social.³

² En 1616 la Compañía de Virginia no tenía fondos monetarios para repartir entre sus accionistas, por lo que optó por dividir la tierra de Virginia en 50 acres (123 hectáreas) a los que se seguirían otros de hasta 200 acres por acción, una vez que se hubiese ampliado la "actual posesión" de la colonia. Aquellos que contribuyeran con £12 10s. recibirían en compensación un adicional de 50 acres. Frank Wesley Craven, *The Virginia Company of London, 1606-1624*, Williamsburg, Virginia, 350th Anniversary Celebration Corporation, 1957, p. 32.

³ Este proceso haría eclosión en 1676 con la llamada Rebelión de Bacon, tradicionalmente caracterizada como una confrontación entre los colonos de los condados pobres de Virginia y el gobierno colonial de Robert Beverley por la cuestión de la expansión indígena. En rigor, como argumenta la historiografía de Nueva Izquierda norteamericana, las demandas de los colonos por una política de expansión de la frontera en guerra con los indígenas involucraba los planteos clasistas de los pequeños campesinos aplastados por los grandes propietarios del tabaco y además una expresión política democrática en una nueva asamblea. Howard Zinn, *La otra historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [1974] cap.3 (37-49)

Ahora bien, si la conflictividad social fue parte constitutiva del período colonial de Virginia, ésta tuvo su primera manifestación en la aplicación de regímenes de trabajo forzado entre los colonos, que fueron ensayados por líderes coloniales como Ralph Lane en Roanoke y John Smith durante los dos primeros años de Jamestown como medida de emergencia para paliar el hambre. También Thomas Gates debió echar mano de este recurso para la fabricación de dos pinazas que llevarían al contingente de naufragos hasta Jamestown. Estos son, pues, los antecedentes más directos de la instauración de un régimen de trabajo forzado en la colonia, que fue ensayado sin éxito por Gates desde su desembarco en Jamestown pero que fue abonado por los gobernadores sucesivos, Thomas West barón de la Warr, más conocido como Lord de la Warr, y sus lugartenientes. Las regulaciones del trabajo obligatorio, junto con pormenorizadas disposiciones de orden civil, militar y religioso, fueron redactadas por el secretario William Strachey y publicadas en Londres en 1612 con el título *For the Colony in Virginea Britannia. Lawes Divine, Moral & Martial, &c.*

Durante las largas ausencias del gobernador De la Warr, que nominalmente detentó la gobernación de Virginia hasta su muerte en junio de 1618 habiendo permanecido en funciones entre junio de 1610 y marzo de 1611, el cargo fue ocupado brevemente por Percy (entre marzo y mayo de 1611), Thomas Dale (entre mayo y agosto de 1611), nuevamente por Gates entre (entre agosto de 1611 y marzo de 1614) y por Dale en un segundo y extenso período (entre marzo de 1614 y abril de 1616). En 1611 Dale impuso una rigurosa disciplina entre las fuerzas militares de la colonia, lo cual consta en las abundantes páginas del código que prescriben las obligaciones que atañen a los oficiales y los castigos por sus faltas.⁴ La autoría de las restantes disposiciones del código no ha sido aclarada, pero lo cierto es que el código fue aplicado con fuerza de ley hasta abril de 1619, cuando se puso en vigencia una nueva cédula de la Compañía de Virginia, a instancias del nuevo gobernador Sir George Yeardley, que instauraba la Asamblea como órgano legislativo de la colonia.

⁴ Las normativas militares son atribuidas al Gobernador Delegado Thomas Dale en las *Leyes Divinas, Morales y Marciales*, con fecha 22 de junio de 1611.

Interpretaciones historiográficas sobre la conflictividad social

Como observación preliminar se puede afirmar que el conflicto ocupa un lugar marginal en la historiografía norteamericana en general, lo cual se explica por su tradicional afición a producir una narrativa centrada en las instituciones y en las políticas que han desembocado en la formación de la república democrática. Dentro de esta tendencia sobresale el peculiar trabajo de Edmund Morgan, que aún siendo un referente ineludible para el estudio del desenvolvimiento de las instituciones coloniales y de los ideales que confluyeron la revolución de la independencia, se interesó también por el problema del trabajo en la temprana colonización.

Bien conocido y reconocido es su trabajo *Freedom and Slavery* (1975)⁵ sobre los orígenes de la esclavitud en Virginia, con una argumentación sólida apoyada en consideraciones económicas y sociales pero con una interesante proyección política que cala en la noción de libertad estadounidense. Este libro está atravesado por la noción de conflicto, sino de clases, entre ricos y poderosos y humildes y desplazados. Pocos años antes, en 1971, publicó un artículo, "The labor problem at Jamestown, 1607-18", que entró de lleno al problema del conflicto, al cual explicó no obstante apelando a las nociones de la historiografía liberal que recalca en la transferencia de instituciones, prácticas y costumbres desde Europa a América. Estas ambigüedades teóricas de Morgan provocan cierta incomodidad a la hora de definirlo dentro de una corriente historiográfica en particular. Según la definición de Pablo Pozzi, Morgan se enrola en la escuela neoconservadora, que en rigor constituye un desprendimiento de la Escuela del Consenso dedicado a la historia colonial. La Escuela del Consenso en su versión más heterodoxa, admite la existencia del conflicto –social, étnico, racial- en la historia norteamericana, no así sus "cuadros" más ortodoxos como Daniel Boorstin, que lo evaden por completo en pos de presentar una historia del ethos estadounidense. Los neoconservadores -y entre ellos, Morgan- plantean el conflicto no como un inevitable fenómeno dialéctico, como es característico de la historiografía de izquierda, sino como la

⁵ Edmund Morgan, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009 [*American Slavery, American Freedom, The ordeal of colonial Virginia*, NY, 1975].

disfuncionalidad resultante del progreso histórico y el desarrollo socioeconómico.⁶ Esta corriente, aplicada a la historia colonial, adhiere a la denominada "teoría de la transferencia", a falta de una terminología específica o al menos consensuada sobre esta corriente.

A grandes rasgos, Edmund Morgan sostuvo que el problema del trabajo en Jamestown se debió a la propia composición social de los colonos, ya que ellos eran en su mayoría nobles y militares, que por su condición no estaban acostumbrados ni esperaban hacer ningún trabajo concreto. En lugar de producir sus propios alimentos, los ingleses obtuvieron el maíz por medio de un intimidatorio intercambio con los indígenas, además de la caza y la recolección para la obtención de alimentos complementarios, prácticas habituales entre los ingleses de ese período, especialmente en las zonas rurales del norte y del oeste de Inglaterra. La explicación de Morgan, por lo tanto, echa raíces en la transferencia de mentalidades y tradiciones relativas al trabajo, desde Inglaterra en dirección al Nuevo Mundo. Mentalidades y tradiciones que, por cierto, fueron poco flexibles como para lidiar con el hostil panorama colonial.⁷

Otro aporte notable al problema del trabajo ha sido el de Karen Ordahl Kupperman centrado en el colateral factor de la desidia, la cual fue vista como el problema central de la colonización por sus contemporáneos. Sin contradecir la propuesta de Morgan, la autora focalizó su explicación en la expandida tendencia a evadir el trabajo rural y la manufactura entre los colonos. Partiendo de este problema, Kupperman arroja luz sobre la interacción existente entre la desnutrición y los efectos psicológicos del aislamiento y la desesperación, elementos que condujeron a una generalizada situación de apatía. Esta última implicó un "abandono de la vida", lo cual reforzó, a su vez, la malnutrición y conllevó fatales consecuencias.⁸

No obstante, Kupperman ha complejizado el estudio sobre el conflicto colonial a partir de la incorporación de la cuestión indígena y en este punto resulta una contribución notable, ya que como se intentará fundamentar a lo

⁶ Pablo Pozzi y Roberto Elisalde, "Conflicto y consenso en la historiografía norteamericana: una historia politizada", Pablo Pozzi, Roberto Elisalde, Claudio González Chiaramonte y Gabriela Farrán (comps.), *Un pasado imperfecto: el conflicto en la historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Manuel Suarez Editor, 1992 (11-29), pp. 16-19.

⁷ Edmund S. Morgan, "The Labor Problem at Jamestown, 1607-18", *The American Historical Review*, Vol. 76, N° 3, Junio de 1971, (595-611).

⁸ Karen Ordahl Kupperman, "Apathy and Death in Early Jamestown", *The Journal of American History*, Vol. 66, N° 1, Junio de 1979, (24-40).

largo del capítulo, la cuestión conflictividad social entre colonos está íntimamente ligada a la otra conflictividad entre colonos e indígenas. La hostil relación de fuerzas con los indígenas agravó la crisis de subsistencia en los asentamientos, que como se ha visto en los dos capítulos inmediatamente anteriores, retroalimentó las acciones violentas contra los nativos. Por consiguiente, los colonos no sólo se vieron privados de explotar la mano de obra indígena, sino que debieron trabajar ellos mismos para producir los alimentos que habían esperado obtener en intercambio.

Esta interpretación se diferencia de la historiografía dominante, que hace foco en la transferencia de instituciones inglesas a Virginia, ponderando en cambio la centralidad de las relaciones interétnicas, cuyo desenvolvimiento llevó a una confrontación irresoluble desde los inicios mismo de la instalación colonial que amenazó tan seriamente la supervivencia de los colonos que debieron poner en acto un dominio despótico sobre sus propias filas. De tomar el argumento de la transferencia, se podría deducir la instauración de un régimen de explotación de la mano de obra indígena de coacción extraeconómica, tal como se ejercía en las provincias irlandesas recientemente sometidas, o bien a partir de coacciones económicas, modalidad que se popularizó en los campos ingleses a partir de la contratación por bajos jornales. Si la explotación agrícola de la mano de obra indígena fue inviable (no así para el servicio doméstico, que aunque esporádico o casual, se ha constatado), ello no se debió a una inadecuación de esos propósitos con los patrones culturales metropolitanos, ya que como demostró el caso de la conquista de Irlanda, eran perfectamente compatibles. En otras palabras, la explotación extraeconómica de trabajo inglés fue aplicada al calor de las dramáticas circunstancias que amenazaban la continuidad de la colonia y no una derivación de ciertos patrones culturales –aristocráticos, dirá Morgan- ingleses en América. El foco, una vez más, se corre de los europeos e ilumina a ese *otredad* historiográfica, los habitantes nativos.

Antecedentes para la instauración del trabajo no libre

Como se afirmó arriba, las disposiciones de la Compañía de Virginia no contemplaban, en principio, la imposición de cuotas de trabajo entre los colonos, aún a sabiendas de la crisis que amenazaba la continuidad de la colonia. Antes bien, las medidas en torno a la organización del trabajo fueron implementadas al calor de las circunstancias. Tanto para el caso de Roanoke durante la gobernación de Lane, entre 1585 y 1586, como en durante la presidencia de John Smith en Jamestown, entre 1608 y 1609, las hostilidades interétnicas determinaron el cese de los intercambios, agravando seriamente las posibilidades de supervivencia de los colonos. A partir entonces de esta dinámica de confrontación con los indígenas, los líderes coloniales debieron ensayar medidas de emergencia para lograr el abastecimiento a partir de la organización de regímenes de trabajo con una estricta disciplina.

El testimonio de Lane, por ejemplo, demuestra su obsesión por el control. Desde un punto de vista de militar como el suyo, la relación entre los líderes y la “gente común” era pasible de una férrea disciplina, ya que se suponía que los hombres de condición llana se amotinarían ante la menor posibilidad. Por ese motivo, Lane organizó un régimen de supervivencia que consistió en dispersar a la compañía en pequeños grupos para que se provean de lo que la tierra pudiera ofrecerles. Desafortunadamente, no se dispone de información precisa sobre la forma en la cual los grupos organizaron la pesca, recolección o eventual caza de animales. Y aunque tampoco se mencionan disturbios en el fuerte, el descontento se había extendido, de modo que es posible suponer que existió algún tipo de conflicto, ya que una vez que pisaron suelo inglés desparramaron noticias “maliciosas y envidiosas”, como dijo Hariot, sobre la colonia de Jamestown.

Para el caso de Jamestown, el presidente John Smith encaró el problema de la escasez imponiendo un régimen autoritario que implicaba obligaciones en trabajo. Smith dividió a toda la compañía en grupos de diez a quince hombres según las tareas encomendadas, estableciendo vigilias rotativas y dando instrucción militar a los más aptos. Además, los colonos debían dedicar cuatro horas al trabajo, bajo la amenaza de que “el que no

trabaja no come". Resulta llamativo que en su obra *Generall Historie* Smith alteró el dato sobre las horas requeridas, mencionando seis horas en lugar de cuatro,⁹ lo cual delata al menos dos cuestiones. Por un lado que Smith maquilló su desempeño como líder colonial resaltando un aspecto que era ampliamente valorado por sus contemporáneos, esto es, el autoritarismo. Por otro lado, la exigencia de una jornada más larga de trabajo podía sugerir una productividad y un consumo mayor, esto es, una elevación de las condiciones de vida en la colonia. Smith se jactó también de las amplias atribuciones que tomó durante su presidencia, lanzando esta advertencia: "Desearía que se avengan a las reglas establecidas sin desprecio, ya que no hay ahora más consejeros que los protejan ni tuerzan mis esfuerzos. Por lo tanto, el que ofenda esperará con seguridad su debido castigo".¹⁰

Según Smith, la principal causa de la crisis era la incapacidad o renuencia de los colonos hacia las tareas productivas. En una población colonial con una gran cantidad de nobles, esta situación era esperable, pero Smith se quejaba principalmente de los hombres sin rango que tampoco tenían un oficio y que se mostraban indolentes hacia el trabajo. De esta manera Smith expuso sus demandas a las autoridades de la Compañía de Londres: "en todo este tiempo no tuvimos más que un carpintero en el país y otros tres que poco podían hacer pero que deseaban ser aprendices, dos herreros, dos marineros, y aquellos que anotamos como trabajadores eran en su mayor parte lacayos. Todo el resto eran pobres caballeros, comerciantes, servidores, libertinos y similares".¹¹ Aunque Smith solicitó el envío de carpinteros, agricultores, jardineros, pescadores, herreros, mamposteros y cavadores, el segundo contingente enviado por la Compañía se componía mayormente de hombres sin inclinación al trabajo productivo. De un total de 70 personas, 28 eran nobles, 14 eran comerciantes y el resto eran trabajadores. Entre estos últimos, registraron 8 polacos y holandeses, 2 mujeres y tres chicos.¹² La composición social de la colonia confirma así la evaluación que ha hecho Alden Vaughan,

⁹ John Smith, "A map of Virginia..." (1612), Arber (ed.) op. cit., vol. I, p. 149 y "Generall Historie", *Ibid.*, vol. II, p. 466.

¹⁰ John Smith, "A map of Virginia...", op. cit., p. 150.

¹¹ John Smith, "The Generall Historie of Virginia, New England, and the Summer Isles (1624)", en Arber (ed.), op. cit., (I: 273-382, II: 383-784), vol 2, pp. 486-487.

¹² *Ibid.*, 445-446.

que sostiene que "Virginia sobrevivió no por sus primeros colonos sino a pesar de ellos".¹³

Pese a estos condicionamientos Smith logró una transitoria estabilidad en Jamestown, producto de la combinación de dos estrategias. Por un lado, mantuvo tensos vínculos con los nativos, siguiendo una lógica de guerra que incluía tratos, amenazas, ataques y contraataques. Por otro lado, impuso una estricta disciplina de trabajo que dio los resultados esperados: "Por esto muchos se volvieron industriosos, aun más por severa reprimenda desempeñaron sus negocios; por lo que todos tenían tareas asignadas y no había excusa que pudiera prevalecer para engañarlo".¹⁴

Jamestown en la encrucijada

El período más crítico de Jamestown fue la hambruna que se extendió desde fines de 1609 hasta principios de 1610, más conocido como *starving time*, que además fue un invierno especialmente duro para la región. Para fines de 1609 las posibilidades de negociación con los nativos se habían agotado por completo y Jamestown vivió su momento más angustioso. Percy describió así el dramatismo del hambre durante ese invierno en que ejerció la presidencia:

Entonces todos nosotros en Jamestown, empezamos a sentir los agudos pinchazos del hambre, que ningún hombre puede describir de verdad a menos que haya probado la amargura del mismo. Un mundo de miserias se desarrolló, (...) tanto como para que algunos, para satisfacer su hambre, robaran el almacén, razón por la cual mandé que sean ejecutados. Y luego, habiendo ya comido los caballos y otras bestias mientras duraron, nos vimos satisfechos de cambiar por alimañas como perros, gatos, ratas y ratones. Todo era pescado que venía a la red para satisfacer el hambre atroz, ya sea comer botas, zapatos o cualquier pedazo de cuero que apareciera. Y habiéndolos consumido y devorado, algunos fueron forzados a buscar en los bosques para alimentarse de serpientes, y para escarbar la tierra en

¹³ Alden T. Vaughan, *American Genesis, Captain John Smith and the Founding of Virginia*, New York, HarperCollins, 1975, p. 25.

¹⁴ John Smith, "A Map of Virginia...", op. cit., p. 150.

busca de raíces silvestres y desconocidas, donde muchos de nuestros hombres fueron interceptados y asesinados por los salvajes.¹⁵

La situación era tan acuciante que Percy vio “cosas que parecen increíbles, como exhumar cuerpos de las tumbas y comerlos, y algunos han bebido la sangre que caía de sus débiles compatriotas”. El caso más terrible fue el de un hombre que “mató a su mujer, le sacó el niño de su vientre y lo tiró en el río, y después cortó a la madre en pedazos y la cocinó para su alimento (...) acto cruel e inhumano por el que decreté que debía ser ejecutado.¹⁶ Noticias como éstas eran verdaderamente nocivas para la Compañía de Virginia, razón por la cual lanzó en noviembre de 1610 un panfleto de propaganda, titulado “Verdadera declaración”, el cual matizaba o tergiversaba los relatos “difamatorios”. Por ejemplo, dio otra versión del homicidio relatado por Percy, alegando que no fue el hambre su móvil porque en su casa se había hallado “una buena cantidad de comida”:

Hubo uno de nuestra compañía que odiaba fatalmente a su mujer y por eso la mató secretamente, la cortó en pedazos y la escondió en diversas partes de la casa. Cuando se percató de la ausencia de la mujer, se sospechó del hombre y se indagó en su casa, descubriéndose así su magullado cuerpo. Y para excusarse, el hombre dijo que su mujer había muerto y que él la escondió para satisfacer su hambre y que comía diariamente de ella, por lo cual se indagó nuevamente su casa y se encontró una gran cantidad de comida, harina de avena, guisantes y porotos. Entonces fue procesado, confesado y asesinado, y fue quemado por su horrible maldad.¹⁷

¹⁵ George Percy, “A True Relation of the proceedings and occurrents of the momento which have hap'ned in Virginia from the time Sir Thomas Gates was shipwarck'd upon the Bermudes, anno 1609, until my departure out of the country, which was in anno Domini 1612”, Edward Wright Haile (ed.), *Jamestown Narratives. Eyewitness Accounts of the Virginia Colony. The First Decade, 1607-1617*, Champlain, Virginia, Roundhouse, 1998 (497- 519) p. 505.

¹⁶ Idem.

¹⁷ Virginia Company, “A True Declaration of the estate of the Colonie in Virginia, with a confutation of such scandalous reports as have tended to the disgrace of so worthy an enterprise” (Londres, 1610), Peter Force (ed.), *Tracts and other Papers Relating Principally to the Origin, Settlement, and Progress of the Colonies in North America, From the Discovery of the Country to the year 1776*, Washington, WM. Q. Force, 1844 (28 págs.), p. 16.

En esta situación de “miseria y desgobierno”¹⁸ se hallaba Jamestown cuando llegó, en mayo de 1610, el gobernador Gates con su contingente de náufragos. Después de una inminente ceremonia religiosa, Gates prosiguió con su designación formal como gobernador. Según Strachey, “Después del servicio, nuestro gobernador me solicitó que leyera su comisión, y el capitán Percie [sic] le entregó su comisión, la vieja patente y el sello del Consejo”.¹⁹ La comisión enseñada por Gates y emitida por la Compañía de Virginia, establecía lo siguiente:

Para el establecimiento de un gobierno que pudiera afrontar todos los inconvenientes revelados [la carestía, la vagancia y el desgobierno], concedimos nuestra comisión a un caballero capaz y respetable, Sir Thomas Gates, a quien designamos y apuntamos como el gobernador único y absoluto de esa colonia, bajo diversas limitaciones e instrucciones expresadas por escrito. Y con él enviamos a Sir George Summers, almirante, y al capitán Newport, vicealmirante de Virginia, y otras diversas personas de rango y calidad, en siete barcos y dos pinazas, con varias comisiones selladas, para que éstos tomen el lugar sucesivamente uno tras otro, considerando la mortalidad y la incerteza de la vida humana...²⁰

La determinación de la Compañía de Virginia por reforzar el dominio colonial se apoyaba en una nueva cédula o patente de colonización, solicitada por los inversores y concedida por la corona en mayo de 1609. La nueva patente le asignaba mayores atribuciones a la Compañía de Virginia, tanto en la designación de los miembros del Consejo de Virginia de Londres y de los funcionarios coloniales, como en las decisiones en materia de gobierno colonial.

¹⁸ William Strachey, “A true reportory of the wracke, and redemption of Sir Thomas Gates Knight; upon, and from the Ilands of the Bermudas: his comming to Virginia, and the estate of the Colonie then, and after, under the government of the Lord la Warre, July 15, 1610. written by William Strachy, Esquire”, Samuel Purchas (ed.), *Hakluytus Posthumus or Purchas his Pilgrimes*, vol. XIX, Glasgow, James MacLehose and Sones, 1906 [1625] (5- 72), p. 44.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ Consejo de Virginia, “A True and Sincere Declaration of the purposes and ends of the plantation begun in Virginia...” (Londres, 1610), en Edward Wright Haile (ed.), *Jamestown Narratives. Eyewitness Accounts of the Virginia Colony. The First Decade: 1607-1617*, Champlain, Virginia, Roundhouse, 1998, (356-371), P. 364. Este panfleto fue reimpresso nuevamente en 1891 por Alexander Brown en su *Genesis of the United States* (I: 337-353)

Frank Wesley Craven señala que esta segunda patente de 1609 tenía por objetivo acrecentar el poder de decisión de los “aventureros”, es decir, de los inversores de la Compañía, que se habían visto limitados en sus funciones por la patente de 1606. Ésta determinaba que las decisiones de gobierno colonial debían emanar del Consejo de Virginia de Londres, dependiente de la corona, compuesto por diez de los inversores apuntados por la corona. El consejo era el órgano que designaba a las autoridades coloniales, el presidente y su consejo en la colonia, como así también estipulaba las políticas que debían ejecutarse. La cédula de 1609 (elaborada en febrero pero sellada en mayo de ese año) elevaba a más de cincuenta los miembros del Consejo en Londres (la cédula de 1606 admitía sólo diez miembros), los cuales debían ser nombrados por la Compañía de Virginia. El Consejo, según Craven, pasó a ser el agente primario de la Compañía, aunque la corona mantuvo su poder de veto y la exigencia del juramento de cada uno de los consejeros.²¹

La reestructuración de la patente de colonización hizo que se ampliara la cantidad de inversores y, en consecuencia, de funcionarios. La autoridad principal de la Compañía, por otra parte, recaía en el tesorero, cargo ocupado por Sir Thomas Smith. Las acciones de la Compañía fueron fijadas en 12 libras y 10 chelines, que era un monto considerable pero que los propietarios de tierra o los grandes mercaderes podían afrontar. De hecho, la patente de 1609 atrajo a 650 inversores individuales y 50 corporaciones de oficios. Se alistaron, además, 600 hombres para viajar a Virginia, la mayoría de los cuales eran “aventureros” (como llamaban a los miembros de la Compañía), y un número menor correspondía a asalariados de la Compañía. Según estipulaba la nueva patente, los aventureros debían recibir una porción de tierra de Virginia y una devolución monetaria con ganancias en 1616.²²

El Consejo de Virginia de Londres había designado a Sir Thomas Gates como el “gobernador capaz y absoluto”, con especiales instrucciones en materia de gobierno. El gobernador estaba secundado por un consejo, pero éste sólo tenía funciones consultivas, “y las instrucciones estipulaban que él podía ignorarlos a discreción”. Las instrucciones también autorizaban a Gates a

²¹ Wesley Frank Craven, *The Virginia Company of London, 1606–1624*, Williamsburg, Virginia, 350th Anniversary Celebration Corporation, 1957, pp. 4-5,

²² Karen Ordahl Kupperman, *The Jamestown Project*, Cambridge, Mass., The Belknap Press of Harvard University Press, 2007, p. 243.

imponer una ley marcial haciendo el necesario uso de su autoridad personal para tratar con los colonos rebeldes.²³ Sir Thomas Gates era un reconocido veterano de la guerra en los Países Bajos y formó parte del Consejo de Virginia desde 1609.²⁴ Una vez en Jamestown, Gates hizo que "las órdenes e instrucciones que él dispuso que sean estrictamente observadas (...) y escritas de forma clara, fueron puestas sobre un poste en la iglesia para que todos tomaran noticia de ellas".²⁵

A pesar del "rango y calidad" de los nuevos funcionarios y de las instrucciones dictadas por la Compañía de Virginia, éstos fueron incapaces de resolver la grave crisis que atravesaba el asentamiento. La desazón fue expuesta amargamente por el Strachey:

los indios mataban [a los nuestros] tan rápido como resolvieran alejarse de los límites de nuestro fortín, como el hambre y la peste lo hacían en su interior... En esta desolación y miseria nuestro gobernador encontró el estado y condición de la colonia y (lo que aumentaba su pena), no había esperanza de enmendar o salvar a su propia compañía y a aquellos que permanecían vivos, de caer en ese tipo de necesidades.²⁶

El diagnóstico de las autoridades coloniales sobre la crisis apuntaba directamente al ocio. El mencionado panfleto de la Compañía de Virginia ponderaba el liderazgo de Gates en cuanto a su determinación por organizar las tareas en la colonia; [Gates] "proclamó que en un espacio de dos semanas recuperaría la salud de la mayoría de ellos [los colonos], cuyas enfermedades se engendraban por el ocio desmedido".²⁷ Una medida de Gates fue "apuntar a 28 o 30 de nuestra compañía (en un barco llamado *Swallow*) para que comercien con los *indios* por grano", pero esta orden trajo los resultados contrarios a los esperados, porque

²³ Ibid., p. 246.

²⁴ Craven, op. cit., pp.3, 18.

²⁵ Ibid., p. 46.

²⁶ Strachey, "A true reportory..." op. cit., p. 45.

²⁷ Virginia Company, "A True Declaration of the estate of the Colonie in Virginia, with a confutation of such scandalous reports as have tended to the disgrace of so worthy an enterprise." (Londres, 1610), Peter Force (ed.), *Tracts and other papers...* op. cit., vol 3, (28 págs.), p. 14.

habiendo obtenido una gran cantidad por medio del comercio, los más sediciosos de ellos conspiraron [y] persuadieron a algunos y forzaron a otros para [sumarlos a] su proyecto bárbaro. Ellos se robaron el barco y formaron una liga de piratas declarados, [persiguiendo] sueños de montañas de oro y felices robos, y en un instante arruinaron todas sus esperanzas y subvirtieron la seguridad de la colonia, de la cual dependía su retorno....²⁸

El panfleto endosó las noticias difamatorias sobre Virginia a estos grupos de "piratas", como así también la responsabilidad de las relaciones hostiles con los indígenas: "ellos hicieron de los indios nuestros más implacables enemigos a causa de la violencia que les ofrecieron".²⁹ Strachey hizo referencia a este episodio, consignando que un grupo de marineros partió clandestinamente por la noche para comerciar con los indígenas y dieron una cantidad excesiva de metal a cambio de alimentos, que no entregaron al almacén del fuerte sino que lo acapararon para ellos. Como este tipo de transacción clandestina resultaba conveniente para los "careros" indígenas, éstos reforzaron su negativa de comerciar con las autoridades de Jamestown.³⁰

El testimonio de Silvester Jourdain describe en pocas líneas la desazón reinante entre los sobrevivientes del naufragio, lo que precipitó la decisión de Gates de regresar a Inglaterra vía Terranova, donde esperaban embarcarse en navíos pesqueros ingleses:

... arribamos en Jamestown, en Virginia, el día veinticuatro del mismo mes [de mayo], donde encontramos algo de sesenta personas vivas. Y habiendo pasado aproximadamente tres semanas y no sabiendo de ningún refuerzo, el consenso general consideró adecuado optar por el mejor medio de preservación para todos, un número de doscientas personas. Y el ocho de junio de mil seiscientos diez embarcamos en Jamestown, no teniendo vituallas más que para catorce días, y resolvimos dirigir nuestro curso a Newfoundland, para refrescarnos y proveernos de vituallas que nos trajera a casa.³¹

²⁸ *Ibid.*, p. 16.

²⁹ *Idem.*

³⁰ Strachey, *op. cit.*, p. 51.

³¹ Silvester Jourdain, "A plaine description of the Barmudas, now called Sommer Ilands. With the manner of their discoverie. Anno 1609..." (Londres, 1613), en Peter Force (ed.), *Tracts and other papers*, *op. cit.*, (9-15), pp. 14-15. George Sommers, en una carta dirigida a Lord

El 9 de junio los hombres de Gates llevaban dos días remontando el río James cuando se toparon con la flota de Lord de la Warr, el gobernador enviado por la Compañía de Virginia para ocupar el cargo del desaparecido Gates. El arribo de De la Warr, con 150 hombres y provisiones suficientes como para garantizar la alimentación de todo el asentamiento por un año, determinó el regreso de la compañía de Gates. Con el propósito de “prevenir tanto el escándalo como el peligro de aceptar personas vagas y débiles”, la Compañía de Virginia había dispuesto la selección de hombres de oficio para que formaran parte de la expedición de De la Warr. Se estima, entonces, que buena parte de los hombres de trabajo abajo consignados llegaron a Virginia en este viaje:

Cuatro honestos e instruidos ministros; 2 cirujanos; 2 boticarios; 10 hombres para fundir y martillar el hierro; 2 armeros; 2 fundidores de armas; 6 herreros; 10 aserradores; 6 carpinteros; 6 carpinteros de navío; 6 hortelanos; 4 torneros; 4 ladrilleros; 2 constructores de baldosas [tile-maker]; 10 pescadores; 6 cazadores de aves; 4 ayudantes de esturión [sturgeon desser] y conservadores de caviar; 2 fabricantes de sal [saltmaker], 6 toneleros; 2 fabricantes de correas de tiro; 2 fabricantes de arado; 4 fabricantes de cuerdas; 6 ayudantes de viña; 2 fabricantes de prensa [press-makers]; 2 ebanistas; 2 fabricantes de jabones de ceniza; 4 fabricantes de alquitrán; 2 expertos en minerales [mineral men]; 2 plantadores de caña de azúcar; 2 ayudantes sederos; 2 perforadores de perlas; 2 panaderos; 2 cerveceros; 2 mineros.³²

De la Warr reincorporó a las autoridades anteriores como miembros del consejo, que además de las funciones consultivas ocupaban otros puestos de jerarquía. Los seis miembros del consejo eran: “Sir Thomas Gates, caballero y teniente general; Sir George Summers, caballero y almirante; el capitán, señor

Salisbury y fechada el 15 de junio de 1610, presenta discrepancias respecto de las fechas. Éste informa que “partimos desde Bermudas el 13 de mayo y arribamos en Virginia el 23 del mismo mes”. George Sommers, “Carta a Salisbury”, Weight Haile (ed.), *Jamestown Narratives*, op. cit., (445-446), p. 445.

³² Consejo de Virginia, “A True and Sincere Declaration...”, op. cit., p. 371.

Percy, y en el fuerte capitán de cincuenta [sic]; Sir Ferdinando Weinman, caballero, jefe de artillería; el capitán Christopher Newport, vicealmirante; [y] el señor William Strachey, secretario y registrador”.³³

Pocos días más tarde, De la Warr y su consejo resolvieron enviar a Sommers a Bermudas para traer de allí reservas de alimentos. Sommers partió el 19 de junio en su *Patience*, secundado por otra pinaza al mando de Samuel Argall (un militar que años más tarde protagonizaría severos ataques a las comunidades indígenas). El almirante murió en noviembre en las Bermudas a causa de una enfermedad, tras lo cual se bautizó Islas Sommers al archipiélago.

Uno de los puntos clave de la reestructuración de la colonia era la imposición de tareas productivas a los colonos de común condición. Según informaba el Consejo de Virginia, De la Warr

asignó a cada hombre un sitio particular para observar atentamente y trabajar penosamente... los franceses preparando las plantaciones de vino, los ingleses trabajando en los bosques y en los campos, cada hombre conociendo su cargo y dispuesto al mismo con presteza... requiriendo no más esfuerzo que desde las seis de la mañana hasta las diez, y desde las 2 a las 4 de la tarde, después de lo cual ellos recibían socorro espiritual y corporal.³⁴

Otra medida urgente fue la reconstrucción de la “arruinada y poco frecuentada” capilla, junto con la imposición de dos oficios diarios (el matutino a las 10.00 y el vespertino a las 16.00), con un sermón los días jueves y dos los días domingo.³⁵ Respecto del aprovisionamiento de alimentos, De la Warr dispuso “tirar las redes cada día y cada noche” pero sin resultados, lo que para Strachey se debía al estado de las redes y “la falta de pericia de nuestros hombres”.³⁶ No le fue mejor a De la Warr en sus intentos de atraer la buena voluntad de Powhatan para poner límite a los ataques y reanudar un comercio

³³ Strachey, op. cit., p. 60.

³⁴ Consejo de Virginia, op. cit., p. 20. Los caballeros, consignaba la Compañía de Virginia, aportaban “la fuerza de su conocimiento, el ejercicio de su consejo, la operación y poder de su mejor crianza y calidad”, es decir, no cumplían labores productivos sino que tenían a cargo funciones políticas y/o militares.

³⁵ Strachey, op. cit., p. 56.

³⁶ *Ibid.*, p. 62,

“justo” que les permita hacerse de grano. De la Warr envió una “embajada” para labrar un acuerdo de paz con Powhatan, pero éste no sólo rechazó las peticiones de los colonos que, según expresa Strachey, se formularon en los términos más humildes, sino también elevó serias amenazas para la seguridad del asentamiento colonial.³⁷

“Powhatan sólo respondió que o bien debían dejar ese país o bien retirarse a Jamestown, sin explorar más arriba en su tierra o ríos, [porque] de lo contrario mandaría a sus hombres a matarnos e infligirnos toda la malicia que pudieran conforme a su voluntad”. Resulta interesante la presunción de Powhatan en las líneas que siguen, donde éste exige a los ingleses un trato semejante al que reciben los grandes señores de Inglaterra: “además, previno a los mencionados mensajeros de que no volvieran a él nunca más, a menos que trajeran un carro y tres caballos, tal como él había entendido por [lo que le habían dicho] los indios que habían estado en Inglaterra, que ese era el estado en que los grandes werowances y señores en Inglaterra visitaban a otros grandes hombres”.³⁸

Aunque Gates y de la Warr contaban con el recurso de aplicar la ley marcial sobre los colonos con el objetivo de mantener la unidad y la disciplina, no lograron revertir la crítica situación que atravesaba el fuerte. La tasa de mortalidad era tan elevada que la autoridad de los gobernadores, se licuaba en el estado general de apatía que afectaba Jamestown. Esto señala, en primer lugar, que la autoridad plenipotenciaria de Gates y De la Warr, con todas sus credenciales y reconocimientos, no pudo ponerse en acto a causa de una realidad material absolutamente adversa. La imposición efectiva de un orden autoritario con la plena vigencia de la ley marcial tuvo lugar un año después, a mediados de 1611, cuando llegaron más refuerzos enviados por la Compañía de Virginia.

³⁷ Los dos “caballeros” (no identificados por Strachey) que se entrevistaron con Powhatan le pidieron al “sabio rey” que pusiera fin a los ataques al fuerte que, entendían, provenían de indígenas desafectos a su autoridad. *Ibid.*, p. 64. Esto habría tenido lugar después del 6 de julio de 1610, cuando un hombre de Gates fue asesinado en Nansemond, en la boca del río James.

³⁸ Strachey, “True Reportory...”, *op. cit.*, p. 65.

A mediados de 1611, Sir Thomas Dale y Sir Thomas Gates, viejos compañeros de armas en los Países Bajos, retornaron con refuerzos enviados por la Compañía de Virginia y se hicieron cargo de la gobernación.³⁹ Aunque el drama de la enfermedad y la escasez no había desaparecido, para entonces había quedado atrás el período de hambruna más crítico. Los nuevos contingentes de hombres iban reforzando progresivamente al asentamiento, que se encontraba en un estado de guerra con las comunidades nativas. El crecimiento de la población del asentamiento dio paso al establecimiento en zonas vecinas y al cultivo sistemático de un producto bien apreciado en Inglaterra desde finales del siglo XVI, el tabaco, que pronto se convirtió en el bien comercial por excelencia. Ese marco de estabilidad, aunque precaria y permanentemente amenazada por el clima de guerra interétnica, es el que permitió la imposición de un orden marcial en la colonia.

La ley marcial

Los consejeros de la compañía en Londres consideraban que los grandes problemas de la colonia gravitaban en torno a las hostilidades con los indígenas, por un lado, y la falta de disciplina interna, por otro. En función de esas preocupaciones es Gates y Dale impusieron *ipso facto* un estricto código de comportamiento civil que, aunque no tuvo su debida sanción de ley que se esperaba de los consejeros de la Compañía con aprobación del Consejo Privado del rey, adquirió una entidad legal desde su publicación en 1612 hasta su revocación en 1619. Las *Divine and Martial Laws*, exponían meticulosamente los castigos prescritos para casos de blasfemias religiosas, ausencia al Sabat, asesinato, adulterio, sodomía, violación, fornicación, robo, fraude, injurias contra la autoridad, conspiraciones, encubrimientos, intercambio con indígenas, venta de alimentos (dentro y fuera de la compañía), matanza de animales, pérdida de armas o herramientas, faltas a las normas de higiene e incumplimiento de las tareas asignadas.

³⁹ Gates partió a Inglaterra el 20 de julio de 1610 y De la Warr en marzo de 1611 a causa de una enfermedad que logró superar, quedando a cargo de la gobernación George Percy. Dale arribó en Virginia en mayo de 1611 y asumió el cargo de gobernador, hasta que llegó Gates en agosto y ocupó el puesto. Las dos flotas (9 naves en total) reunían 600 hombres, con 100 vacas, 200 cerdos y un número no especificado de aves de corral. Craven, op. cit., p. 24.

Para resolver el problema de la frontera y reabrir los intercambios, la

compañía encomendó la pacificación con los indígenas. Se prohibió a los colonos que intercambiaran de manera privada con los indígenas, para prevenir los recurrentes abusos de su parte: "15. Ningún hombre, sea cual sea su condición, permutará, trocará o comerciará con los indios, excepto que sea designado por ese motivo por autoridad legal, bajo pena de muerte. 16. Ningún hombre saqueará o despojará, por la fuerza o la violencia, o tomará nada de ningún indio que venga a comerciar, bajo pena de muerte";⁴⁰ Hueiga decir que las leyes nunca contemplaron la posibilidad de que los indígenas formasen parte integral de la colonia, y que si se formuló un castigo para los colonos que robaban los productos de los indígenas, no era para proteger a éstos sino para asegurarse que esos productos iban a ser obtenidos, por la vía del intercambio, por los agentes de la Compañía. Para asegurarse de que los "indios vengan en cualquier momento al campamento, pueblo o fuerte, por comercio o visita", el código mandaba "asignar guardas sobre esos indios, y que no roben ninguna de nuestras herramientas, hachas, carretillas [howes (?)], espadas, piezas o cualquier otra cosa; y que nadie de nuestra gente hable de forma privada o pública con ellos, o que comercien o intercambien con ellos, o que cometan cualquier otro acto indebido".⁴¹

Con el objetivo de disciplinar a los colonos bajo la férrea autoridad

colonial, el código exigía el cumplimiento de rutinas de trabajo de seis horas, que incluían tanto tareas productivas como militares, y se adaptaban a cada grupo de actividad. Los regímenes de trabajo estaban escrupulosamente pautados por tipo de ocupación, afectando a comerciantes, soldados y "trabajadores", con específicas disposiciones para panaderos, cocineros y pescadores. El régimen de trabajo quedaba bajo responsabilidad de los capitanes, quienes tenían que supervisar la siguiente rutina:

[Los trabajadores] se presentarán con el [capitán] al trabajo y cada grupo permanecerá trabajando hasta las 9 o 10, de acuerdo con el frío o el calor del día, tiempo en que él evitará que su compañía sea negligente, holgazana o se retire del trabajo, hasta que el sargento

⁴⁰ William Strachey, "Lawes Divine, Morall and Martial, &c" (1612), en Peter Force (comp.), *Tracts and other papers relating principally to the origin, settlement, and progress of the colonies in North America*, vol. III, (68 págs.), Washington, WM. Q. Force, 1844, p. 13.

⁴¹ *Ibid.*, p. 40

mayor o capitán de vigía haga sonar el tambor y los conduzca hacia dentro de la Iglesia para oír el servicio divino, y así persuadidos, cada hombre retornará a su alojamiento para proveerse su comida y para descansar hasta las dos o tres de la tarde, de acuerdo con el calor o el frío del día, momento en el cual sonará el tambor como anteriormente, al comando del sargento mayor o capitán de vigía, ellos serán conducidos nuevamente dentro de la Iglesia para las oraciones vespertinas, y habiendo concluido dispersarán la compañía...⁴²

El código también establecía que los militares de menor rango debían distribuir las herramientas para el trabajo: “El debe asimismo recibir del sargento los instrumentos y herramientas como espadas, palas, hachas, etc. empleadas en el trabajo y darlas a los trabajadores con todo el debido cuidado para que ninguna se rompa, se pierda o se eche a perder a propósito”.⁴³ Si las herramientas de trabajo eran celosamente custodiadas por las autoridades militares de la colonia, esto se debía a que, por un lado, los colonos solían entregarlas sin autorización a los indígenas a cambio de alimento, y por otro lado podían arruinarlas adrede para evadir el cumplimiento de sus tareas.

La rutina diaria de los colonos, como consigna en el código implicaba seis horas de labor y la asistencia al servicio religioso, el cual contribuía notablemente con la implementación de esta dura disciplina, ya que “cada Ministro o Predicador leerá cada Sabbath todas esas leyes y ordenanzas, públicamente en la asamblea de la congregación, bajo pena de perder su entretenimiento por esa semana”.⁴⁴ Una vez en sus aposentos recibían su ración de alimento.

También se prevían medidas especiales para evitar que los panaderos, cocineros y pescadores escamoteen el alimento para consumo personal, ya que la Compañía se adjudicaba la reserva y distribución. Por ejemplo, “todos los panaderos que son asignados para cocer el pan, o cualquier cosa que sea distribuida en general o para alguien en particular, no robarán ni malversarán, perderán o defraudarán a ningún hombre respecto de su debido peso y medida, ni usarán ningún truco fraudulento o deshonesto para hacer que el pan

⁴² *Ibid.*, p. 45.

⁴³ *Ibid.*, p. 56.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 19.

pese más...".⁴⁵ Los castigos estipulados eran el corte de las orejas para la primera falta, un año de galera (prisión) para la segunda, y tres años para la tercera. Para los cocineros, se establecía que "no harán de menos, ni quitarán ninguna porción o parte de la carne, el pescado, etc.".⁴⁶ Respecto de los pescadores, se exigía que "dieran cuenta justa y verdadera de los peces que habían pescado de día y de noche, y de qué tipo eran, y que los mandasen al gobernador".⁴⁷ Los castigos para cocineros y pescadores eran idénticos a los consignados para los panaderos.

Los "artesanos" como los herreros, carpinteros y ladrilleros gozaban de una consideración mayor respecto de los otros trabajadores, aunque como éstos estaban sujetos a la estricta rutina que marcaban los tambores.⁴⁸ La diferencia más sustantiva se daba entre los trabajadores y artesanos, por un lado, y los aristócratas, por otro, ya que el código admitía expresamente que los nobles eran incapaces de hacer alguna tarea manual, por lo que eran dispensados de esas responsabilidades y se les asignaba las más exclusivas tareas de dirección y control. Como la Compañía de Londres oficialmente declaró: "los Gentilhombres, cuyo linaje nunca conoció lo que significa el trabajo diario... no pueden cavar... ni practicar el hacha ni el cincel". Por esta razón, ellos "emplean la fuerza del conocimiento, el ejercicio del consejo, la operación y poder de sus mejores linaje y cualidades".⁴⁹ En otras palabras, los nobles evitaban el duro trabajo diario "haciendo lo mejor en la práctica de sus ciencias y conocimientos".⁵⁰

Los castigos se aplicaban de acuerdo al tipo de ofensa, e incluían la pérdida del día de descanso, la confiscación, el castigo físico (latigazos, estiramiento), la mutilación, la cárcel y la pena de muerte. Este era el castigo prescrito para los comerciantes: "26: cada comerciante... asistirá debidamente a su trabajo... bajo peligro, ante su primera falta y negligencia, de perder su entretenimiento por plazo de un mes, para su segunda falta tres meses, para

⁴⁵ *Ibid.*, p. 18.

⁴⁶ *Ibid.* p. 19.

⁴⁷ *Idem.*

⁴⁸ La Divina Ley hace una distinción entre estos tipos de trabajadores "cada trabajador a su trabajo, y cada artesano a su ocupación, herreros, ebanistas, arpinteros, ladrilleros, &." *Ibid.*, p 40.

⁴⁹ "A True Declaration of the State of the Colonie in Virginia..." (1610), en Peter Force (ed.), *Tracts and Other Papers...* op. cit., p. 20.

⁵⁰ Strachey, "A true repertory...", op. cit., p. 49.

su tercera un año, y si continúa desleal y negligente en ello, ser condenado a las galeras por tres años”.⁵¹ Entre los castigos corporales estaban no sólo el látigo sino también el estiramiento, lo cual hacían poniendo “cabeza y talones juntos toda la noche”, y la mutilación de orejas.

Este autoritario y cruel gobierno colonial emergió como una combinación de las tradiciones europeas. Tanto en Inglaterra como en Virginia, los brutales castigos eran pensados como dispositivos para disuadir a los colonos de cometer delitos, por un lado, y para “dar el ejemplo”, por otro. Esto justificaba, según el punto de vista de los líderes coloniales, la crueldad de los castigos. Por ejemplo, Ralph Hamor, un colono y a la vez miembro de la compañía, arguyó que:

Sir Thomas Dale no ha sido un tirano ni severo en absoluto, aunque las ofensas han sido capitales y los delincuentes peligrosos, miembros incurables, incapaces de enseñar nada a alguien, pero la forma de su muerte pude objetarse, ha sido cruel, inusual y bárbara (...), y si ha sido más severa que la usual en Inglaterra, hubo una causa justa para ello. Hemos tenido que tener resguardo de aquellos que nos aterrorizaban y hacer que teman cometer tales ofensas. Entonces, habiendo condenado justamente a los delincuentes se comprobó que entre esa gente (que en su mayoría son sensatos bajo tormento corporal) el miedo de una muerte cruel, dolorosa e inusual los ha disuadido más que la muerte misma.⁵²

⁵¹ Strachey, *Lawes Divine...* op. cit., p. 15.

⁵² Hamor, op. cit., pp. 27– 28. Para una descripción de los tormentos aplicados a los condenados a muerte entre la gente común en Inglaterra ver Raphael Hollinshead and William Harrison, *Descripción de la Inglaterra Isabelina*. Edición a cargo de Rogelio Paredes, Soledad Justo y Gabriela Monezuelas. Colección de libros raros, olvidados y curiosos. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, pp. 363-370.

Los colonos implantaron en América su marcada jerarquía social junto con la doctrina anglicana, ambos elementos efectivos como instrumentos de disciplinamiento social. Sin embargo, esos esfuerzos no fueron suficientes para resolver el problema de la hambruna que devastó Jamestown en sus primeros años. Más aún, los trabajadores con frecuencia evadían la autoridad huyendo con las comunidades nativas. Esta práctica era tan habitual que el código establecía que “ningún hombre o mujer (bajo pena de muerte) se escapará de la colonia con Powhatan o cualquier otro salvaje werowances”.⁵³

Hasta 1619 los gobernadores mantuvieron este brutal régimen sin por ello conseguir ningún alivio para los colonos de Virginia. En fecha tan tardía como 1614, el gobernador Thomas Dale dio la orden de castigar con el látigo a dos costureras. Anne Leyden y Jane Wright cumplían con la tarea de coser camisas, pero habiendo resultado cortas, “fueron latigueadas, y An leyden (sic) estando encinta (esa misma noche abortó)”.⁵⁴

El trabajo forzado entre los colonos cesó hacia finales de la década, parcialmente debido al floreciente negocio del tabaco, que estrechó los lazos comerciales con la metrópoli. Por otro lado, se pusieron en práctica otras formas de trabajo no libre, la de los siervos escriturados y la de los esclavos (cuyos orígenes se remontan a 1619). El régimen de trabajo escriturado afectaba a los que habían viajado a Virginia a expensas de la compañía, por lo cual estaban obligados a trabajar junto con los demás colonos sujetos a la ley marcial, hasta que expirara el plazo convenido de siete años. Luego recibirían 3 acres en propiedad, y 12 si tenían familia, y debían pagar un tributo de dos barriles y medio de maíz anualmente, lo que equivalía al trabajo de un mes.⁵⁵ A partir de 1619, cuando la rentabilidad del trabajo esclavo decreció en colonias antillanas inglesas como Barbados, la esclavitud se presentó como una sugerente alternativa, ya que los excedentes de mano de obra esclava fueron vendidos a los plantadores de tabaco de Virginia a precios convenientes y con réditos aún mayores, hasta convertir al trabajo esclavo en la mano de obra forzada por excelencia de las plantaciones del sur.

⁵³ Strachey, *Laws Divine...*, op. cit. p. 16.

⁵⁴ “Minutes of the Council and General Court,” *Virginia Magazine of History and Biography*, XXIII 1915, p. 138.

⁵⁵ Edmund Morgan, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la colonia a la independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, op. cit., p. 91.

A modo de balance

El trabajo compulsivo de los colonos durante la primera década de su instalación fue más que nada una estrategia de supervivencia y fue acompañada y reforzada por una severa disciplina. El capitán Ralph Lane, gobernador de Roanoke, había establecido un estricto régimen después de un grave enfrentamiento con los nativos que privó definitivamente a los colonos de los alimentos que ellos les proveían. En Jamestown, en 1609, el capitán John Smith organizó rutinas de trabajo para confrontar de esa manera el hambre, como así la anomia que se había instalado entre los abatidos colonos. En las islas Bermudas, entre 1609 y 1610, también se puso en práctica un régimen de trabajo compulsivo, como consecuencia del naufragio del *Sea Adventure* frente a sus costas. Sin embargo, desde 1610 se impusieron estrictas normativas que regulaban el trabajo al que los colonos de común condición estaban obligados a cumplir. Las sanciones contra estas y otras faltas al orden civil, militar y religioso de la colonia, fueron expresadas en las *Leyes Divinas, Morales y Marciales*, y publicadas en 1612 como parte del cuerpo de propaganda de la Compañía de Virginia que, enseñando el autoritarismo ejercido en América, esperaba sumar apoyos para su empresa colonial.

A juzgar por sus resultados, puede afirmarse que este orden autoritario tuvo más éxito en el plano de la retórica que en el plano material. Pese a que fue concebido para paliar la crisis de subsistencia y disciplinar a los colonos desafectos, la producción de alimentos permaneció muy por debajo de las necesidades vitales de los colonos. Edmund Morgan admitió que "pasados los diez años, a pesar de la disciplina militar de los grupos de trabajo, los colonos todavía no cosechaban lo necesario para alimentarse y continuaban mendigando, intimidando y comprando maíz a los indios, cuyas tierras quemadas deliberadamente (sic). De modo que no podemos achacar los fracasos de la colonia a una disciplina laxa o una autoridad difusa".⁵⁶

Si como aseguró Hamor, la severidad de los castigos disuadió a los desafectos a cometer acciones prohibidas o a cumplir con ciertas obligaciones, lo cierto es que el descontento persistió, y muchos colonos optaron por huir

⁵⁶ Edmund Morgan, *Esclavitud y libertad...* op. cit., pp. 90-91.

para convivir con los indígenas, que siendo enemigos de las autoridades coloniales, se presentaban como huéspedes más amables que sus propios compatriotas. Más nefastos fueron los resultados de la política presuntamente amistosa con los indígenas, dado que en estos años las hostilidades se acentuaron tanto más como para provocar el rapto de la “princesa” Pocahontas.

Sin embargo, los discursos que circulaban en Inglaterra enfatizaban los aspectos positivos de este riguroso modelo de dominio colonial, con el propósito de inspirar seguridad para los inversores y garantías de orden y prosperidad para los desahuciados ingleses que buscaban mejorar su calidad de vida en América. A diferencia de la experiencia propiamente histórica, el discurso a favor del orden marcial fue exitoso, lo cual se manifiesta en arribo de cientos de colonos que vinieron, ellos sí, a reforzar el proyecto colonial ahora encarado a la explotación del tabaco.

El orden marcial, con su regulación del trabajo obligatorio, ilumina un aspecto elusivo para la historiografía que es, precisamente, el del conflicto social durante la temprana colonización de Virginia. Tal como se ha analizado más arriba, este orden autoritario se instauró como medida para terminar con la “miseria y el desgobierno” que afectaron tan seriamente a Jamestown durante sus primeros años, es decir, fue un orden instaurado para resolver la conflictividad social imperante. Las medidas adoptadas fueron tan crueles que incluso defensores como Hamor debieron admitir que no tenían precedentes en Inglaterra. La aplicación de la ley marcial pudo haber tenido éxito en terminar con la lucha de facciones, pero decididamente no terminó con el conflicto social. Muy por el contrario, muchos colonos optaban por ir a vivir con los indígenas para escapar precisamente de ese agobiante control. Tampoco se impuso para garantizar el bienestar de los colonos de “común condición”, ya que mantuvo las jerarquías y, por ende, los privilegios que detentaban los aristócratas.

Una lectura tradicional –sea simplemente liberal, sea su vertiente neoconservadora- del conflicto social en la historia colonial norteamericana podría admitir su existencia como parte constitutiva de un proceso de transformación económica y social tendiente al “progreso”. Dado que esta historiografía entiende al conflicto social como una consecuencia inevitable y

no como un problema histórico específico, su interés ha sido muy marginal, con la notable excepción de Morgan. En las antípodas, una lectura de izquierda como la esgrimida en el capítulo 5 por Peter Linebaugh y Marcus Rediker en *La Hidra de la Revolución*,⁵⁷ pone el énfasis en la conflictividad del temprano período colonial como argumento necesario del análisis de una sociedad de clases cuyos lineamientos (la acumulación de capital en pocas manos, la explotación del trabajo por medios extraeconómicos, una estructura jurídica al servicio de la clase propietaria, etc.) constituyen el lado oscuro de los orígenes de la nación norteamericana.

Estas lecturas no resuelven, sin embargo, otras preocupaciones que se han ponderado en esta investigación, como la relación entre el régimen de trabajo forzado entre los colonos y las simultáneas hostilidades interétnicas, o la tensión provocada precisamente por la instauración de ese régimen autoritario. No alcanza, pues, con afirmar que la colonización temprana de Virginia fue una experiencia seminal para la conformación de una sociedad basada en clases antagónicas, como así tampoco plantear que esos antagonismos eran un “transplante” de los que regían las sociedades europeas en su firme tránsito al capitalismo. Antes bien, es justo y necesario considerar a la conformación del régimen autoritario de la temprana colonización como el resultado histórico de un fracaso, que fue justamente el de trabar relaciones cordiales con los habitantes nativos. Las hostilidades interétnicas agravaron la crisis de subsistencia, generando otros problemas colaterales entre los cuales se halla la conflictividad entre los propios colonos.

⁵⁷ Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *The Many-headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston, Beacon Press, 2000.

Capítulo 9

POCAHONTAS ENTRE DOS MUNDOS: EL DERROTERO DE LA COLONIZACIÓN

La leyenda de Pocahontas ha dado lugar a caudalosos ríos de tinta, convirtiéndose en el relato más difundido sobre la colonización de Virginia hasta nuestros días. Esta leyenda tuvo su origen en 1624, cuando John Smith publicó en Londres su *Generall Historie*, donde relató su rescate a manos de Pocahontas, que por entonces tendría entre 10 y 12 años, cuando estaba a punto de ser ejecutado por su padre, Powhatan, a fines de diciembre de 1607. Si bien este episodio encierra una controversia de casi dos siglos, constituye el momento épico por excelencia de la colonización de Virginia. A partir de su secuestro, en 1613, Pocahontas fue bautizada y recibió un nuevo nombre, Rebeca. Poco después fue entregada en matrimonio a John Rolfe, un plantador de tabaco, a quien se le atribuye la paternidad de su hijo, constituyendo éste el primer caso de mestizaje avalado por las autoridades coloniales. En 1616 fue enviada a Inglaterra como testimonio viviente del avance colonizador en Virginia y murió inesperadamente en marzo de 1617 en Inglaterra, cuando emprendía su retorno a Virginia.

A partir de los elementos señalados, Pocahontas fue convertida en una figura emblemática de la colonización inglesa. Su presunta colaboración con el proceso de instalación colonial tiene su clímax en el rescate de John Smith, mientras que su conversión religiosa, la unión matrimonial, y su nueva identidad europeizante sustentaban los efectos “civilizadores” de la colonización. Si Pocahontas personificó el éxito de la conquista para sus

contemporáneos ingleses, en el siglo XIX fue convertida en la primera heroína nacional de los Estados Unidos.

El personaje histórico en su dimensión literaria

La leyenda de Pocahontas cobró un lugar protagónico en el proceso de construcción del nacionalismo estadounidense desde principios de siglo XIX, ya que contenía valiosos recursos para el desarrollo de la literatura romántica que confluía con la ideología dominante. Es así como proliferaron las novelas de Pocahontas con diversas licencias argumentativas, entre las que se destacan el presunto romance entre Pocahontas y John Smith, que a grandes rasgos simboliza los efectos "civilizatorios" de la colonización. Durante la primera mitad del siglo XIX, al menos ocho obras literarias, entre novelas y poemas, tuvieron a John Smith y a Pocahontas como protagonistas. Esta última también ocupó un lugar de privilegio en la pintura decimonónica, como ser "El bautismo de Pocahontas" (1840) de John Gadsby Chapman, que decora nada menos que la rotunda del Capitolio. En el teatro se destacó la "burlesque extravaganza" *Pocahontas*, de John Brougham y James G. Maeder, de gran éxito desde su estreno, en 1855, hasta la muerte de Brougham en 1880. Durante los años que duró la guerra civil norteamericana la obra fue representada con igual éxito en Londres.¹

En nuestros días, Pocahontas es más conocida por su relación con Smith que con su marido, lo cual fue advertido por Robert T. Tilton.² Ese relato domina la cultura escolar y popular en general y sigue mostrando su vigencia a través del cine, como la película de dibujos animados de Disney "Pocahontas" (1995), y el más recientemente film "The New World" (2005), dirigido por Terrence Malick.

Ahora bien, las cuantiosas apropiaciones y representaciones artísticas sobre Pocahontas tienen una raíz propiamente histórica en el proceso de

¹ William Brooks, "Pocahontas: Her Life and Times", *American Music*, Vol. 2, N°. 4, Music of the American Theater, Invierno de 1984, (19-48), pp. 19-20.

² Robert Tilton, *Pocahontas: The Evolution of an American Narrative*, University of Cambridge Press, New York, 1994, p. 76.

colonización de Virginia desde 1607, lo cual pretende analizar este trabajo, en una doble perspectiva. Por un lado, se indagarán las estrategias de colonización que involucraron a Pocahontas, lo que incluye una primera etapa de intercambios y una posterior caracterizada por la confrontación entre colonos e indígenas. Se indaga particularmente en la naturaleza de los intercambios entre indígenas y colonos que, dada la importancia que revestía para la supervivencia de estos últimos, se ha interpretado como un acto de colaboracionismo indígena. ¿Fue colaboracionismo o resistencia al avance colonial, lo que primó en la lógica de los intercambios?

Por otro lado se analizarán las transformaciones en la identidad de Pocahontas y las experiencias de contacto con los ingleses, no como evidencia del progreso colonial sino como manifestación de la imposición violenta de los colonos que, a una década de la instalación colonial, buscaban estabilizar su precario dominio en Virginia. Los testimonios que posibilitan el análisis son los relatos de los testigos ingleses y, en profunda tensión con éstos, la historia oral que aun conserva la comunidad mattaponi, cuyos antecesores conformaron la nación Powhatan, y que fue publicada por primera vez en el año 2007.³

Pocahontas en las fuentes

Los testimonios más significativos y difundidos que involucran a Pocahontas corresponden a los escritos del capitán John Smith. Sus textos vertebran la historia canónica de la temprana colonización de Virginia y han suscitado acalorados debates entre los historiadores desde el siglo XIX hasta nuestros días. En términos generales, puede afirmarse que el consenso historiográfico pondera a Smith como un líder hábil que evitó la ruina de la colonia merced al trato alcanzado con Powhatan para lograr el

³ La comunidad mattaponi representa una de las seis tribus algonquinas que originalmente conformaron el núcleo de la "nación" Powhatan (como lo llaman los propios Mattaponi) en el siglo XVI. Actualmente, los Mattaponi residen en una de las dos únicas reservas indígenas del estado de Virginia. La antropóloga Angela L. Daniel entrevistó a Linwood "Little Bear" Custalow, quien le transmitió la historia sagrada que es estrictamente conservada y transferida, generación tras generación, por los sacerdotes de la comunidad. Linwood "Little Bear" Custalow y Angela L. "Silver Star", Daniel *The true story of Pocahontas. The other side of history*, Golden, Colorado, Fulcrum Publishing, 2007.

aprovisionamiento de alimentos, mientras que la controversia más notable versa en torno al rescate de Pocahontas del invierno de 1607-1608.

En *A True Relation*,⁴ de 1608, Smith expone los sucesos de su cautiverio a manos de Opechancanough, *werowance* de la comunidad Pamunkey y hermano de Powhatan. Smith destacó la fascinación que despertó en Opechancanough la brújula que llevaba consigo, lo cual ha sido interpretado como demostración de la superioridad técnica europea frente a la “barbarie” americana. Días después Smith fue conducido a Werowocomoco, el poblado donde residía Powhatan, quien con trato cordial y agasajos mediante, indagó sobre las razones de la llegada de los ingleses. Smith contestó que “luchando contra sus enemigos los españoles fueron vencidos, y emprendían la retirada cuando el clima extremo los condujo hasta la costa”.⁵

Es probable que las razones que Smith alegó para disuadir a Powhatan de una represalia segura, hubieran despertado, por el contrario, su empatía, teniendo en cuenta las confrontaciones entre los nativos y los españoles a principios de la década de 1570. Según la historia sagrada de los mattaponi, Powhatan vio en los ingleses a unos aliados que, con armas equivalentes, podrían enfrentar a potenciales invasores españoles. Por esa razón designó a Smith *werowance* del poblado de Capahowasic⁶ y le dispensó los honores respectivos mediante el envío de presentes al fuerte. Sin embargo, Smith nunca reconoció ni asumió su condición de *werowance*, y en lugar de actuar en el marco de la reciprocidad, respondió con amenazas y acciones violentas, lo cual suscitó las críticas de sus contemporáneos de la Compañía de Virginia, aunque fue pasado por alto por el grueso de la historiografía, que más bien destacó sus logros en el intercambio.

Hacia el final de *A True Relation* Smith menciona por primera vez a Pocahontas, quien había sido enviada por Powhatan al fuerte de Jamestown como emisaria para negociar el envío de los indígenas allí cautivos y de un

⁴ Smith, John, “A True Relation”, en Edward Arber (ed.), *Travels and Works of Captain John Smith*, John Grant, Edinburgh, 1910, V. 1 (1-40). Este relato se basa en una carta enviada a un amigo en Londres. Una vez allí, fue publicada por el editor de la Compañía de Virginia, John Healey, quien registró el texto en agosto de 1608, con algunas modificaciones respecto de la carta original.

⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁶ En “True Relation” Smith declara haber recibido tierras sin mencionar su designación como *werowance*: “El [Powhatan] deseó que renunciara a Paspahugh [Jamestown] y fuera a vivir con él río arriba, a un país llamado Capa Howasicke”. *Ibid.*, p. 20.

muchachito inglés que oficiaba de intérprete de Powhatan, llamado Thomas Salvage: "Powhatan, entendiendo que nosotros reteníamos a ciertos Salvajes, envió a su hija, una niña de diez años de edad, que no sólo por facciones, semblante y proporción excedían al resto de su gente, sino también por astucia y espíritu, es la única *Nonpariel* [sic] en su país".⁷ Como demostración de las intenciones pacíficas de Powhatan, el intérprete que acompañaba a la niña advirtió a Smith que "de ninguna manera debería dudar de su amabilidad, puesto que le había enviado su niña, a la que más estimaba...".⁸ Por su parte, Pocahontas hizo entrega de un venado y pan como presentes.

La única alusión a Pocahontas en *Map of Virginia*,⁹ consta en el anexo de palabras algonquinas que antecede al texto a modo de glosario. En la lista figuran palabras, números y expresiones acompañadas de su traducción en inglés, de las cuales la última corresponde a la cuestión del intercambio: "*Kekaten pokahontas patiaquagh niugh tanks monotyens neer mowchick rawrenock audowgh. Bid Pocahontas bring hither two little Baskets, and I will give her white beads to make her a chaine*" [Manda a Pocahontas traer dos pequeñas canastas y le daré cuentas blancas para hacerle un collar].¹⁰ La alusión de Pocahontas en el glosario evidencia el protagonismo que la niña tuvo en los intercambios entre colonos e indígenas. Si Smith sistematizó y dio a conocer una fórmula en lengua algonquina para gestionar el envío de alimentos con Pocahontas como intermediaria, entonces las cualidades de este personaje en tanto agente del intercambio eran al menos conocidas por los colonos.

⁷ *Ibíd.*, p. 38. La palabra "nonpariel" deviene de la expresión francesa "nonpareil", que significa "sin par". Cito aquí la palabra original, ya que su contenido literario excede a la traducción.

⁸ *Idem.*

⁹ Smith, John, "Map of Virginia. With a description of the countrey, the commodities, people, government and religion" [Oxford: Joseph Barnes, 1612], en Arber, op. cit. vol. 1 (41- 174). "Map of Virginia" se compone de dos partes. La primera, titulada "The description of Virginia by Captaine Smith" era una versión revisada y expandida del informe que presentó Smith ante las autoridades del Real Consejo de Virginia de Londres, que a su vez se abonaba por los escritos de ocho colonos. La segunda parte, titulada como "The proceedings of the English colonie" es un sumario condensado de los dichos y escritos de siete de ellos y otro testigo más, aunque Smith no figura como autor ni endorsa ningún pasaje de esta segunda parte.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 46. El glosario consiste en una lista de 56 términos, entre palabras y frases y 20 números. La lista habría sido tomada y adaptada de la realizada por Thomas Hariot durante la primera tentativa de colonización de Virginia, en la región de Roanoke, entre 1585-1586. David Read sostiene que Smith reordenó el listado de Hariot por rubros y que en la selección primó su interés por el intercambio. David Read, "Colonialism and Coherence: the case of Captain John Smith's 'Generall Historie of Virginia'", *Modern Philology*, Vol. 91, No. 4, mayo de 1994, (428-448), pp. 431-433.

El episodio del rescate de Pocahontas fue publicado recién en *Generall Historie*, de 1624, lo que inspiró las producciones literarias que instalaron el romance entre Smith y Pocahontas en el siglo XIX. El pasaje relata la experiencia del cautiverio de Smith en Werowocomo:

Cuando entró [Smith] para comparecer ante el Rey, todos lanzaron un fuerte grito. La reina de Appamatuck fue asignada para traerle agua para lavar sus manos y otro le trajo un ramillete de plumas, en lugar de toalla, para que se las secara: después de agasajarlo en el mejor de sus bárbaros modos, confabularon largamente, pero la conclusión fue que trajeron dos gruesas piedras ante Powhatan; después los que pudieron agarrarlo lo arrastraron hacia las piedras, donde apoyaron su cabeza, listos para machacársela con sus mazas. Pocahontas, la hija predilecta del rey, cuando todas las súplicas resultaron vanas, le tomó la cabeza entre sus brazos y posó la suya sobre la de él para salvarlo de la muerte; entonces el Emperador se conformó con dejarlo con vida a condición de que le hiciera hachas para él, y campanas, cuentas de cobre para ella...¹¹

El debate historiográfico sobre el episodio del rescate

Este testimonio fue el parteaguas de la historiografía norteamericana del siglo XIX, que se dirimió entre los defensores de Smith, que sostenían que el rescate efectivamente había ocurrido, y los detractores, que impugnaron su autenticidad. El debate se inició en 1860, cuando Charles Deane¹² argumentó que Pocahontas no había salvado a John Smith, dado que el episodio no apareció en sus escritos anteriores, como *A True Relation* o *Map of Virginia*, ni tampoco fue referido por otros testigos de la temprana colonia. Siguiendo a Deane, Henry Adams escribió un famoso artículo, en 1867, donde denostó meticulosamente a Smith, consolidando así la interpretación dominante hasta el siglo XX. El artículo de Henry Adams, "Captain John Smith", fue publicado en la

¹¹ Smith, John, "The General Historie of Virginia", en Arber (ed.), op. cit., p. 400. Es interesante destacar que Smith usaba la tercera persona del singular para referirse a sí mismo, un recurso estilístico que en su época denotaba pretensión de grandeza.

¹² Charles Deane (comp.), *Wingfield's Discourse of America*, Boston, J. Wilson and Son, 1860.

prestigiosa revista *North American Review* en enero de 1867. El artículo fue reeditado con revisiones en 1871 y en 1891. Entre los historiadores positivistas que impugnaron a Smith se destacan Henry Cabot Lodge en *English colonies in America* (1881) y Alexander Brown en *Genesis of the United States of America* (1890). De los contados historiadores del siglo XX que se pronunciaron a favor de Smith se destacan los trabajos biográficos de Bradford Smith, *Captain John Smith: His life and legend* (1953), Philip L. Barbour, *The three worlds of Captain John Smith* (1964) y J. A. Leo Lemay en *Did Pocahontas save Captain John Smith?* (1992). Este último trabajo está abocado a validar el episodio del rescate.

Según la corriente crítica iniciada por Adams, Smith inventó el episodio con la intención de vanagloriarse, opinión sustentada en los inverosímiles relatos sobre sus experiencias militares en Europa del este que publicó como parte de la *General Historie*. "The True Travels", la narrativa sobre sus aventuras en el Viejo Mundo, daba cuenta de su participación en el ejército rebelde de Países Bajos, una guerra que sólo abandonó para involucrarse en otra más peligrosa y enigmática, en términos literarios, que fue la guerra contra los turcos.¹³

William Wirth Henry refutó a Adams en una publicación de escasa difusión, en 1875.¹⁴ En su defensa de la autenticidad del rescate de Pocahontas, Henry dio crédito a una carta de Smith dirigida a la reina Ana, en 1616, donde éste informaba que "después de permanecer casi seis semanas destinado a aquellos cortesanos salvajes, al minuto de mi ejecución ella [Pocahontas] arriesgó su cabeza de ser aplastada por salvar la mía".¹⁵ Henry

¹³ En *True Travels* Smith narró sus aventuras con notable atractivo literario. Allí contó su accidentado viaje a Transilvania para luchar contra el imperio otomano enrolado en el ejército cristiano de Segismundo. También Smith se vanagloria por haber mantenido un combate cuerpo a cuerpo con el jefe turco Turbashaw, a quien cortó la cabeza como trofeo. Cuando el ejército se desplazaba hacia el sur, los tártaros los vencieron en combate y Smith fue tomado como esclavo y vendido a una dama noble de Estambul. Ella lo asignó a su cruel hermano, jefe militar de los tártaros, cerca del Mar Negro, al que Smith asesinó para poder escapar. Smith recorrió el río Don, en Rusia, volvió a Transilvania y de allí inició un periplo que lo condujo por Europa hasta África. Finalmente regresó a Inglaterra para enrolarse en la Compañía de Londres para emprender el viaje a Virginia, en diciembre de 1606. Para entonces Smith tenía solamente 27 años. John Smith, "The true travels, adventures, and observations of Captain John Smith, in Europe, Asia, Africke, and America: beginning about the yeere 1593 and continued to the present, 1629", En Arber (ed.), op. cit., vol. 2, parte 1, (820-880).

¹⁴ William Wirt Henry, "The rescue of Captain John Smith by Pocahontas". *Potter's American Monthly Review* N° 4 (1875) y N° 5 (1875).

¹⁵ John Smith, "To the most high and vertuous Princesse, Queene Anne of Great Britanie", en Arber, op. cit., vol. 2, (530-533), p. 531.

insistió en que, de haber mentido, Smith habría sido delatado por sus contemporáneos. Pero el alegato de Henry no superó la mera especulación,¹⁶ dado que no se comprobó que la carta haya sido escrita ni recibida por la reina. Para afianzar su argumento, Henry se apoyó en otros textos de Smith, como *New England Trials*, de 1622, pero que presentaban elementos colaterales, no estrictamente ligados al rescate. A la vez, sostuvo que “si este último fue una fabricación de Smith, ciertamente debe haber sido reconocido por aquellos testigos que habían estado con él en Virginia y con frecuencia habían visto a Pocahontas”. La carta tomó dimensión pública cuando Smith la incluyó en *Generall Historie*, por lo que su contenido queda teñido de las mismas sospechas que recaen sobre ésta. Por su parte, los mattaponi desmienten categóricamente el relato de Smith:

Aunque Smith alegó años después que Pocahontas salvó su vida durante una ceremonia de cuatro días en el proceso de su designación como werowance powhatan, su vida nunca estuvo en peligro. Su vida no necesitó ser salvada. ¿Por qué el Powhatan hubiera querido matar a una persona que estaban iniciando como werowance? (...) Los temores de Smith fueron fruto de su imaginación o bien un recurso para embellecer su narrativa.¹⁷

Además, los mattaponi niegan categóricamente que Pocahontas haya asistido a esa ceremonia porque, dado su carácter religioso, permitía exclusivamente la presencia de los sacerdotes: “Pocahontas no pudo haber estado en la ceremonia para arrojarle sobre Smith para salvarlo porque los *quiakros* [sacerdotes] no habrían permitido a Pocahontas estar allí”.¹⁸ Thomas Slaughter apunta en el mismo sentido, sosteniendo que Smith “transformó la famosa historia de su breve cautiverio con los indígenas, desde un cuento de nobleza tribal a una aventura romántica”.¹⁹

Desde la antropología, Helen Rountree aporta elementos que confluyen con la interpretación de los mattaponi. La autora desestima la posibilidad de la ejecución ceremonial, tal como la describe Smith, aduciendo que “una muerte

¹⁶ Henry, op. cit., en J. A. Leo Lemay, *Did Pocahontas save Captain John Smith?*, University of Georgia Press, Athens, Georgia, 1992, p. 42.

¹⁷ Custalow y Daniel, op. cit., p. 19.

¹⁸ *Ibid.*, p. 20

¹⁹ Thomas P. Slaughter, “John Smith, uomo universale”, *Reviews in American History*, Vol. 15, Nº 2, The Johns Hopkins University Press, Junio de 1987 (220-225).

rápida era normalmente aplicable a subordinados desobedientes y no a extranjeros cautivos".²⁰ Por su parte, Frederic W. Gleach sostiene que en términos antropológicos pudo haber existido una mimesis de ejecución, en tanto rito de pasaje, por el cual Smith abandonaba su condición de extranjero y potencial enemigo y "renacía en un nuevo mundo de relaciones culturales" como miembro de la nación powhatan. En ese contexto Pocahontas habría cumplido un importante papel como mediadora cultural, salvando simbólicamente a Smith.²¹

Desde el campo de la literatura se han sumado algunos de los más recientes aportes al análisis de la obra de John Smith. Particularmente se han escrutado sus contradicciones, que no sólo emergen del contraste entre sus escritos, sino también en la exposición de los hechos. Smith escribe algunos pasajes a partir de su experiencia personal pero, en otros, copia o parafrasea a distintos autores, a menudo sin aclarar lo que está haciendo.²² David Read ha interpretado la falta de coherencia de *Generall Historie*, especialmente por la participación de las voces nativas que Smith hace intervenir a modo de réplica del accionar colonial que él mismo comandó. Las ambigüedades y las incoherencias son, dice Read, habituales en los textos de la temprana colonia, y en *Generall Historie* expresan particularmente el descontrol que caracterizó a Jamestown en esos años.²³

Pocahontas como agente de los intercambios interétnicos

Aquí se interroga un aspecto desconocido de este personaje histórico que es precisamente su rol como agente de los intercambios interétnicos. Según consta en *Generall Historie*, "Pocahontas con su séquito le trajo tanta

²⁰ Helen Rountree, *Pocahontas's: The Powhatan Indians of Virginia through four centuries*, University of Oklahoma Press, Norman, 1990, p. 39.

²¹ Frederick W. Gleach, *Powhatan's world and colonial Virginia. A conflict of cultures*, University of Nebraska Press, Lincoln, Nebraska, 1997, pp. 118-119. La idea de Pocahontas como mediadora cultural se encuentra desplegada en Clara Sue Kidwell, "Indian women as cultural mediators", *Ethnohistory* N° 2, vol. 39, Duke University Press, primavera de 1992 (97-107), pp. 99-101.

²² Edmund Morgan, *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2009, p. 490.

²³ Read, op. cit., p. 442.

provisión que salvó muchas de sus vidas, que de otra manera habrían muerto de hambre”. Smith se atribuyó la responsabilidad de los intercambios con el objetivo de resaltar su liderazgo entre los colonos: “la bondad de Powhatan (que no sabíamos cuanto duraría) revivió de tal modo sus moribundos espíritus (especialmente el amor de Pocahontas) que todo el temor de los hombres fue abandonado”.²⁴

Dado que la colonia atravesaba una grave carestía con pavorosos de muertos por hambre y enfermedades, quedaba naturalmente fuera de toda consideración el interés que los propios indígenas tenían en el intercambio. El cobre y el hierro eran muy apreciados entre éstos porque los utilizaban para optimizar las tareas agrícolas. En particular la posesión del cobre demarcaba las jerarquías sociales, como constatan los numerosos relatos que evidencian la posesión de adornos de cobre de los *werowances*. Asimismo, la cantidad de mujeres a las que podía acceder un *werowance* se correspondía con la cantidad de metal que poseía. En 1612, el secretario de la colonia William Strachey advirtió que los *werowances* principales pagaban un plato de cobre a aquellos guerreros que atacaran Jamestown.²⁵

Los indígenas no aceptaron pasivamente los términos de los intercambios sino que, por el contrario, los fomentaban e imponían sus condiciones. Siguiendo esta perspectiva, Karen Kupperman sostiene que durante los tensos intercambios, tanto los indígenas como los ingleses manipulaban el lenguaje de la amistad al tiempo que mantenían subyacente la amenaza de conflicto.²⁶ Si el rescate de Pocahontas resultó ser el puntapié de una dinámica de intercambios, resulta razonable que John Smith lo haya publicado en su *Generall Historie* como alegato en su defensa, atribuyéndose así el mérito de ser quien supo tratar con Powhatan y llevar así alivio a sus hombres en Jamestown.

Peter Hulme aporta otra interpretación sobre la tardía publicación del episodio del rescate, en estrecha vinculación con la guerra definitiva que se desató después de la masacre de 1622. Según Hulme, “después de 1622 el ‘rescate’ se vuelve comprensible, puede ser articulado en una narrativa en la

²⁴ *Ibid.*, pp. 401- 402.

²⁵ William Strachey, *The Historie of Travaile into Virginia Britannia* (1612), Hakluyt Society, London, 1849, p. 104.

²⁶ Karen Ordahl Kupperman, *The Jamestown Project*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2007, p. 230.

que Pocahontas cumple un rol cada vez más importante como evidencia de que el reconocimiento de los algonquinos respecto de los valores de la cultura europea podría haber provisto las bases para una relación armoniosa, si no fuera porque la barbarie de su tío [Opechancanough] destruyó toda esperanza de cooperación pacífica”.²⁷ Esta interpretación resulta incontrovertible a la luz de los discursos que después de 1622 se organizaron coherentemente tras un mensaje intolerante y descalificador. La caracterización de los indígenas como salvajes dominó el contexto de expansión colonial. Según entienden los propios mattaponi, la idea del salvajismo expresó la negativa de los colonos a conocer la organización social de los nativos, a la vez que fue excusa para matarlos o tomar sus tierras.²⁸

Pocahontas entre dos mundos: una identidad transformada

La identidad de Pocahontas se vio severamente alterada con la dinámica de colonización. Desde enero de 1608 y por el lapso un año aproximadamente, en el que tuvieron lugar los intercambios entre Powhatan y los colonos, Pocahontas mantuvo un fluido contacto con los habitantes de Jamestown. William Strachey describió a Pocahontas como “una bien proporcionada aunque pícara muchachita”, que a la “edad de once o doce años conducía a los muchachos del fuerte al lugar de mercado (...) desnuda como estaba”.²⁹ En ese entonces, siendo una niña, conservaba el nombre de su nacimiento, Matoaka, que en lengua algonquina se traduce como “flor entre dos arroyos”.³⁰

Para el invierno de 1609, cuando se desataron las hostilidades entre colonos e indígenas, Pocahontas tendría doce o a lo sumo trece años. Según consta en *Generall Historie*, durante una visita de Smith y sus hombres a Werowocomoco, la jovencita reveló a los visitantes ingleses el complot de su padre. Según Smith, Pocahontas atravesó el bosque en la helada noche para

²⁷ Peter Hulme, *Colonial Encounters. Europe and the Native Caribbean (1492-1797)*, Methuen & Co., London, 1986, p. 172.

²⁸ Custalow y Davis, op. cit., p. 36.

²⁹ Strachey, op. cit., p. 65. Es interesante destacar que Strachey arribó a la colonia en mayo de 1610, por lo que su testimonio alude a referencias aportadas por terceros.

³⁰ Custalow y Daniel, op. cit., p. 6.

advertirle que “Powhatan y todo el poder que podía reunir, vendría a matarnos a todos (...) y con lágrimas cayendo por sus mejillas ella dijo que no debía ser vista por nadie porque si Powhatan llegaba a saberlo, iba a morir”.³¹ Este testimonio abona la interpretación liberal que ve a Pocahontas como una colaboradora del proceso de colonización, una heroína que arriesgando su vida y desafiando a su propio padre aportó seguridad al asentamiento.

Sin embargo, la evidencia desmiente categóricamente la “segunda salvación” de Pocahontas. En primer lugar, la naturaleza del testimonio de 1624 indica un alto grado de “elaboración” por parte del autor.³² En segundo lugar, según aducen los mattaponi, era impensable que una niña de la elite nativa fuera capaz de sortear la guardia de los guerreros que permanentemente escoltaban a Powhatan ya su familia.³³ Tan articulada estaba la defensa de Powhatan que al poco tiempo hizo trasladar la población entera de Werowocomoco a Orapack, en la zona alta del James, un sitio alejado y amparado por el denso bosque, para de esa manera poder evitar el contacto con los colonos. De esa manera, los indígenas evitarían ser atacados y expoliados, mientras que los colonos se verían acorralados por la falta de provisión.

Según la historia oral de los mattaponi, Pocahontas fue iniciada en la adultez mediante un ritual llamado “huskanasquaw” (malinterpretado por los ingleses como un sacrificio de niños), que le confirió el nombre de su difunta madre, Pocahontas, que significa “alegre”. En 1610 se casó con un guerrero de la tribu Potomac llamado Kocoum. La única referencia europea a este matrimonio es aportada por Strachey: “la joven Pocohunta [sic] (...) que en tiempos pasados se dirigió alguna vez a nuestro fuerte, ahora está casada con un capitán privado, llamado Kocoum, desde aproximadamente dos años.”³⁴ Los mattaponi agregan que Kocoum era uno de los cincuenta guerreros de elite que protegían Werowocomoco. A instancias de Powhatan, Pocahontas y Kocoum dejaron Werowocomoco para residir en el poblado de Potomac, donde estarían

³¹ Smith, “Generall Historie”, en Arber, op. cit., vol. 2, p. 455.

³² Este testimonio no figura en ninguna de los escritos previos de Smith. En relación con este episodio, Barbour apunta que *Generall Historie* es una “historia bien contada” que contiene un alto grado de elaboración, pero que eso no lo hace necesariamente falso. Barbour, op. cit., nota 9, p. 260.

³³ Custalow y Daniel, op. cit., p. 31.

³⁴ Strachey, op. cit., p. 54.

protegidos de eventuales ataques. En Potomac, sostienen los mattaponi, Pocahontas tuvo su primer hijo.³⁵

Pocahontas en el centro de las hostilidades interétnicas

La transformación más drástica de la identidad de Pocahontas se inició a partir de su secuestro y no, como predica el imaginario popular, a causa de la supuesta admiración que le despertaba la cultura europea. Fue una transformación inducida violentamente y no voluntariamente. En 1613, el capitán Samuel Argall y el gobernador Thomas Dale concertaron el secuestro de Pocahontas, que para entonces tendría quince o dieciséis años. Según relata un testigo llamado Ralph Hamor, los colonos contaron con la colaboración de Iapazeus, hermano del *werowance* de la comunidad Potomac, quien habría entregado a Pocahontas a cambio de "una pequeña marmita de cobre y algunos otros juguetes menos valiosos pero altamente estimados por él".³⁶

Karen Robertson analizó discursivamente el pasaje de Hamor como una subversión de las responsabilidades en torno al secuestro de Pocahontas.³⁷ Hamor justificó el rapto de Pocahontas como una venganza por el asesinato del capitán Ratcliffe y presentó a los indígenas como traidores, por haber entregado a Pocahontas a cambio de unas bagatelas.³⁸ La versión de los mattaponi, por el contrario, hace hincapié en la violencia ejercida por los ingleses, quienes antes de partir rumbo a Jamestown con el rehén, asesinaron a Kocoum.³⁹

Como precio por la liberación de Pocahontas, los colonos exigieron que Powhatan hiciera entrega de los hombres ingleses que tenía bajo su control,

³⁵ Custalow y Daniel, op. cit., pp. 43, 47.

³⁶ Ralph Hamor, "A true discourse of the present estate of Virginia, and the successe of the affaires there till the 18 of lune 1614", John Beale, Londres, 1615, p. 5.

³⁷ Karen, Robertson, "Pocahontas at the masque", en *Signs*, vol. 21, N° 3, primavera de 1996 (551-583), p. 566.

³⁸ Hamor, op. cit., p. 7. Ratcliffe, cuyo verdadero nombre era John Sicklemore, fue asesinado junto con 14 de sus hombres durante una campaña a Keughcotan con el objetivo de proveerse de alimentos, en diciembre de 1609 (ver cap. 7).

³⁹ Custalow y Daniel, op. cit., p. 51.

junto con las armas de fuego y herramientas que concentraba, además de la entrega de alimentos. Pero el gran líder algonquino no reaccionó de la manera esperada y pasaron tres meses hasta que dio muestras de conciliación, que resultaron provocadoramente insuficientes: el envío de siete mosquetes inservibles y la promesa de 500 fanegas de grano en caso de liberar a Pocahontas.⁴⁰ Los colonos entonces prepararon su ofensiva para forzar a Powhatan a aceptar sus condicionamientos. Para ello dispusieron de una flotilla de ciento cincuenta hombres, liderados por Dale y Argall, y remontaron el río James para forzar el pago del rescate, pero Powhatan no los recibió. La renuencia de Powhatan a pactar con los ingleses podría haber sido parte de su estrategia de resistencia o, como sostienen los mattaponi, se formulaba como una opción pacífica del gran líder local. El gobernador Dale se lamentaba en una carta de que “si su padre la hubiese amado, no la habría valorado menos que unas viejas espadas”.⁴¹ Antes de retirarse a Jamestown los ingleses cometieron un ataque brutal en la costa: quemaron cerca de cuarenta casas y lo que encontraron a su paso, saquearon, hirieron y mataron a cinco o seis de sus hombres. El ataque fue sintetizado sarcásticamente por Dale de esta manera: “Ahora podría juzgar Señor, si el dios de la batallas no ha brindado una mano en eso, con nuestras fatigadas espadas, matando sus hombres, quemando sus casas y tomando su grano, tanto que finalmente nos tendieron la paz”.⁴²

Después de ese atroz ataque, Powhatan cedió a las pretensiones de los colonos, lo que éstos entendieron como el inicio de una “etapa de paz”, y así lo considera la historiografía tradicional, que se refiere al periodo abierto en 1613 como “paz anglo-powhatan”, el cual habría durado hasta 1622. ¿Puede llamarse pacífico un periodo apuntalado por constantes y temerarias intimidaciones? Pocahontas nunca fue recuperada por su comunidad, lo cual indica que los términos de la paz eran, cuanto menos, tensos.⁴³ Esto podría deberse a que los colonos consideraban insuficientes las entregas de grano o

⁴⁰ Hamor, op. cit., p. 6.

⁴¹ Thomas Dale, “To the R. and my most esteemed friend Mr. D.M at his house at F. Ch. in London” (1614), en Hamor, op. cit., (51-59), pp. 53-54

⁴² Hamor, op. cit., pp. 8, 55.

⁴³ La versión opuesta considera que Pocahontas, por su incansable curiosidad por la forma de vida de los ingleses, encontró cierta comodidad en su cautiverio. Esta interpretación, tan controversial como popular, no resiste el análisis histórico.

que Powhatan continuaba ejerciendo algún tipo de presión. Según la historia oral de los mattaponi, Powhatan quiso recuperar a su hija y pagó el rescate consignado, pero nunca fue reconocido porque, manteniendo a Pocahontas cautiva, los ingleses disuadían eventuales contraataques indígenas. Lo que para los nativos era una dramática extorsión, para los ingleses era un principio de paz.

Un punto crítico de la colonia era que muchos colonos huían voluntariamente a los poblados indígenas para escapar de la miseria y el orden marcial que dominaban en Jamestown. En su carta, Dale explicaba que el cautiverio Pocahontas le permitiría, entre otras cosas, recuperar a los "hombres que habían huido", uno de los cuales había vuelto a escapar a otro poblado después de que Powhatan le diera la orden de regresar con sus compatriotas.⁴⁴

Otro indicio para pensar la precariedad de la paz es aportado por el matrimonio de Pocahontas con John Rolfe. Los colonos vieron con optimismo la unión matrimonial porque –según su prisma europeo- podría garantizar una paz definitiva con los nativos y de esa manera establecer condiciones que permitieran la expansión de la colonia. El matrimonio se consumó el 5 de abril de 1614 con el consentimiento de Dale y la supuesta autorización de Powhatan, que no asistió a la ceremonia en Jamestown pero envió en su lugar a un hermano suyo y a dos de sus hijos. En palabras del gobernador Dale, desde que Pocahontas "se casó con un caballero inglés de buena posición, otro nudo ata más fuerte esta paz".⁴⁵ Tan empeñado estaba Dale en reforzar la paz a través de las alianzas matrimoniales que él mismo, que tenía esposa en Inglaterra, solicitó a Powhatan la mano "de una hija suya (siendo ya Pochahuntas nuestra posesión) de quien se dice es su adorado deleite, y seguramente la estimaba como a su propia alma) para asegurar su compromiso de paz".⁴⁶

La negativa de Powhatan a entregar a su hija revela, como apunta Joan Linton, que éste desestimó el valor de Pocahontas como agente de paz.⁴⁷ Una

⁴⁴ Dale, op. cit., pp. 52- 54

⁴⁵ *Ibíd.* p. 55.

⁴⁶ Hamor, op. cit, p. 37. Hamor, ayudado por sus "propios conocimientos" ofició de intérprete junto con Thomas Savage. La narrativa sigue con otros asuntos lo que indica que las peticiones de Dale no tuvieron la respuesta esperada por parte de Powhatan.

⁴⁷ Joan Pong Linton, *The Romance of the New World. Gender and the Literary Formations of English Colonialism*, New York, Cambridge University Press, 1998, pp. 177-178.

lectura alternativa pondera la renuencia del gran líder algonquino a aceptar cualquier acuerdo con los ingleses, incluso los formulados en términos de amistad y paz. A una década de la ocupación colonial y su violenta dinámica, Powhatan podría considerar cualquier negociación con los ingleses como un avance de los invasores en detrimento de su propia autoridad. El planteo de Linton contribuye con esta mirada en la medida en que afirma que “para los colonos la paz se volvió un pretexto para la expansión, un proceso facilitado por la institución de la propiedad privada de la tierra en Virginia”.⁴⁸

Pocahontas, “embajadora” del proyecto colonial

El matrimonio Pocahontas con Rolfe se consumó merced al secuestro de la joven y su bautismo colaboró en buen grado con el plan colonizador, ya que se le confirió una identidad aceptable para los ingleses de ambos lados del Atlántico. Según los colonos, Pocahontas adhirió voluntariamente a la nueva fe durante el año que estuvo cautiva. Al respecto, Dale escribió: “Yo hice que la hija de Powhatan sea cuidadosamente instruida en la religión cristiana, quien después de haber hecho algunos buenos progresos en ese aspecto renunció públicamente a la idolatría de su país, confesó abiertamente su fe cristiana, [y] fue, como ella deseó, bautizada”.⁴⁹ Alex Whitaker, ministro religioso del recientemente fundado asentamiento de Henrico, fue probablemente quien bautizó a Pocahontas y, según apuntó Hamor, este fue un “asunto en el que Sir Thomas Dale ha trabajado largamente para que prenda en ella”.⁵⁰ Por su parte, Rolfe resaltaba de la joven “su deseo de ser enseñada e instruida en el conocimiento de Dios, su capacidad de entendimiento, su acertada voluntad en recibir cualquier buena impresión...”.⁵¹

Estos pasajes expresan la predisposición de Pocahontas a aceptar la religión y la cultura de los invasores, lo cual constituye un elemento central de

⁴⁸ *Ibid.*, p. 179.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 55.

⁵⁰ Alex Whitaker, “To my verie deere and loving cosen M. G. Minister of the B. F. in London” (18 de junio de 1614), en Hamor, *op. cit.* (59-61), p. 60.

⁵¹ John Rolfe, “Gentle-mans letters to Sir Thomas Dale, that after married Powhatans daughter, containing the reasons moving him thereunto”, en Hamor, *op. cit.* (61-68), p. 66.

la leyenda de Pocahontas que sobrevive hasta nuestros días y que, naturalmente, no puede comprobarse en términos históricos. Aún la aplicación del método histórico más primario indica que es impropio hacer afirmaciones sobre la "voluntad" de quien ha sido privado de su libertad y no ha dejado testimonio genuino, sino que se ha expresado a través de otros que, precisamente, mantienen con ese sujeto un vínculo, sino violento, al menos coercitivo. Pero para los objetivos coloniales, el mensaje tenía un efecto notable: que una "princesa" indígena abandonara "voluntariamente" su religión para aceptar la fe cristiana era un argumento contundente para probar los éxitos de la colonización fundados en la misión civilizadora, y de esa manera justificar y promover la conquista.

Esa intención parece haber abrigado Dale en 1614 cuando tomó su determinación de llevar a Pocahontas a Inglaterra: "ella vive civilizada y amorosamente con él [Rolfe] y yo confío aumentará en bondad, tal como el conocimiento de Dios aumentó en ella. Irá a Inglaterra conmigo".⁵² Según Hamor, para entonces Pocahontas era bien conocida en Inglaterra como la "Nonparella de Virginia",⁵³ expresión que a la sazón indica la popularidad que había alcanzado el texto de Smith de 1608. Dos años después, John Chamberlain, accionista de la Compañía de Virginia de Londres, escribió en una carta: "Sir Thomas Dale ha arribado desde Virginia y trajo con él cerca de diez o doce viejos y jóvenes de ese país, de los cuales la persona más extraordinaria es Pocahuntas (hija de Powhatan, un rey o cacique de ese país), casada con un tal Rolfe, un inglés".⁵⁴ Con ellos iba Thomas Rolfe, el hijo recién nacido de Pocahontas. La historia sagrada de los mattaponi arguye que el niño fue el amargo fruto de una violación. El matrimonio con Rolfe habría sido un artificio para enmascarar y desligar del atroz hecho a las autoridades coloniales.⁵⁵

Entre los pasajeros nativos viajaba un sacerdote y consejero de Powhatan llamado Uttamatokkin, a quien Powhatan había enviado en

⁵² Dale, op. cit., p. 56.

⁵³ Hamor, op. cit., p. 4.

⁵⁴ "Chamberlain to Carleton" (22 de junio de 1616), en Alexander Brown (ed.), *The Genesis of the United States*, 2 vols., Boston, Houghton, Mifflin and Company, 1891, vol. 2, (789-790), p. 789.

⁵⁵ Custalow y Daniel, op. cit., p. 65. Según los mattaponi, Pocahontas había sido violada por Thomas Dale, conjetura fundada en la coincidencia entre los nombres de Dale y del hijo de Pocahontas.

calidad de informante con el propósito, según Smith, de “contar la población de aquí e informarlo bien de cómo éramos nosotros y nuestro estado”. En *Generall Historie*, Smith incluyó un pasaje que revelaba la disconformidad de este dignatario nativo por el trato recibido en Inglaterra, lo que Hulme analiza como una disrupción de los lazos de reciprocidad imperantes entre los algonquinos. Así le reclamaba Uttamatomakkin a Smith: “Tu le diste a Powhatan un perro blanco, al cual alimentó como si fuera él mismo; pero tu rey no me dio nada, y yo soy mejor que tu perro blanco”.⁵⁶

Si bien en 1624 Smith reconoció que los reyes y otros nobles como Lord de la Warr habían demostrado estima a Pocahontas, ésta no fue alojada en la corte, sino en un albergue de Londres cuyos costos, cuatro libras diarias, fueron solventados por la “pobre compañía”.⁵⁷ El 6 de enero de 1617, en ocasión de la Noche de Reyes, Pocahontas fue invitada junto con Uttamatomakkin al Palacio de Whitehall para presenciar “La visión de las delicias”, de Ben Johnson. Algún tiempo antes, en Londres, fue retratada por el grabador flamenco Simon van de Passe y su imagen fue distribuida como recuerdo de su “visita”.⁵⁸ El retrato muestra a una joven de mentón pronunciado y mirada severa que, según Chamberlain, componía una “magnífica pintura de una no-hermosa dama”.⁵⁹ No obstante, Pocahontas aparece ataviada según la moda de las damas de la alta sociedad inglesa -la reina Ana había sido retratada portando un sombrero de copa alta- y de ese modo quedaba ennoblecida ante la mirada de los contemporáneos ingleses.

Karen Robertson interpreta el viaje de Pocahontas a Inglaterra como una exhibición pública de los éxitos de la Compañía de Virginia.⁶⁰ A través de un análisis de los discursos que rodearon a la figura de Pocahontas en Inglaterra, Robertson encontró serias contradicciones entre éstos y la realidad que enfrentaban los colonos en Virginia. Si bien el flagelo del hambre había pasado, en buena medida por los continuos refuerzos de hombres y provisiones que enviaba la Compañía de Londres (que por otra parte enfrentaba problemas

⁵⁶ Smith, *Generall Historie*, (533-534) op. cit., p. 534.

⁵⁷ Chamberlain, “Letter to Sir Dudley Carleton (22 de febrero de 1617)”. La referencia sobre el alojamiento de Pocahontas se halla en Robertson, op. cit., p. 554.

⁵⁸ Simon van de Passe era el hijo de un prestigioso grabador que retrató, entre otros, al rey Jacobo, a John Smith y a Walter Raleigh. Camila Townsend, *Pocahontas and the Powhatan Dilemma*, New York, Hill and Wang, 2004, p. 151.

⁵⁹ Chamberlain, op. cit., p. 554.

⁶⁰ Robertson, op. cit., p. 553.

financieros), y el nuevo asentamiento de Henrico emanaba promesas de prosperidad en base al cultivo comercializable del tabaco, las dificultades derivadas de la producción y del contacto con los indígenas no se habían resuelto.

En un fragmento de *Generall Historie*, Smith incluyó el episodio de su reencuentro con Pocahontas en Brentford, en los suburbios de Londres, donde tenía su residencia la familia Rolfe. Según Smith, Pocahontas “después de una modesta salutación y sin mediar palabra se volvió y oscureció su cara (...) y así la dejamos por dos o tres horas”. Cuando finalmente se pronunció, la joven replicó a Smith:

Tú prometiste a Powhatan que lo que era tuyo sería suyo y lo mismo hizo él; tu lo llamaste padre, siendo un extranjero en la tierra de él, y por la misma razón yo debería hacer lo mismo contigo (...) Tus compatriotas siempre nos dijeron que tu estabas muerto, y no supe otra cosa hasta que vine a Plimoth [sic]; aun así Powhatan dio la orden a Uttamatomakkin de buscarte y saber la verdad, porque tus compatriotas mienten mucho.⁶¹

Tal como ocurrió con el episodio del rescate de diciembre de 1607, no existen testigos que refrenden la veracidad de este testimonio. Lo que sí puede afirmarse, como se desprende del contexto de publicación de *Generall Historie*, es que John Smith escribió este relato como autodefensa de su liderazgo en Virginia, ya que con magistrales giros literarios se comparó con Powhatan, al tiempo que tachó a sus contemporáneos de mentirosos.

Pocahontas murió en marzo de 1617 a bordo del “George”, el navío de la Compañía de Virginia que, capitaneado por Samuel Argall, partió rumbo a la bahía de Chesapeake. Cerca de la desembocadura del Támesis y sin razón aparente, “quiso Dios tomar a esta joven dama para su misericordia en Gravesend, donde no provocó más que lamentos por su inesperada muerte”. Lo que para la historiografía ha sido consecuencia de una afección de viruela, para la historia sagrada de los mattaponi fue una muerte provocada por envenenamiento, como atestiguó a su regreso la hermana de Pocahontas y esposa de Uttamatomakin, llamada Mattachanna:

⁶¹ Smith, “Generall Historie”, Arber, op. cit., p. 533.

Pocahontas y John Rolfe cenaron junto con Argall en la recámara del capitán. Pocahontas súbitamente se descompensó. Ella retornó a su aposento por sus propios medios, enferma del estómago, y vomitó. Le dijo a Mattachanna que los ingleses le habrían puesto algo en su comida. Mattachanna y Uttamattamakin intentaron asistir a Pocahontas en su repentina enfermedad. Como Pocahontas comenzó con convulsiones, Mattachanna fue en busca de Rolfe. Cuando retornaron, Pocahontas había muerto.⁶²

A modo de balance

Hasta aquí, el recorrido documental ha permitido acercar una interpretación histórica, donde Pocahontas pierde el velo de personaje mítico para convertirse en un actor social que, por su derrotero, tuvo un rol protagónico durante la primera década de colonización inglesa de Virginia, entre 1607 y 1617. La lectura crítica de las fuentes escritas, en contraste con la historia oral de los nativos, que merece la consideración del historiador e incorpora una interpretación que desafía los discursos y apropiaciones que se desprenden de los textos ingleses, permite avistar un nuevo paisaje de la historia colonial norteamericana.

Pocahontas no fue quien salvó a la colonia de la ruina, como afirmó John Smith y que con tantas variantes se instaló en la cultura popular estadounidense, desde el siglo XIX. Su conversión religiosa y el mestizaje tampoco fueron el resultado de una dominación colonial efectiva, y mucho menos del avance civilizador europeo en América. Fueron artificios gestados en violentas campañas perpetradas por los colonos de un dominio colonial todavía en vías de construcción. Su viaje a Inglaterra no fue el trofeo de un proceso exitoso, sino parte de una campaña de propaganda de la empresa colonial, que a una década de su instauración seguía atravesando serias dificultades y cuya contraparte era la vehemente resistencia de la población nativa.

⁶² Custalow y Daniel, op. cit., p. 83. Su pequeño hijo Thomas Rolfe, "fue por ese motivo trasladado a Plimoth [sic] con Sir Lewis Stukly, que deseó tenerlo bajo su cuidado" "The government devolved to Captaine Samuel Argall, 1617", en Arber, op. cit., (535-539), p. 535.



*Matoaks als Rebecca daughter to the mighty Prince
Powhatan Emperour of Attanoughkomouck als virginia.
converted and baptized in the Christian faith, and
S. P. s. f. wife to the wort. M^r. Joh. Rolff. Compton Holland etc.*

"Matoaka als Rebecca Filia Potentiss: Princ: Poshatani Imp. Virginiae". Simon van de Passe, 1616.

CONCLUSIÓN

DEL PARAÍSO ULTRAMARINO AL INFIERNO COLONIAL

¿Qué es en su principio la colonización?, se preguntaba el poeta martiniqueño Aimé Césaire, dando lugar a una definición por la negativa en términos gramaticales, y negativa en términos valorativos, la cual conforma el epígrafe de apertura de esta investigación. Volver sobre esas líneas resulta ahora sumamente ilustrativo para reflexionar sobre el proceso de la temprana colonización de Virginia, cuyas expectativas fueron traicionadas por el desenvolvimiento de una dinámica histórica radicalmente diferente.

Esta tesis se ha propuesto indagar sobre la colonización inglesa de Virginia, tomando como ejes las derivaciones del contacto interétnico en sus años formativos, que comprenden desde las tentativas de la época isabelina en Roanoke hasta la consolidación en la bahía de Chesapeake (con emplazamiento en Jamestown), en 1624, cuando el modelo de ocupación y de dominio quedó definitivamente establecido bajo control directo de la corona.

El estado de la cuestión nos ha permitido identificar ciertos hiatos sobre el proceso de colonización de Virginia en su período formativo de cuatro décadas, transcurridas entre 1584 y 1624. En primer lugar, se evidencia la escasa participación conferida a los indígenas por la historiografía tradicional, que hasta mediados del siglo XX seguía escribiendo la historia estadounidense en función de la cultura europea. Si bien en los últimos treinta años la antropología ha avanzado en el estudio de los algonquinos de la costa este norteamericana, son escasos y parciales los aportes etnohistóricos que analizan los contactos interétnicos. A partir de la década de 1980, la

historiografía ha incorporado a los indígenas al análisis del discurso colonial mediante la producción de trabajos ligados a “la visión del otro”, aunque su enfoque continúa gravitando en torno a la cultura europea, aspecto que ha sido denunciado por los teóricos poscoloniales más radicales como un “simple rodeo para repensar el Sí-mismo occidental”.

La tesis se inscribe precisamente en este hiato historiográfico, y su hipótesis central pondera la cuestión del contacto interétnico en la conformación de la sociedad colonial, en tanto sostiene que la condición de posibilidad para el asentamiento inglés estuvo determinada por el tipo de vínculo entablado con los indígenas. En la medida en que los intercambios permitieron la supervivencia de los colonos, y las hostilidades recíprocas pusieron en crisis la instalación colonial -crisis que por otra parte devino en el abandono del proyecto colonial en Roanoke-, la tesis prescribe que la resistencia indígena marcó el ritmo de la ocupación colonial.

Las hipótesis específicas desplegadas en la primera parte han apuntado a demostrar que las representaciones sobre la otredad tuvieron un impacto decisivo en la conformación de la conciencia europea en general e inglesa en particular, proveyendo un nuevo marco de reflexiones respecto de su propio lugar en el coro de civilizaciones. Se argumenta, por lo tanto, sobre las influencias culturales recíprocas, aunque no por ello menos desiguales, entre colonos e indígenas, una mirada que desafía tanto a los abordajes que conciben al dominio colonial como un fenómeno exclusivamente europeo, como así también a los que ven a los indígenas como actores pasivos del proceso.

Las derivaciones culturales

Las proyecciones coloniales inglesas se gestaron en un contexto de profundas transformaciones que dejaron una Europa dividida, en palabras de John Elliott, entre Roma y Ginebra, y que tuvieron múltiples expresiones de conflicto entre los países del norte de Europa y el imperio Español de Felipe II.

Precisamente ese contexto fue el que atizó la entrada de Inglaterra en el concierto de potencias europeas. Los ingleses –en rigor, un grupo no demasiado extenso de cortesanos, terratenientes, grandes comerciantes, exitosos militares de las campañas de conquista de Irlanda, y talentosos intelectuales- formularon sus programas de expansión ultramarina en función de la competencia con España. La literatura de viajes, que en Inglaterra cobró una dimensión espectacular en la década de 1580, vehiculizó tanto los discursos condenatorios sobre el dominio colonial español en América, encauzados en una tradición luego definida como Leyenda Negra, como así también un cuerpo de propaganda para el lanzamiento de Inglaterra a la aventura colonial del Nuevo Mundo. Es así que en esta tesis la dimensión cultural se antepone como variable causativa del proceso de colonizador inglés. De este modo, se han expuesto en la introducción los textos y contextos que permitieron el despunte imperial inglés, en sus diversas modalidades de actividad corsaria, exploración en la búsqueda de bases estratégicas y colonización efectiva de territorios.

En la primera parte se han analizado las derivaciones culturales del contacto interétnico, con un tratamiento pormenorizado de los discursos más relevantes acerca de la otredad americana. En el capítulo 1 se ha argumentado sobre la importancia sustantiva que tuvo América para los europeos de la modernidad, en una exposición que articula la dinámica histórica de la expansión ultramarina inglesa con las impresiones resultantes del contacto con los nativos americanos.

Para el caso de Roanoke se identificó la tensión entre la mirada idílica de primeros viajeros como Roger Barlowe y la concepción negativa del salvajismo, como la que se constata en los discursos de Ralph Lane entre 1585-1586 y de John White durante sus intentos de recuperar la colonia, entre 1587 y 1590. La drástica transformación de la mirada sobre los indígenas fue provocada por las hostilidades desatadas contra los indígenas, lo cual fue resistida hasta el punto de impedir una reinstalación de la colonia años después, frustración que alimentó a su vez los discursos sobre el salvajismo americano. Más resonante aún fue el contraste entre los discursos sobre la barbarie y los que, por el contrario, mostraban a estos mismos indígenas como

seres fuertes, laboriosos y, sobre todo, dignos. Esta última mirada, condensada en las acuarelas del propio John White y en el discurso de Thomas Hariot de 1588, fue la que se impuso entre los lectores y consumidores de noticias europeos, a instancias de la publicación del primer tomo de *Americae*, en 1590. El análisis de las representaciones visuales de White y Theodoro de Bry, desarrollado en el capítulo 3, y el de la representación textual de Thomas Hariot, desplegado en el capítulo 4, revelan su función de propaganda de la empresa colonial inglesa. Si los discursos de Roanoke dejaron su impronta como referentes de una otredad americana tan virtuosa como la de los venerables antiguos, esta imagen fue abandonada veinte años después, durante la colonización de Jamestown.

La imagen del salvaje que los colonos consolidaron progresivamente durante su penosa experiencia colonial en Jamestown se desprendió –como en el caso de Roanoke– de los conflictivos vínculos mantenidos con los indígenas. No obstante, a menudo estos discursos intercalaban expresiones de reconocimiento por el poderío de Powhatan, manifestación ésta de una relación de fuerzas favorable a los nativos, lo cual mantenía a los colonos en un estado de extrema vulnerabilidad. Entre los reconocimientos también se contaban las habilidades de los indígenas para la caza y la pesca, actividades en las que los ingleses no se desenvolvían nada bien, lo que incidió en la dependencia respecto del aprovisionamiento indígena. La visión del otro como “enemigo” o “traidor” fue *in crescendo* conforme a la resistencia ofrecida por los nativos. El discurso de John Smith y el menos auténtico de William Strachey, con sus descalificaciones pero también con sus reconocimientos, dejan entrever la debilidad del asentamiento colonial durante la primera década. Son estos discursos, además, manifestación de un modo de comprensión de la otredad, que más que formularse según “lo visto y lo oído”, o sobre las condiciones objetivas del contacto con ese otro, se presentan como una expresión de la fragilidad colonial.

En el capítulo 2 se abordó el tema de los “espectros de Irlanda” en la conformación del discurso colonial que, alimentado del feroz proceso de colonización de Irlanda del período isabelino, se proyectó sobre Virginia. Allí se despliega un tema más aludido que analizado por la historiografía, el de las

correspondencias entre la colonización de Irlanda y la contemporánea colonización de Virginia. Las correspondencias no sólo afectan a ciertos agentes –civiles y militares- involucrados en los contemporáneos procesos de colonización, sino también a estereotipos comunes que hacían a la definición de la barbarie, a uno y otro lado del Atlántico.

El capítulo 3 se propuso recoger los “ecos visuales de la frustrada colonización de Roanoke”, a partir de un análisis iconográfico e iconológico de las representaciones más emblemáticas de esta fracasada experiencia, las acuarelas de John White y los grabados que en base a éstas confeccionó de Bry para la publicación de *Americae*. Este conjunto de imágenes resaltó el virtuosismo de los habitantes de la región de Roanoke, que no sólo se desprendía de los propios motivos o figuras –comunidades organizadas, abundancia de alimentos, hombres y mujeres con posiciones y gestos venerables- sino también de la aplicación de criterios estéticos renacentistas. Estas imágenes no sólo fueron efectivas a la hora de promover la empresa colonial inglesa, sino que fueron reapropiadas por el discurso reformado y antiespañol que, hacia la década de 1590, amplió sus alcances con la obra de de Bry.

El capítulo 4 analizó el discurso colonial de Thomas Hariot, un viajero y científico de la Inglaterra isabelina al que se le atribuye la creación del primer esquema de la luna, y cuyas impresiones sobre la naturaleza y costumbres de los habitantes de Roanoke alcanzaron una fenomenal difusión en su tiempo. Su *Brief and True Report* (1588) expuso seductoras informaciones que auguraban una colonización pacífica, un abastecimiento holgado y potenciales fuentes de enriquecimiento. Pero más interesante aún, interrogó sobre las creencias de los nativos para identificar aquellas “debilidades” que podrían ser explotadas por los colonos para asegurar su lealtad y sometimiento. De ese modo, el *Brief and True Report* constituye un interesante y peculiar caso de “semiosis colonial”, en el que se articulan el conocimiento científico y los objetivos de dominio bajo el ropaje de la evangelización.

El capítulo 5 ha procurado trazar un puente narrativo entre *La Tempestad*, de William Shakespeare (1611) y el drama verídico de la colonización de Virginia. Partiendo de un análisis dialógico entre la obra teatral

y su principal fuente de su inspiración, el relato de William Strachey sobre el naufragio en las islas Bermudas de 1609, se indaga sobre las ambigüedades del discurso colonial de Shakespeare. Por un lado, el dramaturgo desplegó una serie de argumentos condenatorios de la colonización, como la utopía de Gonzalo, o las impugnaciones que hace Calibán del dominio de Próspero. Por otro lado, exaltó ciertos elementos coincidentes con el discurso colonial dominante, como las cualidades bestiales del colonizado Calibán y las virtudes de la civilización, encarnadas en el mago Próspero y su progenie. Esta ambigüedad no se resuelve, sino que se refuerza al final del último acto, cuando Próspero deshace los vínculos de dominación sobre su siervo y su esclavo, renuncia a la magia de la que se valió para ejercer su poder colonial y pide perdón. *La Tempestad* es, entonces, una manifestación contundente del impacto de la colonización de Virginia en la metrópoli, de la turbación que provocaban la crisis de autoridad y la confrontación con los indígenas. La obra teatral adquiere su entidad como fuente histórica en la medida en que reflexiona sobre la legitimidad de los imperios ultramarinos.

En resumen, en la primera parte sobre las derivaciones culturales se ha trazado un recorrido que toma como punto de partida al complejo contexto europeo de mediados del siglo XVI y su dimensión textual, emplazada en la Leyenda Negra y en la vasta literatura de viajes ingleses al Nuevo Mundo. Textos y contextos precipitaron el ingreso de Inglaterra a la carrera ultramarina, pero a su vez el contacto con América y los americanos fue nutriendo un discurso colonial que lejos de ser coherente y unívoco, desató reflexiones ambiguas y contradictorias, expresiones de un orden colonial todavía en construcción, donde todas las posibilidades estaban abiertas, incluso la de su extinción.

Las derivaciones sociales

Este segundo apartado expone el plano material de la colonización, esto es, las condiciones de posibilidad para el asentamiento efectivo de los ingleses,

los avatares que llevaron al abandono de Roanoke y a la instauración de prácticas autoritarias y violentas que caracterizaron a Jamestown durante la primera década. Las “derivaciones sociales” del contacto interétnico enuncian las consecuencias de la experiencia colonial concreta. Las hostilidades desatadas entre colonos e indígenas, en sus múltiples manifestaciones de grado y carácter, dictaron el curso de los intentos colonizadores. Como se evidencia en el caso de Roanoke –y una década antes, en un intento misionero español en Chesapeake- la confrontación con sus contrapartes nativas determinó el fracaso y posterior abandono del proyecto colonial. El caso de la colonización de Jamestown demuestra que la resistencia indígena condicionó críticamente las posibilidades de supervivencia durante su primera década de existencia. La agencia de los indígenas se evidencia en las acciones de resistencia al avance colonial, que involucran naturalmente prácticas guerreras pero también otras pacíficas, como los intercambios de productos.

El capítulo 6 ha postulado ciertas nociones etnohistóricas básicas para el conocimiento de los algonquinos de la bahía de Chesapeake, a partir de la información que se desprende de las fuentes escritas y que ha sido validada por la antropología más reciente, como así también de la evidencia arqueológica. Por pertenecer a la misma etnia, se asume que estas nociones son también aplicables a los algonquinos de la región de Roanoke, lo cual se constata en algunas coincidencias señaladas por Harriot en su informe de 1588. La información demográfica y la caracterización de su organización económica de agricultura combinada con actividades trashumantes en ciertas épocas del año, son muestras de una ocupación racional del espacio, lo cual desacredita los argumentos de la “tierra vacía” a los cuales recurrían los colonos como justificación de su presencia colonial. Pero también esta información pone en crisis a las perimidas lecturas positivistas sobre el presunto “atraso” de estas comunidades, argumento subsidiario, por cierto, de una apología de la colonización. Las nociones sobre la organización social y política contribuyen asimismo a la comprensión de las relaciones interétnicas. La importancia del cobre, por ejemplo, en la demarcación de las jerarquías locales, resulta un elemento ineludible para el análisis de los intercambios y la manera en que éstos eran manipulados según las propias lógicas de organización indígena.

El capítulo 7 dedicado a las hostilidades interétnicas durante la primera década desde la fundación de Jamestown, en 1607, plantea que los intercambios, que tanto apreciaron los ingleses como fuente de aprovisionamiento de alimentos en un contexto de altísima mortalidad, fueron incitados por los indígenas en función de satisfacer sus propias necesidades comunitarias. En primer lugar, hubo una tentativa por parte de Powhatan de acaparar la mayor cantidad de armas inglesas, no sólo espadas de metal que podrían reutilizarse para tareas agrícolas, sino preferentemente las armas de fuego. De ese modo, la entrega de grano redundaba en el progresivo desarme de los invasores. En segundo lugar, la avidez de los nativos por los metales provenientes de Inglaterra, el hierro pero fundamentalmente el cobre, tenía asidero en la propia organización social nativa, dado que el cobre era un bien suntuario que demarcaba las jerarquías locales, por lo tanto su concentración y distribución era funcional a la lógica política y social indígena.

El capítulo 8 ha analizado un aspecto poco trabajado por la historiografía estadounidense, que es la instauración de un régimen despótico de dominio colonial que afectó a los propios colonos, diluyendo así las expectativas libertarias que habían hecho posible la aventura transatlántica de los hombres “de común condición”. La aplicación de una ley marcial, desde 1610, que compelia a los colonos a rigurosas rutinas de trabajo fue, ésta también, expresión de las hostilidades interétnicas, de la imposibilidad de obtener alimentos por vía del intercambio o de, eventualmente, valerse de la mano de obra indígena para sus propias producciones. Se sostiene, además, que el orden marcial de la colonia no fue capaz de resolver el abastecimiento, ya que éste siguió dependiendo del arribo de nuevos contingentes de hombres –con cantidad creciente de siervos escriturados- y recursos enviados por la Compañía, que a la sazón terminaron por arruinarla en 1624. El efecto más perdurables de esta rigurosa disciplina colonial fue el de instalar definitivamente las premisas de una sociedad polarizada que, entonces sí, supo “transponer” los criterios de acumulación y explotación europeos en América, esta vez, sobre sus propios compatriotas. Esta lectura acuerda así con la definición de Césaire, que ve en la colonización “la maléfica sombra proyectada desde atrás, por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente

obligada, endógenamente, a extender la competencia de sus economías antagónicas por todo el planeta”.¹

El capítulo 9 ha ilustrado las hostilidades interétnicas desatadas en torno a Pocahontas, un personaje transfigurado por la historiografía y la tradición literaria, los cuales se volcaron hacia una celebración de la colonización inglesa, entendiendo a la incorporación de este personaje histórico a la sociedad colonial como el paso decisivo hacia el mestizaje. En contraposición a estas lecturas “exitistas”, se ha argumentado sobre los violentos métodos por los cuales los colonos intentaron forzar la entrega de grano, y en menor medida de armas y de “rehenes”, condición cuanto menos inexacta para referirse a los colonos que decidían abandonar la colonia para habitar con los indígenas. Se ha analizado también el viaje y la exhibición de Pocahontas en Inglaterra como parte de un programa de exhortación del proyecto colonial. El tratamiento particular de las hostilidades interétnicas a través de la figura de Pocahontas ha puesto en evidencia la mirada sesgada de la historiografía dominante, que ha pregonado su supuesto colaboracionismo con los ingleses o ha interpretado su matrimonio con John Rolfe como el inicio de un período de paz, denominado “paz anglo-powhatan” que estaría destinada a durar hasta el gran golpe de Opechancanough de 1622.

Si como se sostiene en la segunda parte de esta tesis, el derrotero de los emprendimientos coloniales de Roanoke y de Jamestown estuvo ligado decisivamente al tipo de contacto interétnico, entonces las tradicionales lecturas enroladas en la idea de “transferencia” o “transplante”, ya sea de instituciones o de concepciones, quedan desacreditadas. En este sentido, los parámetros que rigieron la organización social de la colonia, como así también la visión que los ingleses moldearon sobre los indígenas, fueron labrados en la propia dinámica colonial americana, en la propia experiencia de contacto, más que en instituciones o nociones preconcebidas.

Esta dimensión histórico-social de la colonización, menos explorada por la insidiosa presencia del conflicto, se presenta como un complemento indispensable de los estudios culturales que resaltan, incluso desde la clave

¹ Aimé Césaire, “Discurso sobre el colonialismo”, *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana* N° 54, México, UNAM: Unión de Universidades de América Latina, 1978, (13-43), p. 14.

crítica como los estudios poscoloniales, los aspectos del dominio. Si como aquí se afirma, el dominio se construyó en una dinámica histórica concreta con un fuerte componente de agencia indígena, entonces se evidencian las limitaciones de las lecturas apegadas al planteo de Edward Said, que ve a los discursos en función de los imperativos imperialistas de Occidente. El conflictivo vínculo interétnico no sólo incidió en la formulación e implementación de ciertas prácticas de dominio colonial, sino también configuró un tipo de discurso imperialista que fue, para la época aquí analizada, la medida de la vulnerabilidad colonial. Si este trabajo recoge las contribuciones de la teoría poscolonial, no lo es por sus escrúpulos posmodernos al lenguaje y categorías de la modernidad sino por su inclinación a restituir la voz de los colonizados.

No es ésta la historia de los vencidos, como la que planteó hace más de cuatro décadas Nathan Wachtel² a partir de un análisis de los efectos desestructurantes de la colonización, como ser la crisis demográfica o la aculturación de las sociedades andinas. Por el contrario, es la historia de unas comunidades que se resistieron al avance colonial y que explotaron las debilidades de la colonia participando, incluso, de los intercambios de productos.

A lo largo de la tesis se han desarrollado los principales problemas de un proceso que fue del Paraíso Ultramarino al Infierno Colonial, en el cual las expectativas de gloria y riqueza de los colonos fueron aplastadas por una mortífera realidad, y los ennoblecidos indígenas de los libros de viajeros pasaron a ser sus verdugos. Volviendo sobre las palabras de Aimé Césaire, la colonización inglesa de Virginia no fue “ni evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad y de la tiranía, ni ampliación de Dios, ni extensión del Derecho”. Fue más bien lo que los indígenas permitieron que sea.

² Nathan Wachtel, *Los Vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, Alianza, 1976 [1971]

APÉNDICE DOCUMENTAL

John White (1585-1586) y

Theodoro de Bry (1590)

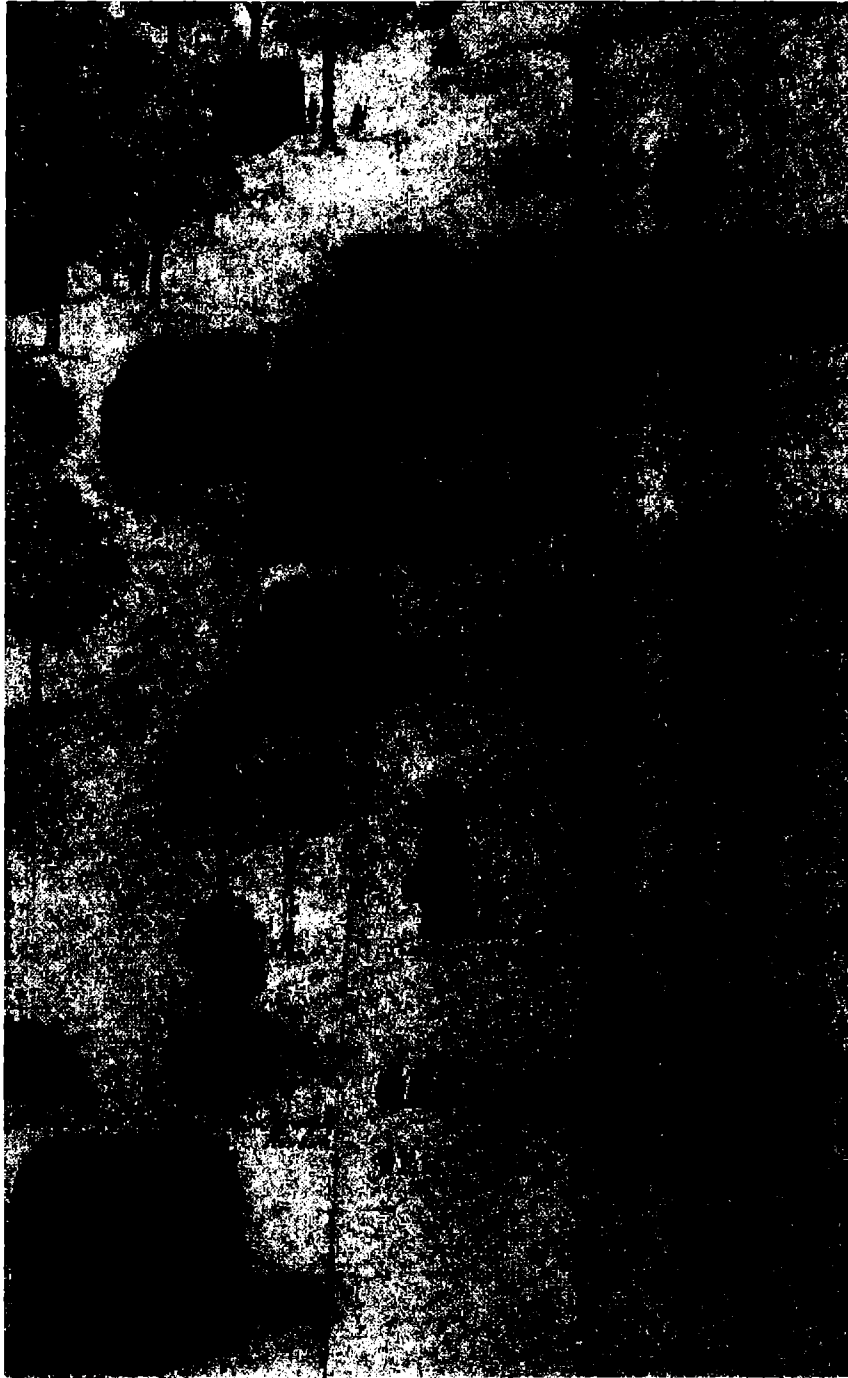


John White, "La Virgenia Pars"

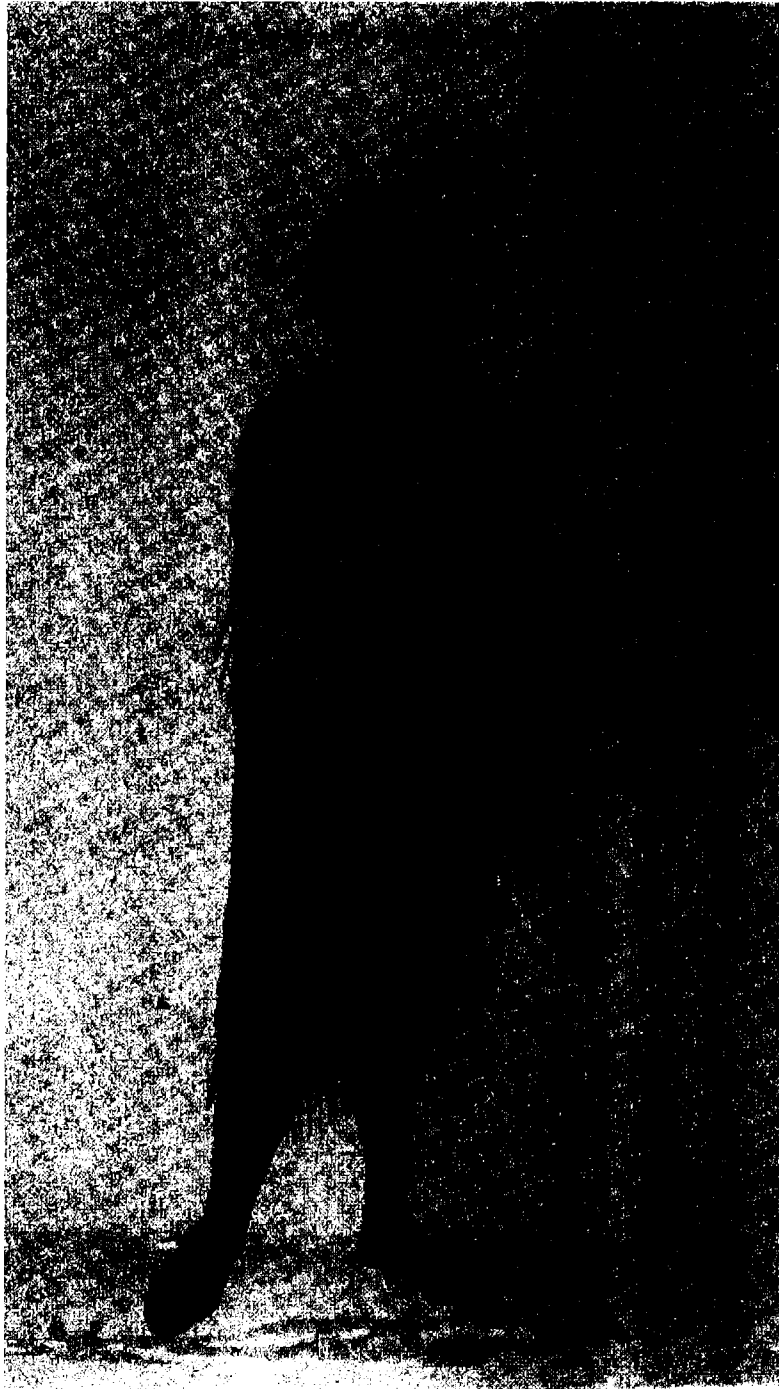


*John White's description of the Indians of Virginia
writing them to say when
they go to the Indians
writing to great the
Salem Indians.*

John White, "An Indian Chief"



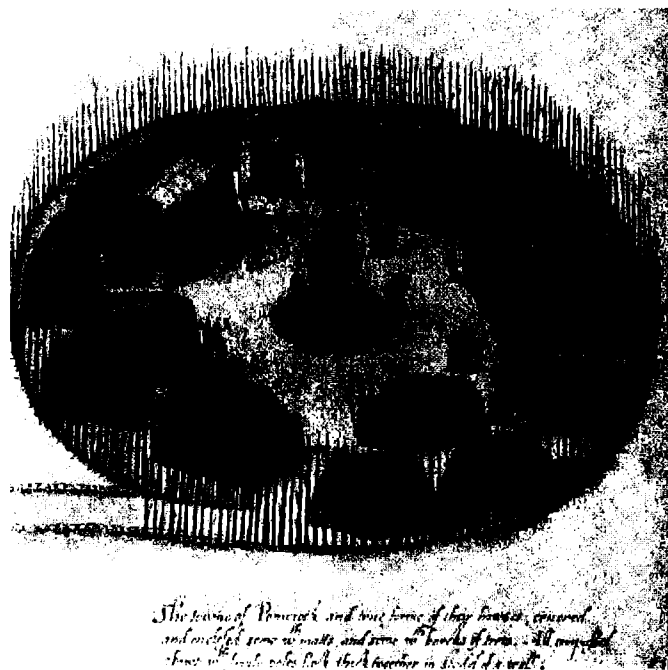
John White, "Secoton"



John White, "The aged man in his winter garment"



John White, "The flyer"



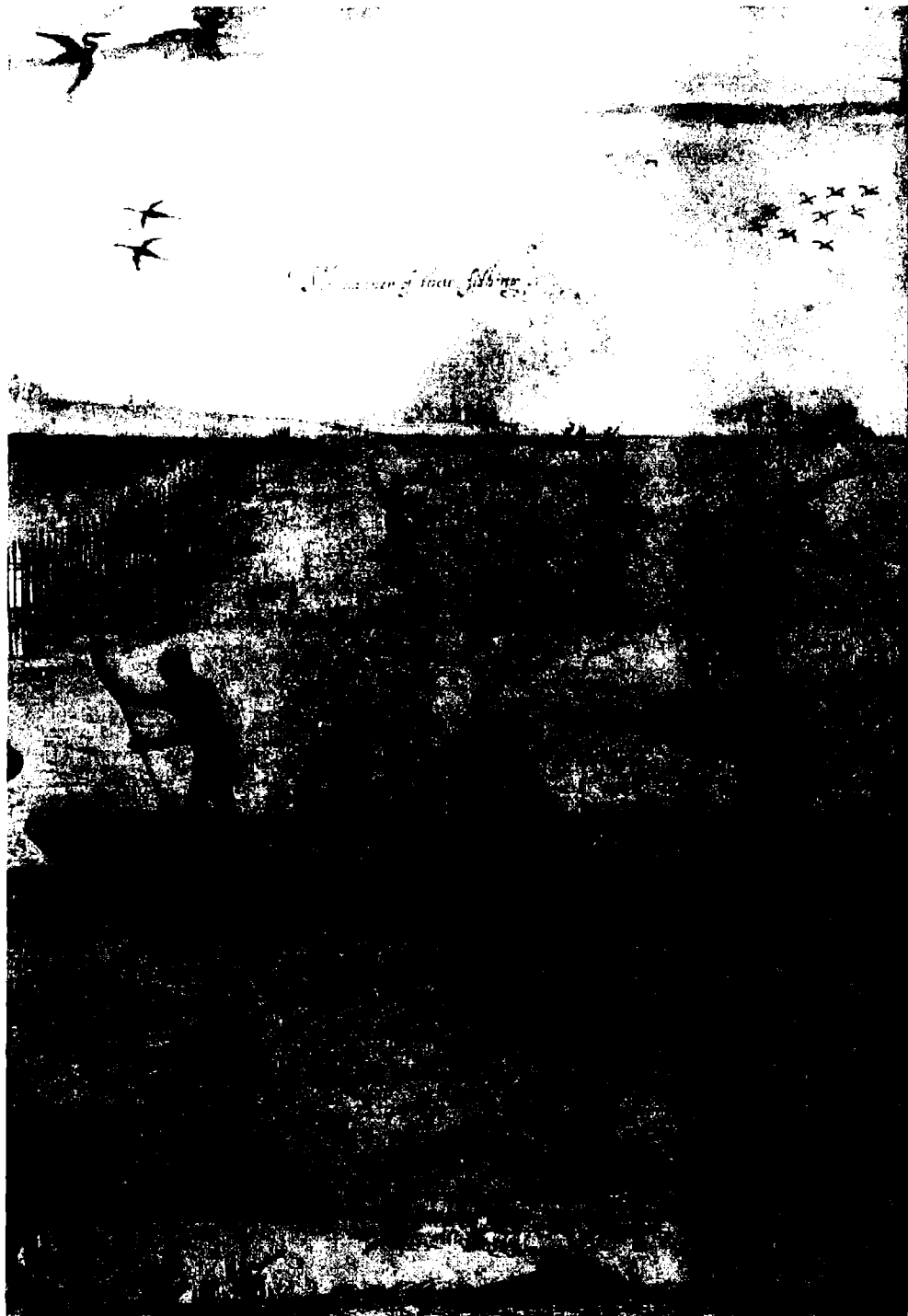
*The towne of Pomeiock, and true forme of their howses, covered
and enclosed some wth matts, and some wth barcks of trees. All compassed
about wth smale poles thick together in stead of a wall.*

John White, "The towne of Pomeiock and true forme of their howses, Covered and enclosed some wth matts, and some wth barcks of trees. All compassed about wth smale poles thick together in stead off a wall"

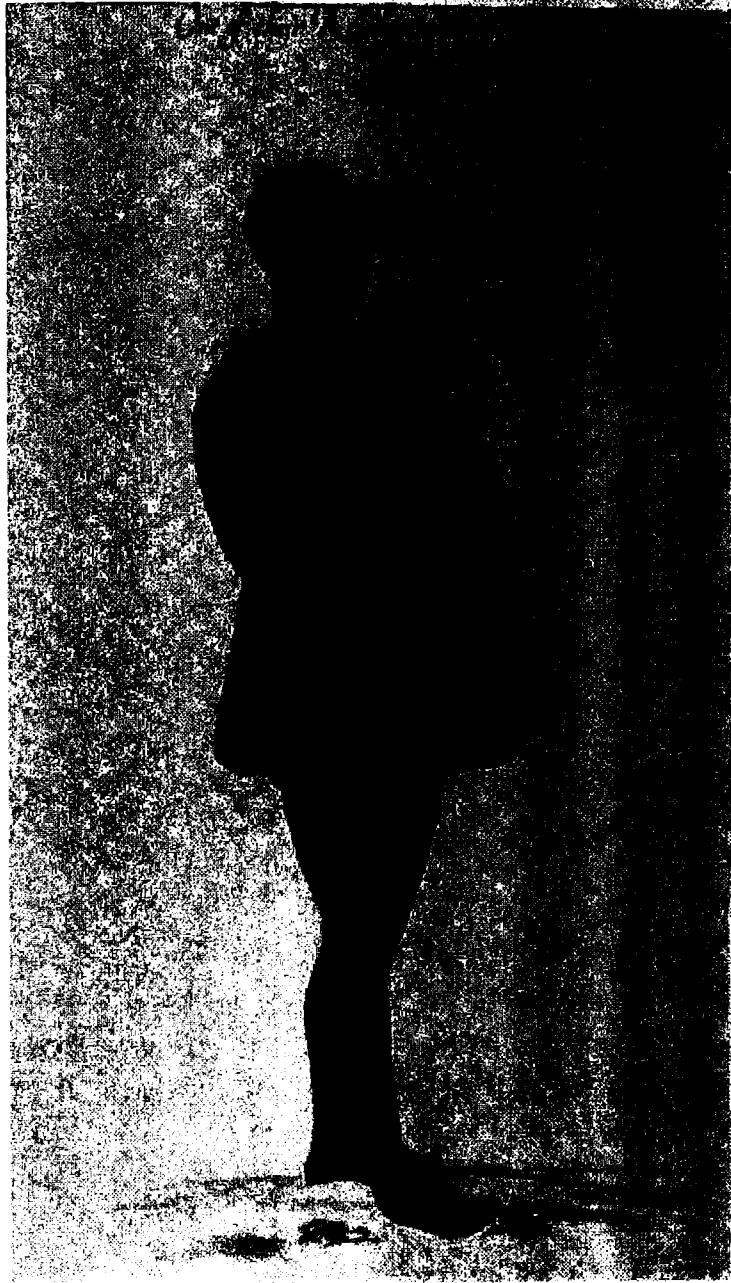
*A chiefe Werowans wyfe of Pomeoc.
and her daughter of the age of 8. or
10. yeeres.*



John White, "A chiefe Werowans wyfe of Pomeoc and her daghter of the age of 8 or 10 years"



John White, "The manner of their fishing"



John White, "One of their religious men"



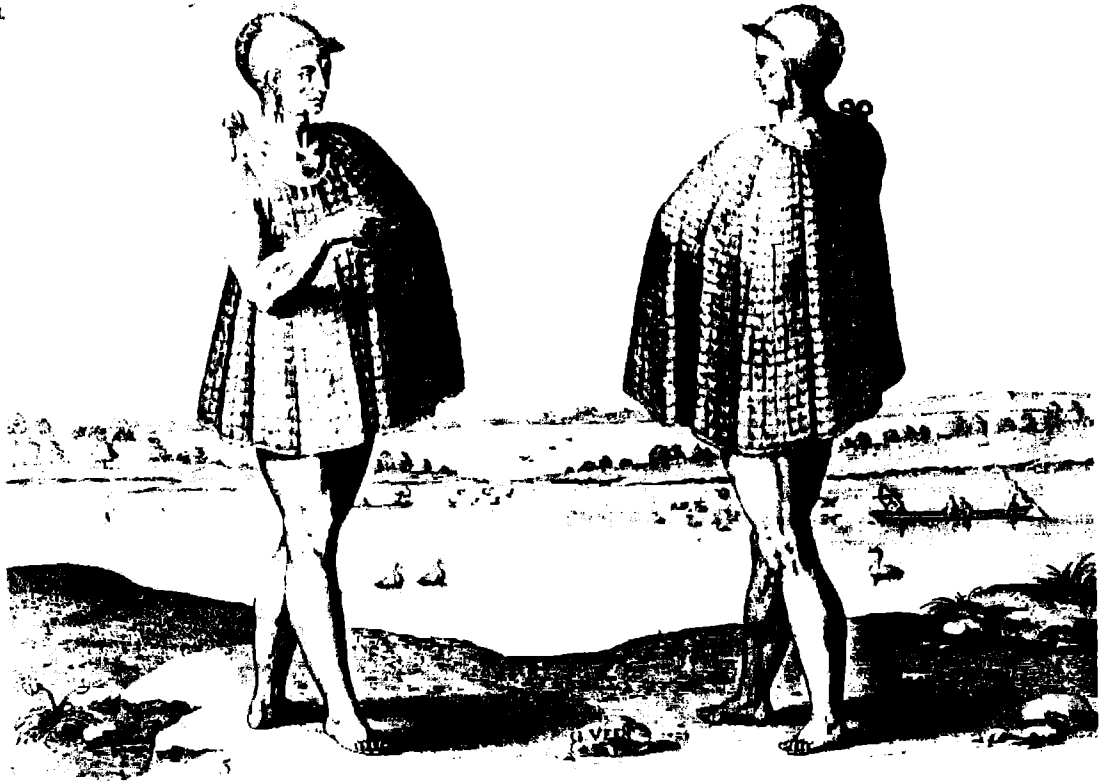
Theodoro de Bry (1590)



Theodoro de Bry (1590)



Theodoro de Bry (1590)



Theodore de Bry (1590)



Theodoro de Bry (1590)

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

- ANGLERÍA, Pedro Mártir de [1516], *Fuentes históricas sobre Colón y América* [Décadas del Nuevo Mundo], 4 vols. Edición a cargo de Joaquín Torres Asensio, Madrid, Imprenta de la S. E. de San Francisco de Sales, 1892.
- ARBER, Edward (ed.) (1910), *Travels and Works of Captain John Smith. President of Virginia, and Admiral of the New England, 1580-1631*, 2 vols., Edinburgh, John Grant.
- BROWN, Alexander (ed.) (1891) *The genesis of the United States*, 2 vols, Houghton, Boston, Mifflin and Company.
- CUSTALOW, Linwood "Little Bear" y DANIEL, Angela L. "Silver Star" (2007), *The true story of Pocahontas. The other side of history*, Fulcrum Publishing, Golden, Colorado.
- DE BRY, Teodoro (2003), *América (1590- 1634)* Madrid, Siruela [1992].
- FORCE, Peter (comp.) (1844), *Tracts and Other Papers, Origin, Settlement and Progress of the Colonies in North America*, Vol. III, Washington, WM. Q. Force.
- GÓMEZ TABANERA, José Manuel (ed.) (1991) *Franceses en la Florida*, Madrid, Historia 16.
- HAKLUYT, Richard [1584] "Discourse of Western Planting" (1584), Charles Deane (ed.), *History of the State of Maine. Containing a Discourse of Western Planting written in the year 1584 by Richard Hakluyt*, Cambridge, Press of John Wilson and Son, 1877.
- HAKLUYT, Richard (comp.), [1589], *The Principal Navigations. Voyages, Traffiques and Discoveries of the English Nation*, 12 vols., Glasgow, James MacLehose and Sons, 1904- 1907.

- HAMOR, Ralph [1615], "A true discourse of the present estate of Virginia, and the successe of the affaires there till the 18 of Iune 1614", Iohn Beale, Londres (facsimilar s/f).
- HENING, William Walter (1823), *The Statutes at Large; being a Collection of all the Laws of Virginia, from the First Session of the Legislature, in the year 1619*, vol. 1, New York, R. & W. & G. Bartow.
- HOLINSHED, Rafael Y HARRISON, William (1997), *Descripción de la Inglaterra Isabelina*. Edición a cargo de Rogelio Paredes, Soledad Justo y Gabriela Monezuelas. Colección de libros raros, olvidados y curiosos. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- KINGSBURY, Susan (ed.) (1933), *Records of Virginia Company of London*, vol. 3, Washington D. C, Government Printing Office.
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (ed.) (1993), *Major Problems in American Colonial History. Documents and Essays*, Massachusetts, D.C Heath and Company.
- LAUTER, Paul (ed.) (1994), *The Heath Anthology of American Literature*, vol. 1, Lexington, Massachusetts, D. C. Heath and Company.
- LEWIS, Clifford M. y LOOMIE, Albert J. (eds.) (1953), *The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572*, Chapel Hill, University of North Carolina Press for the Virginia Historical Society.
- LORANT, Stefan (ed.) (1946), *The New World. The first pictures of America*, New York, Duell, Sloan & Pearce.
- MANCALL, Peter C. (ed.) (1995), *Envisioning America. English Plans for the Colonization of North America, 1580-1640*, Boston, Bedford Books.
- "MINUTES of the Council and General Court" (1915), *Virginia Magazine of History and Biography*, XXIII.
- MONTAIGNE, Michel [1580], *Ensayos* Cap. XXXI, "De los Caníbales", Barcelona, Altaya, 1997.
- MORO, Tomás [1516], *Utopía*, Buenos Aires, Futuro, 1950.
- NEILL, Edward D. (ed.) (1885), *Virginia vetusta, during the reign of James the First, containing letters and documents never before printed. A supplement to the History of the Virginia Company*, Albany, NY, Joel Munsell's Sons.

- NEILL, Edward D. (ed.) (1869), *History of the Virginia Company of London. With letters to and from the first colony never before printed*, Albany, NY, Joel Munsell.
- PAYNE Robert [1590], "A description of Ireland", en The Irish Archaeological Society, *Tracts relating to Ireland, vol. 1*, Dublin, University Press, Grainsberry and Gill, 1841 (1-9). Edición y aparato crítico a cargo de Aquilla Smith.
- PURCHAS, Samuel (Ed.) [1625], *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrimes Contayning a History of the World in Sea Voyages and Lande Travells by Englishmen and Others*, Vols. XVIII y XIX, Glasgow, James McLehose and Sons, 1906.
- QUINN, David B. (ed.), (1991) *The Roanoke Voyages 1584-1590*, 2 vols., New York, Dover Publications Inc.
- QUINN, David Beers y QUINN, Alison (eds.), (1985) *The first colonists. Documents on the planting of the first English settlements in North America, 1584-1590*, Raleigh, North Carolina Department of Cultural Resources, [1973]
- SHAKESPEARE, William [1611], *La Tempestad*, Buenos Aires, Losada, 2005.
- SHAKESPEARE, William [1611], *The Tempest*, Essex, Longman, New Swan Series, 1998 [1984].
- SPENSER, Edmund [1633], *A view of the present state of Ireland. Written dialogue-wise, between Eudoxus and Irineus*, Dublin, Hibernia Press, 1809.
- STRACHEY, William [1612], *The Historie of Travaile into Virginia Brinannia; Expressing the Cosmographie and Comodities of the Country, together with the Manners and Customes of the People. Gathered and Observed as well by those who Went First Thither as Collected by William Strachey, Gent. The First Secretary of the Colony*, London, Hakluyt Society, 1849 (196 págs.).
- TYLER, Lyon Gardiner (ed.) (1959) *Narratives of early Virginia, 1606-1625*, New York, Barnes & Noble Inc. [1907]
- VAUX, W. S. W (ed.) (1854), *The world encompassed by Sir Francis Drake, being his next voyage to that to Nombre de Dios (1628)*, Londres, Hakluyt Society.
- WRIGHT HAILE, Edward (ed.) (1998), *Jamestown Narratives. Eyewitness Accounts of the Virginia Colony. The First Decade: 1607-1617*, Champlain, Virginia, RoundHouse.

Bibliografía crítica.

- AMMERMAN, David L. y TATE, Thad W. (1979), *The Chesapeake in the Seventeenth Century. Essays on Anglo-American society*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- ARNHEIM, Rudolf (1985), *El pensamiento Visual*, Buenos Aires, Eudeba [1969]
- ARMITAGE, David (2004), *The Ideological Origins of the British Empire*, New York, Cambridge University Press, [2000],
- ARÓSTEGUI, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001.
- ASCHRFT, Bill, GRIFFITH, Gareth y TIFFIN, Helen (1998), *Key concepts in post-colonial studies*, Londres, Routledge.
- AURELL, Jaume (2004) "Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente", *RILCE, Revista de Filología Hispánica de la Universidad de Navarra*, Nº 20 Pamplona (3-20)
- AXTELL, James (2003), *Imagining the other. First encounters in North America*, Washington, American Historical Association.
- AXTELL, James (1992), *Beyond 1492. Encounters in colonial North America*, New York, Oxford University Press.
- AXTELL, James, (1982), *The European and the Indian. Essays in the Ethnohistory of Colonial North America*, New York, Oxford University Press [1981].
- AXTELL, James (1979), "A North American Perspective for Colonial History", en *The History Teacher*, Vol. 12, No. 4, agosto de 1979 (549-562).
- AXTELL, James (1978), "The Ethnohistory of Early America", en *The William and Mary Quarterly*, Third Series, Vol. 35, No. 1, enero de 1978, (110-144),
- BAILYN, Bernard (2005), *Atlantic History, Concepts and Contours*, Cambridge, Mass, Harvard University Press.

- BAILYN, Bernard y MORGAN, Philip (1991), *Strangers Within the Realm: Cultural Margins of the British Empire*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- BARBOUR, Philip L. (1971), *Pocahontas and her world*, Londres, Robert Hale & Company.
- BARKER, Francis, HULME, Peter e IVERSEN, Margaret (1996) [1994] *Colonial discourse/ postcolonial theory*, Manchester, Manchester University Press.
- BARTRA, Roger (2011), *El mito del salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BAUER Ralph (2003), *The Cultural Geography of American Literatures. Empire, travel modernity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BELLOC, Hilaire (1980), *Historia de Inglaterra, desde los orígenes romanos hasta Jacobo I*, Buenos Aires, Ediciones Dictio [1934]
- BELTING, Hans (2007), *Antropología de la imagen*, Buenos Aires, Katz.
- BENDER, Thomas (2011), *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*, Buenos Aires, Siglo XXI [2006]
- BHABHA, Homi K. (2007), *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial [1994]
- BITTERLI, Urs (1981), *Los "salvajes" y los "civilizados". El encuentro de Europa y Ultramar*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BLOCH, Marc (1980), *Introducción a la historia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica [1942]
- BLOOM, Harold (2001), *Shakespeare. La invención de lo humano*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- BOORSTIN, Daniel J. (1973), *Historia de los estadounidenses. La experiencia colonial*, Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, [1959]
- BOUWSMA, William (2001), *El Otoño del Renacimiento, 1550-1640*, Barcelona, Crítica.
- BOZAL, Valeriano (1987), *Mimesis: las imágenes y las cosas*, Barcelona, Viso,
- BRADY, Ciaran (1986) "Spenser's crisis: humanism and experience in the 1590's", en *Past & Present*, N° 111, mayo de 1986 (17-49).

- BRIDENBAUGH, Carl (1948), "The neglected first half of American history", en *The American Historical Review*, Vol. 53, No. 3, abril de 1948, (506-517).
- BROOKS, William, "Pocahontas: Her Life and Times", *American Music*, Vol. 2, N° 4, Music of the American Theater, invierno de 1984 (19-48).
- BUCHER, Bernardette (1990), "Al oeste del Edén: La semiótica de la conquista, reconstrucción del icono y política estructural", en BUCHER, Bernardette, ADORNO, Rolena y LÓPEZ BARÁLT, Mercedes (1990), *La Iconografía Política Del Nuevo Mundo*, cap. 1, Estados Unidos, Universidad de Puerto Rico,
- BURUCÚA, José Emilio y KWIATKOWSKI, Nicolás (2011), "El Padre Las Casas, De Bry y la representación de las masacres americanas", en *Uadem Utraque Europa*, N° 10-11, Buenos Aires (147-180).
- BURUCÚA, José Emilio y KWIATKOWSKI (2010), "Bárbaros, sanguinarios, inhumanos. Las masacres de Irlanda durante el siglo XVII", *Eadem Utraque Europa*, año 6 N° 10/11, Número especial "Masacres", Buenos Aires, Miño y Dávila, junio-diciembre de 2010 (77-135).
- BURUCÚA, José Emilio (2006), *Historia y ambivalencia. Ensayos sobre arte*, Buenos Aires, Biblos.
- CANNY, Nicholas (1973), "The ideology of English colonization: from Ireland to America", en *The William and Mary Quarterly*, Third Series, vol.30, N° 4, oct. 1973 (575-598).
- CANNY, Nicholas y PAGDEN, Anthony (eds.) (1989) *Colonial identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton, Princeton University Press.
- CANO, Ingeet Juliet (2003), "Imagen del cuerpo desnudo. Acercamiento a algunos dibujos y grabados del siglo XVI", *Revista Chilena de Antropología Visual*, N° 3, Santiago de Chile, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- CARBONE, Roco y EIFF, Leonardo (2011), "Prólogo", Aimé Césaire, *Una Tempestad*, Buenos Aires, El 8vo. Loco Ediciones.
- CÉSAIRE, Aimé (1978), "Discurso sobre el colonialismo", *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana* N° 54, México, UNAM: Unión de Universidades de América Latina, 1978, (13-43),

- CHAMBERS, E. K. (1930), *William Shakespere. A study of facts and problems*, Oxford, Clarendon Press.
- CHARTIER, Roger (2005), *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, México, Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia.
- CHARTIER Roger (1997), *On the Edge of the Cliff. History, Language and Practices*, London, John Hopkins University Press.
- CHARTIER, Roger (1995), *El mundo como representación. Historia cultural: entre la práctica y representación*, Barcelona, Gedisa [1992]
- CHARTIER, Roger (1987), *Lecturas y lectores en la Francia del Antiguo Régimen*, México, Instituto Mora.
- CHICANGANA, Yobenj Aucardo (2005), "El festín antropofágico de los indios tupinambá en los grabados de Theodoro de Bry", *Fronteras de la historia*, N° 10, Bogotá.
- COMMAGER, Henry Steele, NEVINS, Allan y MORRIS, Jeffrey (1996), *Breve Historia de los Estados Unidos*, México Fondo de Cultura Económica [1942]
- CRAVEN, Wesley Frank (1970), *The southern colonies in the Seventeenth Century, 1607-1689*, Louisiana, Louisiana State University Press.
- CRAVEN, Wesley Frank (1957) *The Virginia Company of London, 1606–1624*, Williamsburg, Virginia, 350th Anniversary Celebration Corporation.
- CRAVEN, Wesley Frank Craven (1944), "Indian Policy in Early Virginia", *The William and Mary Quarterly*, Vol. 1, N° 1, enero de 1944 (65-82)
- CRO, Stelio (1989), "El buen salvaje y la Edad Moderna: Hackluyt, Montaigne y Pedro Mártir". Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, Barcelona 21-26 de agosto de 1989, Vol. 1, 1992 (397-406).
- DEANE, Charles (comp.) (1890), *Wingfield's Discourse of America*, Boston, J. Wilson and Son.
- DE BEER, Jean-Marc y MAGASICH, Jorge (2001), *América mágica. Mitos y creencias en tiempos del descubrimiento del Nuevo Mundo*, Santiago de Chile, LOM ediciones [1994]
- DOLLIMORE, Jonathan y SINFIELD, Alan (eds.) (1985), *Political Shakespeare, New Essays in cultural materialism*, Manchester, University press.

- DUVIOLS, Jean-Paul (1990), "Los indios, protagonistas de los mitos europeos", en AAVV, *La imagen del indio en la Europa Moderna*, Sevilla, Consejo Superior de Investigación Científicas, pp. 377-388.
- DUVILS, Jean-Paul (1985), *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville*, París, Promodis.
- ECCLESTONE, Eric (1947), *Sir Walter Raleigh, pirata y caballero*, Buenos Aires, Editorial Lautaro, [1941]
- ELLIOT, Charles E. (ed.) (1963), *The Harvard Classics*, Vol. 35, New York, Collier and Son Corporation.
- ELLIOTT, John H. (1988), *La Europa dividida, 1559-1598*, Madrid, Siglo XXI Editores.
- ELLIOTT, John Huxtable (1972), *El Viejo y el Nuevo Mundo, 1492-1650*, Madrid, Alianza.
- ELLIOTT, John Huxtable (1969), *La España Imperial, 1469-1716*, Barcelona, Vicens-Vives.
- FEEST, Christian F. (1978), "Virginia Algonquians", William Sturtevant (ed. general), *Handbook of North American Indians*, vol. 15, a cargo de Bruce G. Trigger, Washington D. C., Smithsonian Institution.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (2004), *Todo Caliban*, Buenos Aires, Clacso.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1995), *Caliban contra la leyenda negra*, Barcelona, Universidad de Lleida.
- FIELDS, Bárbara (1990), "Slavery, Race and Ideology in the United States", *New Left Review*, 181, (95-118). Hay traducción española en *Huellas de los Estados Unidos* Nº 4, marzo de 2013, (24-44).
- FIERING, Norman (1995), "introduction", en Karen Ordahl Kupperman (ed.), *America in European Consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill, University of North Carolina Press (ix-xii).
- FISHWICK, Marshall W. (1965), *Jamestown. First English Colony*, New York, America Heritage Publishing Co.
- FOSTER, William (1926), *The Geographical Journal*, vol. 68, No. 3, Septiembre de 1926 (193-200).

- FOUCAULT, Michel (2008), *La arqueología del saber*, Buenos Aires, Siglo XXI [1969]
- FOUCAULT, Michel (2005), *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, Buenos Aires, Siglo XXI [1966]
- FULLER, Mary (2009), "Richard Hakluyt's foreign relations", KUEHN, Julia y SMETHURST, Paul (ed.), *Travel writing, form, and empire. The poetics and politics of mobility*, New York, Routledge.
- FULLER, Mary C. (1995), *Voyages in Print. English Travel to America. 1576-1624*, New York, Cambridge University Press.
- GANDINI, María Juliana, LÓPEZ PALMERO, Malena, MARTÍNEZ, Carolina y PAREDES, Rogelio C. (2013), *Fragmentos imperiales. Textos e imágenes de los imperios coloniales en América. Siglos XVI- XVIII*, Buenos Aires, Biblos.
- GANDINI, María Juliana, LÓPEZ PALMERO, Malena, MARTÍNEZ, Carolina y PAREDES, Rogelio C. (2011), *Dominio y Reflexión. Viajes reales y viajes imaginarios en la Europa moderna temprana (siglos XV a XVIII)*, Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- GARÍN, Eugenio (1981), *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*, Madrid, Taurus.
- GAUDIO, Michael (2008), *Engraving the Savage. The New World and Techniques of Civilization*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- GAYLEY, Charles Mills (1917), *Shakespeare and the founders of liberty in America*, New York, Mc Millan Company.
- GINZBURG, Carlo (2010), *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica [2006] - GINZBURG, Carlo (2000) *No Island is an Island. Four Glances at English Literature in a World Perspective*, New York, Columbia University Press.
- GUINZBURG, Carlo (2000), *No Island is an Island. Four Glances at English Literature in a World Perspective*, New York, Columbia University Press.
- GINZBURG, Carlo (1989), *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa [1979]
- GLEACH, Frederic (2002), "Anthropological professionalization and the Virginia Indians at the turn of the Century", en *American Anthropologist*, New Series, vol. 104, N 2, junio de 2002, (499-507).

- GLEACH, Frederic W. (1997), *Powhatan's world and colonial Virginia. A conflict of cultures*, Lincoln, Nebraska, University of Nebraska Press.
- GOMBRICH, Ernst (1982), *La imagen y el ojo*, Madrid, Alianza.
- GRAFTON, Anthony (1995), *New World, Ancient Texts. The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge, Harvard University Press.
- GRAVES, M. A. R (1978), *England under the Tudors and Stuarts, 1485-1689*, London, Bell & Hyman Limited.
- GREENBLATT, Stephen (2008), *Maravillosas posesiones. El asombro ante el Nuevo Mundo*, Barcelona, Marbot ediciones [1991]
- GREENBLATT, Stephen y GALLAGHER, Catherine (2005), *A prática do novo historicismo*, Sao Paulo, EDUSC [2000]
- GREENBLATT, Stephen (2000), *Shakespearean negotiation. The circulation of social energy in Renaissance England*. Oxford, Clarendon Press [1988]
- GREENBLATT, Stephen (ed) (1993), *New World Encounters*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press.
- GREER, Margaret R., MIGNOLO, Walter D. y QUILLIGAN, Maureen (eds.) (2007) *Rereading the black legend. The discourses of religious and racial difference in the Renaissance empires*, Chicago, University of Chicago Press.
- GRÜNER, Eduardo (2002) *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós (167- 248).
- GRUZINSKI, Serge (2010), *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica [2004]
- GRUZINSKI, Serge (2007), *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del Renacimiento*, Barcelona, Paidós [1999]
- GRUZINSKI, Serge (1995), *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI- XVIII, México, Siglo XXI [1988]*
- HADFIELD, Andrew (2007), *Literature, travel, and colonial writing in the English Renaissance, 1545- 1625*, Oxford, Oxford University Press [1998]
- HALE, J.R., (1963) *Renaissance Exploration. An Authoritative Survey of the Great Age of European Discovery*, New York, Norton & Company.

- HALL, Stuart (2008) "¿Cuándo fue lo poscolonial? Pensar al límite", en *Estudios poscoloniales, Ensayos fundamentales*. Madrid, Traficantes de sueños (121-144).
- HANKE, Lewis y GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel (1954), *Bartolomé de Las Casas 1474-1566*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- HANTMAN, Jeffrey L (1990), "Between Powhatan and Quirank: Reconstructing Monacan cultura and history in the context of Jamestown", en *American Anthropologist*, New Series, Vol. 92, N 3, septiembre de 1990 (676-690).
- HARTOG, François (2005), *Anciens, Modernes, Sauvages*, Paris, Galaande Éditions.
- HARTOG François (2002), *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- HATCH, Charles E., *The First Seventeenth Years. Virginia, 1607-1624*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1991 [1957]
- HILL, Christopher (1994), *The English Bible and the Seventeenth- Century Revolution*, Londres, Penguin Books.
- HILL, Rick, "Thomas Harriot's Artis Analyticae Praxis and the Roots of Modern Algebra". URL: <http://www.homsigmaa.org/Hill.pdf>
- HOGDEN, Margaret T. (1964), *Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- HORN, James (1994), *Adapting to a New World, English Society in the Seventeenth- Century Chesapeake*, Chapell Hill, University of North Carolina Press.
- HORSMAN, Reginald (1982), "Well Trodden Paths and Fresh byways: recents writing on Native American History", *Reviews in American History*, Vol. 10, N° 4, diciembre de 1982 (234-244).
- HOXIE, Frederick E. (ed.) (1996), *Encyclopedia of North American Indians*. Boston/New York, Houghton Mifflin Company.
- HULME, Peter y McDOUGALL, Rusell (2007) "Introduction: in the margins of Anthropology", en Peter Hulme and Russell McDougall (eds.), *Writing, Travel,*

and Empire. *In the Margins of Anthropology*, NY-London, I.B. Tauris & Co. Ltd. (1-16).

- HULME, Peter (1995), "Including America", *A Review of International English Literature*, 26: 1, enero de 1995 (117-123).

- HULME, Peter (1986), *Colonial encounters. Europe and the native Caribbean, 1492- 1797*, Londres y Nueva York, Methuen.

- HULTON, Paul Y QUINN, David Beers (1964), *The American Drawings of John White 1577-1590. With drawings of European and Oriental Subjects*. London, the trustees of the British Museum, Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina Press.

- HUNT Lynn (ed.) (1989), *The New Cultural History*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press.

- IGLESIAS CRUZ, Janet y GUTIÉRREZ FORTE, Javier (2010) "Colonia y colonialidad más allá del relato", *Revista Temas*, N° 64, La Habana, oct-dic. 2010 (91-99)

- IZZO, Carlo (1971), *La literatura norteamericana*, Buenos Aires, Losada.

- JENNINGS, Francis (1975), *The Invasion of America. Indians, Colonialism, and the Cant of Conquest*, New York and London, Norton & Co.

- JONES, Howard Mumford (1963), *Este extraño y nuevo mundo. Años formativos de la cultura norteamericana*, México, Unión tipográfica editorial hispano americana [1952]

- KARGON, Robert (1966), "Thomas Hariot, the Northumberland circle and early atomism in England", *Journal of the History of Ideas*, Vol. 27, N ° 1, enero a mayo de 1966 (128-136).

- KINSEY HOWARD, Joseph (1994) *Strange Empire*, St. Paul, Minnesota Historical Society Press [1952]

- KNAPP, Jeffrey (1994), *An Empire Nowhere. England, America, And Literature from Utopia to The Tempest*. Berkeley and os Angeles, University of California Press (1992)

- KIDWELL, Clara Sue (1992), "Indian women as cultural mediators" (1992), *Ethnohistory* N° 2, vol. 39, Duke University Press, primavera de 1992 (97-107).

- KLIPPERMAN, Karen Ordahl, (2012), *The Atlantic in World History*, New York, Oxford University Press.

- KUPPERMAN, Karen Ordahl (2007), *The Jamestown Project*, Cambridge, Massachusetts, The Belknap Press of Harvard University Press.
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (comp.) (2005), *America in European Consciousness, 1493-1750*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (2000), *Indians & English. Facing off in early America*, New York, Cornell University Press.
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (1984), *Roanoke, The Abandoned Colony*, Maryland, Rowman & Littlefield.
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (1982) "Ethnohistory: theory and practice", en *Reviews in American History*, Vol. 10, N 3, septiembre de 1982 (331-334).
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (1979), "Apathy and Death in Early Jamestown", *The Journal of American History*, Vol. 66, N° 1, junio de 1979 (24-40).
- KUPPERMAN, Karen Ordahl (1977), "English Perceptions of Treachery, 1583-1640: The Case of the American 'Savages'", *The Historical Journal*, Vol. 20, N° 2, junio de 1977 (263-287)
- LE BRETON, David (2002), *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- LEMAY, J. A. Leo (1992), *Did Pocahontas save Captain John Smith?*, Athens, Georgia, University of Georgia Press.
- LESTRINGANT, Frank (1993), "Genève et l'Amérique: le rêve du Refuge huguenot au temps des guerres de Religion (1555-1600)", *Revue de l'histoire des religions*, tome 210 n°3, (331-347).
- LINEBAUGH, Peter y REDIKER, Marcus (2000), *The Many-headed Hydra. Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston, Beacon Press.
- LINTON, Joan Pong (1998), *The Romance of the New World. Gender and the Literary formations of English Colonialism*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LLOSA SANZ, Álvaro (2004) "El Dios vestido de hombre y el hombre vestido de Dios: magia, escena y autoridad en Calderón y Shakespeare", *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Universidad Complutense de Madrid.
- LOCKE, John, *Segundo ensayo sobre el gobierno civil [1689]*, Traducción y notas de Cristina Piña Buenos Aires, Losada, 2003.

- LÓPEZ DE MARISCAL, Blanca (2006), "Para una tipología del relato de viaje", Blanca López de Mariscal y Judith Farré (eds.), *Viajes y Viajeros*, Monterrey, Tecnológico.
- LÓPEZ PALMERO, Malena (2013), "Pocahontas entre dos mundos: el derrotero de la colonización de Virginia", en *Revista Avances del CESOR*, Centro de Estudios Regionales, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- LÓPEZ PALMERO, Malena y MARTÍNEZ, Carolina, "En las sombras del Imperio: las ambiciones coloniales de Inglaterra y Francia en los contornos de la América hispana (S. XVI-XVIII)", en Workshop *Viajar, conectar y crear espacios*, organizado por UNT y la sede regional de CONICET, San Miguel de Tucumán, del 3 al 5 de octubre de 2012.
- LÓPEZ PALMERO, Malena (2011), "Los ecos visuales de la incipiente colonización de Virginia, John White y Theodoro de Bry, 1585-1590", en *Huellas de los Estados Unidos, Estudios, perspectivas y debates*, N°1, mayo de 2011 (13-23).
- LÓPEZ PALMERO, Malena (2008), "La tempestad del Renacimiento. Shakespeare y la experiencia colonial del Renacimiento tardío", *Modernidades*, Revista electrónica de la Universidad Nacional de Córdoba, año IV, N° 8.
- LUDDEN, David (2001), "Introduction. A brief history of subalternity", en Ludden, David (ed.), *Critical History, Contested Meaning and the Globalization of South Asia*, Londres, Anthem Press (1-27)
- LURIE, Nancy O (1972), "Indian cultural adjustment to European civilization", en James Morton Smith (ed.), *Seventeenth-Century America, Essays in Colonial History*, New York, Norton & Co, [1959] (33- 60).
- MADEIRA, Angélica (2005), *Livro dos naufragios. Ensaio sobre a história trágico-marítima*, Brasília, Editora Universidade de Brasília.
- MALTBY, William S., (1971), *The Black Legend in England. The Development of anti- Spanish sentiment, 1558-1660*, Durham, N. C, Duke University Press.
- MANCALL, Peter C. (2007), *Hakluyt's Promise. An Elizabethan's Obsession for an English America*, New Haven, Yale University Press.
- MARAVALL, José Antonio (1967), *Teoría del saber histórico*, Madrid, Selecta de Revista de Occidente [1958].

- MASEFIELD, John "Introduction" (1927), Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation*, vol 1, London y Toronto, J. M. Dent and Sons Limited, 1927.
- MATSUMORI, Natsuko (2005), *Civilización y barbarie. Los asuntos de Indias y el pensamiento político moderno (1492-1560)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.
- MAXTWELL, Constantia (1923), *Irish History from Contemporary Sources, 1509-1610*, London, Allen and Unwin.
- McCLINTOCK, Anne (1996) "The angel of progress: pitfalls of the term 'postcolonialism'", en Barker, Francis, Hulme, Peter e Iversen, Margaret, *Colonial discourse/ postcolonial theory*, Manchester, Manchester University Press (253-266).
- MELLINO, Miguel (2008), *La crítica poscolonial. Descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*, Buenos Aires, Paidós.
- MEZZADRA, Sandro (comp.) (2008), *Estudios Poscoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de sueños.
- MIGNOLO, Walter (2005), *The darker side of the Renaissance. Literacy, Territoriality and colonization*, Michigan, University of Michigan Press.
- MIGNOLO, Walter (2007), *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Buenos Aires, Gedisa.
- MIGNOLO, Walter (1995), "la razón postcolonial: herencias coloniales y teorías poscoloniales", en *Revista chilena de literatura*, N° 47, noviembre de 1995, Santiago de Chile (91-114)
- MIGNOLO, Walter (1993), "Colonial and Postcolonial Discourse: Cultural Critique or Academic Colonialism", en *Latin American Research Review*, Vol. 28, No. 3 (120-134).
- MIGNOLO, Walter (1989) "Sobre alfabetización, territorialidad y colonización. La movilidad del sí mismo y del otro", en *Filología*, Revista del Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas de la Universidad de Buenos Aires, año XXIV 1-2 (219- 229).
- MILLER, Walter B. (1955), "Two Concepts of Authority", *American Anthropologist*, New Series, vol. 57, N° 2, parte 1, abril de 1955 (271-289).

- MILLER, Perry (1948), "The religious Impulse in the Founding of Virginia: Religion and Society in the Early Literature", *William and Mary Quarterly*, V, (492-522).
- MOFFIT, John y SEBASTIÁN, Santiago (1996), *O Brave New People: The Invention of the American Indian*, Albuquerque, University of New Mexico Press.
- MOONEY, James (1907), "The Powhatan Confederacy, past and present" En *American Anthropologist*, Vol. 9, Issue 1.
- MORGAN, Edmund S. (2009), *Esclavitud y libertad en los Estados Unidos. De la Colonia a la Independencia*, Buenos Aires, Siglo XXI [1975]
- MORGAN, Edmund S. (1975), *American Slavery, American Freedom. The Ordeal of Colonial Virginia*, New York, Norton & Company.
- MORGAN, Edmund S.(1971), "The Labor Problem at Jamestown, 1607-18", *The American Historical Review*, Vol. 76, N° 3 (June 1971), 595-611.
- MORISON, Samuel Elliot (1971) *The European discovery of America. The Northern voyages*, New York, Oxford University Press.
- MORLEY, F. V. (1922),"Thomas Hariot -1560-1621", en *The Scientific Monthly*, Vol. 14, N 1, enero de 1922 (60-66).
- MORTON SMITH, James (ed.) (1972), *Seventeenth-Century America. Essays in colonial History*, New York, Norton & Company [1959].
- NASH, Gary B. (1972), "The Image of the Indian in the Southern Colonial Mind", *The William and Mary Quarterly*, Vol. 29, N° 2, abril de 1972 (págs. 198-230),
- NOBLE, David F. (1999), *La religión de la tecnología. La divinidad del hombre y el espíritu de la invención*, Barcelona, Paidós.
- NORMAN, Charles (1961), *So worthy a friend: William Shakespeare*, New York, Collier Books,
- OBERG, Michael Leroy (1999), *Dominion & Civility. English imperialism & native America, 1585-1685*, Ithaca, Cornell University Press.
- PAGDEN, Anthony (1997), *Señores de todo el mundo. Ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII)*, Barcelona, Península.

- PAREDES, Rogelio (2006), "La turbación por la barbarie. Guevara, Montaigne y Shakespeare: tres miradas sobre el Nuevo Mundo". En Primeras Jornadas de Historia "Migraciones, diásporas y contactos interculturales", Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina, Octubre de 2006.
- PAREDES, Rogelio "Introducción" (1995) en Anthony Knivet, *Viaje por el Atlántico en el siglo XVI*, Traducción de Rogelio C. Paredes, Colección de libros raros, olvidados y curiosos. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- PARKS, George Bruner (1928), *Richard Hakluyt and the English Voyages*, New York, American Geographical Society.
- PARRY, Benita (2004) *Postcolonial Studies. A materialista critique*. Londres, Routledge, cap. 1 (4-12)
- PARRY, Benita (1996), "Resistance theory, theorising resistance, or two cheers for nativism", en Barker, Francis, Hulme, Peter e Iversen, Margaret, *Colonial discourse/ postcolonial theory*, Manchester, Manchester University Press (172-196).
- PENHOS, Marta (2005), *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- PEREÑA, Luciano (1992), *Genocidio en América*, Madrid, Mapfre.
- PÉREZ AMUCHÁSTEGUI, Antonio J. (1977) *Algo más sobre la historia*, Buenos Aires, De Palma.
- POLLAND, Garland (1894), *The Pamunkey Indians of Virginia*, Washington D. C, Smithsonian Institution. Bureau of Ethnology, Government Printing Office.
- POZZI, Pablo y ELISALDE, Roberto (1992), "Conflicto y consenso en la historiografía norteamericana: una historia politizada", Pablo Pozzi, Roberto Elisalde, Claudio González Chiaramonte y Gabriela Farrán (comps.), *Un pasado imperfecto: el conflicto en la historia de los Estados Unidos*, Buenos Aires, Manuel Suarez Editor.
- PRATT, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- QUILLIANQ, Anibal (2003), "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Buenos Aires, Clacso (201-242).

- QUINN, David Beers (1984), *The Lost Colonists. Their Fortune and Probable Fate*, Raleigh, North Carolina Division of Archives and History.
- QUINN, David Beers (1977), *North America from Earliest Discovery to First Settlements. The Norse Voyages to 1612*, New York, Harper & Row, 1978.
- QUINN, David Beers (ed.) (1974), *The Hakluyt handbook*, vol I., London, Hakluyt Society.
- QUINN, David Beers y SHIRLEY, John W. (1969), "A contemporary list of Hariot References", en *Renaissance Quarterly*, Vol. 22, Nº 1 , primavera de 1969 (9-26).
- QUINN, David Beers (1954), "The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572, by Clifford M. Lewis and Albert J. Loomie", *The American Historical Review*, vol. 59, Nº 4, july 1954 (965-966).
- QUINN, David Beers (1947), *Raleigh and the British Empire*, London, Hodder & Stoughton Limited.
- RALSTON CAWLEY, Robert (1926), "Shakespeare's Use of the Voyagers in The Tempest", *Modern Language Association*, vol. 41, Nº 3, September 1926 (688-726).
- RATTO, Silvia (2001), "El debate sobre la frontera a partir de Turner. La New Western History, los Borderlands y el estudio de las fronteras en Latinoamérica", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, Nº 24, 2do semestre de 2001 (105-126).
- READ, David, (1994), "Colonialism and Coherence: the case of Captain John Smith's *Generall Historie of Virginia*", en *Modern Philology*, Vol. 91, No. 4, mayo de 1994, (428-448).
- RICHARD, Denis (1958), *Britain under the Tudors and Stuarts*, London, Longman.
- ROBERTSON, Karen (1996), "Pocahontas at the masque", en *Signs*, vol. 21, Nº 3, primavera de 1996 (551-583).
- ROUNTREE, Helen (1990), *Pocahontas's. The Powhatan Indians of Virginia through four centuries*, University of Oklahoma Press, Norman.
- ROUNTREE, Helen, (1989) *The Powhatan Indian. Their traditional culture*, Norman, University of Oklahoma Press.

- RUKEYSER, Muriel (1971), *The traces of Thomas Hariot*, New York, Random House.
- SABIN, Joseph (ed.), (1870) *Dictionary of books relating to America. From its discovery to the present time*, vol. III, New York, Sabin & Son.
- SAHALINS, Marshall D. (1972), *Las sociedades tribales*, Barcelona, Labor [1968],
- SAID, Edward W. (1996), *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama [1993]
- SAID, Edward W. (2010), *Orientalismo*, Barcelona, Ediciones De Bolsillo [1978],
- SAUER, Carl Ortwin (1971), *Sixteenth Century North America*, Berkeley, University of California Press.
- SCHLECK, Julia (2006), "'Plain Broad Narratives of Substantial Facts': Credibility, Narrative, and Hakluyt's 'Principall Navigations'", *Renaissance Quarterly*, Vol. 59, Nº 3, otoño de 2006.
- SEED, Patricia (1991), "Colonial and postcolonial discourse", *Latin American Research Review*, vol. 26, Nº 3 (181-200).
- SHEEHAN, Bernard W. (1980), *Savagism & Civility. Indians and Englishmen in Colonial Virginia*, New York, Cambridge University Press.
- SLAUGHTER, Tomas P. (1987) "John Smith, uomo universale", *Reviews in American History*, vol. 15, No. 2, The Johns Hopkins University Press, Junio de 1987 (220-225).
- SMITH, Aquilla (1841), "Introduction", en *The Irish Archaeological Society, Tracts relating to Ireland*, vol. 1, Dublin, University Press, Grainsberry and Gill (iii-viii).
- SPECK, Frank G., (1924), "The ethnic position of the Southeastern Algonkian", en *American Anthropologist*, New Series, Vol. 26, N 2, abril-junio de 1924 (184-200).
- SPIVAK, Gayatri Chakravorty (2011) *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires, El cuenco de plata.
- STEVENS, Henry (1900), *Thomas Hariot: The mathematician, the philosopher and the scholar developed chiefly from Dormant materials*, London, Chiswick press.

- TAKAKI, Ronald (1993), *A different mirror. A history of multicultural America*, Little, Boston, Brown and Company.
- TAYLOR, E.G.R (1930), "Samuel Purchas", *The Geographical Journal*, vol. 75, Nº 6, Junio de 1930 (536-539)
- TILTON, Robert. S (1994), *Pocahontas: the evolution of an American narrative*, University of Cambridge Press, New York.
- TOMLIS, Christopher (2010), *Law, labor, and civic identity in colonizing English America, 1580-1865*, New York
- TOPUZIAN, Marcelo (2011), "Apostilla", SPIVAK, Gayatri Chakravorty, *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires, El cuenco de plata (111-142).
- TRIGGER, Bruce G. (1991), "Early responses to European Contact: Romantic versus Rationalistic Interpretations", *The Journal of American History*, march 1991 (1195-1215).
- TOWNSEND, Camila (2004), *Pocahontas and the Powhatan Dilemma*, New York, Hill and Wang.
- VAN GROESEN, Michiel (2012), *The Representations of the Overseas World in the De Bry Collection of Voyages (1590-1634)*, Leiden & Boston, Brill.
- VAUGHAN, Alden T. (1995), *Roots of American Racism. Essays on the Colonial Experience*, New York, Oxford University Press.
- VAUGHAN, Alden T. (1975), *American Genesis, Captain John Smith and the Founding of Virginia*, New York, HarperCollins.
- VAUGHAN, Alden T., (1989) "The Origins Debate: Slavery and Racism in Seventeenth-Century Virginia", *The Virginia Magazine of History and Biography*, Vol. 97, Nº 3, (July 1989), 311-354.
- VIOR, Eduardo J, (2000), "Visiones de Calibán, visiones de América", *Cuyo, Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, Nº 17 (89-103).
- VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo (2010) *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural*, Buenos Aires, Katz Editores.
- WACHTEL, Nathan (1976), *Los Vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*, Madrid, Alianza, [1971]
- WAIN, John (1964), *The living world of Shakespeare: a playgoer's guide*, London, Pelican Books.

- WALSEKOV, Gregory, WOOD, Peter H., HATLEY, Tom (eds.) (2006), *Powhatan's Mantle, Indians in the Colonial Southeast*, Lincoln and London, University of Nebraska Press [1989]
- WHITE, Richard (1991), *The Middle Ground. Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, New York, Cambridge University Press, [1991]
- WILLIS, Deborah (1989) "Shakespeare's *Tempest* and the Discourse of the Colonialism", *Studies in English Literature, 1500-1900*, vol. 29, N° 2, Elizabethan and Jacobean drama, Spring 1989, (277-289).
- WILLOUGHBY, Charles C. (1907) "The Virginia Indians in the Seventeenth Century", *American Anthropologist, New Series*, vol. 9, N° 1, enero-marzo de 1907 (57-86)
- WRIGHT, Louis B., (1974) *The Atlantic Frontier. Colonial American Civilization (1607-1763)*, Ithaca, New York, Cornell University Press [1959]
- WRIGHT, Louis B. (1940), *The First Gentlemen of Virginia: Intellectual Qualities of the Early Ruling Class*, San Marino, California, Huntington Library.
- YATES, Frances (1986), *Las últimas obras de Shakespeare: una interpretación*, México, Fondo de Cultura Económica.
- YOUNG, Robert J. C. (2001), *Poscolonialism: an Historical introduction*, Somerset, Inglaterra, Backwell Publishing, 2001.
- YOUNG, Robert J. C. (2004)], *White mythologies. Writing History and the West*, London, Routledge [1990]
- ZINN Howard, *La otra historia de los Estados Unidos* (2005), Buenos Aires, Siglo XXI.
- ZULUAGA HOYOS, Gustavo Adolfo (2006), "Prólogo. Bartolomé de las Casas: una voz contra el olvido", *Bartolomé de las Casas, Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Edición y notas de José Miguel Martínez Torrejón, Medellín, Editorial Universidad de Antioquía, (xv-xxxii)

